
AMAR
A LA
BESTIA
NOHELIA
ALFONSO
PREMIO PROVINCIA DE GUADALAJARA
DE NARRATIVA CAMILO JOSÉ CELA
VERSÁTIL
narrativa

Índice de contenido

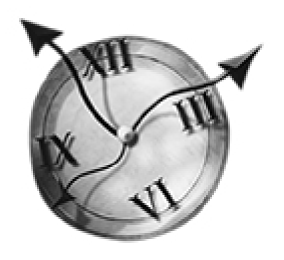


Título original: *Amar a la bestia*

Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.ª edición: marzo 2021

Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com



1. *Déjà vu*

Otra vez ese sueño. O más bien pesadilla. Me preguntaba si tenía que ver con todas las drogas que el psiquiatra se afanaba en hacerme engullir desde el accidente, o si por el contrario, y a pesar de lo que todo el mundo intentaba negar, tenía algún tipo de significado transcendental que mi mente amnésica y desquiciada era incapaz de interpretar. Era demasiado frecuente y demasiado inquietante como para ignorarlo. Sobre todo porque el Conejo Blanco se me aparecía también cuando estaba despierta, y empezaba a ser difícil saber discernir entre el sueño y la realidad…

Además cantaba. ¡El condenado bicho cantaba! ¿Cómo iba a obviarlo con lo molesto que es que canturreen a tu alrededor cuando estás ocupada intentando recordar quién demonios eres? Tarareaba la misma melodía una y otra vez, tanto que hasta yo misma me sorprendía a veces mascullando aquel soniquete que, por cierto, nadie más identificaba. Maldito conejo cantautor… Yo obedecía al doctor Luján y me tragaba aquellas pastillas rosas cada vez que se me aparecía, pero el bichejo sabía cómo esquivar el efecto del litio. Era muy puntual. Acudía a mis sueños cada noche y frecuentaba mi compañía al caer la tarde. Pero cómo no iba a serlo, si llevaba ese reloj de bolsillo labrado siempre encima, como queriéndome decir que me diera prisa, vaya usted a saber para qué.

El tiempo… Cuando tienes amnesia el tiempo se convierte en algo insustancial, en una coordenada sin sentido por la que dejarse arrastrar. Yo ya llevaba un año en esa corriente de minutos, desde que desperté del coma, flotando en el agua mansa de la ausencia de autorreconocimiento, dejando que se desmigasen los relojes a mi paso. Ese océano temporal que me engullía me devolvía un reflejo que me era ajeno, alienándome hasta el punto de no saber en qué lado del mismo estaba. ¿Era yo la persona real o la muchacha pálida que temblaba en la superficie? ¿Estaba congelada, como un reflejo?

¿Quién vivía entonces mi vida al otro lado?

—Las alucinaciones son consecuencia de los daños en la parte frontal del cerebro, Micaela. Ya estamos trabajando para mejorar eso.

—Sí… con un buen *colocón*, ¿verdad? Tengo tanto sueño todo el día que creo que es el Conejo Blanco el que no sabe si estoy despierta o dormida y se me aparece cuando no toca, cuando no estoy soñando.

—Es una dosis fuerte, y los ansiolíticos provocan mucho sueño también…

—A él no le gusta verme así, cuando no me canta esa cancioncilla pegadiza me grita que despierte. Empiezo a tener problemas para saber cuándo estoy dormida… ¿Lo estoy ahora?

—No. Estás en la consulta, conmigo, ¿por qué? ¿Puedes verlo ahora?

—No —mentí—, ahora no.

Junto a la puerta de la aséptica sala, mi blanco y peludo compañero señalaba su precioso reloj dorado.

Así fue como se me apareció la primera vez, hace ya más de un año: de repente. Yo aún estaba recuperándome del catastrófico siniestro. Iba en silla de ruedas y padecía afasia. Por eso no salí corriendo ni pedí ayuda a gritos, era físicamente incapaz de avisar a mi hermana Melisa. Mientras ella me preparaba la cena, yo permanecía frente a la pantalla plana del salón, absorbiendo las ondas como un vegetal absorbe la luz. Era mi forma particular de hacer fotosíntesis mental. Clorofila televisiva. Y en esas estaba, en mi maceta con ruedas, cuando los contornos de una figura blancuzca empezaron a dibujarse junto a la puerta, ajustando su nitidez hasta llamar poderosamente mi atención y un amago de infarto. Al principio pensé que tanta telebasura me había destrozado el poco cerebro sano que me quedaba y pestañeé un par de veces, creyendo que se trataba de una ilusión óptica. Pero no, el Conejo Blanco que Lewis Carroll diseñó para su Alicia había salido del maldito país de las maravillas para venir al saloncito de un piso de estudiantes del barrio obrero de La Palomera. Sí. Todo muy lógico. Un animalillo de metro y medio con chaleco y reloj de bolsillo, de pie sobre sus patas traseras, en mi casa, mirándome. Definitivamente se me había ido la olla. Traté de llamar a Melisa, que hacía ruido de cazuelas al otro lado de la puerta de la cocina, pero pronunciar siquiera su nombre era algo que aún no había conseguido, pese a la rehabilitación. El hemisferio izquierdo de mi cerebro —el que controla el movimiento de la parte diestra y el habla— había quedado dañado a causa de un coágulo, y me había hecho perder por completo la movilidad de la mitad derecha del cuerpo, así que, al levantarme, caí hacia un lado, vencida por mi propio peso muerto y arrastrando conmigo la silla de ruedas. Debido al estrépito, mi hermana emergió de entre los vapores culinarios y acudió a levantarme del suelo.

—¡Dios, Mica! —exclamó compungida mientras se arrodillaba a mi lado y buscaba con su mano algún escape de clorofila en mi nuca—. ¿Te has hecho daño? ¿Pero qué leches estabas haciendo?

Yo farfullaba cronopios y famas sinsentido, en un glíglico perfecto, aprendido de Cortázar, tratando de advertirle de que alguien había entrado en el piso. ¡Y qué *alguien*, además! Pero cuando me pude incorporar y mi siniestra alargó un dedo acusador hacia la puerta, el conejo ya no estaba allí, al contrario que el dinosaurio de Monterroso en el famoso microrrelato, pero igual de breve y de tétrico.

—¿Qué dices, Mica? ¡No hay nada ahí! ¿Por qué estás tan asustada? Shhh, tranquila…

Y entonces la vi en sus ojos. *Esa* mirada. Mi gemela confirmaba mi locura con una mezcla de lástima y de alivio que me desencajó. Era como verme a mí misma desestimando cualquier posibilidad de mejora de mi estado. Como si mi parte cuerda desdeñara con tristeza a la parte demente. Como si me abandonara. Y me hizo polvo. Por si era poco traumático no reconocerme y tener una hermana idéntica a la que tampoco recordaba, ella ya había empezado a darme por perdida.

Por supuesto, aquello no había hecho más que empezar. Y ya en la cama, interruptor de pera en mano, que es como se afrontan los miedos, esperé al conejo. Traté de hacer los ejercicios de la rehabilitación para recuperar el habla y así no dormirme, activando de vez en cuando mi arma lumínica para disipar las sombras con forma de conejo. Pero llegó antes el sueño. Un sueño tranquilo, como flotar boca arriba en el mar, mirando al cielo. Como cuando éramos pequeñas y la abuela nos llevaba a bañarnos al pozo de La Marusiña, en el río del pueblo. Y me dejé arrastrar plácidamente. ¿Era el Leteo, quizá? Porque cuanto más me dejaba llevar, menos me importaba todo lo demás. Incluso que el agua se volviera más turbia y fría. Miento, claro que eso me importaba, como también me importaba no hacer pie y darme cuenta de que ya no flotaba en el río, sino en una laguna. ¿Sería la laguna Estigia? Me recordaba al pantano de Luna, que también fue piscina de mi infancia, en aquellos veranos interminables donde todo eran pícnics con roscas de sartén y leche frita de la abuela. Hasta que llegó un punto en el que los recuerdos felices ya no apaciguaban mi creciente desesperación por llegar a la orilla. Familiarizarme con aquel lugar no iba a impedir que mis piernas y mis brazos cedieran al cansancio, y no quería convertirme en habitante del pueblo inundado que se deshacía en las profundidades. Sí, aquel lugar era sin duda el embalse de Luna, que en 1951 sepultó todo el pueblo bajo las aguas. Podía distinguir el campanario de la iglesia, unos metros por debajo. Pensé en toda aquella gente que tuvo que huir y abandonar su vida, en las lápidas del cementerio sumergido y todos los recuerdos perdidos.

Cuando sonaron las campanas, haciendo llegar hasta mí un torbellino de burbujas, me invadió el pánico. Tenía que salir de allí, tenía que sacar fuerzas de donde fuera y olvidar la lluvia y que el agua empezaba a arremolinarse como si alguien hubiera destapado un desagüe enorme. Pero nada pude hacer cuando empezó a arrastrarme en círculos, en un centrifugado terrorífico, mientras esas campanas acuáticas tañían a muerto y yo sentía desfallecer mis fuerzas, cegada por lágrimas de pavor. Atrás quedaban La Marusiña, las roscas fritas y las pocas pinceladas de mi infancia que había podido recuperar milagrosamente, cada vez más lejos de ser mi ansiada orilla. Recordar llevaba siendo un salvavidas escurridizo más de un año.

Quizá era el momento de dejarlo ir como Tom Hanks abandona a Willson en *Náufrago*. Pero cuando el tétrico paisaje comenzó a desdibujarse por la velocidad del remolino, vi una barca de madera que venía hacia mí, atravesando la vorágine como si nada. Solo tendría una oportunidad para agarrarme a ella cuando pasara por mi lado. Una única oportunidad de salvarme. Y no la desaproveché. Primero me golpeó el hombro e hizo que me hundiera, aunque clavé las uñas como pude en la madera babosa del casco y salí a flote. El borde estaba demasiado alto como para alcanzarlo, pero una soga medio podrida colgaba de la popa, y a ella encomendé mis brazos exhaustos. Sentí que la barca por fin me arrastraba lejos del torbellino.

Con las últimas fuerzas icé mi cuerpo maltrecho y arrugado a bordo, y lo dejé caer dentro, vomitando el agua que había tragado. Luego todo se volvió oscuro. Pero no por un desmayo. La embarcación se adentraba en una cueva que la niebla no me había dejado percibir. El eco del chapoteo manso del agua al chocar contra la proa se expandió por toda la cavidad en la roca. ¿Y si encallaba contra una piedra? Me incorporé, temerosa, y vi que no estaba sola ni a oscuras. Había un timonel levemente iluminado por unas velas que hacían las veces de antiniebla en la parte delantera, incrustadas en la madera por la cera chorreante. ¿Era Caronte o mi salvador? Estaba tarareando una canción que me era muy familiar. Una melodía tan suave como una nana. Y eso me reconfortó. Avancé despacio a su encuentro y cuando estaba a apenas unos centímetros del contacto, se giró hacia mí, a un palmo de mi cara, y vi su rostro en claroscuro. Era el Conejo Blanco, que me gritó: «¡Despierta!».

Vaya si desperté, di el mayor alarido que he dado nunca, sudando como si efectivamente hubiera estado nadando en la laguna Estigia, transpirando y absolutamente aterrorizada. Mi hermana llegó corriendo a mi cuarto. La lámpara de la mesita se había caído, pero mi mano izquierda seguía apretando con fuerza el interruptor de pera, una granada contra monstruos y conejos varios. Me la quitó como pudo.

—¡Mica! ¡Ha sido una pesadilla, tranquila!
—¡El conejo! —acerté a decir yo—. ¡El conejo!
—¿El conejo? ¿Qué dices? ¡Pero si has hablado, Mica! ¡Has hablado! —Me zarandeó por los hombros.
Así fue como empecé a superar la afasia, cuando él y yo nos conocimos. Y también fue cuando empezaron los ataques de ansiedad y la medicación contra las alucinaciones. Y cuando mi hermana empezó a distanciarse de mí, cada vez más, y me obligó a visitar al doctor Luján. Pero volver a hablar… eso fue lo que me dio fuerzas para sacar a bailar de nuevo a la parte diestra de mi cuerpo en un largo y lento proceso de rehabilitación, como aprender los pasos del vals antes de una boda.

***

—Bueno, Micaela, así concluye nuestra sesión de hoy —dijo el psiquiatra, satisfecho.
—Muy bien, pues hasta mañana —me despedí yo, pensando en lo fácil que era engañarlo.
Cuando ya estábamos en la escalera, el conejo me reprochó que lo hubiese ignorado.
—¿Qué quieres que haga, decirle la verdad? —le pregunté mordaz—. No quiero que me aumente la dosis y no creo que tú quieras desaparecer…
Mudo como siempre, se limitó a mirarme con desaprobación. Aun así deslicé una pastillita rosa por mi garganta. Hizo un gesto de desconcierto.
—Es que te pones muy pesado —me excusé—, quiero estar sola.
A pesar de eso, me acompañó hasta el autobús, donde empezó a desdibujarse. He de reconocer que lo dejaba desvanecerse no sin cierto desasosiego. Ya llevaba mucho tiempo en su compañía y me daba miedo que no regresara más. Seguía convencida de que no era solo una alucinación aleatoria, como mi hermana y el psiquiatra se empeñaban en afirmar, sino que aquel ser tenía conexión directa con mi cordura, de algún modo inexplicable e irónico. Pero en el autobús, el asiento de al lado estaba ahora vacío. Allí solo era una pasajera más, aunque se me adivinaran los monstruos en las ojeras. Las contemplé en el reflejo del cristal, gemelas, como Melisa y yo, aunque, desde luego, más unidas.
Hace unos meses le hicieron una oferta como traductora de la ONU en Noruega. Un trabajo así es algo imposible de rechazar, aunque tu hermana se quede sola superando las secuelas de un accidente de coche. Bueno, sola no, por supuesto. Tenía la ayuda profesional del doctor Luján y el apoyo sentimental de Elora, amiga mía desde la infancia, en quien mi hermana confiaba ciegamente, tanto como para

no tener que preocuparse de nada más que de llamar de vez en cuando. Para mí resultaba raro; mi gemela era mi única familia —exceptuando a una abuela que vivía en una residencia—, y creía que tenía la obligación de encargarse de mí, aunque yo no la recordara ni pudiera echarla de menos. Pero era mi referencia, mi constante, la única persona que estuvo a mi lado cuando desperté, y quien pagaba las facturas y mi medicación. Aunque, claro, para eso se necesitaba dinero, y el dinero estaba fuera; España es un país hundido en la deuda, en el que se rescata antes a los bancos —causantes de la ruina que vivimos— que a la gente. Comprendí que se fuera, es lo que hicieron antes que ella más de la mitad de los graduados españoles, marcharse a buscarse el pan y el reconocimiento, pero… ¿por qué no me llevó con ella? ¿Por qué no llamaba más a menudo y por qué parecía que hablaba más con Elora y el doctor Luján que conmigo?

El día en que me miró de aquella manera, comenzó una especie de despedida. Cuando confirmó que su hermana Micaela ya no habitaba más este cuerpo menudo y torturado, se rindió. Dejó de intentar acercarse a la desconocida que era entonces su gemela, se libró de esa carga, no sé… Los dos años que estuve en coma tuvo que pasarlo fatal. No puedo ni imaginar cuánto habrá sufrido. Los médicos aún no daban crédito a que hubiera despertado después de tanto tiempo en estado vegetativo, lo consideraban una especie de milagro clínico. Así que, en cierto modo, supongo que huir de mí fue una liberación. Quizá se despidió en algún momento en el hospital, y después tuvo que volver a hacerlo, —tal y como ocurrió con la abuela al aparecer el alzhéimer—, cuando confirmó que no iba a recuperar mi memoria. Así que, en cierta manera, irse era soltar por fin la idea de recuperarme. Curiosa esa tendencia familiar al olvido. Mi abuela no recordaba nada, yo no sabía quién era y nuestra madre, al parecer, había olvidado que tenía dos hijas prácticamente desde que nacimos…

Me bajé en Eras de Renueva para pasar por casa de Elora. Habíamos acordado que la visitaría después de cada sesión con el psiquiatra. Llovía. Aquella parada era ya como un ritual, el inicio de un viaje místico. Caminaba entre los jardines y las terrazas hasta la calle Campanillas y entraba en la urbanización de mi amiga como quien entra a un bar por primera vez; seguro de que lo primero que encontrará será la barra, y de que el baño estará al fondo a la derecha; pero sin que el ambiente le resulte familiar. Llegaba, tomaba un té matcha orgánico de los que a ella tanto le gustaban, ojeaba algunos álbumes de fotos de nuestra adolescencia reconociendo las mismas caras que en un catálogo de jardinería, pasaba por el cuarto de baño y regresaba a mi casa. No es que ella no fuera amable, se preocupaba por mí. Trataba de hacerme recordar, me preparaba aquel té tan

diurético… Pero para mí era una chica que acababa de conocer, como una camarera simpática. No había lazos, no había conexión. Y a veces me costaba creer que alguna vez la hubiera habido. Éramos muy distintas. En mi cuarto de baño había frascos de pastillas, el suyo estaba lleno de productos no testados en animales, cosmética ecológica, incienso y velas de cera natural de abeja. Los discos que acumulaban polvo en mis estantes eran de Cuerdas de acero, WarCry, Sôber, Leo Jiménez, Mago de Oz, HIM… Los suyos, que estaban impolutos, eran de Vetusta Morla, Zahara, Love of Lesbian, Sidonie… Una indie ecologista y una *heavy* desmemoriada, una combinación prometedora, sin duda. Lo mismo algún día yo la *quijotizaba* a ella y mi persona resultaba *sanchificada*. ¡Viva la simbiosis cervantina!

Me abrió la puerta envuelta en una toalla, dejando un rastro de jabón tras de sí.

—Pasa, Herz, me has pillado en la ducha.

Enseguida vino la gata negra a restregarse contra mi pierna mientras yo me quitaba la cazadora mojada. Me gustaba mucho más el macho, Sésamo, gordo y holgazán. Al parecer yo se lo había regalado a Elora hacía algunos años. La felina emitió un sonoro maullido, a lo que mi amiga respondió:

—Dale un orgasmo a Hulla, que ahora salgo.

«Ni de coña», pensé. Me senté en el sofá, y la felina en celo acudió a mi lado mostrándome su pequeño y acalorado sexo, haciéndome proposiciones deshonestas. La primera vez que vi a Nezar, el novio de Elora, aliviando manualmente a la menor de sus felinos mientras me contaba que estaba seguro de su condición de gata lesbiana, estuve a punto de irme de su casa. Pero para ellos, que estaban totalmente en contra de darle pastillas que inhibieran su celo o castrarla, era una costumbre natural. ¿Y yo soy rara porque me visto de negro y escucho Apocalyptica? Ja.

—Hay té en la cocina, Herz —volvió a gritar Elora bajo el chorro de la ducha.

Es la única que me llama así. Es diminutivo de Herzeleid, mi supuesto *nick*. Al parecer, lo tomé de una canción de los Rammstein. Significa dolor de corazón, muy en sintonía con lo poco que sabía de mí misma. Aunque empezaba a preguntarme por qué se suponía que lo tenía dolorido. Eso sí, las ideas, los conceptos, el conocimiento abstracto, digamos, permanecía en mi cabeza, solo que había olvidado cómo lo había adquirido. Es decir, recordaba el argumento de *La Regenta*, sentía cierta repulsión hacia el amor, y me sabía las letras de las canciones de todos mis discos, pero no podía acordarme de un solo día en la universidad, ni de qué relaciones había tenido, ni de los conciertos a los que había ido.

La gata Hulla se acercó un poco más a mí, acostumbrada como estaba

a que los humanos le dieran de vez en cuando un poco de placer.
—Lo siento, minina, pero no pienso complacerte —le dije empujándola al suelo.
Cuando Elora salió de la ducha yo estaba tumbada en el sofá, jugueteando con el móvil. Me miró como quien estudia un simpático ejemplar de alguna especie a punto de la extinción. Creo que siempre he sido un ser incomprensible para ella, tanto ahora, que ya he recobrado la cordura, como antes, cuando la había perdido por completo.
—¿No te apetece el té?
No respondí. Estaba harta del ritual del té y de la ronda de anécdotas con las que ella pretendía hacerme recordar. A veces me parecía todo un montaje, me sentía como si fuera protagonista de un *reality show*, como Jim Carrey en *El show de Truman*.
—Tienes cara de no haber pegado ojo —dijo—. ¿Otra vez ese sueño?
—¿Qué sueño?
—El que me dijiste el otro día que siempre se repetía: ese en el que vas en una barca por un lago y te despiertas de golpe porque alguien te grita…
—Ah —fingí recordar sin dejar de mirar el móvil—. Pero no es *alguien*. Es el Conejo Blanco.
—¿El Conejo Blanco? ¿El de Alicia?
—Sí.
—¿Es el que dice tu hermana que ves a veces…?
—No, este es un compañero suyo de madriguera, Paco, soltero, buen tipo. Se turnan todos para verme, aunque Luján dice que es un caso claro de «síndrome *conejítico*», una variante de lo que padecen los que cuentan ovejas para dormir —ironicé.
—No me tomes el pelo…
Fue a la cocina para ponerse un té chai. Aunque puede que mi sarcasmo la incomodara y la teína fuera solo una excusa para respirar hondo. Volvió con ganas de saber más:
—Estás muy callada. Sigues sin recuperar un solo recuerdo, ¿verdad?
—Exactamente igual que ayer y anteayer y…
—No te frustres, eso sí que bloquea a cualquiera.
Que no me frustrara. Claro. Solo tenía que pulsar el botón de contener la frustración. Sencillo.
—¿Quieres volver a mirar los álbumes de fotos?
Qué harta estaba de aquello…
—Lo que quiero es saber por qué tuve el dichoso accidente, Elora. Todo el mundo dice que iba demasiado deprisa y que por eso me estampé contra los pinos. ¿En serio queréis que crea que no tenéis ni idea de por qué iba a toda velocidad por un puerto de montaña con nieve? ¿Tan poco me conocíais o qué? ¿Qué es lo que no queréis que

sepa?
—¿Por qué iba a ocultarte algo…? A ver, Herz, te lo he dicho mil veces: eres mi mejor amiga, pero… no sé qué te pasó aquel día. Qué más quisiera yo que saberlo…
—No creo que cambiara nada para ti, pero yo estoy segura de que es la pieza que me falta para el puzle en blanco de mi vida, ¿sabes? Es como en las películas, cuando el desmemoriado descubre cómo perdió los recuerdos: todas las conexiones neuronales vuelven a funcionar.
—Pero esto no es una película. En la vida real las cosas llevan más tiempo.
—¡Que he perdido tres años de mi vida, Elora! ¡Esto no puede durar más tiempo!
—Mira, si no tienes paciencia yo no te puedo ayudar —dijo—. Para mí también es muy duro, ¿sabes? Pero los medios que tengo son limitados, Mica.
—¿Que para ti es duro? ¡No tienes ni idea de lo que dices!
—Claro que la tengo, ¿cómo puedes ser tan egoísta? ¡Esto no te afecta solo a ti!
—¡Que no sé quién soy, Elora! —grité.
Y luego el portazo y las pastillas en el ascensor para frenar esa angustia que se me llevaba por delante. ¿Quién demonios era la tía que me miraba desde el espejo mientras bajaba? Tenía los ojos demasiado grandes, unos enormes ojos color rubio tabaco que le ocupaban toda la cara, como si fuera un dibujo manga. ¿Tenía pinta de querer matarse con el coche? ¿Se arrepentía de no haberlo conseguido? ¿Era ella la real o lo era yo? No me sentía real. El mundo no me parecía auténtico. ¿Y si atravesaba el espejo, como hizo la Alicia de Carroll?
—¡Despierta! —me gritó el Conejo Blanco.
—Maldita sea, ¡cállate! —le dije de mala manera mientras esperaba a que el litio y los ansiolíticos hicieran efecto.
Cuando salía del portal me estampé de lleno contra un hombre engabardinado y caí de culo en la acera.
—¡Discúlpeme, señorita! —me dijo, tendiéndome la mano en el acto, aunque la culpa había sido mía—. ¿Está bien?
—No —le espeté antes de aceptar su ayuda para levantarme—. Pero no es por la caída.
Tenía el pelo muy revuelto y grandes ojos de imaginador.
—Vaya, lamento oír eso. ¿Puedo hacer algo para ayudarla? —preguntó.
—Ya me ha ayudado a levantarme… Soy yo la que le pide perdón, ¿le he hecho daño?
—No, ¡para nada! Solo me he asustado al verla caer…
—Iba demasiado deprisa y sin mirar… Aunque la verdad, da lo

mismo dónde ponga los ojos, es todo irónicamente ajeno, como una maldita broma…

Los suyos, sus saltones ojos ambarinos, me contemplaron con incomprensión mientras su mano seguía sobre mi brazo, como si temiera que fuera a volver a caerme. Tenía pinta de pintor surrealista. Gabardina raída, gafas de pasta, dientes desordenados.

—Decía Ray Bradbury que hay que mantenerse borracho de literatura para que la realidad no te destruya… Yo siempre que puedo la esquivo. Ahora mismo iba a hacer algo así, puedo invitarte a probar, si quieres…

Me fascina la gente que se pasa de amable. Creo que a veces puede resultar más molesta que la que se pasa de desagradable, pero yo ya me había olvidado de quién era, ¿qué más podía pasar?

—¿Quiere emborracharme para compensar el golpe? —Reí.

—Le ofrezco un vermú y literatura, si me lo permite. Su cara me resulta extrañamente familiar, pero no recuerdo de dónde… ¿Cree que nos conocemos? ¿Se dedica al mundo editorial? ¿Es usted escritora?

Ja. ¡Editora o escritora! Ojalá. Lo más parecido a eso que yo podía ser tenía que ver con mi supuesta licenciatura en Filología Hispánica y con mi doctorado inconcluso por el accidente. Iba a convertirme en doctora en Literatura aquel verano, al parecer. Nunca llegó a suceder. Así que no, no creí posible que nos conociéramos.

—No recuerdo nada de mi vida desde hace tres años por un accidente de coche… Estudiaba Literatura. Así que, quién sabe.

Enmudeció un instante, pero salió airoso de la estupefacción:

—Ese argumento de novela está ya muy trillado. —Rio.

—Ya lo creo. —Reí yo también—. Topicazo de novel.

—Soy Saúl Ortiga. —Me estrechó la mano.

Aquel tipo era un escritor y editor famoso, a pesar de que yo siguiera esperando que sacara el carboncillo y me dibujara en cualquier momento. Me contó que estaba organizando actividades para un encuentro literario y quería contar con carne fresca. Me llevó a un café que había tras la catedral, el Bella Vita. Allí tenía lugar una tertulia de un grupo de escritores jóvenes, Altavoz, se hacían llamar. Me presentó como «su recién conocida amiga desmemoriada, estudiante de Literatura». Creí morir de vergüenza.

—Opino que haberla encontrado no es casualidad. Podría ser un nuevo fichaje para vuestro grupo —añadió, dirigiéndose al barman.

Aquello era lo último que yo tenía en mente. Pero era grato estar entretenida. Así que saludé tímidamente con la mano y me limité a escuchar y a observar cómo gesticulaban. Hablaron de la posibilidad de colaborar en el acto de presentación de la nueva editorial del tal Ortiga en León. La editorial se llamaba Boukyaku, «olvido», en japonés. Me declaré agnóstica de las casualidades tras conocer el

nombre.

Al cabo de un rato, sus incisivos diastémicos de conejo bonachón eran lo único que me divertía. Así que me puse a indagar entre los libros de las estanterías, no sin notar las miradas curiosas de los miembros del grupo sobre mí. Supongo que debían de estar pensando a qué se refería Ortiga con lo de desmemoriada. El bar era también una librería de lance y tenía exquisiteces literarias que aguardaban a ser descorchadas. Henry, el barman poeta, me puso sobre la mesa que había junto al estante que estaba ojeando lo que había pedido: un Eli, emulando a mi anfitrión.

—¿Sabes qué es un Eli? —susurró.

—No —reconocí.

—Es como hemos bautizado al tipo de vermú que siempre pide Elisa Otelo.

No tenía ni idea de quién era esa mujer.

—La escritora —aclaró al ver que estaba perdida.

Sorbí del vaso. Quizá no debería haber pedido alcohol…

—¿De qué conoces a Ortiga? —me preguntó divertido.

—De haberme estampado contra él en la calle hace un rato —le dije —. Nunca he leído nada suyo.

Sonrió. Luego paseó los dedos por los lomos de los libros y me tendió un ejemplar: *La mujer del aire*.

—Esto es lo que escribe, por si quieres conocerlo más. ¿Qué escribes tú?

—Pues… no me acuerdo —dije.

Henry regresó a la barra con una sonrisa entre divertida e incómoda para continuar con su labor como coordinador del grupo. Los jóvenes de Altavoz fueron desplegando un portentoso abanico de ideas para la colaboración en el acto que proponía Ortiga, mientras daban buena cuenta de una tortilla de patata y algas, que fue muy celebrada.

Al término de la tertulia, decidí comprar el libro y agradecerle a Ortiga su invitación. Le dije que me había alegrado la mañana, no sabía cuánto. Él insistió en que me apuntara al grupo y en dedicarme su libro. Henry también insistió, le dije que lo pensaría y le escribiría un correo, y me despedí.

***

Al llegar a mi piso abrí el libro con curiosidad por ver la rúbrica de la vanidad del escritor:

> Para Mica —con su río oscuro en el cabello y su voz de niña agarrada al borde de una cornisa con una sola mano—, que también es una mujer del aire y por eso aparece en este libro.

Aquellas palabras escalaron por mi médula espinal y penetraron en mi cerebro con tanta fuerza que no pude menos que estremecerme.

Por un momento, me faltó la respiración. Y fue catártico. La eléctrica chispa azul de las conexiones neuronales me dio una descarga: yo ya había leído eso en alguna parte. Estaba segura. Ya había leído esa dedicatoria, ¿pero dónde? Y además, ¿era posible que el tal Ortiga escribiera siempre las mismas dedicatorias? Volví a salir de casa y regresé al piso de Elora con el libro en la mano. Me abrió la puerta, desconcertada.

—¡He tenido un *déjà vu*! —chillé.

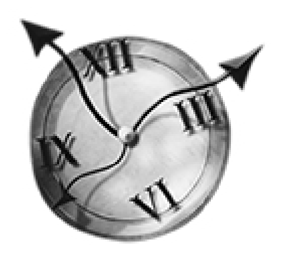
—¿Cómo?

—¡Lee esto y dime dónde lo he leído antes!

Elora hizo lo que yo le pedí, aún en la puerta, mientras la esperaba con las pupilas convertidas en interrogantes. Se fue directa a la estantería del salón y sacó un ejemplar de *La mujer del aire*. Lo abrió por la primera página y me lo mostró. Ponía:

> Para Elora —con sus pecas de panecillo integral y sus pequeñas ranuras de risa en los ojos— que también es una mujer del aire y por eso aparece en este libro.

Sí, definitivamente Ortiga reciclaba dedicatorias. Abracé a mi amiga hasta casi ahogarla. La abracé con todas mis fuerzas. ¡No podía creer que hubiera recordado algo! Y, a juzgar por la cara seria de Elora, ella tampoco. No parecía alegrarse en absoluto. ¿Por qué? ¿Acaso padecía algún tipo de síndrome de Münchausen por poderes? ¿Prefería que fuera una desgraciada a que fuera feliz? ¿Qué clase de amiga puede preferir eso?



2. Knokin´on Heaven´s door

Hola, hermanita. No sé por dónde empezar, eso se te ha dado siempre mejor a ti, ¿recuerdas? Tú empezabas algo y yo lo terminaba; acuérdate de que mamá siempre decía que empezaste a caminar antes que yo y fuiste la primera en atreverse a arrancarte el primer diente que se te movió, yo lo hice todo después. Por eso no sé muy bien qué decirte, ni cuál es el principio. Imagino que debería ser «lo siento». Siento mucho lo que te ha pasado, Mica, y siento también no haber tenido antes el valor de venir a ver cómo estabas…

Verás, cuando supimos que estabas en coma y que nadie sabía cuándo ibas a despertar… no pude enfrentarme a eso, hermana, no pude. Ni siquiera sé si sirve de algo que finalmente le haya echado valor y esté aquí, en el hospital, frente a esta cama donde te tienen intubada y monitorizada.

La verdad es que me siento ridícula, como si hablara sola, pero ya sabes que dicen que los que estáis en coma sí que oís y que es bueno hablaros y todo eso. Elora dice que lo ha intentado, pero que no le sale, y que se viene aquí a leer revistas, y a veces te cuenta algún cotilleo de famosas, de esos que le gustan tanto, o consejos de belleza o moda o lo más *trendy* que exista en decoración, música o literatura —ya sabes lo amante de lo *mainstream* que es—. Si pudieras moverte seguro que ya le habrías dado una colleja o algo para no tener que escuchar más esas bobadas. Ojalá lo hubieras hecho. No puedo creer que ya no vayas a hacerlo nunca más. Me siento tan culpable…

Solo tengo un par de días antes de volver al trabajo y he de resolver algunos asuntos, así que no puedo quedarme mucho, pero prometo venir mañana. Sé que hace tiempo que ya no crees mis promesas, y lo entiendo. Imagino que no vale de nada que te diga que esta vez voy a cumplirla. Ni siquiera me convenzo a mí misma… Aunque he mejorado mucho en eso de mentir, casi me he convertido en profesional. «Miento casi siempre. Todo el mundo lo hace», como dice

Santi Balmes en *Los colores de una sombra*. «Engaño a otros y me engaño a mí. ¿Para qué diablos sirve la verdad?». Así conseguí mi actual trabajo y todo lo que tengo ahora. También lo que no tengo, que eres tú. Pero no podemos cambiar el pasado, tenemos que convencernos de que la vida es así, unos ganan y otros pierden, y los que ganan no pueden pasarse la existencia renegando de su suerte.

No puedo cambiarme por ti. No puedo. Tengo que asumirlo. Ya no es como cuando una no estudiaba para un examen y la otra se lo hacía, o como cuando engañábamos a la abuela para comer postre dos veces. ¿Recuerdas? Aunque la abuela siempre fue difícil de engañar, casi nos distinguía mejor que mamá, aunque claro, ella siempre estaba sobria, imagino que eso le daba ventaja. Ay, mamá… Ni siquiera he pensado en localizarla para contarle lo tuyo. Seguro que está de gira por medio país y parte del extranjero. Me encantaría ver su cara cuando se entere de que una de sus hijas está en coma. Aunque dudo que supiera de cuál de nosotras se trata. En realidad dudo que nadie pueda. Es lo que tiene ser gemelas monocigóticas. Por eso somos prácticamente indistinguibles. Tú y yo somos el resultado de la división accidental del cigoto en dos partes. Sí, íbamos a ser una única niña. Compartimos el cien por cien de los genes. Ser dos embriones dentro de una misma placenta nos convirtió en clones naturales ¡Clones! ¡Tú y yo somos clones, Mica!

Esto me lo explicaron los médicos cuando valoraron la posibilidad de trasplantarte uno de mis pulmones. Me sometieron a unas cuantas pruebas. Gracias al cielo no hizo falta; un cirujano excelente fue capaz de reconstruirte el tuyo. Fue él quien me explicó lo de los clones, en una sala de espera, mientras yo aguardaba a que te abrieran la cabeza y te extrajeran un coágulo. Imagino que quería distraerme. Se acercó a mí y me ofreció una chocolatina. Me dijo que era increíble lo muchísimo que nos parecíamos. «¿Sabes por qué?», recuerdo que me preguntó. «Porque somos gemelas, supongo», le dije. «Sí», respondió, «pero unas gemelas muy especiales». Justo después llegó Elora desde Trueca, a punto de darle un ataque tras haber visto tu coche hecho un acordeón en la carretera, y el médico se fue. Cuando le conté que quizás no saldrías viva del quirófano se echó a llorar. Pasamos muchas horas esperando, en silencio, adoptando todas las posturas posibles que nos permitían los incómodos asientos de plástico de la sala de espera. Yo me entretenía recordando todo lo que me había contado el médico sobre nuestro inusual parecido. Estábamos destinadas a ser una sola persona. Se nos dividió el cuerpo. ¿Acaso también el alma? Quiero decir, ¿los rasgos de una personalidad común se repartieron en dos cuerpos? Igual solo digo chorradas… Pero si me paro a analizarlo, está claro que todo lo bueno te lo llevaste tú, «doña Perfecta», yo salí perdiendo en el reparto. Si somos exactamente iguales, ¿por qué la

abuela te daba un trato especial? Eras su preferida. Sí, no finjas que no lo sabías, todo el mundo lo sabía, eso se nota. No la culpo, todos tenemos favoritos, y eras tú. Puto cerebrito brillante… ¿Te esforzabas en destacar para jodernos a todos o te salía solo? Matrículas de honor, voz de soprano, te hacías querer... Todo se te daba bien. Yo no servía para eso, para destacar. Y te confieso que se me comía la envidia. Pero encima eres tan buena gente que lo compartías todo conmigo. No me pones fácil ni odiarte… ¡No se puede ser tan perfecta, Mica! Y si tú lo eras, ¿por qué existía yo, que solo soy una copia barata? Le di vueltas a esta idea todas las horas que estuviste en el quirófano. ¿Existía porque ibas a morir?

La abuela no sabe nada de lo tuyo, claro. La noticia la mataría. En este tiempo han pasado muchas cosas, Mica… He tenido que meterla en una residencia. Ahora sí que ha perdido la cabeza del todo… Decírselo sería cruel. Habría que contárselo cada día de nuevo porque lo olvidaría, y si hay algo peor que el alzhéimer es, sin duda, que te digan que tu nieta favorita yace vegetal en una cama de hospital. Por suerte no pregunta por ti, todavía. Tiene períodos de lucidez, pero apenas le llegan para cuestionarse qué demonios hace ella en un asilo y revolucionar un poco al personal, al que, con casi noventa años que tiene, le cuesta Dios y ayuda calmarla y sedarla. Luego se le pasa, pero para evitar estas crisis hemos llevado los muebles de su cuarto a la residencia, y mientras está en su habitación se siente como en casa. Quién iba a decir que acabaría así. Marcela, la Argentina, indestructible, incombustible. Físicamente no podría estar mejor. Ha debido de hacer algún tipo de pacto con el diablo, porque si no, no me explico cómo puede tener esa piel tan blanca a la que los años parecen no tener acceso.

Ojalá herede su longevidad y su buena salud, eso sí, con la cabeza en su sitio, tiene que ser horrible olvidarte de quién eres y de cuál es tu historia. Imagina que de repente un día no pudieras recordar nada o solo partes de tu vida, y que todo a tu alrededor hubiera cambiado. Eso sí, a mí siempre me reconoce. Le he llevado mate, como solías hacer tú cuando cosía, antes de que el maldito alzhéimer avanzara tanto, pero no le ha hecho tanta ilusión, claro. Se ha puesto a sorberlo por la bombilla de alpaca en su mecedora, de cara a la ventana, y ya no he podido sacarle una palabra más. Así que me he venido a verte. Tenía que hacerlo, ya era hora. Reconozco que he estado fuera sopesando la posibilidad de no abrir esta puerta, de darme la vuelta y largarme. Pero ya ves que no lo he hecho. Y aquí estás, como si te hubieras pinchado con la rueca de la Bella Durmiente. Casi como si no hubiera pasado nada. Las cicatrices se notan menos, y la parte de la cabeza que te raparon para la operación ya tiene pelo. Te da un *look punk rave* interesante, no creas. Qué demonios, a ti todo te queda bien,

¡hasta el pijama del hospital!

No sé por qué te cuento esto, será porque estoy segura de que no vas a responderme, o por si no vuelvo a tener la ocasión de decírtelo. No lo sé. Lo que sí sé es que por una vez en la vida, soy yo la que va por delante. Y no me disgusta. Por eso te decía al principio que lo primero era contarte cuánto lamento esta situación y que me siento culpable. Sobre todo porque no puedo quedarme aquí sentada esperando que algún príncipe azul venga a despertarte con un beso, tengo que vivir. El tiempo se ha detenido para ti, no para mí. Lo entiendes, ¿verdad?

No sé dónde demonios estás ahora, pero te miro y te imagino conduciendo un viejo Cadillac azul cielo por las calles del limbo, con la melena al viento y *Knockin' on heaven's door* sonando en tu radio.

> Mama, put my guns in the ground,
> I can´t shoot them anymore,
> that cold black cloud is coming down,
> feels like I´m knockin' on heaven´s door.[1]

¿Recuerdas esa canción? Claro que sí, ¿cómo ibas a olvidarla? Estoy segura de que cada vez que la has escuchado de los labios de Axl Rose has viajado mentalmente al mismo sitio que yo: al asiento trasero del Renault 5 negro de mamá, a principios de los noventa. Seguro que no me equivoco. Fue el año que fuimos a la Expo de Sevilla. Como no teníamos dinero para comprarnos una camiseta de Curro, mamá nos lo dibujó en el brazo, como buena tatuadora que era, ¡y fue el mayor regalo de la historia! Me acuerdo de que el sudor hizo que se corriera la tinta y tú te pusiste a llorar. Hacía un calor asfixiante, y pasamos muchas horas en el coche para llegar. Durante el trayecto escuchamos mil veces esa canción. Cuando años más tarde comprendí la letra y lo que había supuesto aquel viaje demencial, supe que Bob Dylan había escrito la banda sonora de nuestra vida. Así fueron aquellos años, como aporrear las puertas del cielo esperando que alguien nos dejara entrar. Lo que ocurrió fue que nos estábamos equivocando de puerta. Por eso era imposible que se abriera. Por más que mamá reclutara espaldas aladas de tinta, no eran de verdad: en el cielo no aceptan ángeles caídos.

Yo creo que lo peor que pudo pasarle a la abuela fue tener una hija como nuestra madre. El calvario que vivió con ella desde que entró en la adolescencia… ¿Has visto sus fotos hasta que mamá cumplió los catorce? Era sencillamente preciosa, casi exótica. Las pocas fotografías de después parecen mostrar a su hermana mayor. ¡Bum!, envejeció de golpe. Pobrecita. Tampoco debió de ser fácil con un marido como el abuelo. ¿Recuerdas oír hablar del abuelo Nicasio?

¿Qué tendría mamá en la cabeza para portarse tan mal? Supongo que las drogas le dañaron el cerebro. No sé cómo pudimos nacer sanas,

hermanita. Puede que seamos tan bajitas e imaginativas porque probamos la marihuana en el útero… Ja ja ja. Suerte que cuando se acabó el dinero tras el incendio del estudio de tatuajes, decidió abandonarnos en casa de la abuela, si no, no sé qué habría sido de nosotras vagabundeando por media España y durmiendo en el coche…

¿Sigues preguntándote quién es nuestro padre? Yo no. Estoy segura de que incluso Malena lo ignora, y seguramente sea un indeseable como ella. Cuando éramos pequeñas jugábamos a inventar cómo era o qué rasgos de nuestro físico o nuestra personalidad podían ser suyos. Creo recordar un dibujo, incluso un regalo que nos hizo llegar a través de mamá: el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*, ¿te acuerdas? Estabas obsesionada con ese puto libro. Al cumplir los catorce decidí quién era ese hombre para mí: nadie. Tú, en cambio, seguiste soñando, y hasta los dieciocho decías que fijo que era ese cantante al que ella seguía a todas partes. ¿Pero a cuál te referías, Mica? ¿En serio creías que mamá solo estaba con un tío? ¡Por Dios! Todo el mundo sabía cómo se las gastaba Lady Pain, y que a los diecisiete se convirtió en toda una *groupie*. Tú y yo no habríamos nacido de no ser así. Míralo por el lado bueno, igual somos hijas de Adrián Barilari, de los Rata blanca. Sé que esto te habría hecho reír. Daría un maldito brazo por verlo.

Alguna vez me han dicho que crecer sin padre y prácticamente sin madre ha tenido, por fuerza, que causarnos un trauma. Gilipolleces, gracias a la abuela estamos perfectamente sanas. Nunca nos faltó cariño. Nunca nos faltó de nada. Que desaparecieran de nuestras vidas fue el mayor favor que pudieron hacernos. Lo que nos habría causado un trauma hubiera sido vivir con nuestros padres. Con suerte, dormiríamos en una caravana y no habríamos ido al colegio, ¿no crees? Puede que a estas alturas ya tuviéramos hijos con el primero que nos hubiera dado la oportunidad de escapar de semejantes personajes. También es verdad que, de haber sido así, no hubieras tenido coche, y por tanto no estarías ahora donde estás… O sí, quién sabe.

No sé si el destino se puede cambiar. Tal vez tenga versiones, o finales alternativos… O quizás existan copias imperfectas de nosotros mismos que toman asiento cuando lo dejamos vacío… Lo que está claro es que hay trenes que solo pasan una vez. Y yo debería subirme, ya que se me presenta la oportunidad.

Ahora tengo que irme. No sé qué más decirte, Mica. Si tan solo pudieras hacer algún gesto para que sepa que me escuchas…

[1]. Mamá, pon mis armas en el suelo, / no puedo dispararlas más, / esa fría nube negra está bajando, / me siento como llamando / a las puertas del cielo. *(N. de la A.)*



3. Painkiller

Tras aquella especie de *déjà vu*, Elora me invitó a cenar. Nezar estaba de viaje de empresa y volvería al día siguiente, así que teníamos la casa para nosotras solas. Mientras mi amiga se disponía a preparar el que aseguraba que era mi plato favorito: lasaña casera, empecé a parlotear animadamente sobre el doctor Luján y sobre Saúl Ortiga. Elora no decía nada, se limitaba a concentrarse en colocar las capas de pasta y cubrirlas con bechamel. En lugar de carne, el relleno consistía en un sofrito de cebolla, pimiento, calabacín y zanahoria. Luego añadió salsa de tomate que ella misma había hecho y espolvoreó el plato con queso.

—Lo de no ponerle carne… ¿es por la crisis esta que decís que vivimos? —bromeé.

—Soy vegetariana, ¿recuerdas? —contestó sin atisbo de risa.

Ojalá. Estaba cenando con mi mejor amiga y ni siquiera sabía que no comía carne. La observé cocinar en silencio, sus tirabuzones moviéndose como muelles pelirrojos, sus enormes gafas *hipster* de pasta negra resbalando por la nariz. ¿Quién era aquella extraña que se afanaba en hacerme la cena? Por la cinturilla de su pantalón asomaba un tatuaje en la cadera. Era el mismo *heartgram* que tenía tatuado yo, en el mismo lugar.

—¿Eso nos lo hicimos juntas? —Se lo señalé.

—Claro —sonrió.

***

Unos meses antes de aquel *déjà vu* literario me había negado a tomar los antidepresivos y estaba tan hundida en mi miseria que no tenía fuerzas ni para contemplar la posibilidad de organizarme un suicidio decente, premeditado, no como el del accidente de coche (estaba convencida de que, en realidad, no intenté matarme). Pero una noche,

después de tanto absurdo y tanto tiempo mirándome en el espejo y preguntándome quién era la del otro lado, zapeando, me encontré a Kevin Costner lanzando mensajes al mar en una botella. Y una musa me desenterró del sofá de una bofetada y me llevó de los pelos a por mi pluma oxidada.

> Náufraga en el mar de la vida necesita ser rescatada.
> Herzeleid.

Fue todo lo que fui capaz de escribir. Luego lo metí en un sobre y en el remite puse mi dirección de correo electrónico. Pasé un rato mirando el nombre del destinatario y, finalmente, escribí: «Para Painkiller». Lo había tomado del título del mejor álbum de los Judas Priest. Y es que un corazón dolorido siempre necesita un analgésico, que es lo que significa.

El resultado fue que, como en León no tenemos mar, mi botella cayó a las aguas del río Bernesga a las cuatro de la mañana del miércoles más frío de aquel febrero. Lo cierto es que me sentí ridícula al instante y, de camino a casa, decidí que nadie iba a encontrar y mucho menos a hacer caso a lo que hubiera escrito —y de qué forma— en una botella de Fanta. Al día siguiente, ni siquiera se lo comenté al doctor Luján, y eso que me había encargado hacer algo creativo. Solo le comenté cuánto me horrorizaba su corbata malva y lila. El tipo odiaba que desviara la conversación para meterme en su vida. Sobre todo porque adquirí destreza de profesional al más puro estilo Annibal Lecter con su «*quid pro quo*, Clarice». Recuerdo que accedí a hablar sobre lo que recordaba de haber abandonado mi tesis si él me hablaba de la suya. Fue así, con gancho y paciencia, como le sonsaqué los detalles de su vida universitaria mientras él obtenía bien poco sobre mis últimos demonios.

Andrés Luján era el típico intelectual atractivo demasiado ocupado con sus estudios como para fijarse en las mujeres. Ninguna de las liberales madrileñas de la Europea consiguió sacarle más que unas copas y análisis psicológicos gratis en la cafetería del campus. Eran guapas e inteligentes, pero para él, que no levantaba la cabeza de sus apuntes en la biblioteca ni para leer los mensajes subliminales que le lanzaban los escotes de sus compañeras, eran personas irrelevantes. Solo le interesaba doctorarse. Y lo consiguió. Entonces y solo entonces se interesó por una mujer, una contadora de historias, también leonesa, que trabajaba en la cafetería de la universidad. Había sido toda una coincidencia. Francis Bacon dijo que no hay belleza sin algo extraño en sus proporciones, y eso, además de magia al contarle cuentos sobre la raposa, el lobo, el trasgo y otros personajes de la mitología leonesa, formaba parte del encanto de Camino. Andresín, como solo ella lo llamaba en Madrid, con aquel sufijo tan del norte y

que tanto le recordaba a su madre, recuperó todas sus vivencias infantiles cuando probó el sabor de aquella mujer. Por ella regresó a León. Se casaron en la Pulchra Leonina. Desgraciadamente, los niños nunca vinieron. Camino estaba muy enferma. Pero eso lo supe mucho más tarde.

Cuando me acorraló con el encargo de hacer algo creativo, le confesé lo del mensaje en la botella. No sé si me creyó. Se limitó a preguntarme dónde la había tirado y qué esperaba conseguir. No supe responder.

Después de la cena en casa de Elora, he de decir que estaba más animada. Había tenido una especie de recuerdo y me sentía un poco menos sola. Podría decirse que era ligeramente más feliz, excepto porque la primavera estaba empezando a tocarme la moral con sus alardes de alegría y sus estúpidas flores. Había visto por la tele que hay muchos tipos de alergias según las plantas que te afecten, y que por los síntomas que presentes se pueden identificar. Así que me fui derechita al ordenador para buscar cuál era la dichosa verdurita que me ponía los ojos como globos —si es que podían ser más grandes— y así entretenerme con algo. Tenía un mensaje en la bandeja de entrada de mi correo electrónico. El asunto decía: «SOS Recibido». Lo abrí. Solo había escrita una dirección de Facebook: www.facebook.com/painkiller. ¿SOS recibido? ¿Painkiller? De pronto me dio un vuelco el corazón. No podía ser. No, estaba claro que se trataba de un error, no podía referirse a mi mensaje desesperado lanzado al río hacía un par de meses. Decidí cerrarlo y seguir buscando una solución a mi alergia. Era más fácil ignorarlo que enfrentarme al pánico que me daba descubrir quién había respondido.

***

Llegué a la consulta del doctor Luján con los ojos igualmente hinchados, a pesar de mis nuevas adquisiciones antigramíneas. En la sala de espera había una chica que leía *Poeta en Nueva York*. No respondió a mi saludo. La voz aguda de la secretaria anunció que era mi turno de tumbarme en el diván a soltar estupideces. Ay, «el síndrome universal, la vida te sentó en un diván, contando todo tipo de traumas», como dice Santi Balmes en la canción *Me amo* que me enseñó Elora… Pero esta vez el *quid pro quo* no me funcionó. Andresín ya estaba harto de los trucos que utilizaba para desperdiciar la hora diaria de terapia, y no tuve más remedio que empezar a hablar de mí. Acabé contándole lo del correo de Painkiller y mi pavor a que fuera una respuesta a mi llamada de socorro embotellada. Le pareció una noticia estupenda, dijo que era muy bueno para mí, y que mis deberes para el fin de semana eran agregar al misterioso destinatario a mis amistades de Facebook y mantener una charla con él. No solo no

aceptó mis reticencias, sino que me exigió nombre, edad y profesión del sujeto para el lunes. ¡Yo no tenía ni cuenta en Facebook! Maravilloso. No pensaba hacerlo. No podía obligarme. ¿En qué iba a beneficiarme perder el tiempo con una persona tan desesperada como para recoger una botella del río y…? Eso dando por supuesto que en realidad hubiera leído el mensaje y que no se tratara de algún tipo de publicidad engañosa, o de alguien dispuesto a pasar un buen rato a costa de una pobre chiflada como yo. Pero Andrés insistió en que debía hacer lo que me decía, creía que sería liberador. Y, francamente, me da a mí que también sentía curiosidad.

Al salir vi que la muchacha que leía a Lorca seguía en la sala de espera. Despedirse es más fácil, no se espera una conversación como tras un saludo, solo un «adiós». Así que lo dije. Y ella respondió. A lo mejor no estaba tan mal hacer un esfuerzo y relacionarme un poco.

Llegué a casa estornudando y miré el ordenador con recelo. No recordaba la última vez que había comido, así que hice una expedición al congelador. Rescaté unos guisantes del fondo y los preparé con jamón. No tenía ni idea de por qué sabía hacer ese plato, pero estaba delicioso. Cocí los guisantes, los escurrí y los reservé. En una sartén sofreí un poco de cebolla cortada en juliana, luego añadí el jamón en tacos y, cuando estuvo dorado, incorporé los guisantes y le agregué ajo, pimentón, sal, una guindilla y un chorrito de vino blanco. Finalmente lo coroné todo con un huevo estrellado, bien mezclado con lo demás. *Oh la là!* ¿Por qué había estado sobreviviendo a base de lasañas congeladas y galletas? ¿Me habría enseñado la abuela a preparar aquella delicia?

El domingo por la noche, como todo mal estudiante, me senté frente a la pantalla dispuesta a hacer la tarea para que el doctor Luján no la tomara conmigo. Me abrí una cuenta de Facebook y, con la esperanza de que no estuviera conectado, agregué al tal Painkiller a mis contactos. No me decepcionó. Encantada de poder decirle al doctor Luján que el personaje misterioso no había dado señales de vida, me tumbé en el sofá a la luz de la teletienda.

Empezaba a quedarme dormida cuando sonó el *pop* que me indicaba que se había activado un chat de Facebook, y de mala gana y con sueño, me asomé a la pantalla para leer:

Painkiller: ¿Estás ahí?

Las sienes me latían. Eran las tres de la mañana. Finalmente, respondí:

Herzeleid: Sí.

Painkiller: Te estaba esperando…

La taquicardia aumentó. Escudriñé su perfil. No había fotos ni comentarios ni nada.

Herzeleid: ¿Quién eres?

Iba a morirme de expectación. No sabía quién quería que fuera.

Painkiller: Painkiller.

Dios. Había recibido el mensaje. ¡Había recibido el mensaje! Estaba a punto de empezar a hiperventilar, y habría cerrado la página de no haber leído lo siguiente:

Painkiller: ¿Qué te pasa, Corazón dolorido?

Quienquiera que fuera, sabía alemán.

Herzeleid: ¿Sabes alemán?
Painkiller: Solo un poco. Por las letras de Rammstein.

¡Le gustaban los Rammstein!

Herzeleid: ¿Sabes también lo que significa Painkiller?
Painkiller: Es una canción de Judas Priest, ¿no? Imagino que si tú eres el corazón dolorido, yo soy tu tranquilizante.
Herzeleid: Vaya, eres un chico listo.
Painkiller: Lo intento.
Herzeleid: ¿Dónde apareció mi botella?
Painkiller: La encontré en el río.
Herzeleid: Justo donde la dejé, qué coincidencia.
Painkiller: Jeje. A la altura del Puente de Los Leones.
Herzeleid: WOW, sí que viajó.
Painkiller: ¿Sí? ¿Desde dónde la tiraste?
Herzeleid: Eso no importa.
Painkiller: Es cierto. Lo importante es que la encontré.
Herzeleid: ¿Hace mucho?
Painkiller: Hace un par de días. Fue todo un hallazgo.
Herzeleid: Debes de estar tan loco como yo.
Painkiller: Ha servido para encontrarnos. No está mal.
Herzeleid: ¿Y ahora qué?
Painkiller: No lo sé. Esta es solo la primera dosis de Painkiller. Irá haciendo efecto poco a poco.

Herzeleid: Ja, ja.

Painkiller: Supongo que me ayudaría conocer por qué te duele el corazón.

Herzeleid: Es una pregunta difícil de responder. No estoy pasando por un buen momento.

Painkiller: Lamento oír eso.

Herzeleid: Sí, yo también.

Painkiller: ¿Crees que podría hacer algo para que te sintieras mejor?

Herzeleid: No estoy segura.

Painkiller: Voy a probar.

Herzeleid: ¿Qué? ¿Qué vas a hacer?

Y me envió un enlace de YouTube. Era una canción. *A ton étoile,* de Yann Tiersen. Mientras la ponía traté de ver de nuevo si tenía fotos en su perfil o alguna cosa que me diera una pista de si lo conocía, pero no. Cuando la canción se estaba terminando, él preguntó:

Painkiller: ¿Te ha gustado?

Herzeleid: Mucho. La música es… envolvente, mágica. Pero no sé francés.

Painkiller: Yo tampoco entiendo mucho, pero dice algo así como: «Bajo la luz abierta y en la sombra en silencio, si estás buscando un refugio inaccesible dicen que no está lejos». Y luego creo que: «Deja que tu estrella brille en el lienzo».

Herzeleid: Un refugio inaccesible, ¿eh?

Painkiller: Sí. Pero tú estás a salvo conmigo.

Herzeleid: Eso que has dicho me recuerda a una película de Ford Coppola.

Painkiller: *¿Drácula?*

Entonces sí que me quedé de piedra. No era posible que se supiera mi diálogo favorito de la película.

Herzeleid: Dios… ¿quién demonios eres? ¿Me conoces?

Painkiller: «Y el hada verde que vive en la absenta quiere tu alma… Pero tú estás a salvo conmigo».

Mi corazón volvió a dar una sacudida.

Herzeleid: Acabas de ponerme la carne de gallina.

Painkiller: Me encanta esa parte.

Herzeleid: No puedo creer que esto sea solo una coincidencia.

Painkiller: Yo no creo en las coincidencias.

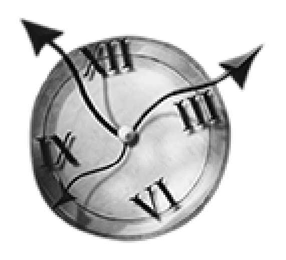
Herzeleid: No irás a decirme que crees en el destino y todas esas patrañas Disney…

Painkiller: Yo solo creo que ha merecido la pena esperar para encontrarte.

Painkiller: ¿No dices nada?

Painkiller: ¿Hola?

Y entonces apagué el ordenador. No sé por qué. Me entró el pánico.



4. Celada

A la mañana siguiente comprobé las notificaciones de Facebook: Painkiller había llenado el chat de interrogantes sobre mi repentina desaparición. No había sido un sueño, realmente había hablado con él la noche anterior. Y había sido… ¿cómo definirlo? ¿Desconcertante? Sí, esa era la palabra.

Me fui a la consulta del doctor Luján, reconozco que con ánimo. Más que nada porque tenía ganas de ver su cara cuando le contara que había hecho lo que me había encargado: hablar con el chico misterioso. Aunque, desde luego, no había averiguado nada de lo que él me había pedido. No sabía cuál era su nombre ni tampoco a qué se dedicaba. Sin embargo, sabía otras cosas más interesantes y esperaba que con eso fuera suficiente para restregarle mis logros al doctorcillo.

Se mostró realmente entusiasmado, satisfecho como un profesor cuando su mejor alumna borda un examen, aunque yo no fuera ni de lejos ese tipo de aprendiz. Dijo que aquello era realmente bueno para mí, que, abrirme a otra persona, aunque fuera virtual, era un gran paso. Creía que tras aquella extraña amistad cibernética, estaría más preparada para entablar relaciones reales, con personas de verdad, y me animó a seguir hablando con el muchacho. Era el primer progreso que hacíamos desde que había empezado la terapia, hacía un año, y reconozco que yo también me sentí satisfecha. Pero cuando pensaba en de qué me servía relacionarme si el disco duro de mi cabeza estaba dañado, me derrumbaba. ¿Tenía que resignarme a ser una persona nueva? ¿Había llegado el momento de crear nuevos recuerdos? Tenía que probar. ¿Qué podía perder? Iba a instalar un nuevo programa: Painkiller, y para eso debía formatear el PC de mi mente.

Herzeleid: Hola.
Painkiller: ¡Al fin! Empezaba a pensar que ayer te asusté…
Herzeleid: Ja, ja, ja. Bueno. Un poco.

Painkiller: ¿Por qué te doy miedo?
Herzeleid: No sé, es como si me conocieras.
Painkiller: Eso le ocurría a Mina con Drácula.
Herzeleid: Eres increíble. No sabes cómo me gusta esa película.
Painkiller: Ya veo. ¿Por qué?
Herzeleid: No lo sé con exactitud… La historia de amor, la humanidad del monstruo… Creo que fue la primera vez que entendí que se podía amar a un ser que por naturaleza es dañino… Mi interés patológico por los monstruos no tiene límites… Además me parece una gran adaptación de la novela de Stoker, aunque, claro está, con matices.
Painkiller: Con cambios argumentales, querrás decir.
Herzeleid: Sí, puede que Coppola no debiera haberla titulado *Bram Stoker´s Dracula*, pero las adaptaciones son eso, cambios de formato, historias en papel que se convierten en imágenes pasando por el filtro de una serie de mentes…
Painkiller: Eres de las que defiende las adaptaciones, entonces.
Herzeleid: No. Solo defiendo que no se puede hablar de si un libro es o no mejor que una película. Es como decir si es mejor una fotografía de *Las Meninas* o una escultura. Puede que representen la misma escena, pero en formatos diferentes, por tanto no comparables.
Painkiller: Vaya… así que eres lista.
Herzeleid: Ja, ja. ¿Lista?
Painkiller: Eso me gusta.
Herzeleid: Ja, ja, ja. No creo que lo sea.
Painkiller: Pues yo creo que sí. Lo que pasa es que estás sola, y por eso nadie puede decírtelo.
Herzeleid: ¿Por qué iba a estar sola?
Painkiller: ¿Por qué si no ibas a tener dolor de corazón y a tirar botellas con mensajes de socorro al río?
Herzeleid: Para deducir eso no hace falta ser muy listo. Ja.
Painkiller: Lo sé. Pero tengo razón.
Herzeleid: ¿Así te sientes tú?
Painkiller: ¿Solo?
Herzeleid: Solo.
Painkiller: Ahora ya no.
Herzeleid: ☺
Painkiller: Ja, ja. Son malos tiempos para los soñadores.
Herzeleid: ¿Tú crees?
Painkiller: Por supuesto. El mundo de hoy es un lugar en el que no está permitido soñar, los que sueñan son considerados estúpidos, diferentes, raros…
Herzeleid: ¿Eso te pasa?

Painkiller: ¿?
Herzeleid: Dices que mi problema es que estoy sola, intento adivinar cuál puede ser el tuyo. Y no me preguntes por qué supongo que tú también tienes un problema, porque recogiste una botella del río y contestaste al mensaje que había dentro…
Painkiller: Ya. Ese es precisamente el problema: que yo no creo que lo sea. Soy un soñador, toda mi vida he sido un marginado por no adaptarme al sistema y permitir que triture mis sueños, como hacen todos los demás. Me da igual si la gente considera que recoger una botella y leer su mensaje es una estupidez y que lo que hay que hacer es salir y beberse las botellas y pisotear hasta a tu propia madre para tener más éxito o más dinero. Yo no soy así.
Herzeleid: Vaya, lo siento si te he ofendido.
Painkiller: No lo has hecho. No te preocupes.
Herzeleid: ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?
Painkiller: Estoy haciendo una tesis.
Herzeleid: Qué curioso. ¿Sobre qué?
Painkiller: Bueno, es complicado…
Herzeleid: Vale, lo capto, no me lo cuentes.
Painkiller: No, no, sí que quiero contártelo, lo que pasa es que es un tema difícil de explicar.
Herzeleid: Prueba. Igual te entiendo y todo.
Painkiller: Es que es una tesis muy personal, la estoy haciendo por mi cuenta, sin apoyo de la universidad.
Herzeleid: Eso es muy raro.
Painkiller: Lo sé. Ya te he dicho que soy un soñador.
Herzeleid: Vale, pero de algo tratará. ¿Sobre los soñadores?
Painkiller: Sí, en parte.
Herzeleid: Ajá. ¿Es un estudio antropológico o sociológico? No vas a contarme más, ¿no?
Painkiller: No. De momento no.
Herzeleid: Esto no me gusta nada. ¿Es que soy parte de tu investigación?
Painkiller: Quizá. Ya veremos. Primero quiero hacer un experimento.
Herzeleid: Joder, me estás dando miedo.
Painkiller: No tienes por qué tenerlo, en serio.
Herzeleid: Así que soy tu conejillo de Indias, estupendo. Eso explica por qué coges botellas y contestas a sus mensajes.
Painkiller: No, eso no es así. Tengo suficientes sujetos de estudio, tú eres otra cosa. Quiero ayudarte. Necesito ayudarte.
Herzeleid: Dirás lo que quieras, pero yo me siento manipulada y triste ahora mismo. Por un momento había pensado que ibas a salvarme, ja, ja, ja. Qué estúpida.

Painkiller: Y lo haré, si me dejas. ¿Cómo puedo demostrarte que no soy un capullo?

Herzeleid: No quiero que me demuestres nada. Ya no. Es mejor que dejemos de hablar.

Painkiller: ¡NOOOOOO! Espera, esperaaaaaaaaaaa.

Y apagué el ordenador. Me sentía herida y despechada, no sabía exactamente por qué, pues aquella extraña relación cibernética era solo eso, cibernética. Quiero decir que para mí no significaba nada más que charla. ¿O sí? Llevábamos hablando muy poco tiempo y apenas nos conocíamos. Pero vale, lo admito, estúpidamente había confiado en que aquel tipo iba a ayudarme de algún modo. No sé cómo. Había creído que nos parecíamos. Y resulta que lo único que quería de mí era añadirme a una lista de resultados, despojándome otra vez de mi identidad, que era lo que yo más anhelaba reafirmar.

Los días que siguieron a aquella especie de riña de ciberenamorados, fueron un tanto largos y tristes. Elora estaba muy ocupada corrigiendo exámenes, mi hermana no cogía el móvil, y la casa se me caía encima. Cada vez que hacía la cama caía en la cuenta de que había pasado un día más haciendo exactamente lo mismo. No podía estar más tiempo así, sin hacer nada. Necesitaba ocuparme en algo o me iba a volver más loca de lo que ya estaba. Ya había escuchado todos los discos que había en casa al menos dos veces, y otro tanto con los libros… Así que me eché a la calle, liberándome de mi clausura, buscando cualquier sitio en el que necesitaran a alguien para trabajar, arrastrando conmigo al Conejo Blanco. El aire entró a través de los agujeritos de mi jersey de punto, desapolillándome el espíritu un poco e insuflándome ánimo para arrastrar mis botas de adolescente tardía por las aceras. Vivía muy cerca del centro, con lo que en muy pocos minutos estaba recorriendo las calles empedradas del casco antiguo. Pasé junto a un garito llamado Bardaya, detrás de la catedral, y tuve una extraña sensación de familiaridad. No sé por qué, decidí entrar. Dentro no encontré explicación a que me sonara, y eso me causó pesadumbre. Me quedé ahí, de pie junto a la barra, como una idiota.

—¿Qué te pongo? —preguntó la camarera.

—Eh… nada, nada, ya me iba.

—¿Mimi? —volvió a interrogar.

—¿Perdón?

—¡Ostras, Mimi! ¿Cómo estás? ¡Madre mía, cuantísimo tiempo! —se entusiasmó.

—Creo que me confundes con otra persona…

—Joder, tía, ¿no te acuerdas de mí? ¡Lala! Laura Lanza. Con la de

años que tocamos juntas…
—Igual me confundes con mi hermana, yo es que no…
—Ah, es verdad, que tenías una gemela.
—Pero ella no se llama Mimi, y yo tampoco, así que… —le expliqué.
—Vaya, pues entonces no eres quien creía, lo siento, debes de ser la otra. Es que sois como dos gotas de agua, yo habría jurado que eras Mimi. La llamábamos así en la universidad, por el mi de Micaela y el mi de Miñambres, je, je, je, Mimi. Y yo Lala, ja, ja, ja, chorradas de crías…
—¿Micaela has dicho? —me sorprendí.
—Sí, creo. Igual me traiciona la memoria, como siempre la llamaba Mimi igual me confundo con su verdadero nombre… —se explicó, extrañada.
—No, no, está bien. Es que… nunca me habló de ti, je, je, je —mentí —. ¿Y tocabais en un grupo?
—Sí, dimos conciertos por toda la ciudad, me parece muy raro que no te lo contara. Juraría que fuiste a alguno… Pasamos por varias agrupaciones, hasta que Mimi se hizo con el micro y formamos nuestra propia banda, Sódica, ¿no te suena?
—Ojalá…
—¿Qué?
—No, nada, que no, que no me suena.
—Oye, ¿y cómo está ella? Oí que tuvo un accidente de coche terrible y nunca pude confirmarlo ni localizarla… ¿Es verdad?
—Emm… bien, bien. Recuperada y eso —respondí.
—¿De verdad? ¡Cuánto me alegro! Pues me encantaría verla, que después de aquello le perdí la pista completamente. Dile que venga a verme, o te doy mi número y se lo pasas. No sigue en León, ¿verdad? ¿Estás bien, tía? —se preocupó—. Tienes una cara… ¿Te pongo una cerveza o algo?
—Sí, por favor.
—¿Heineken, Mahou, San Miguel…?
—No sé. Pon lo que quieras.
—Uy, chica, qué mal te veo. También tenemos de importación…
Debió de verme tan descolocada que se sentó junto a mí, al otro lado de la barra.
—Mira, si quieres te pongo lo que solía beber tu hermana, así te animas —me dijo poniéndome la mano sobre el hombro.
—Vale. ¿Qué tomaba?
—Rubia. De trigo. Hoeggarden o Franziskaner. Pero era una *gourmet* de las birras artesanas, y para las grandes celebraciones, pedía Celada. Ya no la fabrican en tu pueblo, pero yo aún tengo dos cajas.
—¿Cómo?
—Celada, como la virgen de Trueca. Tienes que haberla tomado

alguna vez…
Como yo no decía nada, volvió a la barra y me la sirvió.
—Invita la casa.
A mí me daba igual la maldita Celada. No sabía cómo tenía que sentirme. ¿Le decía la verdad? ¿Le decía que yo era la tal Mimi pero que no lo recordaba? Eso era un poco raro. Al menos me había sonado el nombre del bar…
—¿Y cómo dices que conociste a mi hermana? —pregunté antes de darle un sorbo a mi cerveza.
—Pues en la universidad. No estudiábamos lo mismo, pero frecuentábamos los mismos bares y nos enamoraba el *rock*, así que nos hicimos amigas, sobre todo a raíz del grupo.
Aquella cerveza estaba realmente buena. Sabía a… memoria. Tuve un *flash* de mí misma en aquel bar decorado como si fuera una vieja mina, con sus traviesas de madera sujetando la galería, sus candiles y sus vagones. Estaba cantando *Show must go on*, de Queen, delante de un montón de gente apiñada en el reducido espacio, y pedía que alguien me trajera una cerveza. Una mano generosa me alargaba una Celada. Era un chico a quien conocía muy bien. Mi novio, estoy segura. La impresión hizo que el recuerdo se resquebrajara como un cristal, y antes de que me diera cuenta se había hecho añicos a mis pies. Dios. Mi adolescencia en un trago. Brindé a la salud de Proust y su magdalena.
—Oye, ¿estás bien?, esto… ¿cómo dices que te llamas? —preguntó una preocupadísima Lala.
—¿Y ese chico con el que salía? Mi hermana, quiero decir —desoí su pregunta.
—Te refieres a Adán, ¿no? La verdad es que no he vuelto a verlo. Creía que seguían juntos y todo…
—¿Ah, sí?
—No te hablas con tu hermana, ¿verdad?
—No… —volví a mentir, aunque más o menos era cierto.
—Vaya, tía, lo siento. Es una pena, porque es una chavala increíble. Tenéis las dos los mismos ojazos gigantes. Me alegro de que ya no esté con ese idiota de Adán.
—Si quisiera encontrarlo… Al idiota, digo. ¿Sabrías dónde tengo que buscar? —la interrogué.
—Uf, pues es que no sé… Ya sabes que era un hijo de papá con mucha pasta. Vivía en Trueca hasta que empezó Ingeniería de Minas, pero creo que luego estuvo estudiando fuera... Si no hubieran cerrado las minas, te diría que buscaras a su padre, don Remigio Del Val, en la Hullera Vasco-Leonesa, pero ya ves que quebró, maldito gobierno. Aunque si dices que hace tiempo que no lo ves, quién sabe dónde estará. Hace años que no lo veo por el bar, y eso que antes él y tu

hermana lo frecuentaban mucho. Ese estará fuera de España, que es donde están los que tienen la suerte de podérselo permitir.

Solo había visto su cara en ese *flash*, su cara de ángel caído, con esas angulosas mandíbulas y esos ojos de perro callejero fijos en mí. Ni siquiera sabía si lo reconocería si me lo topara por la calle, pero el sentimiento que me despertó estaba claro: lo amaba con todas mis fuerzas. Y si Lala no tenía noticias de que nos habíamos separado, ¿significaba que cuando tuve el accidente aún estábamos juntos? ¿Me dejó entonces al ver que no despertaba? ¿Dónde estaba? ¿Sabía mi hermana algo de todo esto?

Me despedí de la amable camarera con la promesa de pasarme algún otro día por el Bardaya. Una vez fuera llamé a Melisa, que tardó en responder.

—¿Si?

—Acabo de tomarme una Celada —dije por toda respuesta.

—¡No puedes mezclar las pastillas con el alcohol, Mica! —me regañó.

—Entonces sabes que eso es una cerveza.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a saberlo? —preguntó.

—No es muy común que digamos. Ya ni se fabrica.

—Bueno, y eso qué importa. Lo que sí que importa es que no debes jugártela así, hermanita.

—Solo le di unos sorbos. En el bar Bardaya, ¿te suena?

—Sí, estaba cerca de la catedral, ¿aún sigue abierto? —quiso saber.

—Pues sí, y me he encontrado a una vieja amiga allí.

—¡Te han recomendado reposo, Micaela, por Dios! Sabes que no puedes ponerte en situaciones que te causen estrés.

—¿Y cómo iba a saber yo lo estresante que sería tomar una cerveza en un bar? Entré porque me sonaba mucho el nombre y, mira por dónde, resulta que lo frecuentaba, y hasta cantaba allí —expliqué.

—¿Y quién era la amiga, si puede saberse?

—Lala. Laura Lanza, es la camarera. Me reconoció de inmediato y me llamó Mimi.

—Siempre fue un apodo horrendo… —respondió ella— ¿Le contaste lo del accidente?

—¿Sabes quién es?

—Sí, sí, sé quién es, os vi tocar un par de veces, y hablabas de ella en casa a menudo. ¿Le contaste entonces lo de tu accidente?

—¡No, me dio vergüenza! ¡Podías haberme sugerido que contactara con ella! ¡Me ha ayudado a recordar! —me quejé.

—Ni siquiera sabía que seguía en León. Y ya sabes que tu móvil se destrozó en el accidente, el único teléfono que tenía era el de Elora.

—Es igual, lo importante es que he recordado a alguien más.

—¿A quién?

—A Adán —respondí.

—…

—¿Mel?

—Sí, sí, dime.

—¡Te digo que he recordado a Adán!

—…

—¿Qué pasa, no te alegras?

—Sí, cariño, claro que me alegro. Lo que pasa es que ese tío es uno de los recuerdos que no deberías recuperar, eso es todo.

—¿Por qué?

—No fue una relación muy buena para ti, ¿vale?

—¡No me importa! —me desesperé —. Quiero recuperar todos los recuerdos, los buenos y los malos.

—Ya, ya, lo entiendo.

—¿Por qué Elora nunca me ha hablado de él?

—Porque yo le pedí que no lo hiciera, Mica…

—¿¡Cómo!? —Perdí los nervios—. Soy incapaz de recordar nada de mi vida, ¡y encima me ocultáis cosas!

—Lo sé, lo siento, pequeña, solo quería ahorrarte sufrimientos innecesarios…

Para entonces ya estaba teniendo otro ataque de ansiedad, y tuve que dejar el teléfono para administrarme una dosis de esas pastillitas rosas que me permitían respirar más despacio y evitaban que empezara a hiperventilar. Cuando conseguí calmarme, retomé la conversación.

—¿Sigues ahí? —dije.

—¡Dios! ¿Estás bien?

—No. Quiero que vengas a casa, tienes que contarme todo lo que me hayas ocultado.

—No te oculto nada, ¡solo te protejo! —exclamó.

—No lo necesito. Ven esta noche y haz de hermana de una puta vez. No puedes dejarme sola por más tiempo.

—Nada me gustaría más que eso, Mica, te lo juro. Pero no estoy en España, sabes que dependo de la ONU.

—¡Coge un maldito avión! —sollocé.

—No puedo hacer eso, perdería mi trabajo. Y con el dinero que gano es con lo que comes y vas al psicólogo.

—¡Yo no te lo pedí! Además, puedo trabajar.

—Escucha, Mica, cálmate. Puedo estar ahí en… una semana. Solo dame una semana y te prometo que arreglaremos esto. He cometido un error, perdóname. Pero esto es bueno, estas recordando cosas, ¿ves? ¿Qué más has recordado?

—…

—Mica, accedí a no contratar a alguien para que te cuidara porque dijiste que estarías bien, que con Elora cerca todo estaba bien. No me hagas cambiar de opinión.

—No, no. Solo quiero hablar contigo, de verdad, no por teléfono. Hace diez meses que no nos vemos… —rogué.

—Lo sé. En cuanto acabe en Noruega pido unos días para estar contigo. Te lo juro. Ahora tengo que colgar.

—Vale, Mel. Te tomo la palabra.

Por supuesto, la siguiente parada era la casa de Elora. ¿Qué clase de amiga le oculta información a su alma gemela?



5. Fotos viejas

Llegué a casa de Elora hecha una furia. Le conté todo lo que había ocurrido en el Bardaya, la conversación con mi hermana, y que había descubierto las mentiras de ambas. Tras escudarse en absurdas excusas durante unos diez minutos, acabó yendo a buscar las piezas del puzle inconcluso que me enseñaba a diario: las fotos que había sacado del álbum por petición de Melisa. Todas eran fotos en las que aparecía Adán y, curiosamente, en algunas estábamos en aquel bar que había visitado hacía una media hora. Allí estaba, rodeándome con sus brazos tatuados en muchas de las fotografías. No recordaba nada, pero lo que sentía por él era tan vívido… Melisa aparecía con nosotros en un par de fotos, y Elora y Nezar también. Todos formaban parte de aquel complot para que mi mente no regresara hasta aquel tipo. Y quería saber por qué.

—Quiero la verdad. Ahora.

—No creo que la verdad te ayude a recuperar la memoria. Es más, pienso que solo vas a conseguir que te de un ataque —dijo mi amiga.

—¡Que me lo cuentes! A estas alturas ya intuyo que fue el causante de mi accidente, así que explícamelo todo, si no, sí que voy a tener un ataque, y tú un moratón en la cara.

—Bueno, menos violencia, ya te lo cuento. Tu hermana va a matarme, pero en fin… ¿No prefieres esperar a la semana que viene? Cuando ella esté aquí podemos hablar las tres…

—Me importa una mierda mi hermana. ¿Qué pasó el día que me estrellé? —exigí —. Basta de excusas, Elo.

—Era un cabrón, Herz, después de años de exprimirte como un limón, decidió dejarte. Así, de la noche a la mañana. Tú no lo soportaste y…

—¿¡Quieres decir que intenté suicidarme!?

—Pues no lo sé… Nunca quedó claro, la verdad. Por eso no queríamos decírtelo. No sabíamos cómo te iba a afectar… El caso es

que cogiste el coche, subiste el puerto con el acelerador a fondo. El coche patinó a causa de la nieve y te saliste de la carretera, hasta atravesar los pinos… Lo siento mucho.

—¿Soy el tipo de persona que se quitaría la vida? —pregunté.

—No lo sé. Pero conocías ese alto como la palma de tu mano, y sabías que estaba helado…

—No puedo creerlo…

—Lo siento mucho, de verdad.

—¿Dónde está él?

—¿Adán?

—Sí, tengo que verlo —aseguré.

—Imagino que la culpa lo hizo polvo, porque desapareció tras visitarte en el hospital y saber que estabas en coma y que nadie sabía si sobrevivirías...

—Dios, tiene que haber una forma de localizarlo…

—Pero ¿para qué, Herz?

—¡Yo que sé, Elora! ¡Igual me ayuda a recordar más cosas!

—¿Ves? Esto es precisamente lo que tratábamos de evitar, que te obsesionaras…

—Pero ¿cómo no voy a obsesionarme? —sollocé.

—Shhh, ven aquí, ya está —me consoló—. Hay más cosas que has recordado, por ejemplo, te acordaste de la dedicatoria de Ortiga, eso es genial.

—Eso no es más que un recuerdo selectivo, no me lleva a ningún lado. En cambio, ver a Adán quizá active la chispa que me falta para que todo regrese a mi mente…

—El doctor Lujan te dijo que eso no se puede acelerar, ¿no? ¿Por qué no te alegras de estar progresando y dejas que las cosas sucedan despacio? No te quedes esperando los recuerdos, vive, sé feliz, y si vienen, estupendo.

—Qué fácil es para ti decir eso… —me quejé.

No pensaba hacer ningún caso a su consejo. Sabía dónde tenía que buscar pistas sobre el paradero de Adán. En parte lo necesitaba para recuperar la memoria, y en parte para llenar un preocupante vacío sentimental… Era hora de enfrentarme al infierno blanco del puerto y hacerle una visita a la abuela. Claro que no pensaba contárselo a mi amiga.

—¿Qué quieres decir con que era un cabrón, Elora?

—Joder, Herz, pues eso, que era un auténtico cabrón. No hacía más que mirarse su propio ombligo, siempre hacía lo que le daba la gana y no paraba de hacerte daño. Yo nunca congenié con él, ni yo ni nadie. No tenía ningún interés en hacer amigos, ¿sabes? Como si estuviera incapacitado para relacionarse. Tú no dejabas de darle oportunidades y siempre volvía a defraudarte.

—El típico egoísta —completé.
—No, Herz, era mucho más que eso. Era tan desapegado contigo… Solo parecía necesitarte cuando te perdía. En cuanto tratabas de olvidarlo, regresaba, y tú dejabas que lo hiciera, una y otra vez. Era alarmante. No te dejaba ser feliz. Hablamos contigo, miles de veces, pero siempre recaías, por mucho que te esforzaras. Lo amenazamos, pero nadie es capaz de intimidar a ese tío. Ya no sabíamos qué hacer para dejar de verte sufrir. Y a él le daba igual verte así, no le afectaba tu dolor, era como si fuera inmune… Menudo cerdo.
—Vaya… —musité.
—Sí… Nos desquiciaste a todos. Quisimos abofetearte muchas veces. No comprendíamos cómo te dejabas torturar así…
—Pero ¿a qué te refieres exactamente con que no me dejaba ser feliz? ¿Qué me hacía? —interrogué.
—¡Ay, Micaela, te empeñas en pasarlo mal! Pues te era infiel, te trataba como a una mierda, desaparecía, te dejaba… Y lo peor: te dominaba, tenía un poder infinito sobre ti. Cuando él quería que volvieras, volvías. Sabía que lo amabas por encima de todo y lo utilizaba en su favor. Cuando conocías a otro tío o tenías la oportunidad de salir fuera de León para olvidarlo, hacía lo imposible por demostrarte lo mucho que le importabas y la falta que le hacías. Y a la mierda tus relaciones y tus oportunidades, una vez que regresabas a su lado, volvías a ser una desgraciada. Pero parecía que te gustaba…
—A lo mejor se veía así desde fuera…
—Mira, el corazón de ese tío era un pequeño burdel con el aforo completo. No tenía ningún escrúpulo a la hora de triturar el tuyo. Se había hecho experto en el delicado arte de pulverizar a quien quisiera amarlo, y eso debía de resultar un desafío para alguien tan masoquista como tú. Ahí residía todo el encanto que le veías: era inalcanzable. No podía ser tuyo ni de nadie. Motivo suficiente para desearlo, muchas lo deseaban, no solo tú. Además nadaba en dinero —volvió a la carga.
—¿Y a mí me importaba eso? —me sorprendí.
—No. La verdad es que nada en absoluto. Igual por eso te quería, a su manera, porque eras la única que lo amaba por cómo era… Nunca intimó con nadie como contigo, pero era incapaz de dejar de hacerte daño. Y tu conciencia te advertía del peligro, pero la apartabas de un manotazo y te tirabas de cabeza al gélido océano de su mirada gris, que no era más que una tela de araña invisible. Pobre estúpida… Casi te dejas la vida intentando que te amara…
—Pero has dicho que me quería… —Traté de entender mi comportamiento.
—Sí, bueno, quién sabe… He dicho que lo hacía a su manera. Y su forma de quererte era dañina. Pero estabas completamente enganchada a ese amor.

Empecé a encajar algunas piezas. Quizá por eso tenía esa idea del amor ligada al dolor que tanto ataca el doctor Luján.

—Por eso Herzeleid, ¿no? —divagué con la vista perdida.

Por eso mismo, sí. Te autobautizaste así a los diecisiete. Fue cuando aprendimos la verdad, como dice la canción: nunca seríamos las reinas del instituto. Tampoco es que tú quisieras serlo, preferías pasar desapercibida, no como Melisa. Por aquel entonces pretendíamos ser distintas, no queríamos ser unas aspirantes más a cuerpo diez y cabeza cero, y tú habías descubierto a los Rammstein. Luego leíste *Los amores lunáticos*, de Lorenzo Silva, donde había una chica que tampoco era la reina del instituto, pero enamoraba al protagonista —un chico también distinto— con su melena negra y su *piercing* en el labio, y llegamos a la conclusión de que el nombre te quedaba como un guante: Dolor de corazón. Yo te consideraba una sufridora, pero aquel nombre era como una bandera para ti, te llenaba de orgullo, no de autocompasión. La contundencia del alemán le restaba lo hortera y lo cursi y le sumaba la crudeza con la que tú lo sentías, grabado a fuego. A los diecisiete cambiaste, renaciste de tus cenizas, y eso era lo que para ti significaba Herzeleid, un «he sobrevivido», un «he perdido la inocencia», un «he sangrado, pero yo sola me he cauterizado la herida», un «cuidado con la rosa, pincha».

Suspiré.

—Pero como por fuera seguías pareciendo tan dulce y tierna como una magdalena empapadita en leche —siguió—, decidiste espinarte con el *piercing* del personaje de Silva y otros que vendrían luego. Y diez años después, sigo llamándote por ese nombre y soy de las pocas personas que saben qué significa.

Qué impotencia. No recordaba absolutamente nada de eso, pero sí la letra de la canción de Rammstein:

> Bewahret einander vor Herzeleid
> denn kurz ist die Zeit die ihr beisammen seid.
> Denn wenn euch auch viele Jahre vereinen einst werden sie wie Minuten euch scheinen.
> Herzeleid.
> Bewahret einander vor der Zweisamkeit.[2]

—Creo que en ese momento fue cuando te enamoraste de la bestia, como tú solías decir —continuó mientras yo la observaba con los ojos como platos—. Cuando te enganchaste al amor doloroso, cuando aceptaste que era así. Aquel amor era enfermizo y dañino y te devoraba por dentro como una piraña.

Es curioso cómo el daño puede ser adictivo y reconfortante; como esas heridas en las encías que uno no puede dejar de rozar con la lengua a pesar del escozor.

—Adán se convirtió en una droga para ti, te corroía las entrañas, pero el síndrome de abstinencia era peor. Aquella falta de aire te hacía sentir más viva que nunca, como si la verdadera felicidad no consistiera en alcanzar el placer, sino en descansar del dolor. Por eso te volvías loca de dicha cuando él se dignaba apenas a mirarte, cuando el monstruo reparaba en la devastación que había causado a su alrededor y te daba un día de tregua. Períodos de luna de miel, como los llaman en psicología criminal. Parece que todo lo demás ha merecido la pena. Y lo obvias, lo olvidas, y te quedas solo con lo dulce, lo idílico, que muchas veces está cubierto de maquillaje. Lo que no borra el maquillaje son las cicatrices. Y te convertiste en un ser decrépito, mendiga de cariño, dependiente hasta la náusea.

Dios mío… ¿De verdad había sido así?

—Llegaste a convencerte de que preferías sufrir si eso suponía seguir a su lado, de que el sufrimiento sería mayor sin él. Preferías tropezar con su desprecio que hacer el esfuerzo sobrehumano de esquivar sus patadas y alejarte. Estabas dispuesta a recibir puñaladas antes que no tenerle, a soportar el sufrimiento de su despotismo antes que el de su pérdida.

Qué poquito nos queremos a veces… Y es cuando el monstruo gana la partida.

—Yo creo que te perdiste en la atracción sexual, tan poderosa que, a veces, es muy difícil distinguirla del amor. El misterio que envolvía a Adán era realmente magnético. Un niño bien que bajo su camisa blanca ocultaba tatuajes carcelarios. Pianista de élite, capaz de sublimarte con Tchaikovski y de interpretar a escondidas melodías de metal gótico. Lo expulsaron del conservatorio por tocar delante de un auditorio de más de dos mil personas una balada satánica en lugar de un arreglo de Beethoven. Un rebelde sin causa, un espíritu errante. Te sorbía la esencia, consumía tu energía. Sin alma ya solo eras carne y, como es lo único que quería de ti, cada instante te parecía el cielo. Estabas tan borracha de deseo que se lo entregabas todo, ya sin fuerzas, convencida de que ese era tu premio, de que obtenías algo valioso a cambio. Mentira. Acababas de firmar tu sentencia y de colocarte tú solita los grilletes, Mica.

La escuché hablar, como ausente. No me miraba, y sus ojos se llenaron de un brillo acuoso. Lo está pasando peor que yo con todo esto.

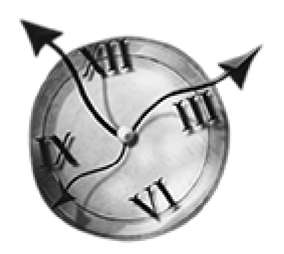
—Yo solía rezar para que fuera él quien te dejara, ya que a ti te resultaba imposible, antes de que tus huesos secos cedieran al abuso de la crueldad y se partieran. No podías más con el peso de aquella relación, pero la adicción era más fuerte. Intentabas desintoxicarte y él siempre te hacía recaer, una y otra y otra vez, hasta que logró que te odiaras a ti misma. Estabas anulada, y lo peor era que él lo sabía y

lo disfrutaba: era un psicópata. Entonces no sabías el maltrato psicológico al que te sometía, ni lo mucho que eso te marcaría de por vida. Y cantabas canciones de Rammstein y pensabas que la única forma de evitar el dolor era *protegerse* de estar juntos, era no amar a nadie.

—Te lo hice pasar mal, ¿eh? —Traté de romper el silencio que nos caía encima como una lluvia muy fría.

—Fue un calvario para los que te queríamos, Mica —explicó—. Pero nadie lo pasó peor que tú. ¿Entiendes ahora por qué tu hermana y yo tratamos de evitarte todo esto? Si hubieras podido escoger antes del accidente, te habrías sometido a un borrado de memoria voluntario, créeme. Creo que solo así habrías podido empezar de cero. No es que yo deseara esto, bien lo sabe el cielo, pero… ya que ha ocurrido, aprovéchalo. Porque temo que, si lo recuerdas, caigas otra vez en sus garras. No lo busques, Mica. Prométeme que no lo buscarás.

[2]. Preservaos el uno al otro del dolor de corazón / porque el tiempo que pasaréis juntos es corto. / Incluso si estáis unidos durante muchos años, / algún día os parecerán minutos. / Dolor de corazón. / Protegeos el uno al otro de estar juntos. *(N. de la A.)*



6. *Donde habita el olvido*

El agua se iba separando al paso de la barca, produciendo un sonido que me reconfortaba. Las velas, que se derretían unas sobre otras en los bordes, iluminaban la negrura del lago subterráneo, descubriendo formas de estalagmitas como dientes que parecían querer devorarnos. Alguien, de espaldas a mí, remaba en silencio. ¿Caronte? ¿Es que estaba muerta? Pero lo inquietante era su cara: no era humano. Era un enorme conejo de color blanco que, de pronto, me gritó: «¡Despierta!».

Y lo hice de un salto, como con desfibrilador. Estaba en mi cama. Ese maldito sueño otra vez. No hay mejor despertador que el Conejo Blanco.

Mientras preparaba un té Earl Grey y una tostada con aceite y tomate, pensé en lo que me había dicho —o más bien rogado— Elora. Que no buscara al cretino de mi exnovio. Pero no iba a hacerle caso. Sabía dónde tenía que ir para encontrar a Adán. Tenía que enfrentarme por fin a mis miedos y ser capaz de atravesar de una vez el endiablado puerto de montaña que separa León de Trueca: El Clauso. Era hora de regresar al pueblo.

—Llegas tarde —dijo el Conejo Blanco mostrándome su enorme reloj de bolsillo con incrustaciones en oro.

—¡Por el amor de Dios! —le grité yo esta vez—. ¡Déjame en paz!

Fui a buscar mis pastillas. No necesitaba que mi alucinación infantil me acompañara al pueblo. Los dos intentos anteriores se habían visto frustrados por sendos ataques de ansiedad. Uno fue con Elora, en su coche. Mi amiga se había ofrecido a llevarme a ver a mi abuela cuando yo aún estaba en silla de ruedas. Yo lo necesitaba, o eso creía. Quería ver si la recordaba, si ella podía ser esa cara familiar que me haría sentir al fin como arropada con una manta y con un chocolate caliente frente a la tele tras haber pasado horas perdida en el supermercado hasta que aparecía tu madre. Era mi última esperanza de consuelo.

En aquella primera ocasión, a los veinte minutos de salir de León en dirección a Asturias, tras atravesar un precioso tramo de terreno despoblado, todo campo liso y pastoril, donde las nubes jugaban a despeinar las montañas, comencé a atisbar las copas de unos pinos que me resultaban extrañamente familiares y amenazantes. Cuando nos introdujimos cuesta abajo en el pinar, cercadas por murallas de troncos como barrotes, la sensación de aprisionamiento fue terrible. Empecé a tener visiones de esas mismas copas nevadas girando como peonzas a mi alrededor y sentí pánico. Aquellos *flashes* eran sin duda recuerdos del accidente, imágenes que se me habían quedado grabadas por la impresión y que hacía aflorar el estrés. Tuve que pedirle a Elora que saliera de allí enseguida cuando comenzó a faltarme el aire. Por suerte llevábamos mi bolsita para respirar. Fueron unos minutos agonizantes. Mientras mi amiga daba la vuelta en un camino de tierra contemplé el supuesto escenario de mi accidente, entonces sin nieve. Aquellos malditos pinos, que ocultaban la luz del sol hasta el punto que parecía de noche, se oponían a que yo accediera a mis recuerdos, como si quisieran que permaneciera al otro lado, custodios implacables de la verdad. Se me antojaron agentes de mi condicional, cerrojos de la cárcel que para mí había sido Trueca. Los vi desaparecer por el retrovisor, puntiagudos como colmillos, y sentí alivio de inmediato. No estaba preparada para eso. Aún no.

El segundo intento, meses después, ya sin silla de ruedas, fue por mi cuenta. Me decidí a coger el autobús, a pesar de haberle prometido a Elora que, cuando estuviera preparada, la llamaría. Quería hacerlo sola. Sabía que el autobús no daría la vuelta y que eso serviría para llegar de una vez por todas a Trueca. Pero una vez comprado el billete, haciendo cola para subir, volví a sentir un miedo atroz y tuve que desistir. Los pinos me acosaban desde la distancia y sentía que me ahogaba. Así que arrugué mi billete, lo tiré al suelo, y abandoné la cola y la dársena lo más rápido posible. No le conté nada a nadie. Y las veces que Elora sugirió volver al pueblo, me negué rotundamente. Un día me dejó el horario de trenes pegado a la nevera junto a una nota que decía: «La mejor opción es el tren; no pasa por El Clauso. Anímate y vamos juntas».

Había pasado un año desde entonces. Melisa decía que no importaba, que la abuela tenía alzhéimer, y que podía esperar, que me tomara mi tiempo para superarlo, de lo contrario podría ser traumático para ambas. Pues bien, había llegado el momento. O lo superaba o me daba un ataque, una de dos. Esta vez las ganas de encontrar a Adán eran más fuertes que el miedo, así que le entregué valientemente mi billete al revisor, y me senté en el último vagón, para retrasar la llegada, supongo. La relatividad, como siempre, hizo que me parecieran horas los minutos que tardamos en salir de la estación. Maldita ley

traicionera… Pero yo había tomado, previsora, suficiente Trankimazin para mantenerme impertérrita.

—Llegas tarde —volvió a advertir el Conejo Blanco.

Decidí duplicar la dosis de litio. Lo estaba haciendo. Estaba yendo al pueblo. Qué iba a encontrar allí, en la cara desconocida de mi abuela, en las calles cenicientas de la villa, eso no lo sabía. Pero estaba segura de que el viaje me revolvería el subconsciente mucho mejor que el doctor Luján y que Painkiller juntos. No había vuelto a entrar en Facebook desde nuestra última discusión… Tampoco sabía si quería volver a hacerlo.

Por lo que había visto en Google, la residencia de la abuela estaba cerca de la estación de tren. Parecía fácil llegar. Para asegurarme y entretenerme, volví a comprobarlo con el móvil. Antes de que me diera cuenta, habíamos llegado. Allí estaba el pequeño edificio amarillo de la estación, con su nombre en la fachada. Tenía que bajarme, pero era incapaz de levantarme de mi asiento, sentía las piernas de gelatina. Los pocos pasajeros que iban en mi vagón empezaron a apearse tranquilamente, así que me forcé a hacer lo mismo antes de que el tren continuara su viaje. Estaba temblando de arriba abajo y sentía náuseas. Pero lo había conseguido. Al fin estaba allí. En un lugar que no me recordaba absolutamente a nada.

Llegar a la residencia fue muy sencillo, estaba a un par de calles. Era un edificio alto y lúgubre, con una enorme ventana circular en lo alto, lo que le daba cierto aire de catedral gótica o de película de Tim Burton. No parecía un asilo, desde luego, sino más bien un bloque de pisos antiguo reacondicionado como residencia. Estaba situado en un descampado junto a lo que parecía un cementerio de trenes. Un tramo de vía muerta y oxidada sostenía algunos vagones llenos de grafitis y de tiempo. A su alrededor se acumulaban otros artefactos ferroviarios medio sepultados por la hierba. La imagen era desoladora. Pensé en lo triste que debía de ser estar encerrado en un asilo con unas vistas tan terribles. Los ancianos debían de creer que los habían abandonado ahí a su suerte, como a aquellos trenes, en un lugar donde uno se deshacía de lo que ya no servía. Igual que aquellos vagones, los ancianos seguían sobre los raíles de la vida, pero ya no avanzaban.

En la recepción me atendió un chico muy agradable que llevaba una réplica de sí mismo en forma de broche de fieltro y que me confundió con mi hermana cuando pregunté por la habitación de Marcela Centeno. Me acompañó amablemente al cuarto de la abuela, en la tercera planta, a través de unas escaleras que se retorcían de tristeza. A medida que ascendíamos el sentimiento aumentaba.

Los dos primeros pisos estaban ocupados por ancianos que se valían por sí mismos y charlaban animadamente en el cuarto de la tele. Constituían un *collage* de grises y marrones, voces roncas y

telenovelas. En el tercero, sin embargo, todo eran lamentos y miradas extraviadas. Había una señora desmadejada en una silla de ruedas que gritaba cosas incomprensibles mientras un auxiliar trataba de acomodarle la cabeza en el respaldo. Recé para que mi abuela no estuviera en ese estado, ni en el de aquel pobre hombre, de pie sobre un charco de su propio meado.

Empecé a sentir la culpabilidad del egocentrismo. ¿Cómo diablos había estado tan obsesionada con mis propios problemas como para no haber venido antes? ¿Por qué Melisa había dejado allí a la abuela? ¿No había mejores residencias? A mí me había pagado una cuidadora privada, en mi propia casa. ¿No había alternativas a internarla? Puede que yo no la recordara y ella a mí tampoco, pero mi deber de nieta era preocuparme por ella y no lo había hecho. Que estuviera en una residencia no había tenido sentido para mí hasta aquel momento. Las habitaciones parecían tan desnudas e impersonales como las de los hospitales, y excepto el cuarto de la televisión del primer piso, no vi ninguna otra distracción.

—Disculpe, ¿qué otro entretenimiento tiene esta gente aparte de la televisión? —pregunté al recepcionista.

—Me puedes llamar Simón, con total confianza —respondió un tanto amanerado—. Los que quieran pueden asistir a gimnasia mental o a gimnasia física por las mañanas. Y en el cuarto de la televisión hay barajas de cartas y un dominó.

—¿Y ya está? —me sorprendí.

—Esta es la habitación de Marcela, ella se entretiene cosiendo —dijo por toda respuesta.

Seguidamente se asomó y anunció mi visita.

—Marcela, ha venido a verte tu nieta.

Y entonces las náuseas aumentaron, esta vez acompañadas de sudores fríos.

—No quiero verla —respondió una voz gastada pero enérgica.

Me quise morir. No iba a ser nada fácil.

——Os dejo solas —la ignoró Simón—. Cualquier cosa que necesites, estaré en mi puesto.

Seguí con la mirada su andar refinado hasta que desapareció al girar la esquina y luego dejé que la pared me sostuviera un rato. Ahí estaba la puerta entreabierta. Dentro había una desconocida. Ya sabía que no iba a reconocerme, pero me daba miedo enfrentarlo y me daba miedo causarle dolor a ella. O quizá me reconociera y me culpara por no haberla visitado. ¿Qué iba a decirle? Lo que estaba claro es que no podía quedarme en el pasillo todo el día. Cuando reuní el valor suficiente para atravesar el umbral, me encontré en un lugar completamente distinto al resto del asilo. El suelo estaba cubierto por una bonita alfombra, y sobre ella descansaban los muebles de una

habitación de matrimonio, nada de camas estrechas con barras de metal. De cara a la ventana había una mecedora coronada por unos cabellos blanquísimos, exquisitamente peinados con rulos. Esa debía de ser Marcela, concentrada en algo que tenía en su regazo.

—¿Me trajiste el mate? —preguntó.

No tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo.

—Eh… ¿El qué? —respondí torpemente.

—Mi mate, leches, el único vicio que traje de Argentina y el único que tengo —dijo secamente—. Es para lo único que necesito que vengas.

—Eh… no, abuela, lo siento. No sabía…

Y entonces se giró para mirarme con una aguja y un dedal en la mano. A la par que su mecedora se detenía y sus ojos se abrían desmesuradamente, una imagen de aquella mujer, cosiendo en esa misma mecedora mientras una versión más pequeña de mí tiraba al suelo su costurero y esparramaba su interior por el suelo me cruzó la mente.

—¡Micaela, hija! —exclamó tendiéndome los brazos.

Acudí a abrazarla, emocionada porque nos hubiéramos reconocido y sorprendida de que las fotos de ella que había visto no me hubieran traído a la cabeza aquella imagen: los hilos rodando sobre la alfombra, los alfileres creando un colchón de faquir.

—Pero ¿dónde has estado, por Dios?

—Pues… Yo…

¡Oh, Dios, sabía quién era yo, me había echado de menos! ¿Qué podía decirle? No creía que la verdad fuera muy reconfortante…

—Ve y dile a mamá que te prepare la merienda, que la abuelita está terminándote el vestido, ¿ves?

Y alzó la prenda que con tanto mimo estaba cosiendo: era un pichi de flores para una niña de seis años que estaba hilvanando para después rematarlo a máquina.

Entonces comprendo que, a pesar de reconocerme, a pesar de estar agachada a su lado, la demencia senil que padece nos separa años luz.

—Sí… —musité—. Ahora se lo digo…

—Tienes que convencerla de que no se vaya de La Jefatura —siguió en tono más confidencial—, le tienes que pedir que se quede con nosotras. ¿No te gustaría que se quedara y no se fuera más?

—Eh… sí.

—Tú dile que La Jefatura es muy grande, que aquí hay sitio para las tres, y que tú quieres que se quede. ¿Se lo dirás?

Mi pobre abuela… Cuánto debió de sufrir con la marcha de mi madre… ¿Pero a qué jefatura se refería?

—¿Qué es eso de La Jefatura, abuela? —le seguí el juego.

—Pues esta casa, ojos grandes —continúa cosiendo—. ¿Te cuento la

historia?

—¿Esta… casa? Sí, por favor.

—A tu madre le encantaba oírla. La llaman «La Jefatura» porque se construyó para eso, para que los Del Val vivieran más cómodamente la experiencia de dirigir la mina. Y como ellos siempre lo han hecho todo a lo grande, no renunciaron al lujo, a pesar de que la casa fuera construida en medio del monte y como residencia temporal.

¿Se refería a su casa, a la casa donde nos criamos Melisa y yo? Vaya, y ahí aparecían los Del Val, siempre influyentes en las vidas de todos, como Adán en la mía. Pero no creí que la abuela pudiera ayudarme con su búsqueda.

—Es una mansión al más puro estilo inglés. Sus dueños vivieron en ella poco tiempo, hasta que sus hijos crecieron, de manera que pasó muchas temporadas deshabitada, cuando la familia estaba en su residencia habitual en Madrid, hacía viajes de negocios o de placer. Con el tiempo, cuando la mina iba viento en popa, tan solo se pasaba por allí don Augusto, quien, viendo con tristeza cómo la casa en la que habían crecido sus hijos se desmoronaba, decidió que la mejor solución era que alguien se encargara de ella. Alguien tenía que habitarla mientras él no estaba, así no acabaría convertida en un lugar inhóspito, daría cobijo a gente que no lo tenía, y él podría seguir visitándola de vez en cuando. —Hablaba sin mirarme, con los ojos fijos en el dobladillo del pichi, mientras yo me sentaba en el suelo.

»Necesitaba una familia que se instalara en la zona del servicio, en la planta inferior: una mujer que se encargara de la limpieza y el mantenimiento de las plantas superiores, y un hombre que trabajara con las mulas que sacaban el carbón en vagones y organizara las cuadras, junto a la vivienda. No podía ser cualquiera, tenía que ser una familia humilde. Y tras analizar a algunos de los trabajadores, se fijó en un joven que acababa de sufrir un accidente que lo había dejado lisiado de por vida: tu abuelo Nicasio.

—¿Ah, sí? —la animé a seguir—. ¿Y por qué se fijó en él?

—Acudió a verlo al hospital, como era su obligación, y habló con él. Nicasio solo rogaba que no asustaran a su mujer y a sus hijos cuando les dieran la noticia. Decía que los niños eran pequeños, no quería que pasaran un mal rato. Don Augusto comprendió que aquel hombre, con un solo brazo, no iba a poder trabajar más como picador y que la pensión que le quedaría no daría para mucho.

—¿Y le dio la casa? —quise saber.

—Durante los dos días siguientes a la amputación, acudió a visitarlo y trató de conocerlo mejor. Le parecía un buen hombre. Pero no fue hasta que me vio cargando con mis dos retoños cuando decidió que nosotros seríamos quienes viviríamos en La Jefatura.

—¿Y cómo os lo ofreció?

—Nos lo propuso allí mismo —explicó—, en el hospital, mientras yo sostenía a tu madre en brazos y tu tío Enrique, muy asustado, no se apartaba de su padre malherido.
—Debió de ser toda una alegría, ¿no?
—Al principio no podíamos creerlo, ¿por qué el alto mando de la mina nos ofrecía a nosotros, unos pobres proletarios, vivir en aquel castillo? Entonces no fuimos conscientes de la gran oportunidad que nos había brindado y aceptamos un tanto reticentes. Tu abuelo no estaba seguro de poder desempeñar el cargo de caballista en su estado, y a mí me daba miedo aquella casa tan grande y tan apartada del pueblo. Pero lo cierto es que Nicasio solo tenía que dirigir a los demás caballistas al interior de la mina, distribuir las cargas, una vez dentro, sacarlas afuera con los animales, y después de la jornada, organizar las cuadras y mantener las mulas. No le hacía falta el brazo para eso, aseguraba don Augusto. Y lo cierto es que montaba a caballo mejor que cualquiera, y tiraba de vagoneta si era preciso, aunque no fuera necesario. A cambio, los niños y yo teníamos todo aquel espacio para nosotros, aunque en verdad nos estuvieran vetadas las habitaciones superiores excepto para limpiar. ¿Qué podíamos perder? ¿Nuestra pequeña casa con una única habitación y el suelo de tierra? Fue todo lo que nos pudimos permitir al volver de Argentina tras la guerra. El ala de servicio era espaciosa y cómoda, mucho mejor que cualquier otro sitio donde hubiéramos estado.
—Así que aceptasteis —dije.
—Lo hicimos. Y estamos muy bien aquí, ¿a que sí?
Dónde estaba la mente de mi abuela es algo que desconozco, pero si tuviera que estar en algún lugar, sería donde habite el olvido, como bien dijera Bécquer, con quien estuvo de acuerdo Cernuda y más tarde Sabina. Sí… la vida para ella seguía «como siguen las cosas que no tienen mucho sentido». Empecé a plantearme si preservar su hábitat y montarle el teatrillo de su cuarto en aquella habitación ajena, le haría bien de verdad o agravaba su estado. Lo que estaba claro era que una anciana demente y una desmemoriada no iban a rescatar juntas el pasado. Y sentí nostalgia de lo no vivido, nostalgia de lo que no recordaba. La observé mientras cosía y me sentí en casa, a pesar de que en mi archivo no había ningún vestigio de cómo era el lugar donde me crie. Aunque se me ocurría cómo hacerme una idea.
—Abuela, ¿y cómo se llama nuestra calle?
—Calle Pelosas, Micaela. Si un día te pierdes, di que te traigan a la calle Pelosas número catorce, ¿entendido?
—Sí, abuela. Lo haré —le aseguré mientras apuntaba las señas en el móvil.
—Aunque con decir que vives en La Jefatura, bastará. Todo el mundo sabe qué casa es porque todo el mundo la codicia.

—Vale, abuela —prometí.

—Anda, ricura, deja la maquinita y ve a merendar —rogó—. No te olvides de decirle a mamá lo que te he dicho, ¿eh?

Le di un beso tierno en la blanquísima mejilla aterciopelada, comprendiendo que ella no podía revelarme nada sobre el paradero de Adán, porque no sabía del suyo propio y porque para ella yo tenía seis años en aquel momento. Aunque al menos sí me había revelado algo de mi infancia, así que aproveché para salir a buscar la dichosa calle. Quería ver la casa, por si tenía más *flashes*. De paso comería por ahí e indagaría sobre el paradero de mi exnovio. Antes de irme, le compraría a la abuela un poco de ese mate que le gusta e iría a despedirme de ella.

Le comenté a Simón que volvería más tarde y me aseguró que no había problema. Se ofreció a indicarme un buen restaurante para comer: La Pila, en la plaza. Le pregunté si sabía qué había sido de los Del Val, dónde residían o dónde trabajaban. Respondió que les había perdido la pista ya hacía años. Cuando la minería desapareció, el hijo y el nieto de don Augusto, que regentaban el lavadero de carbones, se fueron del pueblo. Pero no creía que estuvieran pasando calamidades, porque eran propietarios de otras tantas empresas. No sabía cuáles. Le di las gracias, y salí de la residencia. Iba a ser más difícil de lo que pensaba dar con Adán. Su nombre en Google generaba una cantidad inclasificable de resultados que no se correspondían con la persona que buscaba. ¿Acaso no tenía redes sociales? Mi hermana se había encargado con esmero de que en el piso no quedara ni rastro suyo. ¿Dónde diablos estaría? Seguro que trabajaba en alguna de las empresas de su familia, pero ¿en cuál?

Cuando llegué al ayuntamiento, continué caminando en dirección al extremo oeste de la calle, y de pronto me topé con la Casa de la Cultura, a la que estaba adosada la biblioteca. Las escaleras que un día fueron blancas me resultaron extrañamente familiares. Tenía que haber entrado en ese edificio en algún momento de mi vida para sacar algún libro. No encontré en mi piso ningún carnet de la biblioteca, pero por fuerza debía de haber un registro de los libros que había leído. ¿Y si entraba y se lo pedía a la bibliotecaria? A lo mejor ojeando alguno de los títulos que había manejado regresaba algún recuerdo más.

Al entrar no ocurrió nada. Cero *flashbacks*, nada me sonaba. Era un edificio de dos plantas, a la parte de abajo se accedía por una escalera metálica. Quizá algún libro recogiera la historia del pueblo o de los Del Val, y podría averiguar qué empresas seguían activas. Luego llamaría para preguntar por Adán.

Le dije a la bibliotecaria que había perdido el carnet, que hacía mucho que no pasaba por la biblioteca y que necesitaba saber cómo se

llamaba un libro que había sacado hacía años. Insistió en renovármelo en el acto, pero yo no tenía ninguna fotografía. Luego me pasó mi ficha sin preguntarme el nombre.

—Sí que hacía tiempo que no venías, sí… —dijo mirándome por encima de sus gafas diminutas.

Aquella era la ficha de mi hermana. No pude decirle a la mujer que se había confundido, porque un hombre de unos ochenta años la llamó a gritos desde un ordenador con el que parecía comunicarse con sus nietos de Estados Unidos vía *webcam*. Cuando vi la fecha del registro de la última vez que mi gemela había sacado un libro, comprendí el tono irónico de la bibliotecaria: hacía solo una semana. Era imposible, Melisa estaba en Noruega… Y lo más intrigante: se trataba de *El horror sobrenatural en la literatura*, de Lovecraft. Un ensayo de principios del siglo xx escrito por uno de los mayores maestros del terror de todos los tiempos. ¿Para qué demonios necesitaría consultar ese libro?

—Disculpe —le dije cuando regresó enternecida tras haber conocido a los pequeños Melanie y Arthur—, ¿este libro se sacó mediante préstamo interbibliotecario?

—Déjame ver… No, este libro es de los más antiguos de la biblioteca, de los pocos que tenemos sobre filología especializada. ¿Quieres volver a sacarlo?

—Eh… quizá le eche un vistazo aquí —respondí—. ¿Es posible que haya algún error en la fecha en que se sacó?

—No. Recuerdo perfectamente el día que te lo llevaste. ¿Tienes mala memoria?

Oh, no. ¿Y si estaba retrocediendo en lugar de avanzando? ¿Y si ya había estado en el pueblo y lo había olvidado? ¿Es que esforzarme tanto en recordar el pasado me estaba haciendo olvidar el presente? ¿Estaba caminando sobre mis propios pasos?

—Eh, ¿estás bien?

No tenía sentido que Melisa hubiera venido al pueblo y no me lo hubiera dicho… Entonces, ¿me había vuelto loca, definitivamente? Además, era absurdo que hubiera sacado justo aquel libro, ¡no era ninguna novela! Era teoría literaria…

—Creo que deberías sentarte, estás muy pálida —dijo.

—Estoy bien —mentí como mejor pude—. Otra consulta: ¿Tiene algún libro que recoja la historia familiar de los Del Val?

La bibliotecaria me indicó que en la planta inferior había una serie de revistas llamadas *Hornaguera*, la revista de la Hullera Vasco Leonesa, editadas por el mismísimo Victoriano Crémer. Estaba segura de que entre sus páginas podría encontrar lo que fuera que me interesara sobre la historia de los Del Val. Así que bajé las escaleras metálicas y me puse en un rincón a ojear las revistas. Había toneladas de ellas. Empecé por una que databa de 1969. Había un reportaje sobre don

Augusto Del Val, presidente de la empresa, y allí pude desentrañar el árbol genealógico: el bisabuelo de Adán era don Esteban Del Val Egocheaga, facultativo de Minas que tuvo nada más y nada menos que once hijos, entre los que estaban Augusto, Esteban y Ambrosio del Val Menéndez, también dedicados al negocio de su padre. Augusto fue quien heredó el imperio, fue director de la Escuela de Ingenieros de Minas, fundó la cementera del pueblo, poseía un banco, empresas de construcción y electricidad, tenía fábricas textiles, de vidrieras y de cerámica, y era presidente de la Diputación de León. Google reconstruyó la historia más actual de la saga: su hijo Abel, el padre de Adán, fue quien perdió la Hullera en concurso de acreedores. Ahí moría la estirpe y cualquier pista de Adán. No tenía redes sociales, o al menos no con su nombre real, y había muchos resultados que no se correspondían con la persona que buscaba. Imaginé que toda la prole estaría distribuida por las distintas empresas del imperio Del Val; así que, apunté los nombres y empecé a teclear y a anotar números de teléfono. Ya no había nadie en la biblioteca, así que me permití empezar a realizar llamadas. Algunos teléfonos ya ni existían, algunas empresas ya no pertenecían a la familia, otras se habían escindido... Empecé a pensar que Adán estaría en el extranjero. Era lo más lógico. Quizá la familia poseía minas fuera de Europa, donde ya no quedaba ninguna. Y entonces, tras haber repetido al menos una veintena de veces su nombre y que nadie hubiera oído hablar de él, en uno de los bancos con sucursal en Madrid que había absorbido al Banco Industrial de León, creado por don Augusto Del Val para unir sus fábricas textil y vidriera de León y la cerámica de Valladolid, alguien pareció reconocerlo.

—¿Se refiere usted al director, señorita?

Casi me caigo de la silla al oírlo.

—Solo si es un hombre joven, de unos treinta años.

—Sí, ronda la treintena. ¿Le paso con su secretaria?

—Por favor.

Mientras esperaba, solo podía escuchar la sangre latiéndome en las sienes. ¿Había dado con él de verdad? ¿Qué pasaría ahora? ¿Sería fácil hablar con él por teléfono? ¿Tenía alguna idea de lo que le iba a decir?

—Le atiende la secretaria de don Adán Del Val, buenos días.

– …

—¿Oiga?

—Eh… sí, sí, buenos días.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Verá… soy una amiga… una amiga de la infancia de Adán —comencé, apretando los ojos por mi falta de tacto—. Sé que sonará raro, pero perdimos el contacto y he estado buscándolo desde

entonces…

—Pues sí, señorita, suena raro.

—Disculpe que los moleste en el trabajo, no lo haría si tuviera su número personal —expliqué—. Ni siquiera sé si él es la persona que estoy buscando. ¿Puede usted decirme si…?

—Si me da usted su número de teléfono, señorita, le dejaré recado de que se ponga en contacto con usted —interrumpió con desdén.

—Eh…, de acuerdo. Anótelo.

Y le dicté los números con cierto temblor en la voz.

——¿Y usted es? —preguntó.

Tuve que colgar. No pude darle mi nombre. ¿Era buena idea obrar como lo estaba haciendo? ¿Y si él no sabía que estaba despierta? ¿Y si había rehecho su vida y se había casado? ¿Y si le importaba una mierda todo esto? Total, se había ido, me había dejado sola. Además no estaba preparada. Había creído que lo estaba, pero no. No, ni remotamente.

—Perdona —dijo la bibliotecaria desde arriba, asomada a la barandilla—, vamos a cerrar. Son las dos.

—Oiga, ¿usted sabe dónde puedo comprar mate por aquí? —pregunté.

—¿Mate? ¿Lo que beben los argentinos?

—Eh… sí, creo.

—Uy, eso aquí no creo que lo vendan. Vas a tener que ir a León.

—Lástima —suspiré.

Comí en La Pila, haciendo caso al bueno de Simón. Era jueves, y resultó que los jueves el menú del día era cocido. Me pareció una idea excelente. Ni recordaba a qué sabía un guiso casero, y olía tan bien en aquel restaurante de piedra que parecía un caserón señorial… Después de la roja y sustanciosa sopa entré en calor, y tras los garbanzos con berza me trajeron el compango. Casi me muero de gusto al probar la longaniza y la morcilla, pero cuando degusté la carne de cabra me zambullí de nuevo en la laguna del recuerdo. Una vez más, y a pesar de haber obtenido tantos datos, era el gusto el que me hacía recuperar pequeñas viñetas de mi vida. Estaba en la cocina, con la abuela, sentada a una mesa de madera sobre la que había un plato blanco con unas hebras de carne rojiza que yo iba separando con los dedos y metiéndome en la boca. Melisa, a mi lado, hacía lo mismo. Debíamos de tener unos cuatro años. Recordé que la llamábamos «carne de hilos». Era la carne más deliciosa que había probado en mi vida, sabía a hogar, a caldera caliente, a pota hirviendo en la chapa de la cocina, a infancia con calcetines de lana que resbalan en el pasillo mientras la casa se llenaba de vapores aromáticos, de vaho de colores contra el cristal helado. Repetí. ¡Estaba tan contenta de ir iluminando mi vida con pequeñas pinceladas! Ahora sí que quería ir a la calle Pelosas para

ver la vieja casa. Tras la exquisita leche frita que tomé de postre, pedí que me indicaran cómo llegar. Al parecer estaba un poco lejos, a las afueras del pueblo, muy cerca del monte, antes de llegar al cementerio viejo. Pagué la cuenta con la tarjeta que me había facilitado mi hermana para los gastos diarios y puse rumbo hacia allí.

En cada una de las baldosas blancas y verdes de las aceras se podía ver el peso de los años, la historia y la ceniza. El panorama era desolador. Calles vacías, comercios cerrados a cal y canto, casas abandonadas… Los cuatro mil mineros leoneses que se habían quedado sin empleo y habían tenido que emigrar en busca de un futuro incierto eran el motor de la comarca. Las tiendas que subsistían porque alimentaban y vestían a las familias de los mismos, habían quebrado con su marcha; el colegio y el instituto ya no tenían alumnos a los que educar; los bares y restaurantes habían ido desapareciendo. La central térmica, que ahora generaba luz con otros combustibles alternativos al carbón, era la única industria por la que aún el pueblo no había muerto del todo, pero era objeto de odio de los lugareños porque representaba la destrucción de la minería. Aún había pintadas que gritaban contra su cierre, los escombros de una guerra encarnizada, una guerra en la que, como siempre, había perdido el pueblo, hecho sudor, llanto, polvorín y barricada inútil. El puchero ya no hervía en la chapa de la cocina.

Tras cruzar una pasarela, al fin llegué donde supuestamente debía de estar la casa. Sí. Allí tenía la calle Pelosas, ¡por fin!, pero el número catorce no existía, en su lugar había un descampado. Me lamenté por haberle tomado la palabra a una anciana con alzhéimer. Seguro que la memoria la llevaba a su propia infancia, vete a saber. Y si llamaba a mi hermana para preguntarle, seguro que me caía una bronca por haber viajado sola hasta el pueblo. Maldita sea. Me senté en un muro para tratar de recobrarme de la decepción y la tristeza que sentía a partes iguales. El confort de la comida casera y el recuerdo empezaron a menguar. Volví a recorrer la calle, a un lado y a otro, a comprobar los números de las casas vecinas, pero estaba en lo cierto: la última casa de la calle Pelosas era la número trece y parecía abandonada. El resto, sin asfaltar y carcomido por el monte, que reclamaba lo que una vez fue suyo. Y yo no sentía ni la más mínima familiaridad.

—Tienes que despertar ya —volvió con su cantinela el Conejo Blanco.

—No es el momento, maldita sea —le dije.

Nada de lo que había ido a hacer a Trueca había salido bien. Ni había encontrado a Adán, ni había encontrado mi casa. La número trece era una pequeña construcción con el tejado de pizarra, cubierta hasta los cimientos de polvo y carbón. Todo el pueblo era un fósil. Entonces vi a una mujer que salía de lo que parecía ser el cementerio viejo del que me habían hablado, en la calle perpendicular. Decidí abordarla.

—Disculpe, ¿sabe usted dónde está una casa que llamaban La Jefatura? Me dijeron que se encontraba en el número catorce de la calle Pelosas…

—Y estás en el lugar correcto —respondió—. Lo que pasa es que llegas tarde, hace tiempo que la derruyeron.

—¿Que la derruyeron? —exclamé más que interrogué—. ¿Pero por qué?

—Por peligro de derrumbe. Debía de estar a punto de caerse por soportar tantas explosiones.

—¿Explosiones?

—Claro, hija, la mina estaba por ahí detrás. Los barrenistas tenían que hacer avanzar las galerías, y a veces se hacía con dinamita. A Marcela, la dueña, ya la habían obligado a marcharse por miedo a encontrársela cualquier día sepultada bajo los escombros. Pero ella no quería. Suerte que se la llevó la nieta, porque encima no debía de estar muy bien de la cabeza ya, imagínate, con noventa años…

—Entonces, ¿aquí crio a sus nietas? —pregunté estupefacta.

—Sí, pero ya no están por el pueblo. Eran gemelinas. Serán grandonas ahora, yo si las veo ya no las conozco. Una se mató en un accidente, creo… Fue muy *sonao* aquello, debía de ir como una centella Clauso arriba, con la que estaba cayendo. Y claro, se salió de la carretera y fue a estamparse contra los pinos, como tantos otros. Es un alto traicionero, El Clauso… Y como por más que se intentaron reunir firmas para vallarlo, no hubo modo, a día de hoy seguimos atropellando ciervos y jabalíes… Cuántas almas se quedaron ahí, madre mía… Eso *helao* es una pista de patinaje.

Pero yo ya no la escuchaba. Ardía de rabia. ¿Es que los planetas se alineaban para impedirme recordar? ¿Había un ser superior que se empeñaba en emborronarme la vida? Porque todo parecía ser imposible adrede.

——… La que debió de estar por aquí hace poco fue la hija. Esa sí que era una bala perdida… Ay, pobre Marcela —continuó—, lo que sufrió con esa rapaza bien lo sabe Dios… Iba toda tatuada por ahí, tuvo las guajas de soltera, luego las dejó solinas…

¿Mi madre? ¿Primero mi hermana y ahora mi madre? ¿Pero qué podía ser más absurdo? Una en Noruega y la otra Dios sabe dónde.

—Oiga, se lo agradezco mucho —dije a modo de despedida antes de echar a correr hacia el descampado para no sucumbir al desaliento delante de ella.

—De nada, hija —oí que respondía—. Oye, ¿y tú de quién eres?

Pero yo ya atravesaba el vacío que había dejado la casa y me sumía en la espesura. Buena pregunta. ¿De quién era yo? Quedaba algún resto de escombro entre los árboles que ejemplificaba a la perfección lo que yo era... Lloré amargamente sin dejar de caminar. Cerca de

aquella nada, monte a través, aún estaban los raíles del viejo ferrocarril minero, como una serpiente onírica rasgando la tierra de la realidad. Era uno de los tramos muertos de la vía, vencidos por la propia historia. Caminé sobre él, como una equilibrista del recuerdo, como si tratara de ser un hilo enhebrándome en aquella herrumbre del pasado para ser capaz de dar alguna puntada. Pero la colcha de mi vida seguía inconclusa. Mi infancia era una brecha, un socavón, y como la mente de mi abuela y la mina, estaban donde habite el olvido.



7. No podemos matar el tiempo sin herir la eternidad

No fui capaz de irme del pueblo sin pasar antes por la residencia a despedirme de la abuela. Estaba hecha polvo. La visita me había hecho trizas. Pensaba en la soledad de aquella mujer, y en el solar vacío que representaba mi infancia y se me caía el mundo encima. El pasado de ambas había sido barrido de un soplido, como la casita de paja del primer cerdito del cuento, y ninguna de las dos habíamos podido hacer nada para remediarlo. Ahora estábamos aisladas, perdidas, a merced del lobo, y eso me hacía empatizar con ella.

—Abuela, no he podido encontrar mate en el pueblo —expliqué torpemente—, pero prometo traértelo la próxima vez.

—No pasa nada, ojos grandes. Me conformo con que vuelvas. Tu hermana me trae de sobra cada vez que viene.

Otra vez Melisa. ¿De verdad había estado en el pueblo? ¿Por qué iba a ocultármelo? Sobre todo después de mi última llamada rogándole que regresara.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí? – pregunté.

—La semana pasada vino a verme. Sí, la semana pasada. Al salir del colegio.

Debí de haberlo imaginado.

—Al salir del colegio —repetí estupefacta.

—Sí, fue la semana pasada, me acuerdo perfectamente porque trajo los deberes para que se los firmara.

Muy bien, ya estaba empezando a crisparme. Era un puzle curioso el de mi hermana: me oculta que regresa a España a ver a la abuela, le hace firmar papeles, saca libros filológicos de la biblioteca… ¿Qué sentido tenía todo eso? Pero no respondió a mis llamadas durante el trayecto de vuelta a León.

En casa las cosas no fueron mejor. No dejaba de darle vueltas a qué se traería mi gemela entre manos, y sufría un amago de infarto cada vez que sonaba el teléfono por si era Adán. No poder contarle nada a Elora era una tortura. Llevaba dos días evitándola, matando el tiempo. Y como dijo Henry David Thoreau, no se puede matar el tiempo sin herir la eternidad. Necesitaba hablar con alguien, un poco de empatía y de consuelo. Me conecté a Facebook y recé por que Painkiller estuviera en línea.

Herzeleid: Hola.
Painkiller: ¡Al fin!
Herzeleid: Lo siento, ¿vale?
Painkiller: Está olvidado.
Herzeleid: Lo último que necesito en mi vida es más inconsistencia.
Painkiller: ¿Inconsistencia?
Herzeleid: Sí. Necesito verdades, cosas tangibles, salir del espejo. Esta burbuja de cristal que es internet, las promesas falsas que encierra y tus investigaciones para la tesis no me ayudan.
Painkiller: Pues ya sabes lo que hizo Alicia para regresar al otro lado del espejo, ¿no? Para despertar de su sueño.

¿Pero es que realmente me conocía?

Herzeleid: ¿Sacudir a la Reina Roja y dar jaque al Rey Rojo?
Painkiller: Veo que conoces la historia de Lewis Carroll.
Herzeleid: Claro que la conozco. Es mi libro favorito. Estuvo muy presente en mi preadolescencia.
Painkiller: Entonces tendrás que comerte a la Reina Roja, como en la partida de Alicia. ¿Quién es la Reina Roja de tu vida, Herzeleid?
Herzeleid: ¿La Reina Roja de mi vida? No lo sé…
Painkiller: Tienes que descubrirlo para poder dar jaque mate al Rey Rojo.
Herzeleid: ¿Y quién es el Rey Rojo?
Painkiller: Tendrás que averiguarlo.
Herzeleid: ¿Lo ves? A esto me refiero con inconsistencia. Nuestra amistad está dentro del espejo, como el gato de Cheshire, esa Reina y todo lo demás. No sé de qué estamos hablando…
Painkiller: Tú quieres despertar, quieres salir del espejo. Te digo cómo hacerlo. Gana la partida de ajedrez. Acaba con esos reyes que te están oprimiendo, que impiden que veas la realidad. Identifícalos y desenmascáralos.
Herzeleid: Ja, ja, ja. Muy bien. Y después me tomaré una de esas

galletitas que dicen «Cómeme», como en el cuento, y me haré muy pequeñita y desapareceré de la vista de todos.

Painkiller: Mejor bébete una de esas botellitas que dicen «Bébeme», hazte enorme y pisotéalos a todos.

Herzeleid: Estás completamente fumado, ¿no?

Painkiller: Si ser metafórico es estar fumado, entonces sí.

Herzeleid: Esto no tiene ningún sentido.

Painkiller: Lo tiene. Deja de comer esas galletas, te empequeñecen, y a solo unos centímetros del suelo es imposible ver lo que está pasando a tu alrededor.

Herzeleid: Creo que voy a irme al mundo real, señor Sombrerero Loco.

Painkiller: Piensa en lo que te he dicho. No puedo ser más claro, pero eres una chica lista.

Aquella conversación había sido surrealismo en su máxima expresión. Painkiller no era más que palabrería barata y decepción. Al principio había sentido una conexión especial, como si me conociera y me entendiera, como si de verdad fuera a salvarme. Pero seguro que era un friki en la atalaya de su cuarto, sentado en el trono inexpugnable de su ordenador, incapacitado para las relaciones de verdad. Yo necesitaba contacto humano. Y enseguida supe dónde ir a buscarlo: a un lugar donde probablemente encontraría también respuestas.

Cuando le conté la verdad a Lala aquella tarde, con pelos y señales, sentada en un taburete del Bardaya, se le descolgó la mandíbula. Le hablé del accidente, de la amnesia, del psicólogo y la rehabilitación...

—¡Ya sabía yo que eras Mimi! —exclamó dándome un abrazo.

—No podía decirte la verdad…

—¿Por qué no? —preguntó—. No tienes nada de lo que avergonzarte. Además, te habría ayudado un poco con los recuerdos.

—¿Cómo?

—Te habría contado la parte de tu vida en la que estuve.

—Puedes hacerlo ahora —sugerí, al tiempo que le mostraba mi botella de cerveza vacía.

—Te va a dar tiempo a tomarte unas cuantas. Y eso que no tengo aquí los cientos de fotos que guardo de aquella época…

—¿Cientos? —pregunté.

—Sí —respondió—, pero no son fotos ñoñas como las que se ponen en los álbumes familiares, que para eso estudié Fotografía. Son fotos cojonudas de los conciertos.

—Me encantaría verlas —dije.

—La próxima vez que quedemos. ¿Por dónde empiezo? Por el principio, mejor: Nací una mañana de mayo…

—¡Ja, ja, ja, no es necesario remontarse tanto! —Le reí la gracia.

Entraron dos chicos y le pidieron dos cañas. Luego se sentaron en una de las mesas del fondo.

—De acuerdo, de acuerdo. Te conocí en un bar, en el MetáLfora, ¿te suena? Es un garito genial, poesía y *heavy metal*, el paraíso. Hacían sesiones de micro abierto los miércoles por la noche. Uno de esos miércoles, me estaba tomando una Mahou con unos colegas que estudiaban Farmacia. Pretendíamos montar un grupo, pero teníamos gustos muy diversos y no lográbamos armonizarlos, así que discutíamos bastante. Nos llamábamos Glutamato Sódico; una idea de Jordi, el cantante. ¿Recuerdas algo?

—No —admití entristecida.

—El glutamato es un espesante alimentario que se usa también en farmacia. Eligió ese nombre porque definía a la perfección el tipo de música que estábamos haciendo: «metal espeso», un estilo muy propio, tan propio que todavía nadie lo ponía en práctica. Vaya, que estábamos espesos, buscando todavía nuestro sonido. ¿Ese detalle tampoco te dice nada?

—Lo siento —negué.

—Pues te pareció muy ingenioso cuando te lo dijimos. Bueno, el caso es que discutíamos porque Jordi creía que mi gaita no pintaba nada dentro del estilo que, según él, definía al grupo, y no quería dejarme entrar. Él era aficionado a las voces guturales del *brutal death metal*. Ya sabes, entonación de ultratumba, doble bombo extremadamente rápido en la batería, guitarras afinadas varios tonos por debajo de lo normal… Muy Cannibal Corpse. En cambio, el batería, Pablo, Pablito Ramos, ¿no te suena tampoco? Curraba en la radio de la universidad. Bueno, pues Pablo estaba de acuerdo conmigo en hacer otro tipo de música, algo más tipo *folk metal*, o *gothic metal*. El guitarra, Sergio, el Rata, se adaptaba a cualquier cosa, pero el bajista, Samuel *Korova* Pérez, estaba con Jordi. Pablo y yo intentábamos hacer un tipo de *metal* intermedio entre el *brutal death* y el *folk*, algo que nos gustara a todos, pero Jordi y Samuel no daban su brazo a torcer —explicó mientras una chica con rastas le pedía que le activara la máquina de tabaco—. En esas estábamos aquel miércoles, a eso de la quinta cerveza, cuando oímos una voz angelical. La testosterona de mis compañeros se revolucionó cuando al dirigir la mirada hacia la tarima donde estaba el micrófono vieron a una «diosa», palabras textuales. Cantabas como Simone Simons o Tarja Turunen y te parecías a Cristina Scabbia o Vibeke Stene. Nos dejaste a todos mudos con aquella canción, *Don´t you cry*, de los Kamelot. Pablo y yo pensamos al instante que eras perfecta para nuestro grupo. Tenías voz de soprano, tono lírico y mucho gusto musical por haber elegido aquel tema, ¡una canción de Evanescence hubiera sido más predecible! Eso dejaba a Jordi en mal lugar, claro, pero aun así decidimos proponértelo. Y

como el resto del grupo estaba demasiado eclipsado por ti como para oponerse, te abordé y te invité a una cerveza. Así fue como hablé contigo por primera vez.

»Te mostraste superentusiasmada con la idea. Ya tenías experiencia como corista en dos grupos de amigos: los desaparecidos Estaka de Trueca, posteriormente conocidos como AG/DG, A golpe de gayola, y tus colegas, los Inexistentes. ¿Eso tampoco te dice nada, tía? Bueno, tú, tranquila. El caso es que Pablo conocía ambos grupos; el primero era *punk rock* y el segundo tenía un estilo muy personal, mezcla de *rock*, *blues* y rumba. Eran referencias geniales, tenías la capacidad de adaptarte a diversos estilos, y eso nos acabó de convencer. Aceptaste venir a un ensayo la semana siguiente. Cuando te fuiste, claro, Jordi empezó a quejarse de que le hubiéramos usurpado su puesto. Le prometimos que habría equilibrio entre ambos cantantes, como en Sirenia o Épica: una voz lírica y una gutural. Aceptó a medias.

»A pesar de eso, todo eran tensiones internas. Él y Samuel siempre aprovechaban para introducir sus brutalidades musicales, y nosotros tratábamos de equilibrarlo todo sin mucho éxito. Al principio apenas tenías unas pocas frases en las canciones, recortaban tu parte para que resultara «más cañero». Dimos conciertos por todas partes, conciertos que unas veces gustaban poco y otras, menos. El afán de protagonismo de Jordi era desmesurado. Con suerte, tras dar varios tumbos por toda la comunidad, tuvimos la oportunidad de ser teloneros de los asturianos Desakato en el Festival Derrame Rock, en Asturias. Aquella podía ser la plataforma definitiva para darnos a conocer. Aunque claro, eran necesarios algunos cambios: había que equilibrar las voces solistas. Sabíamos que el porcentaje ochenta por ciento voz gutural, veinte por ciento lírica no iba a gustar ni a los adeptos del *brutal death metal*, ni a los que preferían voces menos forzadas. Proponíamos imitar a los grandes, que se redujera el gutural, pero siempre éramos dos contra dos, Jordi y Samuel contra Pablo y contra mí. Tú no querías pronunciarte, te conformabas con cantar. Y el guitarra, con tocar.

»Entonces llegó el gran día. Los Desakato estaban ensayando su tema *Los mineros* en la prueba de sonido, ya con una treintena de espectadores ansiosos de corear la letra durante el concierto, cuando a Jordi le entró el pánico. Nos dijo que no pensaba salir a ese escenario a hacer el ridículo, que se nos iban a comer vivos, y que él y Korova se largaban, que no contáramos más con ellos. ¡Nos dejaron tirados! ¡Nos quedamos sin bajo y sin cantante! Casi nos da un colapso al ver cómo se alejaban y nos dejaban cojos a una hora del concierto. ¿Qué íbamos a hacer? Lo mejor era claudicar, sin duda, ir a hablar con la organización y contarles la verdad: que dos miembros del grupo nos habían dejado en la estacada y no podíamos tocar. A lo mejor aún

estaban a tiempo de llamar a alguno de los grupos suplentes. En esas estaba Pablo, móvil en mano, intentado que respondieran, cuando el tiempo se nos echó encima sin poder evitarlo. Teníamos que salir al escenario en diez minutos y a mí iba a darme un colapso cerebral con tanta presión. Pablo empezó a plantear la opción cobarde: salir por patas. Entonces tú te negaste. Dijiste que habíamos venido a tocar y que eso era lo que íbamos a hacer. *Show must go on*, que habría dicho Freddy Mercury. Sí, nena, fue increíble, ¡menudo subidón de adrenalina! ¡Nunca había estado tan entusiasmada y tan asustada al mismo tiempo! Tú, que siempre eras tan conformista, asumiste el mando, con una tolerancia al estrés digna de elogio. Distribuiste el trabajo más o menos así: «Lala, márcate un solo con la gaita cada vez que lleguen las partes de Jordi; Pablo, hoy el ritmo lo marcas tú, haz lo que puedas por suplir la ausencia del bajo con la batería; Rata, *riffs* más potentes, hay que impresionar al público para que olvide que estamos musicalmente tullidos esta noche. Yo me encargo del lírico y que sea lo que Dios quiera». Y salimos, ¡salimos a escena! ¡Con un par! Había cientos de personas deseosas de ver a los Desakato que esperaban mucho de nosotros, sus teloneros, porque también llevábamos una gaita, como ellos, lo que prometía el puntito *folk* que a ellos les entusiasmaba. ¡Estábamos en Asturies, guaja! ¿Qué iba a pasar cuando vieran que cantábamos en inglés, no revindicábamos nada y encima nos faltaba el bajo?

»Antes de que me diera tiempo a formular más pensamientos negativos dijiste: «Buenas noches, es un auténtico honor tener la oportunidad de tocar antes que los grandiosos Desakato en este festival tan increíble —aplausos y vítores—. Pero he de deciros algo: los antiguos Glutamato han muerto —abucheos de contrariedad—. Hoy os presento a una formación renovada que viene con muchas, muchísimas ganas de tocar. Nosotros somos… Sódica. Y así sonamos». *Ninonino*, primer *riff*. Fue un conciertazo, Mimi. Estuvimos de fábula, más sueltos, menos encorsetados, las improvisaciones resultaron ser idóneas… ¡Un éxito! Claro que se notaba que faltaba el bajo, pero estuvimos a la altura de las circunstancias y disfrutamos más que nunca. El nombre con el que nos rebautizaste quedaba perfecto, mostraba que veníamos de los Glutamato Sódico, pero renovados con esa terminación de los neutros plurales latinos tan propia del *gothic metal*. Éramos como Tristania, Sirenia, Épica… pero con un toque más celta, más personal. Y triunfamos.

»Después de aquella actuación tan oportuna, nos llovieron los conciertos. Encontramos un nuevo bajista. Empezamos a cobrar por tocar gracias a los vídeos que la gente colgó en YouTube y pasábamos muchísimo tiempo juntos, ensayando, tocando, viajando en la furgoneta de Pablo… Nos hicimos realmente buenos amigos, sobre

todo tú y yo. Me contabas los problemas que tenías con ese engreído al que llamabas novio y todo. Vaya, que éramos íntimas, creo yo.

»Pero todo lo bueno se acaba. Sergio, el Rata, se convirtió en papá y terminó por abandonarnos. Yo me fui a estudiar a Galicia, tú empezaste con tu tesis… Y cada vez tocábamos menos. Nos centramos en nuestros estudios, nuestras parejas… En fin, crecimos, llegaron las responsabilidades y se redujo mucho el tiempo para el grupo. Al principio tú y yo estábamos en contacto por Facebook, pero luego pasamos mucho tiempo sin hablar, yo me fui de Erasmus a Escocia… Total, que para cuando regresé, tras acabar la carrera, ninguno de los Sódica estabais por aquí. Las cosas estaban fatal, ningún graduado podía currar de lo suyo, fue un año desquiciante, hasta me hice a la idea de que tendría que abandonar el sueño de ser fotógrafa. Vine al Bardaya a pedir trabajo y tuve la suerte de conseguirlo porque hacía falta una camarera y porque además de asidua al bar hace años, soy de la cuenca minera, como el dueño, y así es como me enteré —ya no recuerdo quién me lo contó— de que habías sufrido un accidente de coche y estabas en coma… Pero ni lo sabía a ciencia cierta, ni conocía tu paradero, ni respondías a tu antiguo número de teléfono, ni a mis mensajes de Facebook… ni nada. Te esfumaste. Y al cabo del tiempo dejé de buscarte, claro. No sabía cómo localizar a tu familia. Por eso cuando entraste en el bar el otro día casi me da un chungo de alegría, tía. ¿Puedes recordar algún detalle de lo que te he contado?

—La verdad es que no… Aunque tuve como un *flash* el otro día en el que me veía cantando aquí… Es imposible, ¿verdad? Este bar es muy pequeño para dar conciertos —expliqué.

—Sí, lo es. Pero como éramos clientas habituales y amigas del dueño, a veces hacíamos algún acústico. Puede que sea eso lo que recuerdas. Te subías a ese viejo vagón de mina de ahí, cogías el micro y cantabas lo que te pidieran. El bar se llenaba, así que siempre te dejaban hacerlo. ¡Es un avance que recuerdes algo!

—La verdad es que entré en el bar porque sentí familiaridad al pasar por delante. Y dentro, hablando contigo, me vino a la cabeza lo del concierto acústico y algo más…

—¿Puedes poner algo de Lujuria? —solicitó uno de los chicos que hacía un rato habían pedido unas cañas.

—Claro —le dijo Lala, amable—. ¿El qué? —me preguntó a mí.

—Recordé que Adán me acercaba una Celada. Entonces no sabía quién era él, por eso te interrogué sobre si era mi novio y si sabías dónde estaba… Me fui a buscarlo al pueblo el otro día. No lo encontré, trabaja en Madrid, al parecer, en un banco. Su secretaria tiene mi número, igual me llama…

—Ojalá que no, Mimi. Ese tío era un capullo. Te hizo mucho daño, ¿de eso tampoco te acuerdas? —inquirió mientras ponía el tema

Corazón de heavy metal.

—Mi amiga Elora me lo contó. Ella y mi hermana quitaron sus fotos de los álbumes y me han ocultado la historia todo este tiempo, supuestamente para protegerme de él, pero… Es que es una pieza clave en este puzle —me justifiqué—, por eso quiero encontrarlo. Algunos creen que lo del accidente fue por su culpa, que intenté suicidarme… Me cuesta tanto creerlo… Y él desapareció cuando quedé en coma, aunque supuestamente estábamos juntos… Necesito saber qué pasó entre nosotros, necesito entenderlo para comprender por qué me pasó esto, Lala.

—¿Pero es que tu hermana y Elora tampoco lo saben? —quiso saber mientras fregaba unos vasos.

—No me fío de ellas, sé que ocultan algo. Al principio no dudaba de su palabra, ¿sabes? A pesar de que mi hermana me dejó prácticamente sola desde que desperté; trabaja de traductora para la ONU, y a pesar de que siempre tenía la sensación de que Elora no me lo contaba todo porque Melisa se lo había pedido, confiaba en que querían mi bien. Pero ahora… han empezado a pasar cosas raras…

—¿Qué cosas? Primero te diré que lo que ha hecho tu hermana dejándote sola con semejantes secuelas es cruel. Por mucho trabajo en el extranjero que tenga, la familia es lo primero. Debería haberte llevado con ella, o venir cada maldito fin de semana, no dejar de niñeras a Elora y a ese psicólogo al que vas.

—Ya… Mi hermana no ha intentado ayudarme a recordar nada, no me ha facilitado ponerme en contacto con nadie más que con Elora, y… hasta creo que le ha parecido mal que hablara contigo y volviera al Bardaya…

—Desde luego, hay gato encerrado —afirmó—. Estoy segura de que hay algo que no quiere que recuerdes.

—¿Aunque suponga que nunca recupere la memoria? ¿Qué clase de hermana haría eso?

—Igual es lo que pretende. Igual fue ella quien causó tu accidente. ¿Por qué si no iba a empeñarse tanto en mantenerte aislada?

Y la venda, que solo estaba dejando que viera un atisbo de luz, empezó a caérseme de los ojos.

—Pero hay algo que se me escapa… —empecé.

—¿El qué?

—Es una locura, y quizá no tenga importancia, pero… Cuando fui al pueblo, entré en la biblioteca para tratar de rastrear algo sobre la familia Del Val que me diera una pista sobre el paradero de Adán y se me ocurrió ver mi ficha, por si los libros que había sacado en el pasado me refrescaban la memoria.

—¿Y qué encontraste?

—La bibliotecaria me confundió con mi hermana y me dio su ficha —

expliqué—. Había sacado un libro de teoría literaria justo la semana anterior.

—Espera, espera, espera. ¿La semana anterior? ¿Cómo puede ser? ¿No lleva sin venir a España como un año?

Eso creía yo. Y podría tratarse de un error si no fuera porque mi abuela corrobora la historia. Dice que mi hermana la visita cada poco y le hace firmar papeles. Pero claro, mi abuela tiene demencia senil. Así que no sé qué pensar…

Quizá tu abuela esté en lo cierto, igual ha venido para sacarle la herencia… —dijo una Lala pensativa, con los ojos muy abiertos.

—Mi abuela no tiene ni un duro, y a Melisa no le hace falta el dinero, tiene un buen puesto. Aunque… ahora que lo recuerdo, Simón, el recepcionista del asilo, también me confundió con mi hermana…

—Está claro que ha estado aquí hace poco, Mimi. Y está claro que te oculta algo. Lo que se me escapa es por qué Elora colabora con ella… ¿Hay algo que tu supuesta mejor amiga también quiera que olvides?

—Eres una detective muy aguda, Lala —la adulé.

—He visto muchos capítulos de *CSI*.

—¿Por qué sacaría mi hermana un libro relacionado con mis estudios y no con los suyos?

—Esa puede ser una pista concluyente.

—Ellas no pueden saber que sospecho o borrarán todas las huellas. Por eso quiero encontrar a Adán, ¿crees que es buena idea? ¿Crees que él podría ayudarme? —pregunté.

—Es posible, puedes intentarlo, siempre y cuando no vuelvas a caer —sentenció.

Entró una pareja. Él muy bajito, ella muy alta. Pidieron dos Grimbergen.

—¿A caer? ¿En sus redes, te refieres? Ni siquiera lo recuerdo bien. —Bajé el tono de voz.

—Es raro que nunca intentara saber cómo estabas después del accidente.

—Bueno, no, creo que al menos fue una vez al hospital mientras estaba en coma. Mi hermana debió de echarlo de allí, y no volvió jamás.

—Puede que fuera un cabrón, pero me niego a creer que el sentimiento de culpa no lo empujara a querer saber de ti —dijo.

—¿Crees que mi hermana y Elora…?

—Si no le ocultaron que despertaste, quizá sea verdad que el accidente fue por su culpa… En cualquier caso, tienes que hablar con él.

—¿Y cómo se lo planteo? No recuerdo nada, si quiere librarse de la culpa, se lo voy a servir en bandeja.

—Finge que tu memoria está bien —ideó—. Trata de hacerle hablar,

sé más lista. Si está arrepentido de algo, bien sea de haberte tratado mal o de haber provocado que te estrellaras con el coche, saldrá a la luz. Algunas personas necesitan redención para seguir viviendo, incluso las más cabronas. Sobre todo si hubo una vida en juego.

—Uf, esto va a ser tremendamente difícil…

—Yo no te voy a dejar tirada, Mimi.

Le sonreí. Era extraño cómo los amigos de la infancia pueden fallarte y las personas que te encuentras por el camino te dan el apoyo y la confianza que necesitas.

—Una cosa más —añadí—. No sabía que yo antes tenía Facebook, ¿cómo entro en mi antigua cuenta? Seguro que puedo encontrar cosas valiosas.

—Muy bien pensado. Hay muchas fotos y comentarios de Adán, al menos te puede servir para entrenarte en el noble arte de mentir, para crear el personaje de Micaela Miñambres que vas a tener que interpretar ante él.

—¡Genial! Dime cómo entro.

—Va a ser difícil porque necesitas contraseña. Pero igual la recuerdas, o a lo mejor puedes recuperarla en la opción «he olvidado mi contraseña», si usas la misma dirección de correo con la que te registraste…

—Dios… va a ser imposible —me lamenté.

—De eso nada, vamos a intentarlo ahora mismo desde mi portátil. Si no, siempre podemos recurrir a mi amigo Fredy, es una especie de *hacker*.

Sacó un miniordenador de detrás de la barra y entró en Facebook. Le pedía una dirección de correo y una contraseña. Los introdujo y, automáticamente, estábamos en su perfil. Su foto era de lo más alocada, con la lengua fuera, atravesada por un *piercing* con forma de ancla y los dedos en señal *heavy metal*. Buscó en su lista de amigos y clicó en Herzeleid. Curioso, no había puesto mi nombre real. Entonces se abrió mi perfil. Clic. Ya estaba, qué fácil. Mi foto era de un concierto, aparecía sujetando un micro con cara de estar entonando algo muy sentido. Nunca la había visto. Los últimos comentarios de la gente en mi muro eran de hacía meses, casi un año. Preguntaban cómo me iba, qué tal estaba, si era verdad lo del accidente… Las fotos eran más antiguas aún, de hacía tres años. Había algunas de Adán, pero ningún comentario público, y como Lala no figuraba en su lista de amigos, tampoco podíamos ver su perfil. Él tampoco usaba su nombre real, sino el de Painkiller. ¡Painkiller! ¡Dios! ¿Es que había estado hablando con él todo este tiempo? ¿Por qué de todos los *nicks* del mundo yo había elegido precisamente ese para el salvador que respondiera a mi mensaje en una botella? ¿Es que inconscientemente necesitaba que fuera Adán quien me rescatara?

—Para ver si tienes mensajes privados hay que descubrir tu contraseña —dijo Lala.

Miré los nombres y las caras de la gente. No conocía a nadie excepto a un par de chicos que me habían reconocido en la calle al principio de mi despertar. Me habían preguntado cómo estaba con mucha familiaridad. «Bien, bien», recuerdo que dije sin saber quiénes eran. Ellos aseguraron que hacía mucho que no nos veíamos. Debí de parecerles una loca.

—La dirección de correo a la que yo te escribía es esta: Herzeleid@gmail.com. ¿Has entrado recientemente? ¿Sabes la contraseña? —preguntó.

—Es la primera vez que veo ese correo. Elora me dio una dirección similar, pero de Hotmail, había publicidad y correos de la universidad. Nada más.

—Vaya. ¿Tampoco quieren que encuentres tu huella tecnológica? Esto ya pasa de castaño oscuro… Probemos con el correo de Hotmail, a ver si te registraste en Facebook con esa dirección o con la otra.

Tras varios intentos con ambas cuentas y diversas contraseñas, al fin desistimos y Lala llamó a su amigo *hacker*. Tardó cerca de una hora en presentarse en el Bardaya. Fredy podía introducirse en cualquier ordenador, en cualquier cuenta de usuario y extraer lo que quisiera sin dejar rastro. Tenía las puntas de los dedos ligeramente curvadas hacia arriba y era alto, delgado y desgarbado como un insecto palo. Llevaba un gorro de lana negro calado hasta las cejas del que sobresalía una melena pajiza y su piel era casi gris, de extrema palidez. No hizo preguntas, no se presentó, simplemente conectó el portátil de Lala al suyo y tecleó mientras se bebía una cerveza. En menos de veinte minutos tenía acceso a mi cuenta de Facebook y al correo. Me dijo que nadie había entrado allí desde hacía tres años, así que nadie podía haber borrado ni manipulado nada. Insistí en pagarle, pero dijo que le debía un favor a Lala. Se despidió y se fue.

—Mi padre dice que hay que tener amigos hasta en el infierno —dijo ella ante mi estupefacción.

Y allí estaba, mi vida en una pantallita.

—Ponme una Celada, Lala, la voy a necesitar.

Nos sumergimos en Facebook. Antes que nada, quería comprobar mis mensajes privados. Nos dieron las tantas tratando de cribar toda aquella información. ¡Tenía mensajes desde 2009! Me centré en los de Elora, Melisa y Adán. Asistí a peticiones, confesiones, memes, enfados, felicitaciones… Adán me llamaba Lechuza, imagino que por mis grandes ojos amarillos. Pero lo más interesante llegó al final, en los últimos mensajes entre mi amiga y yo, fechados pocas horas antes de mi accidente. El mío, decía lo siguiente:

Herzeleid 18:35: ¿Dónde demonios estás, Elo? No contestas a mis mensajes, no coges el teléfono y desde luego no estás en casa… ¿Ha pasado algo? Necesito hablar contigo, estoy fatal. Mi hermana me ha hecho algo horrible y no quiero volver a casa NUNCA MÁS.

¿Mi hermana había hecho algo horrible? Horas después contestaba Elora, sin ningún sentido:

Elora Zulaica 21:40: Mica, por favor, coge el maldito teléfono, ¡¡¡déjame por lo menos explicártelo!!!

Me quedé a cuadros.

—¿Qué demonios tendría que explicarme? —le dije a Lala.

—Igual quería contarte por qué estaba desaparecida. Seguramente te enfadaste porque no respondía —dijo Lala.

—Encaja. ¿Qué demonios me haría Melisa? ¿Estaba enfadada con ella antes del accidente? ¿Por qué? ¿Crees que lo que me hizo pudo afectarme tanto como para salirme de la carretera?

—Esa podría ser una teoría, sí, pero…

—¿Qué? —inquirí, ya sin uñas que morder.

—Tuviste el accidente volviendo a León desde Trueca, a eso de las nueve y media de la noche, me has dicho.

—Sí —afirmé.

—¿A qué fuiste al pueblo? ¿A buscar a Elora?

—Nadie lo sabe.

—A las seis y media pasadas de ese día ya estabas desesperada, puede que ya llevaras una hora llamando a Elora —elucubró.

—Vale, ¿y qué?

—Fuiste al pueblo más tarde y, al regresar, tuviste el accidente. Un accidente que nadie cree fortuito, porque conocías la carretera y estabas acostumbrada a la nieve, conducías demasiado rápido…

—¿Adónde quieres llegar?

—Algo te alteró aún más en el pueblo. Yo no creo que quisieras suicidarte, solo que estabas nerviosa por algo que descubriste allí —sentenció.

—O quizá quería llegar pronto a casa… Dios, esto es una locura.

—Tratemos de volver sobre tus pasos: estás destrozada porque tu hermana ha hecho algo terrible y no quieres dormir en el piso con ella. Buscas cobijo en casa de Elora, pero ha desaparecido de la faz de la tierra. Vas al pueblo, seguramente a buscar consuelo o cobijo en casa de otra persona, ¿tu abuela, quizás?

—Tiene sentido, aún vivía en su casa y estaba bien de la azotea —razoné—. A no ser…

—¿A no ser qué?

—A no ser que Adán estuviera en el pueblo…

—Por aquel entonces aún estaba estudiando Ingeniería en la Escuela de Ingenieros de Minas y Energía de Madrid. Lo recuerdo porque cuando empezamos a dejar de tocar, cada uno tenía una excusa: yo estudiaba en Galicia, el Rata tenía que ocuparse de su retoño, Pablo empezó a tocar en otro grupo, y tú ibas mucho a Madrid con el petardo de tu novio —explicó.

—Pero era casi Navidad, puede que hubiera regresado a casa por vacaciones…

—De acuerdo, es otra opción. Así que hay dos posibilidades: una, que fueras a contárselo a tu abuela y ella te revelara algo todavía peor sobre tu hermana; dos, que fueras a encontrarte con Adán en busca de consuelo, y él, por alguna razón, terminara con la relación o algo así.

—Esa relación nunca terminaba, al menos eso dice Elora, y eso confirman todos estos mensajes de aquí: era un «ni contigo ni sin ti», estaba acostumbrada.

—¿Entonces nos quedamos con la versión de que tu abuela te dijo algo realmente terrible? Igual ibas a toda prisa para pegarle un puñetazo a Melisa. —Rio.

Las tres personas que quedaban en el bar empezaron a ponerse los abrigos.

—¿Qué hora es? —preguntó Lala.

—Las dos de la mañana.

—Hace rato que tendría que haber cerrado, que hoy es miércoles.

—Sí, mejor me voy, estoy cansada y seguro que tú también.

—¿Estarás bien?

—No lo sé —admití.

—Puedes quedarte en mi casa si quieres.

—No, tranquila. Prefiero estar sola y meditar todo esto, a ver si puedo recordar algo.

—¿Qué vas a hacer? Tienes mi número para lo que sea. Pásate por aquí mañana.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho hoy, Lala.

Me abrazó, por toda respuesta, y me hizo bien.

—No dejes de avisarme si te llama Adán. Creo que es tu mejor opción para encontrar respuestas y llegar a saber qué es lo que trama tu hermana.

—Lo haré.

El trayecto a casa fue mecánico. De esos de los que no eres consciente hasta que estás en la puerta sacando las llaves. Intentaba ordenar todo en mi cabeza, pero era un *collage* imposible. Estaba derrotada. ¿Y si volvía a ver a la abuela y trataba de sonsacarle qué pasó esa noche? ¡Pero ella no sabía nada del accidente y había perdido la cabeza!

¡Sería inútil!

¿Era posible que ese Painkiller, mi Painkiller en internet, fuera Adán? No podía ser. Lo último que me había dicho fue que dejara de comer esas galletas que me empequeñecían y que diera jaque al Rey Rojo y a la Reina Roja. Ahora sí me interesaba darle sentido a aquella estupidez, por si me llevaba a descubrir si era él o no. ¿Quiénes eran esos reyes que me oprimían y no me dejaban recordar? Mi hermana y Elora, ellas lo habían estado evitando. ¿Y de qué galletas hablaba? ¿Qué es lo que yo no dejaba de comer? ¿Se refería a mis pastillas?



8. *Tu voz es como un sueño que no puedo situar*

Se oía un ruido estridente en mitad de aquel *locus amoenus*. Estaba arruinando la música del violín que tocaba el Conejo Blanco y el suave batir del agua al paso de la barca por el lago subterráneo. Traté de ignorarlo, estaba muy cómoda sumergiendo los pies en la oscuridad. Pero empezó a hacerse tan fuerte que tuve que despertarme, no quedó más remedio. Era el maldito teléfono.

—¿Sí? —carraspeé.

—Eh… Hola. Soy Adán Del Val. ¿Con quién hablo?

Así es como una se espabila de repente, con una buena bofetada informativa. Me despegué el móvil de la oreja instintivamente y lo alejé de mi cara todo lo que me daban los brazos, con la mandíbula abierta por la estupefacción. Dios, ¡me había llamado! ¿Qué iba a decirle ahora?

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó cuando volví a colocarme el aparato en la oreja.

No entendía por qué su voz me confortaba tanto.

—Eh… ¿Eres Painkiller? —alcancé a balbucir.

—¿Qué? ¿Me he equivocado de número? Pregunto por… una amiga mía de la infancia… Mi secretaria debió de anotar mal el teléfono…

—…

—¿Hola? ¿Se trata de algún tipo de broma?

Y luego la línea comunicando, y yo, como una estúpida, en la misma posición: de rodillas en la cama sujetando un móvil al que ya no llamaba nadie y con la boca abierta. ¡Maldita sea! ¿Pero por qué diantres no había sido capaz de decir nada? Hundí la cabeza en la almohada y le di unos cuantos puñetazos para soltar la rabia. ¿Le devolvía la llamada? ¿Cómo empezaba? Se suponía que recordaba quién era, no tenía ni idea de cómo esperaba él que fuera mi reacción. ¿Me mostraba enfadada? Debería estarlo, ¿no? Me había dejado sola en el hospital. Aunque… mi forma de ser era otra. Comprendía que se

hubiera ido, yo estaba prácticamente muerta. Entonces… ¡Necesitaba más tiempo!

Ya anochecía cuando decidí que no iba a llamarlo, sino a plantarme en Madrid. Tenía que tenderme a mí misma esa trampa, como cuando me subí al tren para ir al pueblo. Que no hubiera marcha atrás y que sucediera lo que tuviera que pasar.

Iba a comprar un billete de tren por internet cuando el teléfono volvió a sonar. ¿Y si era Adán? Pero no, era alguien cuya llamada esperaba mucho menos.

—Hola, hermanita, ¿cómo estás?

—Vaya, dichosos los oídos —le dije.

—Sí, lo sé… Trabajo y más trabajo. Lo siento.

—Imagino. Ya le decía yo a la abuela que era imposible que hubieras venido, que Oslo está muy lejos para hacer una visita relámpago.

—Pero… ¿qué estás diciendo? ¿Al final te ha llevado a verla la pesada de Elora? —se sorprendió.

—No, he ido sola. En tren. Evitando El Clauso.

—Vaya… ¿y qué tal fue? ¿Recordaste algo?

—No me dijiste que habían derrumbado la casa de la abuela.

—Bueno, no ha salido nunca el tema —se justificó—. Se iba a caer. Qué más da eso ahora. Lo importante es si el pueblo o la abuela te hicieron recordar alguna cosa…

—No mucho, la verdad.

—Lo lamento, Mica.

—No lo hagas. Llamas para decir que no vas a venir, ¿me equivoco? —le digo.

—Eh… sí. Me conoces bien. No puedo, ya me fastidia, pero así es. Las cosas por aquí están un poco revueltas, y no puedo irme ahora…

—Vale, vale. ¿No preguntas por la abuela?

—Claro, no me has dado tiempo, ¿cómo está?

—Pues como una cabra, Melisa. Me desconcierta todo el rato, aunque me ha reconocido —le explico.

—Eso es… bueno.

—Sí, pero luego dice cosas como que has estado allí hace poco o que le diga a mamá que se quede con nosotras en La Jefatura.

—Ah… ya, maldita demencia senil… Sí, es muy desconcertante. Mezcla cosas de distintas épocas, confunde la residencia con la casa… Unas veces está en sí y crees que es consciente de que estás con ella y de repente te trata como a una niña y caes en la cuenta de que no es así…

—Podrías haberme explicado lo que me iba a encontrar —le reproché.

—Podrías haberme avisado de que ibas a ir —me devolvió el reproche.

—¿Y cómo estás tú? Quiero decir, no sé, ¿cómo es la vida en Oslo?

—Pues hace mucho frío y trabajo demasiado, pero es muy bonito. Ya vendrás cuando te recuperes.

—Nunca me cuentas nada. Yo podría visitarte.

—Ahora no es buen momento, ya te digo que tengo mucho lío aquí. Y es un viaje muy largo para alguien en tu estado. ¿Qué quieres que te cuente? —preguntó.

—No sé. Cómo es tu jefe, cómo se llaman tus compañeros de trabajo, con quién sales a tomar una copa… Lo normal.

—Hablamos de eso en otro momento, ¿vale? Tengo que dejarte. Por cierto, el doctor Luján dice que hace días que no te pasas por la consulta ni atiendes sus llamadas… Me he asustado, ¿estás bien?

—Sí, estupendamente. Es que no saco nada en claro en el psicólogo —me justifiqué—. Creo que debería dejarlo…

—¡No! Nada de eso.

—¿Por qué?

—Te hace bien, y yo estoy más tranquila. Prométeme que irás esta semana, por favor. ¿Quién sino te va a controlar la medicación? Porque la sigues tomando… ¿verdad?

—Sí —mentí a medias—, claro que sí.

—¿Irás?

—De acuerdo, iré, iré.

—Muy buena chica. Te llamo en cuanto pueda, ¿vale? Cuídate.

—Tú también.

Así que no admitía que había estado aquí. ¿Mentía? ¿Qué demonios ocultaba? Apenas sabía nada sobre su vida.

A la mañana siguiente estaba en un tren rumbo a Madrid. Me dirigía a la sucursal del banco donde trabajaba Adán. El plan era dar con él y observar su reacción, de ahí en adelante no tenía ni la más remota idea de qué iba a pasar. La ansiedad me latía en las sienes, pero había decidido que nada de pastillas a partir de ahora, no fuera a ser que de verdad me estuvieran empequeñeciendo. Estaba a punto de cambiar mi mundo con una visita, la Bella Durmiente por fin se iba a despertar, iba a recordar su pasado e iba a coger las riendas de su vida tan firmemente que ya nunca más habría ruecas capaces de pinchar su dedo. Pero por encima de todas esas ganas de respuestas y de libertad, y a pesar de la terrible imagen que me habían transmitido mis amigas sobre Adán, se abría paso una especie de urgente necesidad sentimental, como un poso antiguo y reseco de amor que las últimas vivencias habían removido, humedecido y esparcido por todo mi ser. Si eso era lo que sentía, ¿quería decir que era tan fuerte como para erigirse como el único recuerdo que conservaba? Es cierto que no era un recuerdo claro, yo no me acordaba de nuestros besos, ni de nuestra

primera cita, ni de su olor, ni de nada que tuviera que ver con nuestra relación, pero sí que me era familiar lo que sentía por él. Eso seguía vivo, y era lo que más me alentaba a embarcarme en semejante aventura sin sentido. Con el Bardaya había salido bien. A ver si esta vez ocurría lo mismo.

En Chamartín cogí un taxi que me dejó en la puerta del banco. El hombre que lo conducía amenizó el trayecto repasando la crónica de las andanzas de Bankia, de cómo nos habíamos arruinado por su culpa y de por qué la economía española estaba como estaba. Yo observaba los edificios por la ventanilla sin prestarle mucha atención. Solo quería llegar ya, ser capaz de entrar en el edificio y preguntar por él. Y mi deseo solo tardó veinte minutos en cumplirse.

Lo que no se me ocurrió pensar, una vez dentro del ostentoso edificio, fue que asaltar al director iba a ser un poco complicado. No me iba a resultar fácil acceder a su despacho sin cita previa. Había guardias y cámaras, y yo había sido demasiado impulsiva y demasido ingenua. ¿Por qué simplemente no respondí a su llamada? Él desde luego no sabía de qué hablaba cuando le pregunté si era Painkiller... Quizá ya no usaba ese *nick*. No creí que el director de un banco entrara mucho en Facebook.

Su secretaria me aseguró que era imposible ver al señor Del Val en todo el día, por muy urgente que yo quisiera hacer entender que era, pues se trataba, como bien podía imaginar, de un hombre muy ocupado. Sin embargo, era posible solicitar una cita para el próximo mes. Me planteé durante un estúpido instante la posibilidad de decirle que era su exnovia que acababa de regresar de un coma. Pero ese tipo de historias solo surtían efecto en las películas americanas. Y, además, por mucho que me hubiera arreglado, ni todo lo que llevaba encima, incluido el saldo de las tarjetas de crédito, alcanzaba el precio de la americana de aquella mujer. Era una pobretona intentando colarme en el frío núcleo financiero, *persona non grata*. Así que recogí mi dignidad, desmayada junto a mis pies, y salí de allí como un perro apaleado. Sabía que si volvía a intentarlo aquella arpía llamaría a seguridad, así que desistí. Crucé la puerta giratoria y la carretera y me senté en una especie de parque de cemento con construcciones trapezoidales. Había sido una estúpida. ¡Con lo sencillo que habría sido sacar la voz antes de que él colgara la mañana anterior! Pero un momento, ¡tenía su número! ¡Me había llamado desde su teléfono personal!

—¿Sí?

—¿Adán?

—¿Quién es?

—Eh...

—Un momento, ¿no hablé con usted ayer? O debería decir, ¿no

intenté hablar con usted ayer?
—Sí... Disculpa... digo, disculpe… yo...
—Por el amor de Dios, ¿qué es lo que quiere? —preguntó, déspota.
—Soy esa amiga de la infancia por la que preguntabas, digo… preguntaba.
—¿Qué amiga? ¿Pero sabe usted con quién está hablando? Mi tiempo es oro, señorita.
—Soy Mica.
El silencio selló el auricular.
—¿Hola? —comprobé la conexión.
—¿Qué clase de broma macabra es esta?
—No es ninguna broma, me temo. Soy Mica y estoy sentada en el parque que hay justo frente a tu oficina.
—¿Pero cómo es posible? Es decir... ¿cuándo...? Dios, ¿cómo…? —se le quebró la voz.
—Asómate a la ventana, si no me crees.
—No estoy en el trabajo, estoy en una comida de empresa, pero cerca. Voy enseguida.
—Tranquilo, puedo acercarme yo. —No pensaba permitir que me diera esquinazo—. ¿Cómo se llama el restaurante?



9. Cábalas

Cuando vi su rostro fue como si el corazón bombeara mi sangre por primera vez en toda mi existencia, con el dolor propio de un cuerpo que renace, como si en verdad no hubiera despertado del coma hasta ver aquella cara de ángel caído. Supe que era él. Lo supe sin necesidad de preguntar a ninguno de los camareros del elegante y castizo restaurante. Y me sentí tan sobrecogida, tan subyugada, tan miserable y tan feliz al mismo tiempo que, de haberme respondido las piernas, habría salido corriendo aterrorizada ante tantas sensaciones. ¿Por qué tenía ese efecto sobre mí? Apenas podía respirar, agazapada en la entrada del comedor de la sala vip. Sin duda es lo que debe sentir alguien a quien han traído de la muerte con un desfibrilador, arrojado a la realidad con una sacudida eléctrica.

No esperaba sentirme así. No era un ser de este mundo, e inmediatamente comprendí por qué mi memoria y todos los que me rodeaban querían protegerme de él. Ni siquiera me había mirado y su hechizo ya me había alcanzado y traspasado. Noté unas apremiantes e incomprensibles ganas de llorar que contuve con toda la fuerza que fui capaz de reunir, los músculos a punto de partírseme de la tensión, el estómago replegado sobre sí mismo, la mandíbula temblando. Allí estaba el maltratador psicológico que yo amaba y que continuaba ejerciendo su poder sobre mí aun sin haberme ni mirado. No podía apartar la vista de él. ¿Qué diablos me ocurría? ¡Ya me habían prevenido sobre él! Los abismos grises que tenía por ojos advertían lo fatal que podía resultar asomarse al vacío; sus labios, perfectamente definidos, eran la antesala a la condenación. «El diablo existe y tiene forma humana», me dije. Las sombras que proyectaba su alma eran claramente perceptibles desde mi posición. «Aquí está, Mica, esta es tu bestia, la has encontrado». Entonces levantó los precipicios de sus pupilas hacia mí y caí dentro. Se le desencajó la mandíbula al verme ahí de pie, observándolo petrificada y apartada del bullicio alegre de

los comensales. Pidió disculpas al hombre que estaba a su lado, que no reparó en mi discreta presencia, y se levantó.

Inició la maniobra de acercamiento que yo tanto temía, como quien camina despacio hacia algo que no sabe si está imaginando, entornando los ojos para fijar mejor la vista, como vislumbrando un espectro o un ente borroso que no fuera capaz de distinguir con precisión. A menos de treinta centímetros de mi cuerpo, pronunció mi nombre:

—¿Micaela?

Casi me caigo de espaldas al oír su voz, ya sin teléfonos de por medio. Maldita sea. Su voz había estado todo este tiempo en mis sueños. Incluso en los más inconfesables. Yo había oído esa voz diciendo mi nombre mientras me hacía el amor. Había tenido esa boca sobre la mía, sobre mi cuerpo tembloroso, infinitas veces. Y ahora me hablaba, después de años, después de haberme abandonado, y yo solo quería morirme, enseguida.

—¡Dios…! ¿Estás… estás bien?

Su nerviosismo era tan evidente que no sabía cómo dominarlo. Hizo amagos temblorosos de tocarme, indeciso, totalmente descolocado.

—Yo… Hay tantas cosas que quiero decirte… ¿Puedo abrazarte? —preguntó al fin, cauteloso.

La idea de sentir su piel contra la mía me hacía un daño infinito, pero no era capaz de articular palabra; la glotis, una vez más, no me respondía. Él tomó mi silencio como un sí, pero conseguí levantar mis brazos a tiempo para empujarlo levemente y salir corriendo antes de que me rozara siquiera. No podía permitirme llorar, así que corrí como una estúpida. ¿Por qué diantres había ido?

—¡Espera! —Alcanzó a sujetarme por la muñeca una vez afuera—. ¡No puedes volver a escapar!

¿Qué? ¡Fue él quien escapó de mí! Mi historia con él la resumen los Extremoduro en *La vereda de la puerta de atrás*:

> Si fuera mi vida una escalera,
> me la he pasado entera
> buscando el siguiente escalón,
> convencido de que estás en el tejado
> esperando a ver si llego yo.

Forcejeé como una niña pequeña, procurando evitar el contacto visual para que no se percatara de mis estúpidas e injustificadas lágrimas. ¿Qué había pasado con esa valentía que me había empujado hasta Madrid?

—Ven aquí. —Me atrajo hacia él a la fuerza.

Pero fui incapaz de relajar los miembros. Era la segunda vez que alguien me abrazaba de verdad —después de Lala— desde que

desperté en el hospital. Y estaba… bien. Realmente cálido, familiar. Cuando me llegó su olor a la nariz, aquella mezcla de jabón del caro mezclado con piel caliente, como el aroma de un pan especiado recién salido del horno, todos los abrazos que nos dimos vinieron al encuentro de aquel. Todos los sinsabores, las reconciliaciones, las sensaciones agridulces de otros contactos físicos. Me desarmó.

—Creí que no volvería a hacer esto nunca más —susurró con los labios pegados a mi pelo.

Me enfadaba sentirme tan bien en aquel nudo de brazos. ¡Maldita contrariedad! Ante su ternura se desataba mi furia. Quería pegarle en la cara. No sabía por qué, tenía la apremiante necesidad de magullarle su preciosa cara. El niño rico había recuperado su juguete roto, una muñeca que él mismo había quebrado jugando a ser malo. Y ahora estaba contento porque alguien se lo había traído de vuelta, porque claro, los niños ricos no pierden el tiempo reparando los juguetes viejos.

—¿Cuándo has despertado? —preguntó.

No puedo creer lo que oigo. ¡Así que era cierto! ¿Creía que aún estaba en coma? ¿Cómo es eso posible? ¿Tan desgraciadas habían sido Elora y mi hermana como para hacerle creer todo este tiempo que seguía en el limbo? ¿Quién se habían creído que eran? Ante mi desconcierto, me propuso ir a su casa para hablar tranquilamente. Le dije que prefería hablar en el restaurante, pero insistió y no tuve más remedio que dejarme llevar, un tanto reticente, preguntándome si era mejor decirle la verdad sobre mi amnesia o si sacaría más información si lo ocultaba, como me había aconsejado Lala. Me condujo a un taxi con el brazo puesto delicadamente sobre mis hombros, como si llevara a alguien demasiado pequeño e indefenso, como si transportara una carga frágil. Rompí la sujeción enseguida para que supiera que no necesitaba que me protegiese nadie, y menos él. El trayecto no duró más de diez minutos, pero perdí la noción del tiempo —que es una coordenada que siempre me la juega—, tratando de evitar esos ojos ineludibles.

—Dios mío —dijo mirándome como si fuera un pequeño milagro—, debo de estar soñando.

Sentí una rabia incontenible contra él y contra mí misma. Era un cóctel de sentimientos contradictorios. Estaba enfadada con él por haberme hecho daño y conmigo por haber aceptado ir a su casa. Odiaba lo que sentí al verlo y odiaba haber sucumbido a su abrazo.

Llegamos a un suntuoso edificio que se encontraba en el centro de la ciudad, muy diferente de lo que yo hubiera imaginado. Era una de esas construcciones de principios del siglo veinte, un tanto deteriorada por el paso del tiempo, pero con la clase y la solidez de la arquitectura

modernista. El edificio conocido como Casa de Pérez Villaamil, en la plaza Matute, 12. El *art nouveau* me trasportó a la *belle époque* ya en el amplio *hall* de cristales esmaltados que había tras el portal enrejado con mórbidos motivos vegetales y me distrajo del incómodo silencio que manteníamos. Subimos al ascensor y Adán pulsó el botón del ático. ¿Por qué tenía que mirarme así?

—¿Cómo estás? —me preguntó—. ¿Por qué has venido a buscarme?

Yo recé para que el mecanismo del viejo ascensor de cancela exquisita fallara de una vez y nos dejara caer. Pum. Rápido y fácil.

—Tiene que estar siendo muy difícil… —continuó.

Sin duda, mi mutismo le preocupaba. Quizá se preguntaba si había perdido algunas capacidades, como el habla o el razonamiento. Por eso no me presionó. Tras lo que me pareció una eternidad de pisos, llegamos al cielo de la ciudad. Todo el ático era suyo. Un derroche de metros cuadrados. Lo seguí hasta la puerta, sobrecogida por las impresionantes vistas, contemplando la posibilidad de atravesar las hermosas y sutiles libélulas de cristal de las ventanas, de la firma Maumejean, y terminar con aquella situación insostenible.

—Pasa —me dijo desde la puerta—. Ponte cómoda mientras preparo algo de beber. ¿Has comido?

Las paredes eran de ladrillo visto, como la planta bajo cubierta de La Pedrera de Gaudí, combinando a la perfección con el metal y los cristales coloristas de reminiscencias *fin de siècle*. Deambulé por el inmenso salón, donde había un piano de cola que destellaba solemne, amplios sofás burdeos, una pantalla de televisión que ocupaba casi por completo una de las paredes, y una barra de bar con taburetes que también desprendía cierto aroma a 1900. ¿Habría estado allí antes? Nada me era familiar. Nada excepto un rencor añejo. Un rencor que, como un musgo, cubría parcialmente lo que sentí cuando lo vi en el comedor y lo que sentí al recordar su presencia en el Bardaya. Me costaba, por no decir que me resultaba imposible, encajar a aquel hombre trajeado en la diminuta tasca. No creí que bebiera calimocho o Celada. No creí que frecuentara chicas como yo.

Jeff Buckley empezó a sollozar *Hallelujah* mientras él iba a por un par de cervezas. ¿Por qué demonios ponía música?

—¿No quieres sentarte? —Señaló uno de los taburetes.

Me acerqué a la barra y me senté, incómoda, cautelosa y furiosa. ¿Y si salía corriendo? ¿Me seguiría otra vez? ¿Me importaría que no lo hiciera? Lo observé actuar. Se había quitado la americana y se había arremangado la camisa, por eso podía ver sus brazos tatuados. ¿De qué iban esos tatuajes carcelarios? ¿No era un niño pijo? Estaba desconcertándome, y eso no podía ser. Tenía que aguzar la atención. Esa iba a ser mi táctica. Lo traspasé con la mirada, observé más allá de sus poros. Se movía con seguridad, pero podía atisbar el temor entre

sus uñas. ¿Por qué estás tan asustado, Adán? ¿Qué intentas ocultar? De pronto, mientras sacaba dos botellas de la nevera, fue como si pudiera ver su espíritu. Parecía tener que perseguir y exorcizar constantemente a sus demonios, como John Constantine, podía presentirlo. Era una de esas personas que arrastran tantas sombras que, a pesar de que quieras traerlos a la luz, terminan hundiéndote con ellos en el fango. Quizá se aferró tanto a mí porque creía que era su única esperanza de ganarse el cielo, pero por lo que yo sabía, él era como la Beatriz de Dante, como la Eurídice de Orfeo, estaba condenado. Mientras abría las botellas y cortaba el limón, lo entendí. Por mucho que hubiera bajado a rescatarlo al infierno, era tarea imposible sacarlo de allí. Peor aún, cuando lo hice, me quedé con él y me consumí. Logré recordar eso, cómo me hacía sentir, y logré recordar mi sufrimiento, pero no era capaz de traer a mi mente ninguna imagen de los dos, ninguna anécdota. Maldita fuente del Leteo, ¿por qué no me resistí a probar sus aguas?

Me puso delante una Hoeggarden, bien fría, con una rodajita de limón del mismo tamaño que la boca del vaso. Frente a él, al otro lado de la barra, puso la suya. Yo me revolví inquieta en mi taburete. Esperaba champán y caviar, o lo que fuera que tomasen los ricos.

—Como a ti te gusta, Lechuza —dijo.

¿Lechuza?

Luego colocó una tabla de quesos y otra de patés que tenía en la nevera, y añadió unos panecillos. Eso sí era más predecible… Imaginé que no querría abrumarme pidiendo comida al restaurante Santceloni. Se me quedó mirando fijamente, sin prestar atención a su bebida. Por el cuello de la camisa advertí que tenía más tatuajes y aparté la vista, como Tántalo.

—Es tan natural estar contigo… —dijo.

Para mí no lo era, si exceptuamos el maldito abrazo. Solo quería que me dijera lo que sabía y me dejara marchar. Notaba algo en su voz que me alertaba.

—¿Cómo estás? ¿Cuándo has despertado? —volvió a preguntar.

—Estoy… bien.

—Me odias.

¿Lo odiaba?

—Es lo que merezco —dijo, pero no noté tristeza en su voz.

Vaya, Lala tenía razón. Se sentía culpable.

—¿Ah, sí?

Sopesó mi pregunta. Tenía que jugar muy bien mis cartas.

—Tenerte aquí sentada, mirándome con tus preciosos ojos de lechuza, es un milagro, Mica. No quiero estropearlo…

—Pero es que ya está estropeado —le expliqué.

Ojos de lechuza. Qué familiar y desconcertantemente reconfortante

me resultaba ese apelativo… Se pasó las manos por el largo pelo oscuro. Tenía que ser muy comedida o nunca sabría la verdad.

—Lo sé y no me siento orgulloso. Cambiaría todo lo que hice mal, pero no puedo.

—¿Y por dónde empezarías? —me arriesgué.

—Por el principio —respondió—. Quizá hubiera sido mejor que nunca me hubiera cruzado en tu camino.

Bien jugado, Adán. Sorbí mi Hoeggarden para aclararme la garganta. ¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que no recordaba nada?

—¿A qué has venido, Mica? ¿Por qué me buscaste? ¿Tienen sentido los reproches ahora?

¿Qué iba a decirle? ¡Dios! ¿Qué le decía?

—Yo… eh… No lo sé.

Me sujetó la barbilla para forzarme a mirarlo y mi manotazo para apartar su contacto fue tan brusco que rompí mi vaso, derramando la cerveza y cortándome en la muñeca.

—¡Dios, Mica, estás sangrando! —exclamó horrorizado.

A mí no me dolía tanto el corte como el orgullo, pero la alfombra de angora blanca que había a mis pies estaba estarcida de rojo.

—Mierda, ¡es profundo! —me sujetó el brazo.

Sacó un paño inmaculado de algún cajón y me lo apretó alrededor del corte, con el corazón en un puño. Acto seguido y sin soltarme, llamó por teléfono a un tal Roberto y dijo que era urgente que viniera a su casa para coser un corte muy feo en la muñeca de una amiga. El paño blanco estaba empapado en sangre. Estaba empezando a marearme. Cogió otro y sustituyó al anterior en apenas un instante, que sirvió para dibujar un Jackson Pollock en la moqueta. Lo apretó con fuerza y me sujetó contra su pecho al ver que me tambaleaba en el taburete.

—¿Estás bien, Lechuza?

—No es nada —dije.

—No vayas a desmayarte, ¿eh? Mi amigo es médico y no tardará en llegar.

Pretendía sonar calmado, pero estaba hecho un flan. Tan cerca de su cuerpo podía notar su temblor bajo la camisa. El corazón le latía fuertemente en el cuello, donde estaba mi sien. Sus manos apretaban mi muñeca, y casi deseé que el doctor no llegara, porque estaba empezando a recordar la sensación de plenitud que tenía a su lado, aquel calor contra mi piel, aquellos labios tan cerca de los míos... Pero entonces llamó al timbre y Adán me colocó en el sofá para ir a abrir la puerta.

—Apriétalo fuerte, no tardo nada —dijo, poniendo mi mano sana sobre el paño.

Empezaba a notar un leve desvanecimiento, pero enseguida llegó

Roberto, un médico joven de cabello rizado y barba incipiente.
—Voy a hacerte un zurcido —bromeó, mirándome por encima de las gafas de pasta—. Tranquila.
Dolió mucho más que el propio corte, pero fue rápido. Al parecer había perdido bastante sangre, había sido un corte certero, digno de una suicida. Roberto era un buen amigo de Adán y se quedó un rato para asegurarse de que estaba bien.
—Así que vives en León, ¿eh? Yo estuve una vez, hace años. Guardo muy buen recuerdo de la morcilla y la cecina —dijo.
—Sí —afirmé—, y eso me recuerda que tengo que coger un tren de vuelta. ¿Qué hora es?
—No deberías. Mi consejo es que reposes lo que queda de día y regreses mañana, es lo mejor.
—Imposible —me opuse—, no puedo quedarme aquí…
—Puedes, y debes —intervino Adán—. No pienso dejar que te vayas así.
—Hazle caso —dijo Roberto, levantándose para irse—. Así puedo venir mañana para ver cómo estás. Te cambiaré el vendaje a primera hora para que puedas irte.
Se despidieron, y yo permanecí en el sofá, contrariada.
—Que descanse y coma algo —le aconsejó a Adán antes de que este cerrara la puerta.
¿Cómo diablos iba a quedarme allí a pasar la noche? ¡De ninguna manera!
—Ya has oído al doctor —me dijo mi anfitrión regresando a mi lado.
—No, mira, Adán, yo no puedo quedarme aquí…
—No me importa si me odias aún más por obligarte a quedarte, me has dado un susto de muerte. Por un momento pensé que te perdía otra vez. Estás pálida, necesitas comer algo.
Volvió a poner música mientras limpiaba todo aquel desastre y luego colocó las bandejas que no habíamos tocado en la mesita de centro que había frente al sofá. Me untó un panecillo con paté y me lo puso en la mano sana.
—Esto no es necesario —le dije, avergonzada.
—Deja que te cuide, por favor, es lo menos que puedo hacer. No debes usar la mano derecha. Ni siquiera para pegarme.
—Pero mereces que lo haga —volví a la carga.
—¿Qué estás haciendo aquí, Micaela? Dejémonos de juegos.
—Pues… No tengo ni idea.
—Pues yo sí. —Me dejó de una pieza—. Porque yo también lo deseo, desde que te he visto de pie en el restaurante, viva. Todo lo que sentía por ti, enterrado en alguna parte, ha salido al instante de su tumba. Solo he podido pensar en tocarte, Mica. Esa atracción que se nos llevaba por delante sigue intacta, a pesar del tiempo. Es alucinante.

Un momento, ¿de qué estaba hablando?

—No he olvidado cómo lo hacíamos. Nunca he vuelto a hacerlo así con nadie.

Si abría más los ojos, la comparación con la lechuza se quedaría escasa.

—¿En serio estás hablándome de sexo ahora? —acerté a balbucear, crispada y confusa—. ¿Después de lo que pasó?

Su mirada me estudió. No conseguía intimidarlo.

—Precisamente después de lo que pasó. Sé que has sentido lo mismo, te conozco bien. Si aún eres capaz de enfrentarlo y de mirarme a la cara es que ya lo has olvidado. Me has perdonado, Mica, como tantas otras veces, de lo contrario no habrías venido. No perdamos más el tiempo con discusiones absurdas. Dime que no has pensado en besarme ni una sola vez y lo dejo aquí. No es fácil que esto ocurra entre dos personas, no lo desperdiciemos.

—No lo he hecho —mentí, pero no pude evitar mirarle los labios—. Y desde luego, no te he perdonado.

—No puedo creer que hayas vuelto a mí, es como un sueño. He rezado para que pasara esto, Mica. Solo puedo pensar en desnudarte.

—Esto ha sido una idea pésima… —balbucí y me incorporé—. Me voy.

—Dime que no has sentido una sacudida al recordar cómo te lo hacía sobre el piano cuando has entrado, cómo nos dejábamos arrastrar por esa pulsión incontrolable, como si que nos folláramos el alma fuera el antojo de un dios.

Ojalá pudiera recordar algo de eso.

—Deja de acosarme, ¡eres un puto crío! —respondí irritada, buscando mi abrigo.

—Mientes. Te resistes porque aún estás dolida conmigo, pero has traído tu preciosa boca hasta aquí para que te la muerda ahora mismo, no lo niegues. Eso solo puede significar que me has perdonado, y ya hemos perdido mucho tiempo. No nos lo pongamos más difícil.

¿Perdonar qué? ¿Que me dejara? ¿Que no se quedara dos años junto a una cama de hospital esperando que despertara? ¿A quién le importaba ya? No había previsto aquella situación. Esperaba una pelea, gritos, sacarle algo de información. Estaba caminando sobre la cuerda floja, era hora de huir.

—Me voy —dije cuando se levantó para acercarse a mí.

—Después de lo que voy a hacerte, ya lo creo que te irás —susurró bloqueándome el paso—, pero no de mi apartamento.

Dios… ¿En qué momento me había metido la lengua en la boca? ¿Pero qué estaba haciendo? ¡Ni siquiera lo conocía! ¡Ni siquiera habíamos hablado! No, no, no, eso no podía suceder. Primero tenía que saber qué ocurrió o seguramente me arrepentiría de que se

metiera en mis bragas. ¡Pero no podía parar, solo dejarme hacer, como si nadie me hubiera desnudado jamás, como si fuera virgen! «No lo eres». me dije. «Aunque no puedas recordarlo, no lo eres». Dios, ¿cuánto hacía que nadie me tocaba así? Johnny Cash sucedió a Buckley cantando *Hurt* en el equipo de música mientras las caderas de Adán me empujaban contra el mostrador.

> I will let you down.
> I will make you hurt.
> I wear this crown of thorns
> upon my liar's chair,
> full of broken thoughts
> I cannot repair.
> Beneath the stains of time,
> the feelings disappear.
> You are someone else,
> I am still right here.[3]

Qué canción tan oportuna. Exactamente así lo describió Elora. Cuando me cogió por la cintura y me sentó sobre la barra no supe quién estaba más torturado, si mi corazón o mi resistencia. Me moría de deseo, pero no podía ceder a eso… no. ¡No! La hebilla de su cinturón quedó justo en mi entrepierna cuando me subió la falda hasta la cintura y me abrió los muslos. Busqué la sensatez, lo juro, pero no la encontraba, todo con lo que me topaba era con su erección. Su lengua recorría mi cuello, mi mandíbula, mi boca entera, y no quería que parara. Ya no.

Estábamos tirados en la alfombra que había junto al sofá después de haber tenido un sexo increíble, él con la cabeza sobre mi vientre, mis dedos jugando con su pelo, cuando llegó con fuerza otro recuerdo. Mis ojos se posaron sobre una botella de ron Brugal que había en el estante de cristal de las bebidas, desentonando con la clase del mueble y del resto de botellas. De pronto me vi en la barra del bar La Gruta, en Trueca, con un billete en la mano. Tenía dieciocho años y estaba a punto de pagarme mi primera borrachera. Nunca antes me había interesado el alcohol. No me gustaba su sabor. Le pedí al camarero que pusiera una canción: *Déjame*, de Los Secretos, todo un clásico.

—–Y ponme un *cachi* de Brugal con naranja —le decía.

—¿Lo habéis vuelto a dejar? —preguntaba con una ceja levantada, señalando con la cabeza afuera del bar, donde Adán fumaba bajo la lluvia.

Todos los camareros son también psicólogos. Y Dani había asistido silencioso, tras la barra, a todas nuestras rupturas. Pero como dice Carlos Chaouen, también tienen la receta del olvido. Y me la dio. En

un vaso de plástico donde cabía medio litro de ron. Recordé exactamente cómo me sentía entonces mientras me envenenaba con aquel brebaje y cantaba a voz en grito:

Déjame, no juegues más conmigo,
esta vez, en serio te lo digo:
tuviste una oportunidad
y la dejaste escapar.

Menuda estúpida. En lugar de llorar, aunque quería morirme, aquel día decidí que la autodestrucción podía ser otra opción. Bebí hasta desmayarme, convencida de que:

No hay nada que ahora ya,
puedas hacer
porque a tu lado yo
no volveré, no volveré.

—¿Por qué volvías siempre después de dejarme? —pregunté mirando al techo y regresando al presente.

Fue un jarro de agua fría para él, que me miró molesto y dejó de usar mi tripa como almohada.

—¿No puedes simplemente disfrutar de las cosas? —dijo—. ¿Qué necesidad hay de remover el pasado?

—Porque acabas de follarme sin apenas haber hablado desde que me desperté de un coma —sentencié.

—–Joder, Mica. Siempre igual. —Se incorporó—. Ya sabes que mi motor son los impulsos, hago lo que me dictan, nada más. Tenía que tenerte, lo necesitaba. Y tú también.

—Y ahora necesito saber por qué, si estás tan a disgusto a mi lado, siempre vuelves.

—No lo sé…

—No me lo creo —lo desafié, levantándome.

—Creo que me atrae tu predisposición al dolor. Nadie vuelve con alguien que le hace sufrir, tú sí. Incluso a pesar de haber estado en el otro barrio, es increíble. Yo no soy bueno para nadie, y por eso todo el mundo huye de mí. En cambio tú… siempre estás ahí, nunca dejas de quererme, por muy mala persona que sea.

—¿Y por qué tienes que ser así?

—Bueno… últimamente me lo he hecho mirar. El psicólogo dice que soy esquizoide compulsivo. Otros lo llaman narcisismo perverso...

Vaya, así que tenemos las mismas extrañas aficiones… Sentarnos en divanes.

—No me digas…

—Sí… Ya sabes, tengo el perfil de un crío sin madre, falto de cariño, con un padre estricto en exceso que nada en dinero… Demasiada presión social, demasiada ausencia de afecto. Estoy incapacitado para

las emociones, y eso me aparta de la gente. No me creo merecedor de amor, así que yo no lo doy. Por eso soy retraído, asocial, egoísta hasta la náusea… Una joyita. Nunca pude adaptarme a las pautas de comportamiento de la sociedad, las relaciones me causan estrés… Y tener mucho dinero favorece los vicios caros, vicios de los peores…

—No me despistes. Ibas a decirme de quién te vengabas todo el tiempo que estuviste a mi lado.

—Tengo problemas psicológicos, Lechuza, problemas que hacían que solo pensara en mí. Sabía a ciencia cierta que volverías cuando yo quisiera, así que para qué cuidar lo nuestro. Y, a pesar de todo eso, Mica, tú me querías. Cada vez que lo comprendía volvía a buscarte, cada vez que estaba cerca de perderte, volvía por ti… Pero era incapaz de quedarme —explicó—. Nunca habría acudido a un profesional si no hubiera pasado lo de tu accidente. Lo que pasó me hizo pensar mucho. Fui empático por primera vez en toda mi vida, comprendí el daño que te había hecho y decidí que era hora de ponerme en manos de un profesional. Siempre sospeché de mi incapacidad para el amor, pero no esperaba un trastorno. Y ahora estás aquí, aquí mismo… Por eso necesitaba tenerte ya. Porque pensé que jamás volvería a poder hacerte el amor en la vida.

Así que me había enamorado de una persona psicológicamente incapaz de darme amor, eso tenía que constar en algún libro de récords sobre el colmo de los colmos… No era un simple cabrón, tenía un problema. Era un maldito cabrón con problemas.

—¿Comprendiste el daño que me habías hecho, en serio?

—Claro que sí, ¡por el amor de Dios! Te fui infiel de la peor forma, con alguien a quien querías, ¡soy un ser despreciable! ¡Ahora lo veo! Iba a ser una noche normal, solitaria y normal. Pero todo se torció, es como si mi ser atrajera el mal. Aunque estoy casi seguro de que el karma me puso en mi sitio: tú no ibas a ir a mi casa, se suponía que estabas en la ponencia del escritor ese, el tal Ortiga, y de repente apareciste allí, en el momento menos oportuno, y viste lo que no tenías que ver. Y te perdí. No porque no me fueras a perdonar, sino porque tuviste un accidente terrible. Lo merezco. Lo necesitaba, necesitaba perderte de verdad para encontrarme conmigo mismo y ser capaz de cambiar.

¿La ponencia de Ortiga? ¿El mismo Ortiga que yo había conocido en la calle? ¿El que reciclaba dedicatorias?

—¿Así que casi muero para que experimentaras una revelación, para rehabilitarte? —ironicé, aguantando las ganas de preguntar con quién diablos me había sido infiel, aunque el acertijo estaba obviamente resuelto y empezaba a serme difícil seguir en mi papel.

Aquello tan terrible que me había hecho Melisa era acostarse con mi novio. ¡Mi propia hermana! La misma que me había dejado sola desde

que desperté en el hospital.

—Sí. Todo esto ha sido una prueba. Una prueba más de que tú eres la indicada para mí, porque siempre me perdonas, hasta cuando lo que te hago es imperdonable. Y esta vez, cuando parecía que el perdón era imposible porque no ibas a despertar nunca, vas y recuperas la consciencia. Ya estoy listo para ser tuyo. Tiene que ser el destino, Mica. Iban a desenchufarte y vas y te despiertas. Y no solo eso, ¡viniste a por mí! ¡A pesar de todo!

¿Que iban a desenchufarme? ¿¡Iban a desenchufarme!?

—¿Cómo sabes tú eso? —lo atravesé con las sílabas sin mirarlo.

Me observó desconcertado.

—¿No se supone que no volviste a pasar por el hospital desde que mi hermana te echó?

Pude oírle pensar a marchas forzadas.

—¿Has seguido viéndote con ella? —afirmé más que inquirí.

Dudó. Pero lo vi en sus ojos.

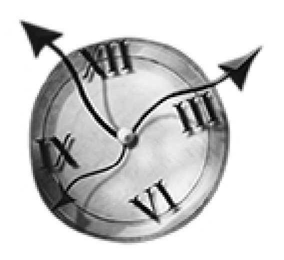
—¡Maldito bastardo hijo de puta!

El puñetazo fue tan inesperado que no le dio tiempo a protegerse y lo recibió de lleno en la cara.

—¡Has seguido follándotela! —escupí al borde del colapso.

Me llevé mis cosas a cuestas y él no pudo impedirlo, retorciéndose y frotándose la nariz, cegado por las lágrimas, aunque se asomó a la escalera y me gritó que no era cierto cuando yo ya estaba saliendo del edificio. Que estaba equivocada, decía. Esta vez no iba a alcanzarme.

[3]. Te defraudaré. / Te haré daño. / Llevo esta corona de espinas / sobre mi trono de mentiroso, / lleno de pensamientos rotos / que no puedo arreglar. / Bajo las manchas del tiempo, / los sentimientos desaparecen. / Eres otra persona más, / y yo todavía sigo aquí. *(N. de la A.)*



10. El Club de los 27

Cuando llamé a Lala desde el autobús de regreso a León para contárselo, la noté realmente apenada por mi sufrimiento. Lloramos las dos. Lamentó haberme animado a hacerlo, pero la consolé diciéndole la verdad: no había otro modo de descubrir lo que había sucedido. Tenía que alegrarme porque al fin había terminado todo, pero no era capaz de hacerlo porque no había recordado nada y porque me había vuelto a abrir como una flor para aquel bastardo. ¿Cómo diablos podía amar a semejante ser? ¡Era un monstruo! Me miré el vendaje de la muñeca. Ojalá esa fuera la única cicatriz que me había dejado Adán.

No podía creer que Melisa hubiera sido capaz de hacerme aquello. Normal que se alejara de mí, y lógico que no quisiera que recordara a Adán y que me ocultara sus fotos.

¿Pero por qué Elora le seguía el juego? ¿Con qué la estaba chantajeando? Tenía que hablar con ella cuanto antes. Una de las dos reinas rojas iba a caer.

Quedaba pendiente saber por qué Melisa mentía sobre sus visitas a la abuela. Aunque Lala tenía una teoría: si había seguido viendo a Adán todo este tiempo, igual no estaba en Oslo, sino en un lugar más cercano a León. Por ejemplo, Madrid. Encajaba. Encajaba que su culpabilidad la empujara a pagarme el tratamiento y la manutención pero no le permitiera verme a menudo.

Me sentía miserable y liberada al mismo tiempo. Todavía tenía en mis manos el olor de su piel, y cada vez que me secaba las lágrimas volvía a percibirlo y a sentir ese vuelco en el estómago. Tenía una docena de llamadas suyas en mi teléfono. ¿Cómo podía ser tan capullo? ¿Cómo pude haber sido tan imbécil? Le había dejado disfrutar de mi cuerpo otra vez. Daba igual si decía en serio que al fin había comprendido el daño que me había hecho. Siempre conseguía tenerme sujeta de alguna forma, y era solo culpa mía. No podía seguir

siendo la víctima. Su poder se lo daba yo, nadie más. Las personas tienen sobre nosotros el poder que les damos.

Cuando llegué a casa estaba tan cansada que me dormí sobre la cama con la ropa puesta. Qué duro iba a ser partir de cero, crear una vida nueva, sin recuerdos ni infancia, una vida de androide con treinta años.

Me desperté a eso de las tres de la tarde porque estaba ahorcándome sin querer con el pañuelo de estampado de calaveras que no me había quitado al llegar a casa. Por eso y por el maldito Conejo Blanco. Noté los ojos hinchados de llorar y el cuerpo dolorido que me recordaba que Adán había estado dentro de mí. No podía quitarme su imagen de la mente ni un segundo. Y pensar que ahora podría estar despertándome en su cama… Tenía varios mensajes de voz en el contestador de mi móvil. Todos eran suyos. Imaginé sus excusas: «Aquella noche me acosté con ella porque fui un estúpido, pero ahora sé que quiero estar contigo», «Seguí viéndola porque pensé que no ibas a despertar nunca». No quería escucharlos. Empezaba a justificar en parte su comportamiento y no quería hacerlo. No merecía mi perdón. Ni aunque su sabor siguiera en mis labios.

Entonces vi algo extraño en la pared de mi cuarto, aún boca arriba en la cama y con el abrigo puesto. Casi donde se juntaba con el techo se había despegado el papel pintado. Pensaba que era pintura, pero vi que no. Me subí a la silla del escritorio y traté de volver a pegarlo, pero era imposible. Debajo sí había pintura, de color morado. Tiré del papel para ver cómo era lo que había debajo del sobrio blanco y empezaron a aparecer dibujos. No pude creerlo, ¡era Janis Joplin! Un dibujo precioso, ¿por qué lo habríamos tapado? Seguí tirando del papel pintado, hasta arrancarlo de toda la pared. ¡Había más dibujos! Y todos eran cantantes de *rock*. La mayoría del llamado Club de los 27, estrellas que murieron a los veintisiete años: Kurt Cobain, Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison… Se me heló la sangre al recordar que yo tenía esa edad cuando ocurrió el accidente… ¿Quién había pintado aquello? ¿Yo? ¿Por qué? ¿Por qué tenía un cementerio de roqueros muertos en la habitación donde dormía? Yo cantaba en un grupo y casi muero a los veintisiete… ¿Quién había tapado aquello y por qué? Desde que había seguido el consejo de Painkiller de no comer más de esas galletas —ansiolíticos— que me empequeñecían —aletargaban—, estaba realmente más despierta.

Tenía que llamar a Elora, me debía algunas respuestas. Pero no me cogió el teléfono. ¿Qué más ocultaba el pequeño piso en que vivía? ¿Qué otros misterios inquietantes? Decidí hacer lo que no había hecho en todo ese tiempo: buscar la tesis y leerla. Bajé al trastero y rescaté las cajas donde mi hermana lo había guardado todo.

Allí estaban mis apuntes, torretas escarpadas de folios manuscritos

con dibujos en los márgenes. Y allí estaba la tesis, en una carpeta sin etiqueta, inacabada, abandonada. Empecé a pasar hojas que teorizaban sobre las características del monstruo en la literatura actual, sobre cómo se había renovado la fórmula para que siguiera asustándonos, teorías sobre el miedo y lo sublime, novela gótica, fantástica, de terror… Nunca iba a recuperar la memoria. Desesperada, arrojé los papeles al suelo, y la estancia se convirtió en un nido de hojas voladoras que se fueron posando como pájaros a uno y otro lado del cuarto. Tenía ganas de gritar. No recordaba nada…

Pero entonces vi una hoja diferente. No era un folio blanco, sino un tríptico en color. Lo cogí. Se trataba del programa de unas jornadas sobre tendencias narrativas actuales que organizaba la universidad, en las que había participado Saúl Ortiga. La suya trataba sobre la literatura feminista, a propósito de *La mujer del aire*. Cuánto me gustaría poder acordarme de algo de lo que dijo. Es como si aquel 20 de diciembre, a las 18:00 yo no hubiera estado allí.

El teléfono sonó en la lejanía, seguramente enterrado bajo alguno de aquellos montones de apuntes. Logré sacarlo de su sepultura, esperando volver a colgar a Adán una vez más cuando me di cuenta de que era Elora.

—¡Por fin me devuelves las llamadas! —exclamó—. ¿Estás bien?

—Hola, Elo. Ehm… Sí, sí. He estado… ocupada.

—¿Ocupada? ¿Tantos días? ¿Con qué?

—Con… —Traté de inventar una excusa verosímil mirando a mi alrededor—. Con los apuntes de la carrera y los del doctorado. Me ha llevado muchísimo tiempo ordenarlos.

—¿Y para qué quieres ordenarlos? —quiso saber.

—Pues esperaba recordar algo haciéndolo.

—Te vas a volver majara, Mica —me riñó con dulzura—. ¿Y ha surtido efecto?

—No. —Resoplé—. Bueno, encontré el programa de la ponencia de Ortiga, el que te firmó el libro, igual que a mí. ¿Nos lo firmó juntas después de su conferencia? No recuerdo ni una palabra, qué lástima.

—Ehm… no. Yo no fui contigo, fue Melisa.

—¿Mi hermana interesada en la literatura?

—El libro nos lo firmó a las tres en el bar donde trabajaba yo, por eso fuisteis a la ponencia. Nos invitó a las tres a asistir y a tomar una copa después.

—¿Y por qué tú no viniste? —empecé a interesarme.

—Bah, por una bobada. Estábamos enfadadas.

—¿Por qué?

—Adán te había propuesto tener una relación abierta, después de una marejada de intentos de que lo vuestro funcionara, y estabas pensando en aceptar para no perderlo. Así que me enfadé y te dije que tenía que

trabajar.

—Vaya. Lógico. Soy una estúpida.

—No, ya no —me consoló—. Eso era antes, Herz.

Ay, si ella supiera lo estúpida que había llegado a ser… Volvería a enfadarse, y con razón.

—Entonces no tengo de qué preocuparme, ¿no? Porque tu hermana me ha echado la bronca por descuidarte. Me ha contado que fuiste al pueblo. ¿Por qué no me dejaste acompañarte?

O sea, que a ella sí que la llamaba. Quería tenerme controlada. Qué persona tan patética…

—Ay, Elora, qué más da eso ya. El resumen de todo es que nunca voy a recuperar la memoria…

—No te frustres. Te invito a cenar —ofreció.

—Voy a meterme en la cama. Me duele la cabeza después de tanto esfuerzo y tanto apunte. ¿Lo dejamos para mañana?

Solo faltaba que me viera la cara. Descubriría que algo no iba bien.

—De acuerdo —cedió—. Comemos juntas. Te llamo al mediodía, ¿vale?

—Vale.

—Descansa.

—Hasta mañana.

Había estado todo el rato sujetando el programa y no había caído en la cuenta de una cosa: el 20 de diciembre tuve el accidente. De manera que asistí a esa ponencia antes del siniestro. Ortiga empezó a hablar a las 18:00, y a esa hora yo estaba con mi hermana. Treinta y cinco minutos más tarde le estaba escribiendo un mensaje por Facebook a Elora en el que le decía que Melisa había hecho algo terrible. No pude encontrármela con Adán en la cama, como él dijo: «Viste lo que no tenías que ver». ¿Puede ser que me lo confesara en mitad de la ponencia y luego me la encontrara con él en su casa?

¿Por qué una de las pocas cosas que recordaba era la dedicatoria de Ortiga? ¿Por qué Elora no me lo había explicado bien el día que la recordé? Se me ocurrió entrar en Google para ver si había alguna imagen de aquellas jornadas. Como no había introducido la fecha, aparecieron las que se habían celebrado otros años, con escritores como José María Merino o Elena Santiago. Cuando puse la fecha exacta aparecieron diversas fotos de Ortiga, Tomás Sánchez Santiago, Silvia Zayas… El pie de foto de algunas, las que habían aparecido en el periódico, señalaba que las ponencias se habían desarrollado en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras. No me sonaba de nada. Y, de pronto, encontré una foto que pertenecía a un blog literario. En ella aparecía mi hermana con Ortiga, el resto de ponentes y algunos alumnos más. El blog era de una estudiante de primer curso de Hispánicas que también aparecía en la foto. Al parecer, se habían

ido a cenar con los profesores que participaban el evento. Había otra foto de mi hermana, sentada entre Ortiga y la bloguera en un restaurante. Desde luego, no era ella a quien me encontré entre las sábanas de Adán, estaba claro que una persona no puede estar a la misma hora en dos sitios distintos a la vez… «Te fui infiel de la peor forma, con alguien a quien querías». Es lo que había dicho Adán… Di por sentado que había sido con Melisa…

Oh, Dios, no. Había otra persona que no había acudido a la ponencia… No podía creer que… ¿Elora? ¿Fue Elora a quien encontré en casa de Adán? Eso explicaría por qué no la localizaba y daba sentido a su mensaje de Facebook: «Mica, por favor, coge el maldito teléfono, ¡¡¡déjame por lo menos explicártelo!!!». ¡No podía ser cierto! Oh, Dios… acababa de hablar con ella… Pero Adán me dio a entender que había continuado viéndose con Melisa… ¿no? Aunque luego, desde la escalera, había gritado: «¡Estás equivocada!». Había llegado el momento de escuchar lo que Adán tuviera que decirme.

Los primeros mensajes me los había mandado desde la estación. Me preguntaba si estaba en Chamartín, a dónde había ido, rogaba que, por una vez en la vida, le dejara explicarse, absolutamente fuera de sí. El último mensaje lo había dejado ya de madrugada, cuando regresó a su piso:

> No puedo perderte, Micaela, te quiero. Te juro que soy un hombre nuevo desde el día en que me dijeron que estabas en la UCI… Ya no soy ese niñato engreído, he madurado, he tenido que hacerlo… No he vuelto a ver a Elora. Volví a ver a tu hermana después de que me echara del hospital. Un año después. Por temas de la herencia de tu abuela. Temas preocupantes que te explicaré si me das la oportunidad. Por favor… Puedo estar en León mañana.

Parecía sincero. Pero él siempre parecía sincero… Daba igual que no hubiera vuelto a ver a Elora. No podía seguir arruinándome la vida por querer mantenerlo a mi lado. Por muy revelador que hubiera sido mi accidente para él. Si necesitas que alguien muera para comprender que fuiste tóxico para esa persona… tus problemas emocionales son demasiado graves. Nadie me garantizaba que hubiera cambiado. Lo importante era colocar las piezas nuevas en el puzle, y esa sobre la herencia de mi abuela me interesaba en particular. ¿Podría ser algo relacionado con el dinero eso tan terrible que me había hecho mi hermana?

No podía creer lo que había hecho Elora… Hablaba como si creyera que nunca había ocurrido, como si ella misma se hubiera creído su propia mentira. Si Adán era tan mala persona y me había hecho sufrir tanto, ¿por qué se había acostado con él? Cuando empecé a hipervetilar llamé a Lala. Tenía otra crisis de ansiedad y había arrojado todas mis galletas para frenarla por el retrete.



11. Panecillo integral

Bueno, pues allá voy. Qué ridícula me siento… Pero tengo que hacerlo, tengo que hablarte, Mica. Los médicos le han comentado a Melisa que no tiene sentido seguir manteniéndote así. Las vías respiratorias se te están deteriorando por la ventilación asistida… En caso de que despertaras, lo más normal es que te convirtieras en un precioso cactus de por vida. Y al parecer no hay demasiadas opciones para eso… ¡Perra vida! No sé qué voy a hacer sin ti… Pero quiero creer que aún hay esperanza y por eso he hecho de tripas corazón para decirte algo. Espero que después de esto hagas el esfuerzo de despertar, por favor. Se acaba el tiempo…

Pero ahora que al fin me atrevo a hablarte, que no sea de cosas tristes. No. Y basta ya de lecturas insulsas. No más revistas. Estos días voy a leerte literatura, que por algo es una de tus mayores pasiones. Las palabras siempre te han entusiasmado, ya fueran cantadas o escritas. Desde que íbamos a primaria. Todos dibujábamos casas y soles untando los dedos en pintura y tú te dedicabas a escribir. Les ponías bocadillos a tus monigotes y a los míos, mientras canturreabas por lo bajo, así de inusual fuiste siempre. Y yo te adoraba por ello.

Hoy te he traído el libro que Ortiga nos dedicó a tu hermana, a ti y a mí en aquella cervecería donde trabajé hasta licenciarme, ¿te acuerdas? Parece increíble que casi hayan pasado dos años desde entonces, madre mía… Melisa y tú vivíais en el pisito que tu abuela tenía en el barrio de La Pajarera, y quedaba cerca del bar, así que siempre que podíais me hacíais compañía. Allí estabais, tomando una caña en la barra cuando entró un tipo huyendo del frío que el invierno soplaba sobre León en forma de nieve. Pidió una Guinness, aún lo recuerdo, y se sentó cerca de vosotras. Tú empezaste a cuchichear con tu hermana, creías que lo conocías, te parecía que era escritor. Así que le preguntaste si era Saúl Ortiga. Y bingo, lo era. Mantuvisteis una amena conversación sobre literatura y música mientras Melisa y yo

asistíamos estupefactas y cuasi mudas; y él, como un vendedor de relojes ambulante, se sacó del abrigo tres ejemplares de su última obra: *La mujer del aire*, y dijo que nos los iba a regalar dedicados por ser tan simpáticas. Luego se tuvo que ir, daba una ponencia sobre la novela en una especie de encuentro sobre literatura leonesa actual en la universidad, que se celebraría al mes siguiente, así que tenía que ir a hablar con la coordinadora. Nos invitó a ir, y decidimos que tal vez. Tú dijiste que preferías al Ortiga poeta, pero que estaría bien ir juntas, y te reíste, porque la dedicatoria que nos había puesto era muy similar. La mía decía: «Para Elora —con sus pecas de panecillo integral y sus pequeñas ranuras de risa en los ojos— que también es una mujer del aire y por eso aparece en este libro». La de tu hermana era algo parecido, pero aludiendo a sus ojos eléctricos y su personalidad encubierta, o algo así, creo, y la tuya hablaba de tu pelo negro y tu voz. Nos reímos mucho las tres. Qué buenos tiempos…

En cualquier caso, Melisa y tú empezasteis a llamarme Panecillo. «Pon aquí otras dos cervezas, Panecillo», decíais. Y los clientes habituales empezaron a dirigirse a mí con el mismo mote, malditas seáis. Aún me encuentro a algún antiguo cliente por la calle que solo me reconoce por ese sobrenombre. Menudas erais… ¡Con lo que yo odiaba mis pecas! Pero tú siempre tenías esos detalles conmigo que servían tanto para prolongar el cachondeo como para que quisiera comerte a besos. Y me regalaste mi primer gato —más tarde vino la otra gata, Hulla, negra como el carbón—, que ya traías bautizado. Te presentaste en el bar un día con un cachorrito negro que tenía la cara moteada marrón. Dijiste que lo habías encontrado solo en la calle, merodeando por el campus, y que inmediatamente pensaste en mí, que vivía también sola en un piso sombrío y viejo. «Es pecoso, como tú», me dijiste. «Y esas pecas son las que le dan toda su personalidad». Me lo presentaste como Sésamo, y lo quise nada más verlo. Fue mi único compañero hasta que me fui a vivir con Nezar, y ahora es un gato gordo y adulto que duerme feliz en mi cama cada noche. Así eras tú, Mica. «Buena del pie hasta el alma», como diría Benedetti en ese poema que te queda tan bien, *Corazón coraza*. Ya, ya sé que tú prefieres a Jaime Sabines, a Gil de Biedma, a Ángel González o a Luis Alberto de Cuenca, bien lo sé. Cuántas veces me recitaste versos de esos que le ponen a una la carne de gallina… ¡Ay, amiga del alma, cuánto te echo de menos!

Ya sabes que para mí tú has sido la única amiga de verdad en toda mi vida. La única que nunca me ha juzgado, la única que perdonó todas mis traiciones —que reconozco que no fueron pocas— y con la que realmente podía contar. Es cierto que hemos tenido períodos en los que hemos estado menos unidas, en los que hemos estado lejos la una de la otra, y en los que hemos hecho planes distintos o frecuentado

otras amistades, pero eso nunca impidió que tú siguieras ahí para mí. Vale, a mí no me gustaba Adán, pero tú eras *feliz* con él, y yo tendría que haberlo respetado y que haber aceptado que el tiempo que antes me dedicabas a mí, ahora tenía que ser repartido con él. Pero, Mica, es que no soportaba ver el daño que te hacía…

En cualquier caso, tú siempre te empeñaste con vehemencia en hacer respetar tu necesidad de soledad. Eras como una pastilla de jabón. Si te apretaban demasiado te resbalabas entre los dedos. La única forma de asirte era atravesarte, y eso es lo que hizo Adán, dejarte un agujero en el alma que nunca se cerraba, a pesar de que él te hubiera soltado una y mil veces. Yo tenía miedo de que te rompieras y no me di cuenta de que también estaba aprovechando el orificio, la herida abierta, para sujetarte. Quería que salieras con el mejor amigo de Nezar y odiaba que estuvieras tan unida a la gaitera de tu grupo. Así que sí, te até un cordel e intenté arrastrarte a mi terreno como una niña con un globo de helio. Y claro, tú te fuiste deshinchando. Fui una egoísta, solo pensaba en mi felicidad, en imponerte a ti lo que a mí me haría feliz. Lo siento. Deshacerte de Adán era una tarea que te incumbía a ti y solo a ti, tú decidías con quién compartías tu vida. No debí forzar las cosas, alteré el ciclo natural de los acontecimientos… ¡De verdad que lo siento, Mica! He estado engañándome con la idea de que no era mi culpa que estuvieras en esta habitación, pero…

Tengo que decirte la verdad. Cuando tú nos viste juntos en su cama… Juro que no tenía ninguna intención sexual con Adán, fui allí a hablar con él, a exigirle que te dejara en paz de una vez. No entiendo cómo sucedió, pero cuando quise darme cuenta estábamos haciéndolo. Él nunca me gustó, me parecía muy atractivo, pero era un jodido cabrón y, además, era tu cabrón. No sé qué es lo que me ocurrió, estaba furiosa, acudí allí hecha una fiera y le grité cosas horribles. Pero cuanto más me encaraba, más se excitaba él. Estaba despedazándolo verbalmente, a dos centímetros de su cara, cuando me besó. Le di una bofetada histórica, embriagada de indignación y de rabia, pero en lugar de conseguir su rechazo, logré todo lo contrario. Apretó mi mano contra su erección y me dijo que siempre le había puesto muy cachondo mi lengua viperina. De ahí en adelante todo ocurrió tan deprisa y tan sin control… No supe lo que estaba haciendo hasta que vi tu cara de perplejidad. Estabas lívida, en *shock*, de pie en el umbral de la puerta. Entonces regresó mi cordura, mi conciencia, y cayó dentro de mi cuerpo con un peso de mil toneladas. Intenté ir tras de ti, pero para cuando alcancé la calle, tú ya afilabas rueda para huir a toda velocidad. Me quise morir. ¿Cómo diablos había pasado todo aquello? ¿Por qué me había dejado llevar así? ¿Cómo ibas a perdonarme?

Cuando recibí la llamada de Melisa diciendo lo del accidente, yo…

Casi me da un ataque, Mica. Pero me callé, cerré la boca cuando tu hermana me preguntó cómo había podido pasar aquello y guardé el silencio de la culpabilidad cada vez que alguien se cuestionaba en voz alta los motivos de aquella desgracia. Entonces empezó a oírse la palabra *suicidio*, y me atenazó aún más la garganta. Todo el mundo lo relacionaba con tu tormentosa relación sentimental, y en parte era cierto. Yo no podía decir la verdad. ¿De qué hubiera servido? Solo había otra persona capaz de sacarla a la luz y era Adán. No creí que se atreviera a presentarse en el hospital, pero lo hizo, el muy cabrón. Así que me tocó mover ficha. Le llené a tu hermana la cabeza con la idea de que él había causado tu accidente. Al principio dejó que siguiera visitándote, a pesar de mis amenazas. Pero un día discutieron, no sé por qué, y ella lo echó de aquí con cajas destempladas. No hemos vuelto a verle el pelo, al parecer se quedó en Madrid de forma definitiva. No tiene nada que hacer aquí ahora que su empresa ha cerrado.

Si despiertas y ojalá lo hagas, Mica, espero que puedas perdonarme. A pesar de todo creo que gracias a mí no tendrás que volver a ver a Adán y, aunque me odies por ello, será bueno para ti. No hay mal que por bien no venga, supongo. Siempre que abras los ojos…



12. Inventario de tristezas

Finalmente, lo llamé. Me contestó en mitad de una reunión, en vilo. Tuve que esperar un momento a que abandonara la sala, alegando un asunto de extrema importancia.

—Gracias, Mica, gracias, muchas gracias por llamar…

—Para el carro —lo detuve—. Necesito que me expliques eso de que has estado viendo a mi hermana por la herencia de mi abuela.

—Claro que te lo explico: tu abuela está podrida de dinero, Lechuza. Dinero que pasará a sus herederos. Sus herederas sois tu hermana Melisa y tú…

—Espera, espera, espera. ¿Mi abuela está podrida de dinero? ¿Tú sabes lo que estás diciendo? Derribaron su casa porque se venía abajo. Vivía bien con la pensión de mi abuelo y pudo comprarnos el piso y pagarnos la universidad, pero de ahí a estar podrida de dinero, Adán… ¡Si está en una residencia terrible! ¿Tú crees que si tuviera dinero…?

—Mica, escúchame —me interrumpió—. Sé lo que digo, todo se tramitó a través del banco que dirijo. Por eso me enteré. Los ingresos con muchos ceros son inmediatamente comunicados al director. Mensualmente recibo listas con los más sustanciosos, e imagina cuál fue mi sorpresa cuando vi que el mayor ingreso del año lo había realizado la señorita Micaela Miñambres. ¡Casi me da un infarto!

A mí estuvo a punto de darme otro.

—¿Yo? No entiendo nada…

—Yo tampoco lo entendía. ¡Seguías en coma! Llamé al hospital y así me lo confirmaron.

—¿Entonces quién…?

Pero ya conocía la respuesta. La abuela me lo había dicho, que mi hermana le hacía firmar papeles. Y Lala lo había sugerido.

—Tu hermana, Mica. La llamé para advertirle que lo que estaba haciendo era un fraude: hacerse pasar por ti para cobrar todo el

dinero de tu abuela. Me dijo que lo había hecho porque no le quedaba más remedio. Había descubierto que tu abuela te lo había dejado todo a ti, que ella no podía sacar ni un céntimo. El hospital ya no te iba a mantener más enchufada a las máquinas, y tenerte en casa requería mucho dinero que ella no se podía permitir. Así que se vio obligada. Me ofrecí a costear los gastos de tus cuidados, a hacerme cargo de ti personalmente, pero se negó en redondo. Me odiaba por lo que te había hecho, dijo.

—Pero ¿de dónde salió todo ese dinero? —quise saber.

—Al parecer, estando tú en coma, se presentó un tal Silvio Brunetti, argentino. Melisa dijo que había sido novio de tu abuela y que, bueno, él le había dejado a ella todo ese pastizal. Desconozco los motivos. Pero como culpaba a tu hermana de haberla metido en el asilo, cambió el testamento dejándote a ti toda la fortuna.

¿Un novio de la abuela? Sabía que vivió en Argentina, pero… ¿Por qué iba a regalarle un antiguo *affaire* esa cantidad de dinero? El caso era que ese apellido me resultaba familiar…

—Ya veo…

—¿Estás bien? —preguntó.

No supe qué responder.

—Este fin de semana vuelvo a León. ¿Puedo verte? Podemos hablarlo con calma. Por favor —suplicó.

—¿Ahora sí quieres hablar?

—Contigo lo quiero todo.

Colgué. No sabía si quería verlo o no. Aquello no cambiaba que se hubiera acostado con mi supuesta mejor amiga. Ni que me hubiera embaucado para acostarse conmigo. Ni todo lo demás.

Y hablando de ella, de Elora, se suponía que comeríamos juntas... Pero no podía verla. No hasta resolverlo todo. ¿Sabría ella lo de la herencia? Estaba claro que si nunca me habló de Adán era porque no le convenía que recordara lo que vi antes del accidente. Tenía cosas más importantes que hacer. Debía visitar a la abuela y enterarme de quién era ese Silvio Brunetti. Pero antes tenía que tomar mi dosis de Painkiller.

Herzeleid: Tengo que darte las gracias. Las reinas están a punto de caer. He dejado las galletas.

Painkiller: ¡Vaya! ¡Y decías que no me entendías!

Herzeleid: Siento haber tardado tanto en hacerlo.

Painkiller: Lo importante es que al fin vas a salir del espejo.

Herzeleid: Pero hay tantas pistas falsas… tantas cosas que no sé qué significan…

Painkiller: ¿Cómo qué?

Herzeleid: ¿Quién eres? Está claro que me conoces. No estás

haciendo ningún experimento.

Painkiller: Fuera del espejo soy Painkiller, dentro, el Sombrerero Loco.

Herzeleid: Eso no me dice mucho.

Painkiller: Dice mucho más de lo que crees. Piensa que estamos en la burbuja de cristal, en el mundo inconsistente, dentro del espejo. Aquí todo es al revés.

Herzeleid: Hay algo que no logro descifrar.

Painkiller: Pregunta.

Herzeleid: Mi primer recuerdo fue un libro, más bien la dedicatoria que me hizo su escritor. ¿Por qué eso y no otra cosa?

Painkiller: Un libro. ¿Qué libro había dentro del espejo en el cuento?

Herzeleid: El *Galimatazo*.

El último año había releído *Alicia en el país de las maravillas* unas tres veces. Como si así pudiera entender por qué se me aparecía el Conejo Blanco. Recordaba perfectamente pasajes enteros, como si alguien me los hubiera vuelto a contar en un sueño.

Painkiller: Exacto.

Herzeleid: ¿Y?

Painkiller: Un libro que Alicia encuentra en el primer capítulo, cuando entra en el espejo. Solo puede leerse reflejado en él, ¿recuerdas? Es poesía invertida. Y cuenta las hazañas de un héroe que, al final de una serie de aventuras, sale victorioso dando muerte al monstruo Jabberwocky con la ayuda de la espada Vorpal.

Herzeleid: Sigo sin entender.

Painkiller: Ese libro o esa dedicatoria que recordaste, era una premonición de lo que va a pasar: el héroe, la heroína en este caso, es decir, tú, termina con la bestia.

Herzeleid: ¿Entonces la bestia y la Reina Roja son la misma persona?

Painkiller: Exacto. Todo va de lo mismo, de acabar con los que te quieren encerrada en el espejo. El *Galimatazo* fue la primera pista de que alguien no te quería despierta. La dedicatoria de ese escritor tiene mucho que ver con tu entrada en el mundo del espejo.

Herzeleid: A ver si logro traducirte… La dedicatoria de Ortiga (el *Galimatazo*) encapsula el motivo de mi accidente (mi entrada en el espejo, el coma, la amnesia). Motivo que descubriré si termino con la bestia o doy jaque a la Reina Roja (los culpables de que no recuerde).

Painkiller: Me sigues muy bien.
Herzeleid: Voy por el camino correcto. Creo.
Painkiller: Te revelaré que el *Galimatazo* lo escribió el Conejo Blanco.
Herzeleid: ¿Ortiga es el Conejo Blanco? ¿Eso qué quiere decir?
Painkiller: Que quería que lo siguieras a la madriguera. Pero alguien se interpuso. La otra Alicia.
Herzeleid: ¿Qué otra Alicia? ¿Y qué es la madriguera?

Pero ya no contestó. Si todo era al revés, y él era el Sombrerero Loco en el espejo… Afuera tenía que ser todo lo contrario a un loco… Pero… ¿quién? ¿Por qué sabía tanto? ¿Por qué tenía que encriptarlo? ¿Estaba en peligro? No sabía qué pintaba Ortiga en todo aquello, ni quién era esa otra Alicia. Igual estaba intentando dar sentido a algo que no lo tenía, y me iban cuadrando los símiles de aquel desconocido como los lugares comunes del tarot a los que se creen que funciona. Me preguntaba qué carta iba a sacar ahora.

Una vez en Trueca, me encaminé a la residencia con un paquete de mate Rosamonte. En la tienda donde lo compré, en una callejuela en calle Amplia, me dijeron que era el de mejor calidad. A mí me olía a heno, y eso me daba una agradable sensación familiar que no conseguía identificar. Saludé a Simón al acceder al *hall*, y ya me disponía a subir a la habitación cuando me detuvo para advertirme que la abuela no estaba sola, que mi madre estaba con ella.

—¿Que *mi* madre está con ella? —casi grité por la estupefacción.

—Sí, llegó hace una hora más o menos. No tardará en irse, tranquila.

Mi madre estaba allí, ¡estaba allí! ¡Dios mío! ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? ¿Y por qué me *advertía* Simón de su presencia?

—¿No puede haber más de dos familiares en la habitación? —quise saber.

—Eh… sí, claro. Pero como me habías dicho que te avisara si estaba tu madre para no encontrarte con ella… —comenzó a explicar, contrariado.

—No soy Melisa, Simón. Soy su hermana, Micaela.

Se quedó a cuadros. Acto seguido subí a toda prisa la escalera. Dios, esperaba que no hubiera cogido el ascensor… Si nos cruzábamos ya no daría con ella. ¿Así que mi hermana sabía que nuestra madre visitaba a la abuela? ¿Por qué diablos no me lo había dicho? ¿Es que quería algo más que el dinero? ¿El qué?

Cuando irrumpí en el cuarto, jadeante y sudorosa, la abuela y mamá estaban sentadas la una frente a la otra en los dos sillones gemelos que anteriormente habían estado en la antigua casa. A mi madre casi le da

un colapso al verme, me reconoció al instante.
—¿¡Mica!? —exclamó.
Y antes de que pudiera decir nada, se levantó y se abalanzó sobre mí, apretándome el cuello con un abrazo tan fuerte, que tuve que separarla un poco para no ahogarme. Estaba emocionadísima y apenas podía hablar. Recordé que la había visto llorar otras veces. Muchas. Más de las que quisiera. Seguía llevando el pelo como en las fotos que había visto de ella, al estilo de Joan Jett, a quien se parecía muchísimo. Y la adoré enseguida, no sé por qué. A pesar de lo que había sabido de ella, sentía un cariño infinito y también la abracé fuerte.
—¿Cómo estás? ¡Dios! No lo sabía, Mica, ¡nadie me lo dijo! ¡Perdóname, por favor!
—¿Qué es lo que no sabías? —pregunté—. ¿Lo de mi accidente?
—Sí… —contestó mirando de reojo a la abuela y bajando el tono—. Ella no sabía nada, el día que la interrogué casi le da algo al enterarse de que estabas en coma, tuvieron que ponerle oxígeno y todo… Tu hermana me echó de aquí a patadas… Menos mal que la abuela lo olvida todo.
—Pero… No entiendo. ¿Tú sabías que la abuela estaba aquí y la visitabas? Entonces, ¿por qué mi hermana no te dijo que…?
—Melisa me odia, Mica. Me esquiva, no contesta a mis llamadas, me ocultó dónde estaba la abuela y me ocultó tu accidente… Un día fui a verla y descubrí la casa demolida… Llamé a tu hermana un millón de veces, no me devolvió ni una llamada. Descubrí que estaba en la residencia por unos vecinos, gracias al cielo. Yo pensaba que tú tampoco querías saber nada de mí… Pero venía cuando podía a verla a ella y… Entonces, en el pueblo me preguntaron si ya habías despertado del coma y yo… ¡Casi me muero, Mica!
—Tranquila —intenté calmarla—, estoy bien.
—Te localicé en el hospital y fui a verte… y allí estabas, inerte como una muñequita… Cuando despertaste volví a perderte la pista…
—Eso ya ha pasado —aseguré.
—Oh, Dios… Hacía más de tres años que no escuchaba tu voz…
—¿Tres años?
¡Yo pensaba que no tenía relación con ella! La abuela siguió tejiendo sin prestarnos mucha atención.
—Sí, fue por teléfono, lo recuerdo perfectamente —dijo.
—¿Hablábamos por teléfono?
—¿No te acuerdas?
Ya no sabía de quién podía fiarme. ¿Le decía la verdad, lo de mi amnesia? Era mi madre, por muy ausente que hubiera estado, algo me decía que sabría que mentía si le seguía el juego.
—No recuerdo nada de mi vida antes del accidente —expliqué—.

Bueno, nada de mis vivencias, aunque sí recuerdo libros, letras de canciones, películas, ciertas sensaciones o ideas...

Se echó las manos a la cabeza. Envejeció un lustro en apenas un instante.

—¡Oh, Dios, Mica! ¡Lo siento tanto! ¿Cómo pude permitir que pasara esto? Yo… Yo… Maldita sea, necesito un cigarro.

Encendió un pitillo ante la mirada estupefacta de la abuela. Me pregunté si el detector de humos haría saltar la alarma, pero no ocurrió nada. Abrió la ventana y se sentó en el alféizar. El cigarrillo le temblaba en la mano, las palabras se retorcían con las ganas de llorar en su garganta. Mamá desastre…

—¿Y de qué hablábamos por teléfono? —traté de relajarla.

—Oh, no hablábamos a menudo, cariño. Tu abuela se encargó de que me odiarais, así que no teníamos contacto desde hacía mucho tiempo. Dejé de visitaros y de escribiros, creí que era lo mejor, mantenerme alejada… Tardé en darme cuenta de que no lo era, y un día decidí recuperaros, quería formar parte de vuestra vida aunque fuera tarde; especialmente porque era muy tarde. Conseguí el teléfono de Melisa y quedamos un par de veces. Me echó en cara haberos abandonado, no me dejó explicar mi versión. Te mantuvo al margen de todo, ahora lo sé. Entonces pensaba que tú estabas al corriente de mis intentos por veros, de deciros quién era vuestro padre, pero cuando hablé contigo por teléfono me quedó bien claro que no tenías ni idea…

—¿¡Qué!? —chillé—. ¿Ibas a decirnos quién es nuestro padre?

—Tu hermana ya lo sabe, cielo. Había quedado en decirme si esa Navidad cenaríais con nosotros para hacer las paces y las presentaciones oportunas… Pero a 20 de diciembre aún no había obtenido respuesta, así que la llamé. Fuiste tú quien descolgaste. No sabías que era yo, ni siquiera reconociste mi voz. Cuando pregunté por Melisa, me dijiste que había ido al baño y se había dejado el móvil en el bolso, y que estabais a punto de empezar unas charlas literarias de la universidad, que te dejara el recado y tú se lo harías llegar. Entonces te dije que era tu madre, y que lo que quería preguntarle a Melisa era si finalmente cenaríais conmigo y con tu padre el fin de semana. Te quedaste muda. Solo oía el murmullo de la gente a tu alrededor. «¿De qué estás hablando?», me dijiste. Comprendí que tu hermana me había mentido: no te había contado absolutamente nada. Cuando te lo expliqué, solo alcanzaste a decir: «¿Así que sí que has intentado ponerte en contacto con nosotras?», «¿Entonces ella sabe quién es nuestro padre…?». Luego colgaste. Y no he vuelto a hablar contigo hasta hoy.

Me apoyé en la pared y me dejé caer despacio al suelo. Estaba mareada. Ya encajaba todo, ¡todo tenía sentido ahora! Aquello fue lo que mi hermana me había hecho y por lo que yo hui de la conferencia

en busca de Elora. Por eso no quería dormir con Melisa. Por eso fui a buscar refugio en casa de Adán y me lo encontré pegándomela con mi mejor amiga. En resumen: por eso casi me dejo la vida en El Clauso. Acertijo resuelto.

Rompí a llorar con toda la amargura que me aprisionaba el pecho desde hacía meses. Me sentía estúpida por haber tenido la capacidad de amar a personas como mi hermana, Elora, Adán… Me sentía miserable por no haber intentado recuperar el contacto con mi madre, por todo el tiempo que habíamos perdido, por no haber podido conocer a mi padre. Me sentía vacía porque así es como seguía estando mi memoria; pero por encima de todo, me sentía liberada. Como si todo este tiempo hubiera estado arrastrando unas cadenas que no me dejaban caminar, como si hubiera llevado una venda. Las bestias que yo amaba me querían ciega, sorda y muda, me manipulaban y me extorsionaban. Me obligaban a vivir en un cuento del que no sabía ni la mitad. Esa es la clave para dominar: la desinformación. Habían conseguido que creyera que los golpes eran buenos para mí y que lo mejor era asumirlo y callar. Pero había llegado la hora de empezar la revolución. Al fin era libre para hacerlo, porque sabía la verdad.

Mi madre se agachó a mi lado y me cogió la mano, preocupada. La abuela nos miraba de vez en cuando sin dejar de tejer un pequeño jersey amarillo. La miré y comprendí que aún quedaba un misterio por resolver. Solo uno más: quién era aquel argentino.

—Abuela —le coloqué el paquete de mate en las longevas manos—, ¿quién es Silvio Brunetti?

Mi madre me observó extrañada, aún sentada en el suelo. La anciana se quedó mirando el paquete con una sonrisa. Luego me hizo una carantoña en la mejilla.

—Silvio es… mi único amor, ojos grandes —dijo—. Por eso vamos a casarnos. Estoy esperando una hija suya, una criaturita hecha de pasión y de tango que por eso va a llamarse Malena, como la canción que canta Francisco Fiorentino.

> Malena canta el tango
> como ninguna
> y en cada verso pone
> su corazón;
> al yuyo del suburbio
> su voz perfuma,
> Malena tiene pena
> de bandoneón.
> Tal vez allá en la infancia
> su voz de alondra

tomó ese tono oscuro
del callejon,
o acaso aquel romance
que solo nombra
cuando se pone triste
con el alcohol.
Malena canta el tango
con voz de sombra,
Malena tiene pena
de bandoneon.

La abuela cantaba muy bien. Miré instintivamente a mamá: los ojos iban a salírsele de las órbitas. Le hice un gesto para preguntarle si estaba bien. Ella me devolvió uno que venía a decir «que no pare».

—Enhorabuena —le seguí el juego.

—Mi trabajo me ha costado cazarlo, no creas.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Hija, porque es un Brunetti, le pierden las faldas.

—Ya veo —continué—. ¿Y cómo conseguiste que se casara contigo y no con otra?

—Tuve que hacerme pasar por mi hermana muerta.

Malena y yo nos miramos, perplejas. Aún más.

—¿Cómo dices?

—Silvio estaba con todas y con ninguna. Salía de mi cama y se metía en la de mi hermana Marcela. Todas en el rancho andábamos locas por sus huesos, y entonces va y se promete con mi hermana. Su padre, don Horacio Brunetti, decidió casarlo con una de nosotras en agradecimiento por los servicios de la familia a su hacienda, y para compensar la ofensa que había hecho a mis padres por mancillarnos. Él decidía con cuál de las dos se quedaba. Y la eligió a ella. ¿Por qué? ¡Si ni siquiera nos distinguía! ¡Éramos exactamente iguales! ¡Incluso para mi madre! Yo lo amaba con todas mis fuerzas. Se me merendaba el demonio al ver a Marcela elegir vestido. Así que cuando enfermó del mal de Chagas y murió, usurpé su personalidad. Ahora por fin va a ser mi marido. Este jerseicito es para el bebé.

—¿Entonces tú… no eres Marcela? —pregunté perpleja.

—No. Yo soy Victoria. Pero no lo cuentes, por favor. Si Silvio se entera… Solo yo sabía que Marcela estaba enferma, ella no quería que se supendiera la boda por unas fiebres y lo ocultó creyendo que mejoraría, así que fue fácil cambiarme por ella en su lecho de muerte sin que nadie sospechase: solo tuve que intercambiar nuestras medallas.

Entonces entró una enfermera con un vasito y unas pastillas. Nos saludó, comentó lo acompañada que estaba hoy Marcela, le hizo

tomar su medicación y desapareció sin poder disolver nuestra estupefacción. Mi abuela no se llamaba Marcela, sino Victoria, y mi madre no era hija suya y del abuelo Nicasio, sino de ese Brunetti… ¿Algo más que no fuera lo que parecía? Dudé de mi propia identidad, si es que podía hacerlo más. ¿Y si no recordaba quién era porque en realidad era otra persona?

—Pero ese Nicasio —continuó Malena— también te quiere hacer su esposa, ¿no?

No solo se habían caído mi venda y mis cadenas, desde luego. También las de mi madre.

—Pero yo no quiero que él sea mi marido. Dice que sabe quién soy, que sabe que le cambié la medalla a mi hermana cuando falleció, lo único material que nos distinguía. Que ahora no acepto su propuesta de volver a España y casarme con él, pero que cuando todo se destape no me quedará más remedio.

Eso explicaba tantísimas cosas… Seguramente se descubrió lo de la falsa identidad. Es posible que los Brunetti y sus propios padres la repudiaran. ¿Adónde iba a ir deshonrada y con una criatura en camino? Su única salida era huir con Nicasio a España.

—Pero algo no cuadra, Mica —me dijo mi madre una vez que la abuela Marcela… la abuela Victoria, quiero decir, volvió a sumirse en su mutismo habitual—. Si yo fuera el bebé que ella concibió con Silvio cuando estaba en Argentina, es decir, con unos veinte años, ahora tendría… unos 70. Y tengo 50…

—Quieres decir que… ¿Tienes una hermana por ahí a la que no conociste? ¿Que sí que eres hija de Nicasio?

—No lo sé… Pero desde luego, yo nací en 1964.

—Entiendo… Quizá tuvo un aborto —dije.

—No fue un aborto —despertó la abuela—. La niña nació muerta.

Era increíble cómo su mente saltaba hacia atrás y hacia adelante en apenas minutos. Mi madre y yo teníamos el estómago encogido.

—Lo hice todo por ella, por asegurarle un futuro.

—¿A qué te refieres, abuela?

—Yo tenía 25 años, ¿adónde iba a ir con un bebé? Me hice pasar por Marcela para quedarme con Silvio, para que la criaturita tuviera un padre… Pero entonces él lo descubrió todo en la noche de bodas. Vio la media luna que tengo junto al ombligo, una mancha de nacimiento que, junto con la medalla de la Virgen del Valle con nuestros respectivos nombres, era lo único que me diferenciaba de mi hermana… Imaginé que acabaría dándose cuenta, pero que, una vez casado, ya no le importaría. Él había dispuesto de nuestro cuerpo a su antojo, así que conocía muy bien esa media luna… ¡Se enfureció tanto! ¡Nunca lo había visto así! Destrozó todo nuestro ajuar con las manos y me echó del rancho a patadas, despertando a todo el mundo,

que presenció su desprecio y escuchó toda la verdad. Mis propios padres no daban crédito. Nadie se apiadó de mí, ¡ni un alma! Esa noche dormí en las cuadras, con los caballos. No quisieron escucharme, ni al día siguiente ni al otro. Y, cuando empecé a pasar hambre, no tuve más remedio que aceptar la propuesta de Nicasio, repudiada por Silvio y por mi propia familia por lo que había hecho. Sobre todo por no haber contado que Marcela estaba enferma, decían que la había dejado morir.

—Y te fuiste con él a España, donde nació el bebé, ¿no? —pregunté.

—No. Me fui con él a vivir a una casucha cerca del rancho. Solo unos pocos meses, hasta que di a luz. Corría el año 45, y Argentina, que hasta entonces no había tomado parte en la Segunda Guerra Mundial, se vio obligada a declarar la guerra a Alemania y a Japón a finales de marzo, cuando la contienda estaba terminando. Fue un gesto vergonzoso para muchos argentinos, pero obligada por las circunstancias, Argentina se vio forzada a firmar el Acta de Chapultepec, para integrarse a la firma de la constitución de las Naciones Unidas en San Francisco. Las cosas estaban poniéndose muy feas, y Nicasio insistía en regresar a España, donde la guerra había terminado. Pero yo quería que mi hija naciera en aquella tierra, la de su padre, con la esperanza de que algún día la reconociera. Sin embargo, eso jamás ocurrió. Silvio se metió en política para apoyar a la república contra Estados Unidos y apenas pasaba ya por el rancho. Formó parte del alzamiento popular que liberó a Perón, y no pude esperarlo más. La niña vino al mundo la noche antes de tomar el barco que nos traería a España.

—¿Tuviste que enterrarla en Argentina? —quiso saber mi madre.

—No. Me negué. Quería tenerla cerca. Era lo único que me quedaba de su padre y quería poder visitarla y llevarle flores. Nicasio no estaba dispuesto a llevar a España «la semilla muerta de aquel bastardo», como solía llamarlo. Pero le dije que si no podía llevarme a mi hijita, no subiría al barco. Así que aceptó, qué remedio le quedaba.

—Tuvo que ser horrible, abuela…

—Lo horrible no había hecho más que empezar —aseguró—. Cuando me dijeron que la diminuta caja con el cuerpecito tenía que ir en la bodega, junto al equipaje y demás enseres del trasatlántico, se me congeló el alma. ¿Cómo iba a ir mi niña en la bodega? No podía permitir que fuera sola, como un trasto más. Había estado nueve meses en mi vientre y no era tan sencillo desprenderme de ella. No. La niña tenía que ir conmigo a bordo. «El bebé solo podría ir con usted si estuviera vivo, señorita. Y desgraciadamente no es el caso», dijo aquel oficial. Sin saberlo, me había dado la clave para mantener a mi hijita conmigo. Mientras Nicasio pagaba lo necesario por transportar el pequeño ataúd, saqué el cadáver, lo envolví en el sudario como si

fuese una manta, y subí a bordo. No se dio cuenta hasta que ya fue tarde. Quiso poner el grito en el cielo, pero había demasiada gente como para armar barullo, y temía que nos echaran del barco. Así que calló. Juró que en España me daría mi merecido. Pero no fue necesario.

—¿Por qué? —preguntó Malena con un hilo de voz.

—Imagínate el calvario que pasé llevando en brazos a mi niña muerta durante quince interminables días. Hacía como que le daba el pecho para que la gente no sospechara. Pero empezó a descomponerse y a desprender olor. Por eso la impregnaba en agua de rosas. Nicasio no quería ni acercarse a mí, y en varias ocasiones sugirió tirar el cadáver por la borda. Le persuadí de no hacerlo alegando que la gente se preguntaría dónde estaba el bebé que habían visto en mis brazos todo este tiempo. No me atrevía ni a separar el sudario hecho manta de su carita. Y bajo él se fue marchitando hasta que alcanzamos España. Al llegar al puerto me desmayé. Estuve enferma mucho tiempo después de aquello. Creo que una parte de mí jamás se recuperó.

—¿Y qué fue del bebé? —pregunté en vilo.

—Creí que aquel malnacido se habría deshecho de él en el mismo puerto cuando días después desperté en la que fue nuestra primera casa. Pero no fue así. La hizo enterrar en el cementerio del pueblo, bajo una losa pequeñita sin nombre alguno a la que me llevó cuando me pude poner en pie. «Se llamaba Malena», le dije. «Guarda ese nombre para la hija que tendremos», contestó. Nunca más volvimos a hablar del tema.

Miré el jerseicito que aún estaba en sus manos, aquel jerseicito vacío que evocaba la ausencia de la hija perdida, como aquel haiku de Matsuo Bashô:

> Al sol se están secando los kimonos.
> ¡Ay las pequeñas mangas
> del niño muerto!

Comprendí que la vida de mi abuela había sido un inventario de tristezas. Había perdido a su hermana y a sus padres, a su gran amor, a su primera hija, a su segundo hijo, mi difunto tío Enrique, y a mi madre. Me pregunté cuánto tiempo podía una persona soportar una soledad tras otra. Y me respondí mirando sus arrugadas manos de tejedora: de momento, noventa y tres años.

Mi madre derramaba lágrimas en silencio. Ella también había despertado de una especie de coma en aquella habitación de asilo.

—Y le pusiste Malena a la hija que tuviste con él —sentenció.

—No. Yo no quería darle hijos. Me casé con él porque no tenía dónde caerme muerta y porque así se lo había prometido, pero la vida matrimonial era otra cosa. Él ponía el grito en el cielo porque no cumplía con mis obligaciones de alcoba, pero para mí solo había un

hombre, y se lo dejé claro a punta de pistola. Aun así, fue inevitable que un día me dejara embarazada de Enrique, diez años después de establecernos en España.

—¿De quién es hija Malena, entonces? —casi se desesperó mi madre.

—Malena es una Brunetti, por supuesto.

Nos miramos para comprobar que habíamos escuchado lo mismo.

—Tenía cuarenta y tres años cuando Silvio me dejó embarazada de Malena.

—¿Volviste a Argentina?

—No. Argentina vino a mí —explicó sonriente—. Silvio se convirtió en uno de los mayores exportadores de carne y cuero de su país. Había viajado a León por negocios, donde yo me encontraba haciendo compras, y lo vi en la Plaza Mayor, entre el gentío del mercado. No podía creer lo que veían mis ojos. Allí estaba él, con su sombrero de ala ancha y su atractivo natural, veinte años después.

—¿Y qué pasó?

—Cuando me acerqué a él y le hablé no me reconoció. «Soy Victoria», le dije, mientras disimuladamente me levantaba la camisa y le mostraba la media luna junto a mi ombligo; aunque había mantenido el nombre de Marcela porque quería seguir casada con Silvio de forma legal —aunque creo que el matrimonio se declaró nulo—, y porque sentía que en verdad la que había muerto era yo, de hecho, para toda mi familia, así fue como sucedió.

—¿Y qué dijo? ——casi chillé.

—¿Qué dijo? ¡Casi se muere! Pues dijo que llevaba años buscándome. Que había reaccionado como un loco al saber que me había hecho pasar por mi hermana, y que luego se arrepintió de haber dejado a una hija suya perdida por el mundo y sin ayuda. Que rastreó toda Argentina, pero le dijeron que había huido a España. Así que perdió la esperanza. De sus viajes a España para buscar a su hija, había salido algo bueno: se había hecho aún más rico, pues le había dado la oportunidad de hacer prosperar sus negocios en suelo español.

—¿Entonces te quería?

—A su modo. Me contó que mis padres nunca volvieron a mencionar que tenían una hija, que habían seguido trabajando para su familia. Mi madre había muerto el año anterior. Ya casi no la recordaba. La imaginaba adherida al recuerdo de mi difunta hermana, odiándome en silencio. Me preguntó por la niña, si podía verla, y tuve que contarle que había nacido muerta. Decidí omitir los detalles del tremebundo viaje. Los dos teníamos cónyuge y nuevos hijos. Aun así, me dijo en qué hotel se hospedaba, y esa misma noche fui a verlo.

—¿Fue cuando concebisteis a Malena?

—Así es, ojos grandes. Luego él volvió a desaparecer. Prometió escribirme. Nunca lo hizo.

Pareció como si la abuela reparara por primera vez en el tiempo que realmente había pasado desde entonces, y se perdió en él, apretando el jerseicito con las manos.

—¿No volvió? —quise saber.

—Volví a verlo dos veces más. Una, cuando Malena cumplió diez años. Regresó a León para saber qué había sido de mí y se encontró con que esta vez sí que tenímos una hija en común.

—¿Lo sabía Nicasio? —preguntó Malena.

—Lo sospechaba —afirmó la abuela.

—¿Y cuándo fue la última vez que lo viste? —interrogué.

—Hace un par de años, antes de morir.

—¿Murió? —exclamamos al unísono mi madre y yo.

—Sí. Estaba enfermo de cáncer. Su último deseo fue venir a visitarme y dejarme una pequeña fortuna por todos los agravios que me había hecho. ¿Qué demonios querría reparar con dinero y a mis noventa años? Su hija ya había crecido y se había torcido, lidié con ello sola, no me ayudó entonces. Pero cuando se acerca la de la guadaña, se ve que el arrepentimiento aflora. Mes y medio más tarde, su nieto Raziel me llamaba para informarme de su muerte. Ay, ese truhan, digno nieto de su abuelo… Vivió en mi casa mientras estudiaba en España. Tuve que ponerlo de patitas en la calle para que dejara en paz a mis nietas. ¡Malditos Brunetti! Solo por eso acepté el dinero. Para dejar cubiertas a mis gemelas. Al menos a Mica. La otra resultó ser un garbanzo negro que me dejó aquí contra mi voluntad. A Mica le correspondía decidir si compartía la herencia con ella o no.

Así que sí que nadaba en dinero. Por eso Melisa lo había robado y no quería saber nada de mí. Además, Adán había dicho que iban a desenchufarme, puede que se hiciera pasar por mí para cobrarlo antes de que yo muriera y ya no hubiera forma de sacarlo del banco. Pero… había sacado libros de mi carrera de la biblioteca y había acudido a unas charlas literarias que no le interesaban… ¿Se habría hecho pasar por mí para conseguir algo más? No era la primera en mi familia que usurpaba personalidades aprovechando tener una gemela…

La enfermera entró para traerle la comida a la abuela. Dieta sin sal, por la tensión. Un engrudo verde que simulaba ser puré de verduras, y de segundo, unas lonchas de jamón de york, huevo duro y tomate. Empezó la ceremonia del almuerzo, y la vi tan indefensa con los cubiertos temblándole en las manos, que me dispuse a ayudarla.

—Puedo yo sola, gracias —dijo—. Siempre he podido.



13. Locus amoenus

Hola, Mica. Ya lo sé, ya lo sé, ha pasado mucho tiempo. Perdóname, no tengo excusa. Supongo que si no te veo ahí postrada es como si siguieras ocupada con tu tesis sobre los monstruos de la literatura y tus ensayos con el grupo, y eso me resulta más fácil. Sé que es triste que una hermana admita eso, porque además significa admitir otra cosa: que no verte es lo normal para mí. Aunque eso no es del todo cierto, en realidad te veo siempre que me miro al espejo. Es como si fuera un vampiro de esos que tanto te han fascinado siempre, no puedo ver mi propio reflejo. Siempre estás tú, conmigo, en mí.

Te he traído *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* para leértelo luego. Sé cuánto te gustaba. Te lo compraste después de aprenderte de memoria *Alicia en el país de las maravillas*, yo creo que para prolongar de alguna manera el único regalo que se suponía que nuestro *padre* nos había hecho. No sé por qué siempre te obsesionó tanto el personaje de Alicia… ¡Hasta imaginabas diálogos con el Sombrerero Loco, el Conejo Blanco y el Lirón!

Los médicos dicen que continúas exactamente igual, en el mismo punto en que te dejé hace tres meses. El coágulo casi se ha absorbido, pero no despiertas. Te imagino ahí dentro, ¿sabes? Atada a un cuerpo inmóvil. Y se me ponen los pelos de punta. ¿Estás esforzándote por volver, hermanita? ¿Realmente lo estás intentando con todas tus fuerzas? Si tan solo pudieras asentir… ¡Deja ya de deambular por el limbo y vuelve, Micaela, por favor! Para ti pueden haber pasado solo unas horas, pero los demás llevamos esperándote mucho tiempo mientras tú no dejas de pasearte en ese Cadillac azul… ¿Oyes lo que te digo? ¿Puedes hacer algún gesto para confirmarlo?

Perdóname, no quiero ponerte nerviosa. Es que hoy me han dicho por primera vez que, en caso de que despiertes, podrías tener daños irreversibles y… no me lo había planteado hasta ahora. Es lógico, tras haber sufrido una hemorragia, un aneurisma y un infarto cerebral. Sí.

Todo eso. Tu accidente fue espeluznante, Mica. Hiciste polvo el coche de la abuela. Es un milagro que tu cabeza siga adosada a tu cuerpo. Dios santo, hermanita… ¡Si pudiera volver atrás! Pero no se pueden prevenir las catástrofes, ni las naturales ni las humanas. Es como eso que dicen sobre viajar al pasado y pisar sin querer a una mariposa, ¿sabes a qué me refiero? Dicen que si lo hicieras cambiaría todo el presente tal y como lo conocemos. ¿Cómo iba a saber yo que esa mariposa que pisé nos llevaría a esta habitación de hospital?

Pero hablemos de otra cosa, ¿sí? Imagino que Elora ya te habrá leído suficientes cotilleos de famosas, pero seguro que ninguno comparable al que te voy a contar yo. ¿Sabes quién ha venido a visitar a la abuela? El mismísimo Silvio Brunetti en persona. ¡Como lo oyes! Bastante anciano, pero conservaba intacto ese halo de dandi que se le adivinaba en aquellas fotos de los años cuarenta. Ha venido acompañado por su nieto, claro está, ese sinvergüenza que tan bien conozco. Maldito sea Raziel Brunetti. Me ha parecido aún más atractivo que la última vez, hace ya… ¿cuántos años? Me ha traído a la memoria todas las veces que mi ropa acabó en el suelo de su cuarto. Y al verlo junto a su abuelo he podido comprobar que son dos gotas de agua. ¿Que a qué han venido? Eso mismo me pregunto yo. Raziel ha preguntado por ti. Se le ha hecho un nudo en la garganta cuando le he contado tus paseos en Cadillac, y ha enmudecido durante el resto de la comida. Los he llevado a La Pila, ¿te acuerdas? Al pueblo, a comer un cocidito. Silvio rejuveneció diez años cuando probó la morcilla y casi le ha compuesto una oda. Dice que no pisaba España desde finales de los setenta, y que comer semejante manjar era como volver a aquel entonces, a aquella España que se desperezaba de un coma largo. Raziel, en cambio, perdió el apetito desde que supo lo tuyo. Ni el Prieto Picudo con que brindamos le devolvió el color. ¿Es que pasó *algo* entre vosotros que no me contaste? Lo digo porque tengo un don especial para percibir el dolor de las espinas que se clavan, y creo que hasta el viejo Silvio lo ha sentido también en su nieto. ¿Qué demonios pasó? Lo odiabas antes de que estuviera conmigo, y más aún después, ¿no?

En cualquier caso, como le prometí al anciano cuando hablé con él por teléfono, tras la comida, los he llevado a la residencia, y allí han podido ver a la abuela. Se ha emocionado tanto al verlo que casi no he podido contener las lágrimas, Mica. Hacía casi cuarenta años que no se veían y lo ha reconocido al instante. «Pensé que ya nunca volvería a ver esa preciosa cara», le ha dicho. «Hermosura…», la ha llamado él con esa música que le sale de la boca cuando habla. Luego nos han pedido que les dejáramos solos, y he paseado por el jardín con Raziel. Te he odiado durante un rato imaginando sus manos en tus caderas, esas manos que moldearon mis curvas y que no podía consentir que

tocaran a otra, pero me he convencido a mí misma de que eso no pudo ocurrir. Tú amabas de más a Adán, ni siquiera te hubieras permitido mirar a otro. Aunque también la abuela moría por Silvio y sin embargo se casó con el abuelo… Sea como fuere, los Brunetti van a pasar aquí casi todo el mes; averiguaré qué se traen entre manos.

¿Recuerdas la primera vez que vimos a Raziel? La abuela no nos había hablado jamás de Silvio, apenas sabíamos nada de su vida en Argentina. Teníamos quince años cuando de la noche a la mañana supimos que el nieto de un pariente lejano iba a venir a vivir con nosotras al pueblo para estudiar una carrera en León. No estábamos muy contentas con la idea de que un chico fuera a invadir nuestra intimidad durante cinco años y fantaseábamos con cómo sería. Lo imaginábamos gordito y apocado, y otras veces altivo, narigudo y esmirriado. Le poníamos y le quitábamos pecas, granos, tartamudeo… y dábamos por hecho que venía a estudiar Medicina o Derecho. Habíamos hablado de hacerle el vacío, de confundirlo jugando la baza de las gemelas, de molestarlo para que decidiera buscarse otro sitio donde vivir hasta licenciarse. Porque la abuela le había reservado nuestro lugar favorito en la casa: el desván. Allí le había instalado una cama y un escritorio, a pesar de que había un cuarto libre en el piso de abajo. «Es mejor que lo mantengamos aislado allá arriba, así se sentirá más independiente y no le molestaremos cuando estudie», había dicho. Nosotras queríamos echarlo de allí a toda costa, ¿te acuerdas? El desván siempre había sido nuestra guarida secreta, nuestro refugio del mundo o *locus amoenus*, una especie de remanso de paz donde podíamos estar a salvo. Cuántas horas pasamos disfrazándonos con los viejos trajes de la abuela, revolviendo en las polvorientas cajas de trastos, descubriendo recuerdos ajenos en cartas y fotos antiguas que llenaban las carcomidas arcas… La incursión de aquel extraño en nuestras vidas, de forma tan repentina, era como un garabateo en la infancia que manteníamos intacta allí arriba, en baúles llenos de muñecas nuestras y de nuestra madre. No queríamos que destrozara nuestro santuario. Además, ¿de dónde demonios salía? Si la abuela y el abuelo, a pesar de ser ambos de León, se habían conocido en Argentina y habían venido a España para formar aquí una familia… ¿qué clase de pariente era aquel desconocido? ¿Un nieto de un hermano del abuelo? Porque la abuela había tenido una hermana gemela, pero murió muy joven… Y Marcela no nos respondía a las preguntas que le hacíamos sobre la identidad del *pariente*… ¿A qué diablos venía tanto misterio?

Entonces llegó Raziel y puso patas arriba todo mi mundo. No era gordito ni tartamudeaba ni estudiaba Medicina. Nuestro *primo* —como lo apodamos—, era un torbellino de veintiún años que comenzaba sus estudios de Arte Dramático y tenía el acento más dulce que yo había

oído. Sin embargo, tú pareciste no darte cuenta de que eso lo cambiaba todo, y comenzaste a despreciarlo tal y como habíamos acordado que haríamos. Vaciabas la cafetera en el fregadero para que no le quedara desayuno, escondías su ropa para que no tuviera qué ponerse, le desordenabas los apuntes, lo ignorabas… Yo hacía como que te seguía el juego cuando estabas delante, pero luego no podía dejar de ser extremadamente amable con él. Escuchaba sus pisadas haciendo crujir las tablas del desván por encima de mi cabeza e imaginaba qué podía estar haciendo. Me moría de ganas de subir a comprobarlo, pero no quería que te enfadaras conmigo ni desobedecer a la abuela, que nos había prohibido volver a pisar el desván, y entonces no sabía que él tenía vetada la segunda planta porque era donde estaban nuestros cuartos. Además, aquel muchacho enigmático, extranjero, aspirante a actor y seis años mayor… me quedaba grande. Era un encanto conmigo, pero estaba segura de que, a efectos prácticos, yo era una niña para él. A pesar de todo no perdí oportunidad de entablar conversación o de prestarme a hacerle algún favor, y poco a poco fuimos haciendo amistad, todo lo contrario que tú, que perfeccionabas tu técnica de hacerte la esquiva. A menudo él me preguntaba por qué lo odiabas tanto, y yo me limitaba a encogerme de hombros. Cómo iba a decirle que había sido idea mía…

La de cositas insignificantes que son un mundo. Dos dedos que se rozan en la mesa al pasarse una botella, una mirada, un olor… Su piel olía a naranja. Sí, desprendía un ligero olor a cítricos y cuero. Y cada vez que pasaba junto a mí se me arremolinaban sensaciones contradictorias en el estómago. Me gustaba. Definitivamente me gustaba. Y no solo por ese físico espectacular —nalgas duras como el acero, mandíbula deliciosamente angulosa, precolombinos ojos verdes —, sino porque no dejaba de hablar maravillas sobre esa tierra lejana que a mí me resultaba tan exótica. Pero éramos *familia*, y yo demasiado inocente, así que nunca pensé en nada más que en su compañía, en su amistad, en estar cerca de él, hasta aquella tremenda noche que no olvidaré nunca. No te lo conté. Tú y la abuela dormíais, y yo me deslicé de la cama a hurtadillas para espiar a Raziel por la puerta entreabierta del desván. Esa fue la primera vez que vi un cuerpo masculino prácticamente desnudo. Su piel morena contrastaba con el blanco inmaculado de las sábanas, como mancillándolas, como si todo él fuera pecado. Entonces, torpe de mí, empujé sin querer la puerta, delatándome, y, muerta de vergüenza, emprendí mi huida escaleras abajo. Pero él me interceptó en el descansillo, semidesnudo y, sin darme opción a pedir disculpas, me cogió por la cintura, sin más preámbulos, y me besó. Luego me llevó a su cama, donde me deshice de anhelo durante un rato delicioso antes de que entrara en mi cuerpo, mientras acallaba mis gemidos de placer tapándome la boca

con la mano. Así fue como perdí mi virginidad, hermanita. Y de qué modo.

Tras aquella experiencia, hicimos el amor por toda la casa, en cualquier momento de despiste vuestro. En la despensa con la excusa de buscar algo, en el jardín después de jugar a mojarnos con la manguera, tumbados en su cama en el desván cada noche, incluso nos tocábamos por debajo de la mesa cuando no mirabais… Me estrené en el sexo a base de bien, de todas las estupendas maneras posibles. Mi cuerpo fue todo suyo, y lo apuró enterito, experto como era en materia de amar. Fue un excelente maestro, y yo una entregada discípula, y satisfice todos sus deseos.

Y una vez que había entrado en ti, actuaba como un veneno. Se apoderaba de tu cuerpo, sí, pero era peor saber que tu mente era también suya. Que podía hacerte delirar de deseo cada noche, que podía convertirse en tu único y principal anhelo del día. Con solo una mirada suya, todo se aceleraba y se descontrolaba, las horas entre un encuentro y el siguiente se hacían eternas y las pasaba estremecida hasta la médula. Solo podía pensar en tenerlo entre mis piernas, y ahí pasó mucho tiempo, hasta que llegó el verano y regresó a su país para pasar las vacaciones con su familia. Me quise morir. Fueron tres meses interminables de absoluta ansiedad. Apenas pudimos hablar un par de veces por teléfono, fue insoportable. Qué noches tan amargas… Y lo peor —aunque reconozco que era un sufrimiento sumamente placentero— era no poder contárselo a nadie. Pobrecita de mí, qué ingenua era. Creía que la abuela no sospechaba nada. Pero ahora estoy segura de que lo supo desde que él puso los pies en la casa. Estábamos a finales de septiembre cuando un día, mientras comíamos, soltó sin más: «Raziel no va a volver a España».

El puñal se me clavó a la altura del estómago, justo debajo del pecho, y salió por la espalda, atravesando piel, músculos, tendones y órganos. Aun así continué mirando el plato de lentejas con normalidad, mientras me desangraba lenta y dolorosamente. «Va a ser papá», escupió sin compasión. Entonces alguien retorció el cuchillo, aún incrustado en mi cuerpo débil, y el dolor que acaba de sentir me pareció una broma en comparación. Abrió una herida que ya no se cerraría. Raziel, el amor de mi vida, al que llevaba tres meses esperando, no iba a volver. Raziel, que me susurraba que me amaba mientras me desvirgaba una y otra vez —pues con él podía perderse la inocencia una y mil veces, estaba convencida—, había dejado embarazada a otra mujer. Todo lo que comprendí en ese instante pudo con mi estoicismo. El aire empezó a hacerse tan espeso como aquel potaje de lentejas que, ya frío, se apelmazaba en mi plato, y el llanto acudió presuroso a abrirse hueco en la garganta, mientras la abuela, sin siquiera mirarme, comenzaba a recoger la mesa. Tú nos observabas

atónita, tu mano amiga sobre la mía, apretándola fuerte, la abuela apoyada en el fregadero, dejando que sus palabras hicieran efecto, despacio. Solo cuando empecé a hiperventilar y sugeriste llamar al médico, asustada, Marcela se giró hacia nosotras y me abrazó: «Mi niña linda…», dijo. «No debí dejarle pisar esta casa».

Tras el ataque de ansiedad, me dormí, de puro agotamiento. El desamor te destroza porque te aporta un nuevo ángulo de visión: el del sinsentido. Es un ángulo feo, grisáceo, una lente nueva con la que se ven las cosas comunes aún más corrientes. Y eso descoloca, porque tras la explosión interior, tras el derrumbe y el fin del mundo, todo lo demás sigue en su sitio, anodinamente. Desperté en mi cama, tú estabas a mi lado, el sol seguía colgado del cielo y los malditos pájaros cantaban. Igual es que el apocalipsis era eso, que todo a tu alrededor se comportara con la más absoluta indiferencia hacia tu dolor. Me diste un beso en la frente y vi tus ojos hinchados. Tú también habías estado llorando, Mica. Y entonces sentí de nuevo esa apremiante necesidad de deshacerme por los ojos. Pero entró la abuela con una caja de latón en la mano. Era una caja vieja que parecía pesar siglos, y que ella arrastraba como si fuera Pandora. Sacó un montón de fotos antiguas y cartas amarillentas que puso sobre mi regazo. En todas aparecía un muchacho de unos veinte años clavado a Raziel, en unas solo, en otras con la abuela. «Ese es Silvio Brunetti, dueño de mi corazón y de mi sufrimiento», dijo, «el abuelo de Raziel».

Nos contó que habían sido novios de jóvenes, aunque él nunca pudo ser fiel porque era un maldito mujeriego, un canalla. Que estaba enamorado del amor, nos dijo, que era un apasionado de la vida y que jamás consiguió que la quisiera, igual que yo no podría obligar a Raziel a amarme. Verdades absolutas como aquella solo lograban que el nuevo ángulo fuera más nítido, que la realidad me asfixiara, que quisiera morirme, pero ella siguió: «Los Brunetti no tienen esa capacidad, no aman, solo conquistan, y así es como te dominan. Así se sienten varoniles y fuertes. Y esa sensación es como una droga, no pueden pasar sin ella, es como una victoria». Yo protesté, claro, le dije que él me había dicho que me quería, que me tocaba como si me quisiera… Ella respondió que estudiaba Arte Dramático, pero que además se había especializado en fingir. Que podía ser que una parte de sí mismo me quisiera, pero que era un sentimiento efímero que duraba solo hasta que terminaba con mi ingenuidad. «Tu pureza, niña, es lo que él ama, ama que lo ames, sentirse una buena persona, ser como tú lo ves. Se alimenta de la imagen que tú proyectas de él», dijo. Y es lo que pasa con este tipo de personas, Mica. Te roban la ingenuidad y la inocencia, hasta que dejas de verlo como el ángel que creías, descubres que no eres ni remotamente la única, y a él ya no le gusta lo que le muestran tus ojos, porque se ve como realmente es: un

engañador de mujeres, incapacitado para amar de verdad, que genera odio allá por donde pisa.

Aquellas fotos y cartas eran de hacía mucho tiempo, de cuando la abuela tenía dieciséis años y acababa de llegar a Argentina. Huían de España, de la guerra, como ya nos contó. Nuestro bisabuelo tenía un contacto en aquel país que les permitió ganarse la vida como empleados de un rancho de ganado. Aquel contacto era Horacio Brunetti, el padre de Silvio. Horacio lo contrató para hacerse cargo de las guardias nocturnas. La bisabuela cuidaba a los niños, que eran siete. Silvio era el mayor y la primera vez que la abuela lo vio, montaba a caballo descalzo, como los gauchos. ¿Te acuerdas de cómo lo contaba, Mica? Trataba de domar a uno salvaje. Cuando se topó con él, unido como estaba al animal, como un centauro, se preguntó cuál de los dos era la bestia. No tardó mucho en descubrirlo, porque ese mismo día se cayó del caballo y se hizo un corte en el labio. La bisabuela —ignorante, la pobre—, le encargó a la abuela curarle el golpe porque los pequeños no le dejaban tiempo para todo. ¡Cómo nos gustaba esa historia! Era como un culebrón. Él fue a la cocina, y la abuela le lavaba la sangre de aquellos labios pecaminosos con un paño para ver si la herida era profunda, cuando él decidió sanársela contra los suyos. No pudo reaccionar y se dejó besar, completamente confundida. Entonces dijo: «Así se cura mejor». De ahí en adelante, Mica, la historia se repetía. Ella creía que la amaba, hasta que se lo encontró con otra y comprendió que había sido una estúpida. Pero ya era tarde, el daño estaba hecho: se había enamorado de él profundamente, y todos sus esfuerzos se centraron en intentar que él sintiera lo mismo. Entonces no sabía que eso era imposible, nadie se lo había dicho. Pero yo podía servirme de su experiencia. Me dijo: «Deja que el tiempo pase y se te acomodará en un rinconcito del pecho, donde no te haga daño. Y mejor ten paciencia, porque te va a parecer que avanza muy lento y vas a pasar muchas noches en blanco, sufriendo». Recuerdo cómo te enfadaste: «¡Pero no le digas eso, abuela!».

Casi un año después, me enteré de que todo había sido una artimaña de Marcela: Raziel seguía estudiando en España, solo que ya no se alojaba en nuestra casa, sino en una residencia de estudiantes en León. Había ido a la ciudad en autobús para ir al cine con una compañera y, de pronto, lo vi cruzar la calle y entrar a la residencia. ¿Cómo seguía aquí si había sido padre? ¿Por qué me lo había ocultado la abuela? ¿Realmente había dejado embarazada a una chica o ella se lo había inventado para alejarme de él? Todo lo que el tiempo había reparado se desmoronó en un instante al conocer la noticia. Si hubiera sabido antes que estaba en España… Tenía que hablar con él. Pero ¿cómo reunir el valor? ¿Habría tratado él de ponerse en contacto conmigo?

¿Qué le habría dicho Marcela? Entonces te pedí que fueras a verlo, ¿recuerdas? Te abordé, desesperada, y te conté que estaba aquí. Tú accediste a tratar de averiguar lo que había ocurrido y fuiste a la residencia. Me acuerdo de que te confundió conmigo y tuviste que decirle que eras Mica. Aquella tarde se me hizo interminable, me quedé sin uñas que morder y pasé un calvario. Regresaste a la hora de la cena, y tuve que esperar hasta que la abuela se acostó para que me lo contaras todo. Entonces, en la penumbra de mi cuarto, me revelaste lo que él te había dicho en la intimidad de la cafetería de la residencia. Antes de venir a España tenía una novia en Argentina, Lucrecia. Pero cuando me conoció, todo cambió. Yo le gustaba de verdad, te confesó, estaba enamorado de mí. Entonces, la abuela, de pronto, le dijo que ya no podía seguir viviendo en su casa, que esperaba que en cuanto acabara el curso se fuera y no volviera, y que no tratase de mantener el contacto conmigo o se aseguraría de que lo echaran de la facultad. Así las cosas, Raziel volvió a Argentina y regresó con su novia para olvidarme. Ella había tenido un hijo suyo, sí, pero él no conseguía dejar de pensar en mí y se habían separado, así que le mandaba dinero al pequeño y lo veía en vacaciones, pero nada más. Nunca había perdido la esperanza de recuperarme, y quería saber si yo querría volver a verlo, si le guardaba rencor. No sabes lo dichosa que me hiciste, hermanita. ¡Creí morirme de alegría! Aquello confirmaba que lo que habíamos vivido era real, que la abuela estaba equivocada y que me había mentido. Raziel me amaba y eso era lo único que importaba. Concertamos una cita, y al cabo de una semana estaba otra vez en su cama, clavando mis uñas en su espalda de canela. Mi cuerpo entre sus manos era como un panecillo tierno en el horno, estremecido, como la piel cuando entra en contacto con las primeras gotas de lluvia. Como cuando pienso en aquellos besos clandestinos, calientes y amargos, entre sorbo y sorbo de mate… en él, cuya existencia es ya una provocación…

Siempre me decía que él no podía querer a nadie, que el Pombero le había cambiado el corazón de sitio y ya no lo encontraba por ningún lado. Yo le decía que quizá yo podría negociar con aquel duende de la misma manera que se solucionan las cosas con su trasunto en León, el Trasgo: mandándole realizar una tarea imposible, como coger agua en un cesto, blanquear una piel de oveja negra o recoger mijo del suelo. Le pareció curioso esto último porque no conocía el mito, y le conté que habitualmente, nuestro Trasgo hace las tareas del hogar que están a medias mientras todos duermen. Pero si está de mal humor, desaparecen las cosas en casa, se rompen cacharros, se cambian de sitio... Para que deje de hacer trastadas, hay que derramar mijo por el suelo y encomendarle la tarea de recogerlo, algo imposible para él, porque este duende tiene un agujero en la mano que se lo impide.

Como es tremendamente orgulloso y se cree capaz de realizar cualquier cosa, se siente ofendido al ver que no es capaz de recogerlo y abandona la casa. Pero no ocurre así con el Pombero. Para que el correlato correntino de nuestro Trasgo deje de esconder las cosas, basta con dejarle un paquete de tabaco encima de una mesa, mucho más práctico. Agradecido por el presente, desaparece y vuelve a dejar todo en su lugar. Pero yo estaba muy lejos de poder ofrecerle el tabaco que él aceptaría, y en el caso remoto de que lo consiguiera, cabía la posibilidad de que el corazón de Raziel ya se hubiera podrido cuando el duende lo devolviera. De eso me di cuenta tarde, porque aún era inocente como una niña, y mi cuerpo se derretía como la cera con su calor. Ay, hermana… el Trasgo a mí me había extraviado la conciencia…

Él espaciaba cada vez más nuestros encuentros, que solo eran sexuales, y yo trataba de alcanzar, sin éxito, la parte espiritual de la relación, creyendo que así lo retendría. Intentaba adivinar en sus pupilas a un niño que corría descalzo para que la tierra le besara los pasos, para tatuarla con sus huellas firmes, para notarla temblar, como piel de tambor, bajo sus plantas. Sin duda esa tierra le quemaba desde hacía tiempo, como si pisara las brasas del recuerdo, y no quisiera compartirlo conmigo. Me hacía el amor con un virtuosismo desapegado. Al fin y al cabo, no estaba ni estaría nunca enamorado de mí. Pero como sabrás, perdí mucho tiempo tratando de hacer que así fuera, engañándome, y tuve que encontrármelo con otra en la cama de la residencia para darme cuenta de que nunca sería mío. La abuela tenía razón.

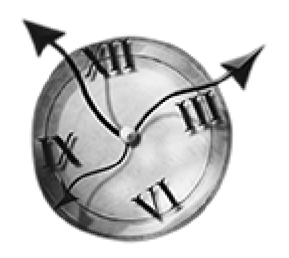
Ahora ha vuelto, convertido en un reputado director de cine en su país, para promocionar su última película en España, y Silvio ha querido acompañarlo para así ver también a la abuela. Saber que ya no siente ningún deseo por mí, me enerva. No ha mostrado ni un solo rasgo de afinidad, a pesar de que he intentado hablar del pasado. Lo único por lo que se ha interesado todo el tiempo que estuvimos en el jardín de la residencia fue por tu estado, por cómo ocurrió todo y si se te podía visitar. Le he dicho que no. No es la primera vez que los Brunetti se interesan por la gemela no disponible…

Ahora tengo que irme. Solo quería comprobar… que todo seguía igual por aquí… Que sigues curioseando en el desván de la abuela, en la época pre Brunetti… demasiado cómoda en ese limbo como para volver y parar todo esto…

Sí, me voy ya. Hemos quedado para cenar, y va a darme unos pases para el preestreno de la película…

¿Mica?

Nos vemos, ¿vale?



14. Estratega

Adán citó a mi hermana en su despacho, en Madrid. Le dijo que tenía que hablar con ella personalmente sobre la cuenta donde tenía ingresado el dinero, y acudió de inmediato.

—Buenos días, Melisa, por favor, siéntate.

—Ve al grano, Adán —dijo ella—, me tienes en ascuas.

—No es para menos. Lo que tengo que decirte es muy grave.

—¡Suéltalo ya! ¿Cuál es el maldito problema?

—Tu hermana ha despertado del coma, ¿no es así?

Solo se percibía silencio. La imagen de Melisa se congeló.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó, finalmente.

—Eso no importa, pero lo sé. Estás incurriendo en un delito de suplantación de identidad y en otro de robo.

—Ya estaba delinquiendo antes de que despertara. Solo que tú lo permitiste, eso te convierte en cómplice, querido excuñado —soltó mordaz.

—Es posible, y asumo las consecuencias. Pero tú vas a ir a la cárcel.

—¿Vas a denunciarme? ¿Por qué ahora? ¿Has hablado con ella?

—Pronto haré ambas cosas —dijo astuto.

Melisa soltó una risotada.

—¿Cuánto quieres? —le preguntó.

—¿Cómo? —dijo él.

—¡Venga ya! Si quisieras denunciarme ya lo habrías hecho. Tú quieres algo a cambio. ¿No ganas suficiente pasta trabajando aquí? ¿Se acabaron los fondos de papá?

—Lo que quiero es ganarme su amor otra vez —espetó el banquero —, y lo correcto es avisarte de lo que va a ocurrir. No estoy seguro de que a ella le parezca bien denunciarte, quizá prefiera que huyas antes de que la justicia se encargue de ti. Solo intento actuar como ella querría que lo hiciera, ocurra lo que ocurra.

Nuevo silencio.

—¡Maldito cabrón egoísta! ¡Quieres embaucarla otra vez! Has visto en todo esto la oportunidad de recuperarla y vas a por todas, ¿eh? Le vas a servir la cabeza de su hermanita en bandeja, ¿no? Y luego, dependiendo de su reacción le dirás que me avisaste a tiempo para que huyera o no. Muy ingenioso. Caerá en tus brazos, como siempre.
—Ojalá lo haga —dijo Adán.
—Suerte que no recuerda nada, gracias a mí. Si en algún momento le viene a la cabeza todo lo que le hiciste, fin de tu cuento de hadas.
—¿Gracias a ti? —interrogó—. No creo que esté en tu mano hacer que recuerde u olvide cosas.
—Bueno… con la medicación adecuada, ralentizando la terapia, ocultando piezas claves de su historia… No se me ha dado mal. Ahora ya vuelve a vestirse como solía hacerlo siempre, pero ni siquiera sabe cómo era su cuarto antes del accidente, lo empapelé para dificultarle más las cosas.
—¿Medicación…? ¿Es que has estado chantajeando al psiquiatra? —Adán se revolvió en su sillón de cuero blanco.
—Ansiolíticos, antidepresivos, litio… Eso deja a una persona en un estado de aturdimiento tal que es difícil que el cerebro se active tanto como para recuperar memorias perdidas. Dame las gracias, eso te da ventaja.
—¿Y le han dado la medicación sin más? —preguntó, desquiciado.
—Hicimos un informe que dejaba claro su desequilibrio, con fotos de su cuarto decorado con roqueros suicidas muertos a los veintisiete. Fue fácil convencer al tribunal médico de que su accidente fue un intento de suicidio: cantaba en un grupo y creía en eso de «muere joven y deja un bonito cadáver». Quién sabe si volvería a intentarlo. Además, no recordaba nada y tenía alucinaciones… pobrecita.
—¿Cómo has podido…?
—Adán, cariño —se inclinó hacia adelante en su silla—, *homo homini lupus*. Somos depredadores, rapiñamos para sobrevivir. Yo solo soy un cuervo que aprovecha la carroña. Me he aprovechado de la amnesia de mi hermana para hacerme rica, y me aproveché del doctor Luján para potenciar esa amnesia. Su mujer estaba muy enferma de cáncer de piel, y le ofrecí una suma sustanciosa para un tratamiento experimental si evitaba que Mica recordara. Con dinero puedes comprar lo que sea.
—Bueno, desde luego a mí no vas a comprarme con dinero. Solo la quiero a ella.
—Y para ti será. —Sonrió sibilina—. Si no me denuncias.
Adán se aflojó un poco el nudo de la corbata.
—¿Qué propones exactamente? —inquirió.
—No quiero irme, cuñadito. Aquí tengo no solo dinero, sino la vida que quiero. Si no me denuncias, tendrás a Mica para hacer con ella lo

que quieras, te lo garantizo.

—No creo que puedas asegurarme eso. Es imposible que la obligues a quererme, ¿qué eres, una especie de maga?

—Piensa que en todo este año que lleva despierta apenas ha sospechado nada. No sabe que existes, que era lo único que podía detonar el recuerdo de su último día antes del accidente. Y lo que es más, antes del coma ya la manipulaba a mi antojo: mi madre siempre estaba tratando de recuperar la relación con nosotras, y yo me las ingenié para que la odiara tanto como se merecía. Cuando tenía doce años encontré todas las cartas que ella y su maromo nos llevaban mandando años y años: felicitaciones, postales de Navidad, cintas de música, vídeos, libros… No sé por qué los conservaba la abuela. Así que lo quemé todo; todo menos el ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*. Me gustó la portada. Y de un plumazo los borré de su vida. Nunca sospechó nada. Siempre ha hecho lo que yo he querido y, a pesar de ello, siempre se ha llevado todos los aplausos.

—Cuánto odio, ¿no?

—No es odio —dijo muy seria—. Es… venganza.

—¿Venganza? ¿Venganza por qué?

—Por hacerme sentir una mierda. Siempre ha vivido en un lugar que no le correspondía, en la cima. Conseguía sin esfuerzo cosas que a mí me costaban mucho empeño. Siempre me eclipsaba, era como una de esas plantas trepadoras que parasitan a las otras. Cuando decidí que la desenchufaran me sentí como si fueran a extirparme a mi siamesa. Formamos parte de un mismo ser en algún momento, y la parte que ella conformaba me robaba la luz, impidiendo que mis capullos florecieran, aun cuando ya no estaba pegada a mí. Entonces surgió la oportunidad de arrancarla de raíz, como una mala hierba. Fue una decisión difícil, muy difícil. Pero de no ser por esas máquinas habría estado muerta hace ya tiempo. Llevaba dos años convertida en la Bella Durmiente, y el príncipe, esta vez, no iba a acudir. Me tocaba mover ficha. Solo quedaba yo en la maceta.

—¿Diste la orden de que la desenchufaran? —casi gritó Adán—. ¿Fue cosa tuya, no de los médicos?

—No exactamente. Los médicos dijeron que era del todo improbable que despertara, parecía que había muerte cerebral, y si quería seguir manteniéndola conectada a las máquinas tendría que ser de forma privada, ellos lo consideraban un fallecimiento. —Más tarde supimos que se trató de un «falso efecto positivo» en el diagnóstico, puede ocurrir por efecto de algunos fármacos, anormalidades endocrinas, o hipotensión...—. Pero además, en el caso de que se diera un milagro… ¿yo quería que despertara? Haciéndome pasar por ella en unas jornadas literarias conseguí un puesto estupendo gracias al escritor Saúl Ortiga, dueño de la prestigiosa editorial Estigia, aquí, en Madrid.

El tío se quedó prendado de Mica —como le sucedía a todo el mundo— en el bar de Elora, una tarde, días antes del accidente. Charló con ella un ratito, le habló de su tesis y de música, y ya lo tenía en el bote. Le pidió que fuera a las jornadas, yo misma la acompañé. Y resulta que la muy tonta me dejó tirada. Luego supe que se había estampado con el coche… El caso es que me quedé, intuía que tras la propuesta de aquel tipo se escondía una buena oportunidad. No me equivoqué. El mismo Ortiga me propuso que lo acompañara a la cena posterior a las jornadas, confundiéndome con Mica. Se había informado de quién era la muchachita de la tesis que conoció en el bar preguntando en mi facultad por la becaria de literatura que estudiaba a los monstruos literarios, y se había encargado también de invitarla a la cena que los escritores y los profesores de la universidad celebraban tras el evento. Esa fue la primera vez que me hice pasar por mi hermana, para poder asistir.

—Y te quedaste el puesto que Ortiga reservaba para ella en su editorial —la acusó Adán.

—Correcto. Y con todo lo del accidente me olvidé. Pero días más tarde recibí la llamada de Ortiga para firmar el contrato. Empecé a pensar que la vida me lo había servido en bandeja… Las buenas oportunidades solo se me presentaban cuando Mica no estaba cerca… ¿Y si fue un error que Dios nos dividiera en dos?

—¿Dios? Por favor, ¡estás loca!

—Empecé a trabajar en la editorial haciendo informes de libros de terror —mi supuesta especialidad—, a acudir a eventos literarios exclusivos, a ganar dinero, prestigio… Era feliz por primera vez en mi vida. Tuve que suplir las carencias de formación que tenía, claro, pero no fue un problema. Cuando necesitaba algo ingenioso, acudía a la tesis de mi hermana o a la biblioteca, y fui salvando los obstáculos. Ortiga ya ni me presta atención, tiene muchas personas a su cargo. Al final del primer año ni siquiera me saludaba por los pasillos.

—No entiendo cómo has podido mantener esa mentira… Tú estudiaste Traducción e Interpretación, ¿no? —quiso saber él.

—Sí… Pero empezó la crisis, estaba sin trabajo, desesperada, estudiando másteres que no llevaban a ninguna parte, enviando currículums sin obtener respuesta… Y el destino me habló. Ese puesto solo podía ocuparlo la que estaba viva de las dos, y si ella no lo estaba, quizás era por alguna razón…

—Y así, sin más, decides quitártela de en medio. Por un maldito trabajo.

—No entiendes nada —sentenció—. No era por un trabajo. Era porque siempre había usurpado mi lugar. Incluso con Raziel. Y, para colmo, va la abuela y decide dejarle a ella todo el dinero de Brunetti. ¡Maldita zorra! ¡Yo la saqué de su casa en ruinas! ¡Yo la llevé a la

residencia y cuidé de ella! Y en lugar de agradecérmelo, lega a Micaela toda la herencia. ¿No lo ves? ¡Incluso en coma se quedaba con todo lo que es mío!

—¿Con Raziel? ¿Ese primo vuestro de Argentina?

—Oh, sí. ¿Creías que te era fiel, cuñadito? ¡Qué ingenuo! Estoy segura de que la muy puta se lo tiraba a mis espaldas, haciéndome creer que me ayudaba a recuperarlo.

—No me lo creo —dijo Adán.

—Comprendí que, si yo fuera Mica, tendría un montón de billetes en el banco, y, una tarde, en el asilo de la abuela, lo vi claro. Un mes y medio después de la visita de los Brunetti, al conocer la noticia de la muerte de Silvio, en un ataque de demencia, me confesó que ella había robado la identidad de su hermana muerta para conseguir casarse con él. La idea me rondó la cabeza toda la noche. Todo el mundo había creído que ella era Marcela durante noventa años. ¿Por qué no iba yo a poder hacerme pasar también por mi hermana? Aproveché los lapsus de la abuela para hacerle firmar los papeles oportunos, pues el dinero solo lo podía cobrar mi hermana a su muerte. Y mientras ella creía que tenía ocho años y me firmaba notas del profesor, yo cambiaba todo para poder disponer del dinero de la abuela en vida como Micaela Miñambres, la heredera. Por supuesto, tuve que sobornar a un notario para que aceptara un cambio de testamento encontrándose mi abuela en tal estado, y obtuvo su recompensa, como acordamos, cuando cobré la herencia.

—No estás bien de la cabeza, Melisa, en serio.

—Iba a suplantar por completo su personalidad cuando va y decide despertarse, a pocas horas de ser desconectada. Todo un milagro clínico. Había habido un error en el veredicto, finalmente su brillante y oportuno cerebrito no estaba muerto.

—¿No pensaste que alguien se daría cuenta?

—En el pueblo y con la abuela era Melisa, y si alguien de León me confundía con mi hermana, solo tenía que negarlo y decir que ella estaba en coma. En Madrid, en el trabajo y en el banco, era Micaela. No tuve ningún problema.

—Pero va y despierta, y tú ves todos tus sueños truncados.

—Sí. Pero de nuevo el destino me lo pone fácil: Mica no recuerda nada. Los médicos me dicen que es probable que no recupere la memoria. Y yo decido continuar con mi vida.

—Bueno, al menos, te encargaste de cuidarla al principio —le recordó.

—Si desaparecía y ella lo denunciaba a la policía, se acabaría descubriendo el pastel. Por eso le procuré dónde vivir, rehabilitación y asistencia psiquiátrica. Me inventé que trabajaba en Noruega para tener vía libre. Le di largas a mi madre, haciéndola creer que Mica la

odiaba también. A Elora la utilizaba para tenerla vigilada. Para saber cuánto recordaba y por cuánto tiempo podría mantener la farsa. No veas lo solícita que se prestó a evitar que le vinieran a la cabeza según qué recuerdos. Monté el numerito de evitar que tú fueras uno de esos recuerdos para ahorrarle sufrimiento a la pobre Mica, sabiendo que a Elora le convenía mucho ese plan. En el hospital la oí confesarle a mi hermana que os pilló en la cama.

—Eso es agua pasada.

—Eres un cabroncete, cuñadito —sentenció, divertida.

Adán se debilitó por un momento, se sentía culpable.

—Y tú una víbora con suerte.

—Lo sé —admitió—. Entonces, ¿cuál es el trato? ¿Tu silencio a cambio de mi hermana? Luján cree que nunca recuperará la memoria. Le ha diagnosticado amnesia postraumática y disociativa, con un período de alucinaciones que son comunes cuando se sufre un traumatismo en la parte frontal o prefrontal del cráneo. Determinados estímulos externos traen a su mente sensaciones y sentimientos, pero los recuerdos concretos están bloqueados, y lo único que podría liberarlos es descubrir la raíz de su trauma, que es lo que mantiene su mente en blanco. En el informe médico hemos dejado constancia de que, a pesar de haber probado todo tipo de terapias: cognitiva, funcionalista, del comportamiento, Gestalt, e incluso freudiana, su mente no reacciona, no hay recuerdos. Y eso que Luján está seguro de que los tiene; incluso de lo que oía mientras estaba en coma. ¿Ves como hago con ella lo que quiero? Tú, déjalo en mis manos, será tuya.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya se me ocurrirá algo. Estamos en contacto.

Entonces salió taconeando del despacho, como si todo ese rato hubieran hablado de depósitos e intereses…

Lo que no sabía la arrogante Melisa era que las cámaras de seguridad del banco estarían grabando su confesión, y que al ser un sistema profesional de seguridad de un lugar público, cuya presencia no se ocultaba a nadie, la grabación sería una prueba legal de sus delitos. Cuando visioné el vídeo me quedé blanca, muda. Mi hermana comerciaba conmigo, me drogaba, me engañaba, me mentía… Era incluso peor de lo que pensaba. Melisa era una maldita psicópata. Y por raro que pueda parecer, hasta sentí lástima por ella al pensar en los cargos… Fraude, robo, estafa, chantaje, suplantación de la personalidad, extorsión… Le iba a tocar pasar una buena temporada en la cárcel. Estaba en *shock*. ¿Cómo pudo hacerme eso el doctor Luján? ¿Cómo pudo ser tan despreciable? ¡Ambos lo eran!

Ella bien podía haberme robado la identidad, total, yo seguía sin saber quién era. Quizá todo esto no había sido más que otro truco, y

yo realmente no era Micaela, sino Melisa… Ojalá tuviéramos una medalla con nuestro nombre, como la de la abuela y su hermana…

Al fin estaba fuera del espejo. Ya sabía lo que era la madriguera de la que hablaba Painkiller: el trabajo en la editorial. La otra Alicia era mi hermana, en el mundo real, haciendo todo lo posible para que yo me quedara atrapada al otro lado del espejo. Las galletas para la ansiedad no me habían permitido ver que el Conejo Blanco, o sea, Ortiga, me había dado la clave con su *Galimatazo*: la dedicatoria me habría traído el recuerdo de la conferencia y de lo ocurrido el día del accidente si no hubiera estado tan drogada. Y al final del cuento le había dado jaque a la Reina Roja: mi hermana, la otra Alicia, la bestia que no esperaba que mi espada Vorpal iba a ser precisamente Adán.

***

Mis recuerdos no han regresado al completo, pero sí en la medida suficiente como para poder saber quién soy. Ya no me sigue el Conejo Blanco. Y en parte es gracias a Painkiller. Quien se escondía tras la pantalla, tras Facebook, quien recogió mi mensaje en una botella, no era otro que el doctor Andrés Luján. Él había sido todo el tiempo mi analgésico y mi Sombrerero Loco. Lo confesó todo en el juicio. Al parecer estaba amenazado y vigilado por un tipo contratado por mi hermana, y la única forma que tenía de ayudarme sin perder el dinero que Melisa le daba para el tratamiento de su esposa, era recoger mi mensaje en una botella, conectarse a internet y hablarme en clave. Sabía que la de Alicia era buena porque conocía mis alucinaciones y conocía mi conexión con el libro. Aun así no se libró de una condena por negligencia y complicidad.

Entendí cómo mi mente me había ido llevando a descubrir la verdad. El sueño recurrente de la laguna Estigia era el coma —«Vivir, morir, dormir: soñar acaso»—, la antesala clásica de la muerte. Mientras estaba allí, podía escuchar los monólogos de la gente que me visitaba. De manera que la verdad siempre estuvo en mi cabeza, todo el tiempo, como dijo el doctor Luján. Pero el trauma físico y psíquico la bloqueaba: me mantenía dentro del espejo —desmemoriada— para protegerme. El Conejo Blanco se me aparecía constantemente, en la barca de la laguna o cuando estaba despierta. Era un recurso que mi mente utilizaba para que despertara, para que saliera del espejo. Igual que el Conejo había llevado a Alicia al país de las maravillas, si lo seguía, podía salir de él. Su función era que recordara que dentro del espejo había oído hablar a mi hermana y a Elora. Pero las drogas me impedían seguir mis instintos y, a golpe de litio, el pobre Conejo se iba debilitando, y, con él, los recuerdos.



15. Vampiros emocionales

Estaba escuchando Rock FM, y sonaba *Fix you*, de Coldplay, mientras el agua de la ducha ardiendo prácticamente me despellejaba viva. Me acaricié el tatuaje instintivamente, aquel *heartgram* que yacía inerte en mi costado. Nos lo habíamos hecho juntas, una cicatriz permanente que nos unía aun en las circunstancias en que se encontraba nuestra amistad. Pertenecía a la época de los desengaños, a nuestro vano intento de desintoxicarnos de vampiros emocionales. El *heartgram* no solo era el logotipo de nuestro grupo favorito de *love metal*, los HIM, sino que representaba toda una ideología que nosotras compartíamos y que nos hacía sentir especiales, distintas, vivas, conocedoras de una verdad reveladora. Se trataba de una combinación del famoso pentagrama invertido asociado al mal con un corazón. Representaba el abrazo perfecto entre amor y muerte, entre maldad y bondad, como nosotras entendíamos la vida, y, sobre todo, el propio amor. «Wicked game», lo llamó Chris Isaac. «Juego maléfico». Un completo oxímoron, es decir, dos conceptos de significado opuesto en una sola expresión que da como resultado un tercer concepto.

Ahora, una herida en el costado me ataba a su maldito recuerdo de por vida... ¿Y qué hacía yo? Nada. Supongo que el dolor es purificador y que, lejos de ser masoquista, como muchos han apuntado ya, me gustaba aferrarme a mis propias llagas, sangrar mi pena sola y hacerme fuerte con ello. Sé que es un comportamiento que muy pocas personas entienden. Pero puestos a comprender, al parecer nunca nadie me comprendió en absoluto. Ni siquiera Elora, a la que no volví a ver después del juicio.

El caso es que allí estaba, pelándome al calor de un agua que ya no sentía. Con una mano sobre el tatuaje y la otra sobre el corazón. Todas aquellas marcas no eran más que eso, heridas que cicatrizar, como el corte en la muñeca, del que casi ya no quedaba rastro. La cabeza me daba vueltas de tanto pensar quién era. Así que salí de la ducha

dejando un surco de agua a mi paso hasta la habitación. Me envolví en mi bata de seda japonesa y me apreté el corazón para impedir que siguiera supurando recuerdos demasiado dolorosos. Pero eso favoreció que manaran más rápidamente, como si hubiera estrujado una esponja llena de agua. Tenía la sensación de que mi cuerpo mojado estaba empapado de esos recuerdos, y no podía o no quería secarlo. Todos aquellos años de hermandad y de amistad incondicional se iban por el sumidero porque sí. Era como si hubiera estado todo este tiempo apoyada en algo que no existía, y ahora me dolían los músculos de sostener mi propio peso. No sabía si podía seguir soportando el ultraje, la humillación y la pena. Después de todo, tanto Elora como mi hermana se habían convertido en lo que tanto odiaba y amaba a la vez: en vampiros emocionales que me habían sorbido hasta las entrañas. Porque así actúan los vampiros emocionales. Son seres más atrayentes que los demás, ya sea por algo físico o psíquico. Tienen verdadera hambre de emociones, necesitan chupártelas hasta consumirte. Están ahí afuera, disfrazados de gente normal, hasta que sus necesidades los convierten en depredadores, y solemos invitarlos a entrar en nuestras vidas sin darnos cuenta del error que cometemos hasta que ya es tarde. Lo que me alegra es tener la convicción de que ese tipo de persona sufre de una debilidad y una inseguridad tan fuertes, que terminarán por despedazarla. Así me tomaba yo las venganzas, sin mover un dedo. Creía, y siempre había creído, que la mierda se hunde. Sola. Sin más.

Me sequé el cabello con el secador frente al espejo, ahora ya segura de que estaba del lado correcto: del mío, fuera cual fuera. Parecía una *geisha*. Rellenita, eso sí, pero una *geisha*, con mi tez pálida, mi bata de seda y mi pelo azabache. La ansiedad me había hecho engordar unos kilitos. Y estaba a gusto con aquel cuerpo nuevo y redondo. Ya no me clavaba mis propios huesos en la cama, pero toda la ropa me estaba pequeña. Había logrado dejar los ansiolíticos a un lado y sobrevivía a base de infusiones de pasiflora y píldoras de valeriana, que tomaba entre recaída y recaída. Haber desvelado todo aquel entuerto, había sido como repararme a mí misma.

> Lights will guide you home
> and ignite your bones
> and I will try
> to fix you[4]

Sentía que ya podía poner el *play*, que había desterrado el modo *standby*. Iba a seguir adelante y a ser fuerte. Y sin más, me calcé, me planté un vestido de gasa negro, perfilé mis ojos con *kohl*, me adorné con un collar de semillas y salí corriendo a la calle. Iba sonriendo, ¡sonriendo! Casi me dolían las comisuras de la boca por tanto

esfuerzo. De pronto, me sentía radiante y me dejé llevar por mis pasos y por aquel optimismo repentino.

Subí al autobús que tantos años hacía que no cogía. El viejo Alsa del andén número seis. Seguía oliendo a rancio, como recordaba, y las pintadas en los asientos me hicieron sentirme como en casa. Me puse en la parte de atrás, como cuando éramos unas crías. Solo me faltaban el reproductor de mp3 y los auriculares. Disfruté del paisaje por la ventanilla. La media hora que había entre León y Trueca en autobús era bastante amena. Sobre todo por dos puntos: la explanada que yo solía llamar «tierra de nadie», antes de llegar a La Venta de la Tuerta, con todo el cielo ribeteado de montaña desnuda, y mi temido Clauso. Pensé en si algún pasajero me habría reconocido como la gemela suicida. Me constaba que eso se rumoreaba en el pueblo.

De camino a la residencia de la abuela me invadió una cosquilla de nostalgia ante tanta familiaridad. Ahora ya sí. Las aceras verdiblancas de mi infancia, la ceniza en los tejados y en el aire…

—Hola, abuela.

—¡Hija! —exclamó—. ¿Me has traído mate?

Sonreí al ver la emoción en sus ojos.

—Lo he dejado en casa. Vas a venir tú a buscarlo conmigo.

Y sin más ni más, comencé a vaciar su armario.

La abuela miraba todo con los ojos como platos y preguntaba a cada paso por las cosas nuevas que los años de encierro y el alzhéimer le habían arrebatado. Iba feliz de mi brazo, como una niña pequeña. En el viejo y ajado Alsa nos miraron todos estupefactos. Casi podía oír a las marujas cotorrear acerca de nosotras. Ese había sido siempre el distintivo de mi pueblo. De una miga de pan podían hacer una hogaza sin proponérselo.

La abuela vomitó en el trayecto. La falta de costumbre, supongo. Se le puso mejor cara al bajarse ya en León. Yo me acordé de pronto del primer año que pasé estudiando allí. Fue increíble, una liberación. Recordé aquellos días de *rock* y cerveza con dudosa nostalgia. Dudosa, porque no parecían más que la bruma de un cigarrillo mal apagado en mi mente. Recordé las Converse empapadas resbalando en el río improvisado que la lluvia dibujaba en las callejuelas empedradas del centro, el vaho filtrándose a través de la palestina blanca y negra que siempre me acompañaba para esconder la garganta de los mordiscos del invierno, como un collar de ajos contra un vampiro. Recordé los *chinazos* en la chupa en aquel bar de mala muerte y recordé a Kutxi Romero berreando sus versos por los altavoces. «Bares… qué lugares…». Podría relatar una crónica del tiempo que invertí rodando de barra en barra, bebiéndome los conciertos, disfrutando los micros abiertos de poesía… Fue una buena época. Solo a veces me asaltaba

ese pánico lorquiano a que la de la guadaña estuviera agazapada demasiado cerca de mi Mahou.

Acomodé a mi abuela en mi cuarto y le llevé un vaso de leche caliente con azúcar, como recordé que le gustaba, antes de acostarla. Parecía tener una especie de comportamiento obsesivo–compulsivo con los horarios. Pero al fin estaba donde debía estar.

Cuando la carita de mi abuela asomó en el salón, eran las ocho de la mañana del día siguiente, lo que supuse que sería su hora del desayuno. Me levanté de mi improvisada cama en el sofá, y le di un beso. No quería dormir en el que fue el cuarto de Melisa. Desayunamos como reinas, a base de tostadas, huevos revueltos, zumo y café. Dijo que tenía que tomar su pastilla, y traté de convencerla de que la compraríamos luego, pero no quiso creerme y protagonizó una pequeña escena de desesperación. De manera que solo se me ocurrió una solución: metí la mano en el botecito de la sacarina, y le di una pastilla con un vaso de agua. Santo remedio.

Una vez superado el ritual de vestirse, pintarse los labios, ponerse perfume y peinarse pulcramente, salimos de casa en dirección al centro. Estaba encantada de que le diera el aire, iba mirándolo todo con una media sonrisa bobalicona en los labios, como una niña pequeña. Yo quería que paseara, liberarla de su reclusión. Y parecía que lo estaba logrando hasta que dijo:

—Yo no soy una buena persona, ojos grandes… Tú me acoges en tu casa, y yo he sido siempre una bruja…

—¿Por qué dices eso, abuela?

—Te aparté de tu madre. Y a ella la aparté de mí… Cuando murió Nicasio… me volví loca. Creí que Malena lo había matado de un disgusto, la culpé de su muerte porque necesitaba responsabilizar a alguien de mi inminente soledad. Ella se había ido, arruinando su vida por no escucharme, y Nicasio ya no estaba… Las desgraciadas circunstancias que podían habernos vuelto a unir nos separaron para siempre por todo el veneno que le escupí.

—Pero tú odiabas al abuelo… —intenté comprender.

—El mío no fue un matrimonio feliz. Él fue siempre demasiado rudo, tosco y déspota, y mi corazón pertenecía a otro hombre. No creas que él lo ignoraba. Cuando me conoció yo era una de las últimas amantes de Silvio Brunetti, el hijo de su patrón. Lo que era de Silvio no se podía tocar, bien era sabido, y aun así se encaprichó de mí. Para mí, que solo tenía ojos, manos y boca para mi amante, tu abuelo era invisible. «Ese hombre no tiene palabra, yo sí», me decía. Pero a mí qué me importaban las palabras, yo solo quería descoserme de gusto entre sus brazos, ser suya cada día, de improviso, en todas partes, nada más. Porque con Silvio no existían las citas en el calendario, y

eso era frustrante y excitante al mismo tiempo. Nunca sabías cuándo iba a ser el próximo encuentro.

»A pesar de mi aversión hacia Nicasio, siempre estuvo a mi lado. Era la única persona que me quería tal y como era, que sabía la clase de persona que había sido. En cambio, a tu madre le hice creer que yo era la mujer perfecta. La asfixié queriendo darle la vida que yo no tuve, obligándola a estar a mi lado… No podía perder a otra hija… No podía quedarme sola… Yo soy la única culpable de que perdiera vuestra custodia, yo hice que la odiarais…

—¿Qué estás diciendo? —quise saber.

—Si su negocio iba bien, jamás volvería a mí… Así que incendié su estudio de tatuajes. Jamás sospeché que, en su orgullo, os cogería a ti y a tu hermana e iría a buscarse la vida por ahí en lugar de pedirme ayuda… Me preocupé tanto cuando desaparecisteis… Teníais que ir a la escuela, no podíais estar por ahí malviviendo… Y en lugar de hacer las paces, el rencor me llevó a atacarla, a decirle que sola no podía criaros, que era una mala madre y que estabais mejor sin ella… La denuncié. La torturé tanto que creyó que era cierto y os dejó en casa. Yo pensé que volvería con nosotras, que solo era cuestión de tiempo. Pero no lo hacía, y mi rencor siguió creciendo desmesuradamente. Empecé a llenaros la cabeza con mentiras, ciega de resentimiento, y crecisteis odiándola. Ella no podía soportarlo, y cada vez venía a veros menos… Yo escondí todas sus cartas, sus regalos… La aparté para siempre de vuestro lado, qué egoísta fui, ¡lo siento, cariño! ¡Ódiame, por piedad!

Sentía ganas de partirle la cara, pero era imposible viéndola llorar así… Me rompía el alma. Era como una niña grande y arrugada, solo que su disgusto no cabía en el corazón de una niña. No pude menos que abrazarla. La mujer que había hecho aquel horrible agravio a su hija y a sus nietas ya no era ni de lejos la misma persona. No podía dejarla sola. No podía odiarla. Estaba harta de tener que odiar a todo el mundo. El odio solo se alimenta de odio, era hora de paliarlo con cariño.

Cuando se calmó, subimos a casa. Era hora de preparar un chocolate caliente. Como no decía una sola palabra, empecé a hablar para reconfortarla, le dije algo que me rondaba la cabeza desde la confesión de mi hermana.

—Yo tampoco soy tan buena persona como creía, abuela. Le robé el novio a mi hermana, al parecer. Y ella me odia por eso.

Había traicionado a Melisa por intentar ayudarla. Tal y como Elora hizo con Adán para ayudarme a mí. ¿En qué me diferenciaba eso de ella?

—Ella tiene unos celos enfermizos, por eso te odia —dijo la abuela—. Tú nunca le harías nada malo. Nunca tocaste a Raziel.

Parecía imposible que un instante estuviera sorprendentemente lúcida, y al otro creyera que había vuelto a la escuela.

—No dejes que te meta ideas en la cabeza, Mica, ha aprendido de mí. Yo sé que no tocaste a Raziel porque me lo contaste y te creí. Sé cuándo mentís. Te sorprendí hablando por teléfono con él, ¿te acuerdas? Me dijiste que ibas a ayudar a tu hermana a olvidarlo. Que él te había besado cuando intentabas reconciliarlos, a mis espaldas, y que te diste cuenta de que no la quería. Al principio empezaste a encontrarte con él con la intención de vengarte por lo que había hecho sufrir a tu hermana. Dejaste que creyera que te había conquistado, como a todas, mientras planeabas cómo destruirlo. Esa fue tu táctica. Aprender cómo era. No hiciste otra cosa en el tiempo que estuviste viéndolo a escondidas, más que estudiar cómo era. Cuando te sorprendí hablando por teléfono con él, me confesaste que su personalidad empezó a causarte una curiosidad tremenda, y no hacías más que retrasar el momento de la venganza. Simpatizabas con él, querías ser su amiga. Eso no te parecía justo para Melisa, y además él no soportaba que fueras la única que no había sucumbido a sus encantos.

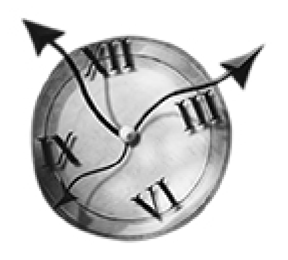
—¿Y qué pasó? —pregunté—, ¿Melisa se enteró?

Me pediste consejo para que él te dejara en paz. Te enseñé a emplear mi estrategia, a defenderte siendo más lista, como yo había hecho siempre. Solo tuviste que decirle que estabas enamorada de él. Solo tuviste que darle su bellota a la ardilla. El chico se dedicaba a coleccionar amores, no paraba hasta lograr que la pobre estúpida que se topaba en su camino se volviera loca por él. Una vez que lo conseguía, como buen Brunetti, su valiosa presa carecía de interés. Así que te dije que le dijeras que lo amabas. Y funcionó, te olvidó. Fue el justo final para aquella historia.

Cuánto había influido aquella mujer en nuestras vidas…

—Nunca debí consentir que viniera a casa —dijo—. Nunca. Creí que Silvio vendría a verlo, que lo tendría cerca si acogía a su nieto… Fui una estúpida. Amar a la bestia tiene consecuencias horribles, no solo para quien la ama, sino para los que le rodean.

[1]. Las luces te guiarán a casa / y encenderán tus huesos / y yo intentaré /repararte. *(N. de la A.)*



16. Lady Pain

Hola, Mica. ¿Reconoces mi voz? Es la que oías cuando estabas en el útero. La de tu madre. No sé si te calmará de la misma forma que lo hacía entonces, cuando tu hermana y tú jugabais al fútbol con mis órganos, y yo os cantaba para que estuvierais más tranquilas. Seguramente te producirá el efecto contrario. Sé que son muchos años los que he pasado lejos de vosotras, que no he sido una buena madre, y eso no tiene perdón. No espero que me lo concedáis nunca, pero si esta es la última oportunidad que tengo de darte una explicación, no la voy a desperdiciar. Ojalá estuviera aquí también Melisa. Quizá después de oír todo lo que ha sido silenciado durante estos años, cambiara ligeramente de parecer. Tiene derecho a odiarme, igual que tú —yo también me odio—, pero no tenía derecho a mantenerme al margen de todo lo que te ha ocurrido. Eso ha sido cruel.

Cuando la abuela ingresó en el asilo, coincidí allí con Melisa. Me había enterado de milagro de lo del alzhéimer, gracias a un vecino del pueblo. Cuando me vio allí, tu hermana trató de esquivarme. Le rogué que me mantuviera informada de cómo evolucionaba mi madre, y accedió a darme su número de teléfono. Pocas veces respondió a mis llamadas, ni a mis peticiones de veros para explicaros por qué las cosas habían ido como fueron entre nosotras. Es normal. Pero no lo es ocultarle a una madre la verdad sobre su familia. La última vez que hablé con ella tú ya estabas en coma. No lo mencionó. Yo me fui de gira con el grupo. A Estados Unidos, nada más y nada menos. Duró un año.

¡Un año, Mica! Melisa no cogió el teléfono en todo ese tiempo. Cuando regresamos, fui a ver a la abuela a la residencia. Luego paseé un rato por el pueblo, en dirección al puente, como siempre, y me encontré con Marga, la del quiosco de la plaza, ¿recuerdas? Comentamos cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, me contó que había dejado el quiosco cuando se cerraron las minas, pues el pueblo

se quedó prácticamente desierto, y me preguntó si mi hija ya había despertado del coma. ¡Si mi hija había despertado del coma! Imagínate el impacto que eso supuso para mí. Marga no sabía mucho sobre el tema, ni sabía cuál de mis hijas había sido, solo que el accidente ocurrió en El Clauso, hacía por lo menos un año. Creo que entre ella y varias vecinas tuvieron que asistirme allí mismo, porque me desmayé sobre la acera. Me pregunto cuántos comentarios habrá generado aquello… Seguramente se diga que soy tan despreciable que ni siquiera sabía que una de mis hijas casi… Tal vez sea cierto. En cuanto me recuperé, cogí el coche y me recorrí todos los hospitales de León hasta dar contigo. No sé por qué, intuía que eras tú. Y aquí estás, tan quieta, y yo tan impotente, sin dejar de reprocharme todas las cosas que hice, y las que no hice también. ¿Cómo ha podido acabar así, Mica? Y decidí que ya basta de silencios, que tu abuela ya no puede amenazarme, y que si tu hermana asume su puesto, antes tengo que contártelo todo. Quiero creer que puedes oírme, y si, Dios no lo quiera, ha de pasar lo peor, mereces conocer la verdad sobre por qué os abandoné. La historia es larga, y comienza hace ya muchos años, cuando yo era niña.

El abuelo Nicasio era minero. Permanecía diez horas diarias literalmente enterrado, sin ver el sol, sepultado por el carbón a varios metros, con el presentimiento de la muerte a cuestas constantemente, que sin duda debe ser el peor de los presentimientos. Para arrancar de las entrañas de la tierra tan preciado mineral había que ser muy duro. No solo físicamente. Entrar y salir del infierno suponía convertirse en una criatura negra y fría como el carbón, o te endurecías o cambiabas de profesión. Y el abuelo se hizo como una piedra por fuera y por dentro, a pesar de haber perdido un brazo en un accidente que, como sabes, lo rebautizó como Nicasio, el Mangas. Seguramente recuerdas la historia de cómo se le enganchó la manga del mono en el pánzer, que lo arrastró varios metros sin que ninguno de sus compañeros pudiera evitarlo. Perdió el brazo entero al introducírsele en los engranajes, que le molieron, literalmente, todos los huesos. Yo lo recuerdo ya manco, porque cuando todo el desastre ocurrió era muy pequeña todavía. Aunque eso nunca lo acomplejó ni le impidió seguir trabajando, sino que lo hizo más fuerte. No iba por ahí luciendo el muñón, pero sé que, para él, era una herida de guerra, una medalla que mostraba su valía y su sacrificio, una muestra de burla a la muerte y una señal inequívoca de hombría.

Además de duro y de seco, de mal hablado y bruto, era incapaz de mostrar sus sentimientos, pues lo consideraba una debilidad. Aquello era algo totalmente arraigado a sus costumbres. El típico macho ibérico. Como tantos otros, cortados por el mismo patrón. Parecía que a los hombres de antes los fabricaban en cadena: amigo del vino y de

la partida de los domingos, del cinturón, del dicho «la mujer en casa y con la pata quebrada», de hacer las cosas solo a su manera y de maltratar psicológicamente a su familia con su despotismo, su abuso de poder y su egolatría.

Desde luego no puedo decir que en casa faltara nunca algo que llevarse a la boca o ropa que ponernos, y mucho menos calor en la calefacción. Cuando a la abuela o a mí se nos ocurría quejarnos por algo, él solo decía que cumplía con sus obligaciones de cabeza de familia: traía el pan a casa y se mataba a trabajar para que no nos faltara de nada. Eso era religiosamente cierto, no cabe duda. Nunca pasamos necesidad. Sin embargo, obviaba otras *obligaciones* de padre, como ser cariñoso o comprensivo. Eso eran «mariconadas», el cariño no había que demostrarlo, se sobreentendía, según él. Así, mi madre y yo teníamos que sobreentender que nos quería, aunque jamás nos lo dijera o nos diera un triste abrazo, incluso cuando nos trataba como si fuéramos imbéciles y le estuviéramos arruinando la vida, que era casi todo el tiempo. Porque tu abuelo Nicasio era especialista en hacerte creer que eras tonta. Nunca fui suficientemente espabilada para agradarle, y si algún día lo era, «era como tenía que ser», nada de felicitaciones. No había manera humana de satisfacerlo, con absolutamente nada que hicieras, jamás estaba contento. Por eso, cuando a los doce años pinté una réplica exacta de *La última cena*, sin jamás haber tomado clases y con las pobres herramientas que tenía, tuve que sobreentender que estaba orgulloso de mí, aunque no diera la más mínima muestra de ello. Y eso nunca se me dio bien, porque desde pequeñita se dedicó a minar mi moral con sus constantes e hirientes refuerzos negativos —como ahora llaman en psicología a los castigos verbales—, creándome un complejo de inferioridad e inseguridad tremendo del que aún no he podido desprenderme. Cuando vio el cuadro, lo único que dijo fue que tendría que haber pintado a Jesús de forma que impresionara, que parecía uno más entre todo aquel gallinero de apóstoles, y que una figura como la suya se merecía mayor protagonismo del que yo le había dado. Le dije que había copiado el cuadro de Leonardo da Vinci, y que por eso Jesús era como él lo había hecho. Entonces respondió con cierto menosprecio: «¿Lo has copiado de otro?». No importaba cuánto te esforzaras. Nunca estaba feliz. Nunca fui lo suficientemente buena para él. Nadie lo era. Al menos nadie que viviera bajo su techo. La gente de la calle siempre era mejor.

A tu abuelo Nicasio lo mismo le daba que su hija fuera un prodigio de la pintura con apenas doce años. Lo que tenía que hacer era tenerlo todo listo para que él no tuviera que mover un dedo al llegar de trabajar, porque estaba cansado. Ya que se dejaba la piel para traer su jornal, era lo mínimo. Él trabajaba tanto sacrificando su vida para que

yo estudiara, y si pintaba, bien o mal, era gracias a su esfuerzo. Yo estaba de acuerdo y nunca dejaré de agradecérselo. Jamás sabré cómo de dura era la mina, está claro, pero valoraba muchísimo que se las viera cada día con el carbón para darnos de comer. Así que siempre colaboré en las tareas del hogar; al fin y al cabo, era mi obligación ayudar a mi madre. Pero también tenía otras, como estudiar, tener tiempo para mí y ser feliz, y a veces era imposible, pues, por encima de todo eso, estaba atender a mi padre y a mi hermano mayor. ¿Por qué tenía tanta responsabilidad una niña? Tu abuela trabajaba en casa cosiendo para otros —siempre fue una excelente modista—, ya sabes que tu abuelo no le permitía realizar ningún trabajo que exigiera estar fuera de casa, y se pasaba horas y horas encaramada a la vieja Singer del cuarto de costura que había al otro lado de la casa, dejándose los ojos a la luz de una vela o una bombilla raquítica. Cuando había pedidos grandes, generalmente ropa para los trabajadores de la central térmica, como hacer doscientas batas, o meter el bajo a trescientos pantalones, no salía del cuartucho de coser. Desde la cama oía el ruido de los pedales y la escuchaba desenredar el hilo de la canilla. Me carcomía la tristeza al ver la línea de luz que, bajo la puerta, indicaba que aún tardaría en acostarse. Parecía que a nadie más le importaba. Ninguno de la familia, excepto yo, recogía la cocina después de la cena. No podía soportar escuchar cómo se ponía a fregar cuando el ruido infernal de la máquina se detenía a las dos de la mañana. Y se me hacía inaguantable comprobar, a la mañana siguiente, que la olla con el guiso para la hora de comer ya estaba en el fuego, la cocina de carbón estaba encendida, y que la Singer volvía a trotar con una amazona que tenía el rostro manchado de ojeras. No señor, había que cambiar el *starring* de aquel wéstern.

Entonces, dejé de ser una niña. Empecé a echarme tareas encima, adelantándome a tu abuela para que ella pudiera dormir, abarcando un poco más cada vez, hasta que me vi sobrepasada por el peso de la casa. Mi padre llegaba muy cansado de trabajar, por eso no me echó una mano jamás. Al parecer, solo se cansaban los que tenían pene, porque tu tío Enrique —al que tampoco conociste porque murió en la mina en una explosión de grisú— aunque aún no trabajaba, sino que asistía a la mina-escuela unas pocas horas, tampoco movía un dedo. Enrique era disléxico y le resultaba imposible aprobar los exámenes teóricos. Mi padre tenía puestas en él todas sus esperanzas, pues era el varón, y escuchar al ingeniero que impartía las clases decir que su hijo era un tonto integral —¡que vivan los buenos educadores!— fue una absoluta decepción. Nicasio no concebía para su hijo otro futuro, tenía que ser minero, como su padre y su abuelo. Por eso me ofrecí a ayudarlo a estudiar, y por las noches, en la cocina, le hacía recitarme la lección que esa tarde le había resumido mientras recogía y ponía a

remojo los garbanzos para el día siguiente.

Así, se me sumaban las obligaciones, que eran más de las que una niña podía soportar. Tu abuela me reñía a veces por hacer las labores. Me decía: «Tú, estudia». Pero le daba la vida no encontrarse el cesto de la plancha lleno de ropa. Y yo necesitaba desesperadamente la aprobación de alguien, aunque no fuera la de mi padre, así que continuaba haciéndolo. Yo era quien limpiaba la casa de arriba abajo —la parte de La Jefatura que nos permitían habitar, donde antiguamente moraba el servicio—, y no es una tarea sencilla en un hogar donde el polvo del carbón se escabulle de la mopa y campa a sus anchas cada vez que se sacaba la ceniza de la vieja cocina o se prendía la calefacción, que era prácticamente nueve o diez meses al año.

Yo era quien luchaba a diario por que el carbón encendiese bien y la cocina no soltara humo, de lo contrario tenía que oír que era una estúpida y que por mi culpa no había agua caliente. Cada día me encargaba de que la ropa de trabajo de los cabezas de familia estuviera limpia y distribuida en sendas bolsas, donde no podía faltar el mono ni la muda, y que debía incluir un bocadillo digno de un picador, es decir, una ración contundente para pasar el día. De forma que pobre de mí como no me diera tiempo a comprar el pan o se hubiera acabado el queso.

Empezaron a quejarse de mi forma de hacer las cosas, porque no las hacía como mi madre. Cada uno tenía sus manías y, en lugar de encargarse de lo suyo, ejercían de dictadores. A pesar de cumplir sus normas a rajatabla, Nicasio siempre tenía algo que decir. «Tenías que haber hecho…», «No te diste cuenta de que…», «Otro día mejor…» etc., etc., etc. Siempre aleccionando, hasta en las cosas de las que no tenía ni idea. Hacía las camas, la compra y preparaba la comida y la cena. Si la cena no estaba lista para cuando llegaban los trabajadores, todo eran gritos y golpes. Si estaba demasiado caliente, más de lo mismo. Si le había puesto berza al cocido, vuelta a los gritos, pues: «Ya sabes que me sienta como un tiro y paso la noche como un perro». Pero cuando estaba tiempo sin probarla, los gritos eran porque: «Hace no sé cuánto tiempo que no comemos berza, se te podía haber ocurrido, joder, que está uno cansado de comer lo mismo». Pero que no se te pasara por la cabeza innovar, porque entonces querían un cocido de los de «toda la puta vida». De manera que me pasaba la mañana temblando porque todo estuviera a su gusto y jamás lo conseguía.

Era torpe, torpe, torpe. No hacía nada a derechas. Nada. Y me lo creí. Mis opiniones no contaban lo más mínimo, y las discusiones solo servían para recibir gritos y palabras hirientes, así que aprendí a callar, como buena esclava. Ya no me quejaba porque ni siquiera

quitasen su plato de la mesa; porque soltaran ventosidades mientras estábamos comiendo; porque dejaran la marca amarillenta y maloliente del macho apestando en la taza, sobre la que soltaban un gargajo espumoso para coronar su obra; porque no pudiera ver la televisión ni una sola noche por tener que recoger la cocina o porque no limpiaran la leche que derramaban a diario por los fogones y la trébede al tomarse el desayuno. ¿Para qué? Seguía habiendo palillos llenos de restos de comida junto al fregadero (aunque justo debajo estuviera la bolsa de la basura), seguía habiendo pelos de sus barbas por todo el lavabo, y seguían limpiándose los zapatos con la bayeta de la cocina y dejándola llena de barro sobre las tazas sucias del desayuno o lo que quiera que hubiera en la pila. Y practicar para no explotar, para no quejarme, para no opinar, causó que fuera incapaz de rebatir ni argumentar nada, ya no solo dentro de casa, sino fuera. Huía de cualquier debate como si fuera una discusión, me desestabilizaban profundamente, y nunca decía lo que pensaba porque se me había atrofiado la parte del cerebro que controla eso. Me causaba una tremenda ansiedad tener que defender una idea, así que desistía enseguida. No solo me quedé sin tiempo para mí. También sin voz.

Tu abuela sufría por mí, y a veces se me adelantaba con las tareas. Dijo que iba a dejar de coser un millón de veces. «Cuando los dos estéis colocados», repetía. Si al menos mi hermano me echara un cable, pensaba yo, no sería necesario que nadie se diera la gran paliza. Pero ni ella ni el abuelo le mandaron nunca hacer nada. Ya tenía bastante con la mina-escuela y con hacer sacos de leña. Y él se reía en mi cara de mis lágrimas y mis ruegos. Cualquiera se hubiera vuelto loco. Pero tenía que seguir así, estudiando de madrugada para que me diera tiempo a hacer primero lo que mi pobre madre no alcanzaba a abarcar con tanto trabajo que tenía. Ahora, que ella de cabeza de familia nada, ¿eh? Lo que ella hacía era coser trapos, eso no se podía comparar con la mina. ¡Si estaba todo el día sentada! Yo no podía verla coser con los dedos entumecidos por el frío, perdiendo la vista cada día un poco más, sufriendo continuamente de las cervicales, así que encendía la caldera a las siete de la mañana, aunque ella me dijera que se encargaba luego. Y tampoco aguantaba ver cómo la trataba mi padre si llevaba todo el día cosiendo y no tenía la comida lista a tiempo, o ver que ella no había comido para acabar la labor y planchar la muda para el trabajo de los hombres de la casa. Así que hacía todo lo que podía antes que ella, dejaba de pintar, dejaba de estudiar, dejaba de ser una niña, dejaba que me machacaran el alma y me hacía cada vez más y más pequeña. Sin chistar. Tragándome la rabia junto con las lágrimas. Por ella.

Limpiaba el pis reseco de la taza del váter y trataba de que no

apestara por su manía de dejar su juguito de marcar territorios acumulándose; tiraba sus colillas, esparcidas por toda la casa; limpiaba sus botas y sus calzoncillos almidonados; planchaba sus monos de trabajo; hacía sus recados; desenredaba sus enredos; les pedía cita con el barbero y el dentista; controlaba que tomasen sus pastillas a diario e iba a comprarlas; tenía listo un bizcocho los domingos (»¡Ni un puto bizcocho tuvisteis tiempo de hacer! ¡Que es domingo, coño, y no se nota!») y aun así, tenía que oír constantemente instrucciones sobre cómo debía de hacer esas cosas. Trabajaba como una negra durante todo el día, pero tenía que oír: «Tú no sabes lo que es trabajar», y no recibía aliciente alguno. Además, según ellos, estaba todo el día amargada, como mi madre, y por eso se le quitaban a uno las ganas de llegar a casa. Así que el domingo, el único día libre de la semana, iban al bar, y nosotras permanecíamos encerradas. No teníamos aficiones. Y era culpa nuestra. Bastante hacían ellos toda la semana como para encima tener que llevarnos a la ciudad el domingo. ¡También necesitaban descansar!

Además no hacíamos más que despilfarrar el dinero que ellos tan honradamente ganaban. «Todo lo gastáis», decían. Que otra cosa era esa, el constante uso del plural. Me escamaba tener que escuchar continuamente: «¿Dónde pusisteis mi boina?», «Lo hacéis todo al revés», «¿Por qué no hicisteis esto o aquello?». Parecía que nos habíamos fundido, nos hablaban como el patrón habla a la masa informe de trabajadores. Ahora, que para las órdenes se reservaba otra forma verbal: «Había que». En cualquier otro hogar del mundo, esta perífrasis indica sugerencia, pero en el mío era una orden clara, de esas que también da el patrón, porque no importa quién lo haga, sino que esté hecho. Así que yo tenía jefe, pero no cobraba, y encima no sabía lo que era trabajar. Y si se me ocurría comparar el trabajo con el estudio, me soltaba eso de: «Es tu obligación». Ah. ¿Y la suya no era dar techo, plato y cama a sus hijos? Fíjate que creo que hasta si no lo haces vienen unos señores que se dedican a la protección del menor y te los quitan…

Así que mi preadolescencia fue llorar a destiempo y no reír nada. Yo que pensaba que había aprendido de los sacrificios de mis padres, que son los mismos que hicieron los suyos… Y resulta que no, que mi sacrificio —no tener tiempo para mí, renunciar a mis sueños— no era como el suyo. Claro que no, y lo sé. Sé que no tuvieron las mismas posibilidades que yo, en parte por dármelas a mí, y no hay un día que no me pese y que no se lo agradezca. Lo mejor que se me ocurría hacer era matarme a estudiar y trabajar en casa, para el día de mañana hacer lo mismo por mis hijos, y dejar de depender de su bolsillo. Pero no importaba que mi generación hubiera aprendido esos valores, porque no sabíamos lo que era trabajar por dinero, que era,

claro está, lo que marcaba la diferencia, y quien sí lo sabía tenía la última palabra.

De poco me servía quejarme de las injusticias a mi hermano mayor. Si le pedía ayuda me decía eso de: «¡A ver si tengo que hacerlo yo todo!», si me veía llorar, me ignoraba y seguía comiendo pipas frente al televisor mientras yo restregaba el trapo con vinagre por el ajado suelo de madera y sorbía los mocos más amargos de la historia. Y si me enfrentaba a él para obligarlo a hacer alguna cosa, me sujetaba por las muñecas y me zarandeaba como si fuera un juguete de feria mientras me recordaba que yo no tenía ninguna autoridad para encomendarle hacer nada. En silencio, me frotaba las marcas rojas de sus dedos en la oscuridad de mi cuarto. Pero antes, este tipo de cosas no se consideraban maltrato ni explotación, y tu abuela prefería llamarme exagerada que enfrentar la realidad cuando le enseñaba los moratones a la mañana siguiente, porque decía que era yo muy sentida y me lo tomaba todo muy a pecho. Aunque si ya me veía al borde de un ataque de nervios, acudía a mi hermano Enrique y le decía eso de: «A ver si *ayudas* más a tu hermana, que la pobre no puede con todo». Y en el verbo *ayudar* está la clave. Si te ayudan a hacer algo, es porque ese algo es obligación del ayudado. Ayudamos a los vecinos a subir sofás por las escaleras, ayudamos a los hijos a hacer los deberes, ayudamos a las madres o hermanas en casa a limpiar la mierda que los demás dejan sin hacer nada por evitarlo (porque sabido es que las madres limpian la mierda, lo pone en su carnet). Y cuando ayudamos, lo hacemos por un período de tiempo, no eternamente, por lo general. De modo que, lo que mi madre le pedía al déspota de su hijo mayor era que le echara un cable momentáneo a su hermana pequeña. Lo ridículo que le parecía el planteamiento podía leerse en la cara de mi hermano. Luego decía: «Te he dicho mil veces que mi hermana hace unas cosas y yo hago otras, a ver si va a hacer ella la leña». Y ya está. Fin. Mi gozo en un pozo. Yo me preguntaba por qué no podía hacer yo la leña, un par de ratos a la semana, y el resto del tiempo dedicarlo a dibujar y a mirar musarañas, como hacía él. Era perfectamente capaz, de eso y de todo lo que se me pusiera por delante. La de cosas que no pude aprender a hacer y mi hermano sí, solo porque tenía pene.

Lo veía besuquearse por las tardes con su novia, Carmen, mientras yo tenía que fregar los cristales —el carboncillo temblando de anhelo en un cajón de mi escritorio y la cabeza llena de apuntes para posibles dibujos— y deseaba que se atragantaran con su propia lengua. Enrique tenía tiempo para jugar al fútbol y a los médicos. Mi tiempo era sacrificado en favor del suyo. Nunca jamás me lo agradeció. Ni siquiera cuando lo ayudé a escribirle a Carmen unos versos para regalarle en San Valentín. Ni cuando evité que papá lo descubriera

cuando llegaba tarde por las noches, ni cuando dije que el coche lo había rayado yo sin querer con el caldero del carbón. Ni cuando lo ayudé a sacarse el curso en la mina-escuela. Nunca jamás. Y digo agradecerlo con hechos, no con palabras.

Entonces cumplí dieciséis años. Y en el instituto tenía un profesor de Arte que se había fijado en mis dibujos. Me preguntó si tenía más y si quería enseñárselos, y así fuimos entablando amistad. Aquel profesor representaba esa otra España que no eran ni mi padre ni mi hermano, la otra cara de la moneda donde no había patriarcado ni retrogradismo. Me dejó toda clase de libros de pintura, de literatura francesa y norteamericana, discos de *rock* y *heavy metal*… Era muy abierto de mente, tolerante, solidario, y me animó a presentarme a un concurso de dibujo cuyo premio era una beca de estudios para una escuela de pintura buenísima. Durante días no pensé en nada más. Aquella podía ser mi liberación. Irme de casa, lejos, por fin. Pintaba bocetos en todas partes, hasta en la ceniza de la cocina, y no dejaba de dibujar cada vez que tenía la ocasión, mientras cocinaba, mientras tendía la ropa, por las noches ya en la cama… El último día para entregar la versión definitiva, perdí el autobús por dejar la comida lista para mi familia. Desolada, esperé a que llegaran del trabajo para pedirles desesperadamente que me llevaran a la capital a entregar mi cuadro antes de las dos de la tarde. Ninguno cedió. Tenían demasiada hambre para mis ñoñerías. Que por qué no cogía el autobús, me dijeron. Gasté tiempo y saliva. «Qué tonta eres, tenías que haber estado antes en la parada, hasta los burros saben eso». Perdí la oportunidad de mi vida. La oportunidad de destacar en algo que me llenaba, en algo en lo que era única. Perdí todos los sueños que tenía y perdí los nervios.

Ese día pasé mi primera noche fuera de casa. Cogí una botella de licor de orujo del mueble bar, que era el único alcohol que había probado y me había gustado, y me la bebí en el autobús rumbo a León. Me emborraché y deambulé por la ciudad durante horas hasta que me encontré cara a cara con la Pulchra Leonina, la hermosísima catedral gótica. Mirarla daba una especie de vértigo al revés. Vértigo no solo en el espacio, sino en el tiempo. Era la imperturbabilidad hecha piedra. Yo quería ser como ella, dura y hermosa. Y se me ocurrió dibujarla. Siempre llevaba encima una libreta y un lapicero, y me senté en un banco para empezar con mi retrato, una tarea nada sencilla en mi estado de embriaguez. Debí de llamar la atención de un grupillo muy majo que se acercó a mí para ver qué dibujaba, y después de charlar un rato y mostrarles algunos bocetos, me invitaron a ir con ellos por ahí. Se parecían a los cantantes que aparecían en las portadas de los discos que mi profesor me prestaba, con el pelo a lo Ramones, chupas de cuero y pines en las solapas. Me llevaron al bar

Placebo y me dieron a probar absenta, que, según ellos, estaba mucho mejor que la crema de orujo, aunque a mí me supo a pasta de dientes y anís. Yo no estaba acostumbrada a beber, así que necesitaron poco para tumbarme. Menos mal que eran chicos decentes, debí de darles mucha lástima. Uno de ellos llevaba un tatuaje en la parte superior de los nudillos: «HATE», con una letra en cada dedo, dejando libre el pulgar. «¿Qué significa?», le pregunté mientras todo daba vueltas. «Odio», respondió él. «Tiene cuatro letras también en español, ¿por qué te lo has puesto en inglés?» quise saber. «Porque aquí no se puede expresar uno libremente», dijo. «Todo es censura, todo es esclavismo, rectitud, cerrazón, retrogradismo. Es mi forma de darle un puñetazo a todo eso, de mostrar mi odio». Aquellas palabras me abrieron los ojos, a pesar de que no veía muy bien en aquel momento. «Llévame adonde te lo hiciste», le dije. «Quiero uno igual». Luego me llevaron a la casa okupa de unos amigos, donde solían ensayar con su grupo de *rock*, y me dejaron dormir.

Aquel fue mi primer tatuaje, pero no dolió tanto como la paliza que me dio mi padre cuando aparecí en casa al mediodía siguiente, hecha una piltrafa y con una mano tatuada. Después de dejarme baldada a golpes pidió a mi hermano que me sujetara por la muñeca para echarme nitrato de plata sobre aquellas letras del demonio que avergonzaban a toda la familia. Por suerte, tu abuela se lo impidió antes de que me calcinaran la piel. El manco quería lisiar a su hija, qué paradójico. Y mi hermano estaba dispuesto a colaborar.

Fue entonces cuando les perdí todo el respeto. Seguí frecuentando a aquel grupo en la ciudad, que me enseñó el mundillo de la música en vivo, los conciertos, las *jam sessions*, los locales de *rock*. Mi padre amenazó con mandarme a un internado. Yo me hice otro tatuaje. En el brazo. Era un corazón atravesado por un cristal roto, tal como yo sentía el mío. Uno de los muchachos me dijo que yo no era ninguna esclava, que podía elegir no serlo. «Las damas como tú deberían arrancarse los cristales del pecho y lucir las cicatrices como medallas», me dijo. Poco más tarde hizo con esa frase una canción. La tituló: *Lady Pain*, Dama Dolor. Decidí que ese iba a ser mi nuevo nombre. También me lo tatué.

Las cosas en casa se pusieron muy feas. Aprendí que el *rock* servía para gritar a todos los que te oprimían, así que se convirtió en mi arma. Acallaba las discusiones con unos cuantos decibelios y el pestillo que instalé en la puerta de mi cuarto. Me escapaba continuamente para poder estar con mis amigos y desatendí las labores y las clases. Mi padre juró que me mataría, y lo peor es que culpaba a mi madre de la mala educación que me había dado. Curioso que diga eso un padre ausente. Educar, al parecer, era solo labor de las madres. Y resulta que lo que más me había marcado en la vida

eran él y su falta de implicación. Yo odiaba escuchar cómo la despreciaba, que la tratara como si fuera una inepta total, cuando él no sabía ni atarse los cordones sin ella. Todo era siempre culpa suya. Pero ella lo defendía a ultranza, no comprendía por qué me estaba descarriando así. No se enteraba de nada. Quizás no quería enterarse.

Dejaron de darme el poco dinero que recibía en propina los domingos y que yo ahorraba porque no sabía en qué gastar, así que cuando se acabó, decidí buscarme un trabajo. Los chicos de la pandilla me consiguieron uno en la tienda de tatuajes, como recepcionista. Cuando regresé allí para la entrevista, esta vez sobria, pude ver bien el templo que era aquel lugar. Se llamaba Quebrantaolas. Sobre el rótulo había una sirena, como si fuera el mascarón de proa del tajamar de un barco pirata. Eso es lo que me encontré al entrar: un buque de madera. Todo estaba decorado como un barco corsario del siglo XVII. Era fascinante, realmente parecía que habíamos viajado en el tiempo. Lo primero que le pregunté al dueño fue por qué se llamaba así su estudio, y me dijo que un quebrantaolas es un navío inservible que se echa a pique en un puerto para quebrantar la marejada. «Entonces no es inservible, sirve para eso», le dije. «Vaya», sonrió, «parece que eres la única que lo ha entendido». Acto seguido me estrechó la mano y se presentó como Peska. Él sí que parecía un bucanero, los brazos llenos de dibujos marineros, melena y perilla. Rondaría el fin de la cincuentena, y algunas canas lo anunciaban, pero estaba en forma y llevaba chalecos llenos de insignias de sus bandas favoritas. Después de enseñarme cuáles eran mis labores como «grumete» en su «tripulación», y hablarme de los horarios y el sueldo, me dijo que estaba contratada. Entonces le pregunté por qué lo llamaban Peska. Me dijo que lo apodaban así porque su padre había sido pescadero toda su vida, como su abuelo. Pero él no se dejó doblegar por la tradición familiar, lo que lo convirtió al instante en una inspiración y un modelo para mí. Dijo que del mar no le interesaban los peces, sino las historias de piratas. Siempre había dibujado piratas, desde niño. Su padre lo obligaba a trabajar en la pescadería porque decía que dibujar no servía para nada. «Pero muchas cosas aparentemente inútiles tienen más utilidad de la que uno cree, como los quebrantaolas», dijo. «Leí cientos de libros, historias que hablaban de los tatuajes que los corsarios lucían en sus duros pellejos; hay una relación cultural e histórica muy importante entre estos hombres de mar y los dibujos hechos en la piel». Y por eso tatuaba dentro de un barco.

A mí me fascinaba verlo en acción. Era el Miguel Ángel de los tatuajes, capaz de hacer de la piel una Capilla Sixtina. No tardé en pedirle que me enseñara, asombrada, y se mostró más que encantado de tener una pupila. Además de técnicas, mientras dibujábamos en piel sintética, me contaba datos sobre la historia del *heavy metal* y la

formación de sus bandas favoritas, y un sinfín de cuentos de filibusteros. Me fascinaba escuchar a mi maestro hablar con tanta precisión en cuanto a nombres y fechas. Aprendí muchísimo de tinta y de música, pero sobre todo de la vida.

Nicasio, en cambio, confundía el tradicionalismo con el retrogradismo, y eso que se declaraba abiertamente de izquierdas. Odiaba a los homosexuales, odiaba a los negros y odiaba a las mujeres independientes, todo ello por clara incomprensión y hasta miedo, aunque nunca lo reconociera, quizá porque ni siquiera sabía a qué se debía. Lo más triste es que no dejaba de manifestarlo ante cualquiera, buscando claramente que alguien compartiera sus ideas, pues eso le hacía sentirse menos culpable, era como afirmar que no estaba equivocado. Era un padre relativamente joven, y aun así, el salto generacional entre nosotros era un socavón en la tierra. No podía entender cómo una persona joven y, en teoría, no conservadora, fuera incapaz de abrir su mente a los cambios, sobre todo si estos eran buenos para sus hijos, y de aceptar la evolución de la sociedad. ¿Tan pequeños eran su corazón y su cerebro? Lo cierto es que la idea de ser para mis hijos lo que él había sido para mí, me daba ganas de ligarme las trompas en el acto.

Mi madre, que era una mujer de mucho coraje y que había vivido en Argentina, con lo que se puede decir que había visto mundo y que no se dejaba pisar por nadie, había tenido que cambiar para él. Se tragó su coraje y su fortaleza, se encogió y se enclaustro en el cuartucho de coser. ¿Cómo podía ser que una mujer que había escapado de los horrores de la guerra en otro país y que había vivido un infierno para volver se hubiera convertido en la esclava de un energúmeno? Las pocas veces que me atreví a insinuarlo, ella me decía: «A tu padre ya no lo podemos cambiar. Lo han educado así, y la mina lo volvió más duro, así que hay que quererlo como es». A lo que yo me preguntaba: «¿Y por qué él no te quiere como eres?». Además, cómo te eduquen tus padres no lo es todo, solo el cincuenta por ciento de tu educación. El otro cincuenta por ciento se obtiene de la escuela y del entorno, y aunque actualmente me dé lastima reconocerlo, también la televisión se encarga de homogeneizar a una generación. Es decir, no era justificación para mí. Era como afirmar que si a él lo educaron para tener una mujer esclava, ella tenía que dejar de ser libre para él. Y más aún, que no haría nada por evitar que su hija se convirtiera en otra esclava ni su hijo en una réplica de él. Que él no cambiara, implicaba que nosotras teníamos que hacerlo. Algo totalmente lógico y justo, como puedes ver.

Empecé a tener más tiempo libre dejando de hacérselo todo a aquellos dos. Me dediqué a las tareas más básicas: la comida y la calefacción. Pensaba que, si no les quedaba más remedio, aprenderían

a encargarse de sus cosas, y, también, que si mi madre veía todo lo que quedaba sin hacer y que no podía abarcarlo sola, los obligaría a colaborar y valoraría mi esfuerzo. Me equivoqué. ¡Yo no pedía que tras una jornada de ocho horas se pusieran a planchar! ¡Solo colaboración! ¡Cooperación! ¡Reparto de tareas! ¡Mi madre trabajaba dieciséis horas seguidas!

Retomé el carboncillo y los pinceles, y a mi madre se la llevaban los demonios cada vez que me veía encaramada a algún sitio con mi bloc y mis bocetos. «Primero haz tus obligaciones y luego pintas». Y lo decía como si yo tuviera cinco años y estuviera coloreando dibujitos. La exasperaba ver cómo se le acumulaban las tareas y, en lugar de romper el yugo y exigir colaboración al resto de la familia, me castigaba con el peor de los silencios. Dejaba de hablarme, y eso me torturaba, extendiendo así su yugo también a mi cuello. Dos mulas tiran mejor que una del carro atascado, eso está claro. Yo no dejaba de cuestionarme por qué diablos no se bajaban del carro los patrones y ayudaban a empujar.

La válvula de escape de la olla a presión que era mi mente, se llamaba pintura. En ella volqué mis frustraciones, ya fuera tatuando o dibujando. Le dediqué a mi padre toda una colección de cuadros donde retrataba su monstruosidad. Cuadros llenos de ira y de tristeza que se fueron apilando en el desván, porque me daba vergüenza enseñárselos a nadie. Ya no era capaz de pintar nada hermoso, y eso tuvo su lado bueno, pues en el estudio de tatuajes empecé a bordar las calaveras, los demonios, los zombis, los vampiros y las mutilaciones. Peska estaba realmente contento conmigo y amplió mis labores y mi sueldo. Parecía que mi rabia servía para algo y eso me hacía feliz. Pero entonces ocurrió lo peor. Había habido una explosión en la mina. Varios muertos. Mi hermano Enrique entre ellos.

Mi madre estaba destrozada y ausente, como en el fondo de un pozo que ya no comunicaba con la tierra. Pensé que ella también pasaba sus días enterrada, como lo habían hecho mi padre y mi hermano, pero en otro agujero distinto. La vi tan vieja… tan consumida… Pero el verdadero dolor no estaba en aquellos ojos vidriosos y vacíos como el olvido, sino en los ojos de mi padre. Nunca lo había visto tan hundido y, sin embargo, no había ni una sola lágrima en su rostro. Hasta que no me topé con aquella cara tan triste no fui capaz de llorar. Su sufrimiento hizo que se duplicara el mío. Hubiera dado la vida por poder consolarlo. Sin duda. Me di cuenta de que, al parecer, lo quería, después de todo. Y por supuesto, también quería a mi hermano, a mi hermano Enrique, Quique, el Mangas, que ya nunca más volvería a hacerme rabiar ni a pedirme versos para su novia Carmen. Así era la vida en la mina. Un día entrabas, y al otro no salías. No puedo ni imaginar el nudo en la garganta con el que Nicasio volvió al trabajo a

la semana siguiente. Pero me habría cambiado por él, eso seguro. ¿Entonces lo quería o lo odiaba? ¿Se puede querer y odiar a alguien al mismo tiempo? ¿Son el amor y el odio partes de la misma cosa?

Los días se sucedían indistinguibles. Mamá dejó de coser, hubo que enterrar a mi pobre hermano, y el dinero empezó a escasear. Tu abuelo jamás le reprochó a ella que dejara de trabajar, y empezó a hacer turnos dobles. Y yo, que sentía que les había fallado a todos, hice lo único que se me ocurrió para ayudar: dejé el instituto en el último curso de BUP, y le pedí a Peska que me diera jornada completa, lo que no tuvo problema en hacer. Después del primer mes trabajando, junté mi sueldo con mis pequeños ahorros y, en mitad de una discusión conyugal sobre la falta de dinero, solté unos cuantos cientos de billetes sobre la mesa de la cocina. La cara de asombro y perplejidad que pusieron mis progenitores me dejó de una pieza.

—¿De dónde ha salido todo ese dinero? —preguntó el cabeza de familia.

—De mi esfuerzo —contesté orgullosa—. Llevo trabajando todo este año después de clase, y ahora tengo jornada completa, así que ya no va a faltar de nada en esta casa.

—¿Trabajando? ¿En qué? —quiso saber tu abuelo.

—¿Y el instituto? —interrogó tu abuela.

—Lo he dejado. Tengo un trabajo decente que me gusta.

—¿Y por qué no habías dicho nada? —se quejó ella.

—Porque de momento solo hacía unas horas por las tardes, estaba aprendiendo a tatuar.

—Dudo mucho que ese sea un trabajo decente —sentenció mi padre.

—¿A eso te vas a dedicar? —se alarmó mi madre—. ¿De eso vas a vivir?

—Lo que cuenta es cuánto gane, y creo es suficiente como para que no tengamos que pasar necesidades —dije.

—Ganarás lo que quieras, pero ni es tu cometido, ni es un trabajo como Dios manda. Así que ya lo estás dejando. Si quieres dejar de estudiar, yo te busco trabajo — afirmó Nicasio.

—No necesito otro trabajo, este me encanta.

—¿Pero cómo vas a dejar de estudiar, Malena? —levantó la voz tu abuela—. ¡Si estabas a punto de acabar el instituto! ¿No querías hacer Bellas Artes?

—¿Qué Bellas Artes ni que ocho cuartos? Eso no son más que bobadas que se pueden permitir los niños de papá; si estudia que haga algo de provecho, como Medicina o Derecho, ¿qué salida va a tener haciendo dibujitos? —rugió el monstruo.

Y la discusión fue imparable. Se gritaron todo lo que llevaban años reprimiendo, todo lo que el dolor por la pérdida de mi hermano había revuelto en su interior, y ni la puerta de mi cuarto ni las Runaways a

todo volumen sofocaban sus voces.

Can’t stay at home, can’t stay at school
Old folks say: Ya poor little fool
Down the street, I’m the girl next door
I’m the fox you’ve been waiting for
Hello, daddy! Hello, mom!
I’m your ch-ch-ch-ch-ch-cherry bomb
Hello, world! I’m your wild girl!
I’m your ch-ch-ch-ch-ch-cherry bom.[5]

Entonces el divorcio era algo impensable, sobre todo por el qué dirán. Si no, creo que esa misma noche habrían firmado los papeles y habrían dado al traste con todo aquel matrimonio que parecía de pega. Se dijeron cosas durísimas, llegué a entender algo sobre un amante de mi madre en Argentina, ella lo culpó de la muerte de Enrique, luego golpes, insultos y, más tarde, silencio. Papá tardo tres días en volver a casa.

La situación se hizo insostenible. La tensión nos asfixiaba a todos. Papá no dejaba de intentar que yo dejara mi trabajo, y mamá se empeñaba en que volviera al instituto. Cada mes les entregaba la mayor parte de mi sueldo, y cuál fue mi sorpresa cuando encontré todo el dinero, íntegro, en una lata en la cocina. «Aquel dinero es dinero sucio», dijo Nicasio. Un dinero que me ganaba tatuando la piel desnuda de hombres.

—Mañana a las seis de la mañana te espera Clemente en la panadería para que aprendas a hacer pan. Si lo haces bien igual te contrata, así que ya puedes ser puntual.

—No voy a ser panadera, papá. Tatúo, ¿te acuerdas? Ya tengo trabajo.

Y luego la cólera. Y la sarta de habladurías que circulaban sobre mí por el pueblo. Que si era una fulana, que si me había tatuado los pechos, que a saber qué más partes de mi cuerpo le había enseñado a ese engendro con el que trabajaba, que si lo mismo me había contagiado el sida con esas agujas cochambrosas… Y en casa tenía que escuchar a mi madre con la retahíla de que estaba echando a perder mi vida pudiendo ir a la universidad, que si había ido al instituto y le habían dicho los profesores que podía retomar el curso… A pesar de todo reuní la paciencia suficiente para llevarles a casa una de las máquinas de tatuar con la que trabajaba, mis instrumentos de esterilizar y fotografías de mis mejores obras. Quería que entendieran lo que hacía, a pesar de que estaban chapados a la antigua. Creía que si veían mis dibujos, comprenderían mi trabajo, lo sentirían un poco más cercano, y quizá hasta aceptaran, al ver mi entusiasmo, que es lo que quería hacer, que sí que se podía vivir de «hacer dibujitos». No

sirvió de nada. «¡Quita esa porquería de la mesa!», fue lo que dijo mi padre cuando traté de mostrarles mis herramientas. Y de un manotazo, barrió todo el instrumental. La máquina se rompió en el acto al caer al suelo. Me la había prestado mi jefe, yo aún no tenía una propia. Y me llevé un disgusto tremendo al ver cómo se quebraba el puntero y saltaban las bobinas. Ya no podía más. Peska me recordó que, en cuanto fuera mayor de edad, podría hacer con mi vida lo que me viniera en gana, como independizarme. Y eso fue lo que hice. Aguardar con impaciencia mi cumpleaños. Fueron los meses más largos de mi vida. Cada vez veía más lejos el momento de salir de allí. Pero llegaron los dieciocho, cogí todas mis cosas, eché un último vistazo a aquella enorme casa en mitad del monte, que no era más que un caparazón falso, y prometí no volver. Yo los quería, a pesar de todo, pero no podía soportar más su forma de ser. No cuando me impedía ser feliz y realizarme como persona.

Me fue muy bien. Durante el día conseguía olvidar el infierno de aquella casa trabajando incesantemente en el estudio, mejorando y creciendo. Por las noches seguía ampliando la colección de cuadros dedicados a tu abuelo en el piso que compartía con cuatro estudiantes. Una de ellas era hija de un marchante de arte. Un día de los que yo libraba en el estudio y aprovechaba para pintar en casa me lo presentó. Le entusiasmó todo aquel circo del horror hecho a carboncillo y pinturas de cera y me ofreció exponerlo. Yo prefería que aquello no llegara a verlo nadie, pero la cantidad que me prometió me tentaba mucho. Ante su estupefacta insistencia, acabé por aceptar. Fue todo un éxito. Otros museos de la comunidad se interesaron por exponer mi obra, a la que titulé: *Amar a la bestia*, una frase que tu abuela había pronunciado muchas veces. Salí en el periódico, e incluso hubo quienes se mostraron interesados en hacerme de mecenas y financiar mi carrera artística. Sin embargo, yo no sabía muy bien qué hacer ni cómo sentirme al respecto, porque no tenía con quien compartir mis logros, exceptuando a Peska y a mis fieles colegas. Entonces, recibí una llamada de la abuela. Creí que habrían visto el periódico, que querrían ir conmigo al museo, que me habían perdonado por abandonarlos… Pero no. Mi padre estaba muy enfermo. Silicosis. Maldita mina…

Cuando llegué al hospital estaba intubado y respiraba con mucha dificultad. Nunca conseguiré olvidar la expresión de su rostro cuando me vio entrar a la habitación. Fue toda una sorpresa para él. Trató de quitarse la mascarilla para hablarme, pero mamá se lo impidió. No hizo falta que me dijera nada. Cogió mi mano y me transmitió todo el arrepentimiento que llevaba dentro con su tacto.

—Tranquilo, papá —le dije.

Él trató de arrancarse la mascarilla de nuevo, con una ansiedad

urgente que se le derramaba por los ojos, fijos en mí.

—No he sido… un… buen padre… —dijo.

No supe reaccionar. Aquel hombre, tendido en una cama de hospital, que me había hecho la vida imposible, que nunca daba su brazo a torcer, estaba pidiéndome perdón. No entraba en mis previsiones.

—Soy… un hombre… rudo. Mi rudeza me impedía… ver lo que tenía delante. Pero yo no quería… hacerte daño… No he sabido tratarte…

—Nicasio, no hables más —lo interrumpió tu abuela, preocupada.

—Perdóname —continuó él—. Perdona a este viejo terco…

El alma se deslizó por mi interior hasta caerse al suelo. Sentí un vértigo parecido al que debe de sentirse al mirar al abismo desde el borde de un risco. Noté el sabor salado de la contrariedad en mi garganta, y para paliar mi rabia, decidí calmar los ánimos sacando del bolso el folleto donde se veían mis cuadros expuestos. Dos de ellos aparecían en el centro, con su explicación y una fecha. Se lo tendí.

—He expuesto mis cuadros —dije.

Una primera mueca de orgullo se convirtió en el gesto más triste que he visto en mi vida. Sus ojos pasaron del folleto a mí, y luego a mi madre. Se había reconocido. Es más, había reconocido el mensaje que yo lanzaba a través de aquellos dibujos desesperados. Me arrepentí en el acto. Acababa de destrozarlo. Algo dentro de él se rompió, sin duda. No podía haber más culpa en su mirada. Aunque, ¿no es mejor ser herido por la verdad que consolado por la mentira? «¿Así me ves?», dijo con gran dificultad para respirar.

Mi madre acudió corriendo a colocarle la mascarilla, pero no pudo detener la crisis. Enseguida vinieron las enfermeras y nos echaron de la habitación. Los médicos tardaron horas en tratar de estabilizarlo. No pudieron hacer nada por él. Murió esa misma noche. Y parte de mí también.

Pasaron siglos hasta que me levanté de la cama y volví al trabajo. Siglos desde aquel instante fatídico en que conocí la muerte de mi padre. Quienquiera que nos maneje desde lo alto pulsó el *pause* de su gran mando de controlar el teatro del mundo y me dejó inmóvil y muda. En espera. Yo quería estar con tu abuela, quería consolarla y que me consolara, pero ella me apartó de su lado. Me culpó de haber matado a su marido de un disgusto, por más claro que estuviera que la silicosis era la verdadera culpable. Y yo, como siempre, me lo creí. Nunca agradaba ni agradaría a nadie, nunca haría las cosas bien. A mi alrededor, la gente me odiaba o se moría, y yo quería hacer lo mismo. Me abracé a la botella, empecé a frecuentar los lavabos de los bares, y mi decadencia llegó tan rápido y tan fuera de control que solo se frenó cuando caí de bruces al suelo.

En el pueblo se comentaba que era una drogadicta, que le había destrozado la vida a tu abuela y la había dejado sola y sin un duro…

Seguramente ella reinventó una versión que la dejara en buen lugar. Una en la que la descarriada de su hija le robaba el jornal para metérselo por la nariz, por lo que no tuvo más remedio que echarme de casa. Yo, desde luego, dejé de pintar cuadros y rechacé la oportunidad de convertirme en la afamada artista que me prometieron varios mecenas. No volví a tocar un lienzo ni un pincel, todos me devolvían la última mirada terrible de mi padre. Todos me recordaban que había provocado su muerte. A l fin y al cabo, a pesar de todo lo quería.

Gracias al cielo, conocí a tu padre. Ensayaba en el mismo local que mis amigos. Era un guitarra estupendo y una persona excepcional. Me apartó del mal camino y me animó para seguir tatuando. Yo arrastraba mi culpa a duras penas y llamaba a tu abuela por teléfono sin atreverme nunca a hablar con ella. Él me enseñó a luchar, a dejar atrás el dolor, y consiguió que Peska volviera a contratarme a pesar de haberlo dejado tirado muchos meses. Fue como ver una luz entre toda aquella oscuridad. Me enseñó a perdonar. Me enseñó que el perdón era el mejor regalo que me podía dar a mí misma. Y eso me hizo libre. Por primera vez era buena para alguien, era lista y fuerte. Lo amé como nunca antes había amado a nadie.

Peska decidió jubilarse y traspasarme a mí el Quebrantaolas. Me brindó una oportunidad de oro. Me dio un negocio con clientes fijos y renombre; me aseguró un futuro. Estaba orgulloso de su alumna, confiaba en mí; se portó como un padre. Y así le dije que lo consideraba cuando, meses después, fui a visitarlo para anunciarle que esperaba gemelas. ¡Se emocionó tanto!

Intenté llamar a tu abuela para darle la noticia a ella también. Pero enmudecía cuando la escuchaba preguntar quién era al otro lado de la línea. No quise contárselo a vuestro padre porque su grupo acababa de firmar un contrato con una discográfica, y les ofrecieron una pequeña gira . Sabía que si se lo decía tiraría por la borda esa oportunidad, y no podía permitirlo. Se lo conté cuando dieron el primer concierto. ¡Se puso loco de contento! Insistió en dejar la gira y volver. Tuve que prometerle que haría las paces con mi madre, pues él quería que ella me cuidara hasta que regresara.

Me planté en La Jefatura con una barriga de cinco meses. A Marcela casi le da un colapso cerebral. Tras el sermón sobre embarazarse de cualquiera y ser la oveja descarriada, exigió que me trasladara a su casa hasta dar a luz. Yo prefería seguir en mi piso, pero tu padre insistió en que aceptara, y el último trimestre me mudé adonde había jurado no volver. Donde la ausencia de tu abuelo pesaba sobre mi espalda como un saco de cemento. Marcela me cuidaba día y noche, me llevaba al ginecólogo, os tejió una docena de trajecitos a cada una, compró todo lo necesario para vuestra llegada, y casi olvidé el daño

que me había hecho en el pasado. Volvió a ser una madre normal que no cabía en sí de ilusión por conocer al fin a sus nietas. Pero la gira se alargaba, vuestro nacimiento se aproximaba, y yo temía que vuestro padre se lo perdiera, cosa que, inevitablemente, ocurrió. El último concierto era el 30 de septiembre, y yo salía de cuentas el 28. El día de San Miguel, me puse de parto. Tu abuela fue quien te bautizó, a la vieja usanza, de acuerdo al santoral. La pequeña Micaela, todo ojos. Seguida de Melisa, con una pequeña mancha en la tripa en forma de media luna. Tu abuela recordó enseguida que aquello había sido fruto de uno de mis antojos de infusión de melisa, que también se le antojó a su madre cuando estaba embarazada.

Llevabais dos días en casa cuando vuestro padre regresó por fin a conocer a sus pequeñas. Tu abuela no quería dejarle pasar. Le reprochaba habernos abandonado a las tres, por más que le había explicado la situación. No le gustaba nada aquel melenudo con barba de chivo y tatuajes, pero tuvo que acceder a dejarlo dormir en casa y aceptar que era el hombre de mi vida cuando le escuchó tocaros la nana más hermosa de la historia del *heavy* en español. La compuso en la furgoneta, de regreso, y os la tocaba cada noche con su guitarra acústica. Éramos una familia feliz, ¡por fin! Pero necesitábamos nuestro espacio.

Como podrás imaginar, tu abuela se opuso rotundamente a dejarnos marchar. No se fiaba del melenudo, decía. Que iba a volver a irse, que ni siquiera estábamos casados, que qué ejemplo le iba a dar a las niñas… En fin. Nosotros nos fuimos a nuestro piso e hicimos nuestra vida. Se la llevaban los demonios cuando escuchaba que tu padre estaba de nuevo de gira y que yo seguía trabajando en el estudio de tatuajes. Se negó a que os llevara a la guardería, así que acepté que os cuidara mientras yo tatuaba por las tardes. Me parecía bien que os visitara regularmente y me echara una mano. Y mientras, tu padre y su grupo iban creciendo. Vivíamos un momento muy dulce, cuando, como siempre, todo se torció.

El mánager del grupo de tu padre los estafó justo antes de que la discográfica quebrara, se llevó todo el dinero y los dejó tirados. Se arruinaron justo cuando su carrera empezaba a ir viento en popa. Fueron momentos muy duros, gastamos mucho dinero en abogados, y no sirvió de nada. Por suerte teníamos el estudio.

Remontar el vuelo del grupo fue muy complicado también. Tu padre quería abandonar su sueño y ponerse a trabajar para que no nos faltara de nada, pero le dije que teníamos el estudio y que yo era una mujer independiente, que nos iría bien, que debía intentarlo. Tras dar tumbos por España durante meses sin conseguir ningún contrato, se arriesgó a grabar un disco autofinanciado en una discográfica londinense que le prometía dar a conocer al grupo en Europa. Estaba

decidido a sacarnos de la ruina y se comprometió a pasar un año en Londres para aprender algunas tendencias. Lo apoyé, se lo merecía. Tu abuela enloqueció.

Llevaba seis meses en Inglaterra cuando, un día, Sebas, mi empleado en el estudio por las mañanas, me sacó de la cama para darme personalmente una noticia fatídica: había habido un incendio. Corrí de inmediato hacia allí, no sé para qué, porque ni los bomberos pudieron salvarlo, y encontré mi sueño calcinado. Mi único sustento era un local ennegrecido donde apenas quedaban humo y ceniza. Aquello me destrozó. Mi negocio era mucho más que el lugar de donde sacaba el dinero para la leche de mis hijas, era el santuario que me había rescatado años atrás y el legado de Peska. Allí me había rebautizado como Lady Pain, de manera que esas cuatro paredes eran algo así como mi identidad. Y todo estaba perdido.

La policía dijo que los productos inflamables debían de haber causado el fuego. El seguro apenas llegaba para recomponer lo que Peska había construido durante años. El estudio era una obra de arte en sí mismo. ¡Si hasta el mostrador era un cofre del tesoro! Me iba a llevar mucho tiempo y mucho dinero reabrirlo. Y no tenía ni una cosa ni la otra. No podía pedirle a tu padre que volviera, no podía contárselo, él estaba sobreviviendo a duras penas en Londres, y aun así me enviaba el poco dinero que ganaba sirviendo mesas. Sus cartas eran todo ilusión y entrega, no dejaba de preguntar por vosotras. Estaba instruyéndose en el Soho, codeándose con la gente del Bat Cave Club, cuna del gótico, y haciendo muchos progresos. Aludía constantemente a ese club, donde él y los chicos empezaron a dar los primeros conciertos en Londres, como teloneros de los Specimen, la banda anfitriona del *pub*. Allí se estaba gestando un nuevo estilo, decía, algo conocido como *gothic rock*, y también el *dark cabaret* y el *deathrock*. En el club también se proyectaban películas en blanco y negro y, ocasionalmente, había un insólito cabaret. De allí salieron bandas como The Cure, Siouxsie and the Banshees, Nick Cave and The Bad Seeds… Yo entonces no sabía que aquello relanzaría su carrera, pero tenía plena fe en él, cosa de la que tu abuela carecía totalmente, siempre criticando sus ausencias, aunque no faltara nunca a una Navidad o a un cumpleaños, cargado de regalos increíbles.

El casero empezó a reclamar el alquiler a los tres meses de no pagarlo. Tuve que volver con mi madre. Estaba encantada de tenernos en casa, y feliz porque ya no trabajara más en aquel «tugurio». Nos dejamos cuidar por ella una temporada, mientras yo acudía con mi portafolio a los estudios de otros tatuadores en León. Pero me había convertido en gafe, en la apestada que dilapidó el negocio de uno de los grandes del tatuaje en la ciudad, y nadie quería contratarme. Marcela aprovechaba cada ocasión que tenía para echarme en cara

que todo lo que me estaba ocurriendo había sido por no escucharla, y, mientras, tu hermana y tú ibais creciendo. No dejaba de aleccionarme continuamente, de tratar de llevar mi vida por los derroteros que le parecían mejores, de presentarme a los hijos solteros de sus amigas, de comprarme ropa ridícula y remendar mis vaqueros más *punk*. Eso podía llegar a tolerarlo, pero fue inevitable que explotara cuando la escuché poneros en contra de vuestro padre. Al parecer, había estado ocultándome las llamadas a cobro revertido que el pobre hacía para hablar con sus gemelas. Aún recuerdo sus palabras exactas: «Ese harapiento no es vuestro padre, niñas, es una mala persona que se aprovecha de mamá, no hay que hablar con él». Hasta ahí podíamos llegar. Aquel harapiento estaba pasando hambre porque todo lo que ganaba lo enviaba a España para sus hijas. Se había acabado. Ya no podía soportar más a aquella mujer. Primero me había quitado la infancia, luego mis sueños, y ahora quería quitarme a mis hijas.

Lo único que nadie podía quitarme era el coche, así que esa misma noche hice las maletas, os saqué a ti y a tu hermana de la cama, y nos fuimos de allí. Huí todo lo al sur que pude, poniendo tierra de por medio entre aquella bruja y vosotras, hasta que llegamos a Sevilla. Había conducido toda la noche y necesitaba descansar. Cada vez que os miraba quería morirme… Llevaba a dos niñas de cuatro años hacia ningún lugar. Estabais asustadas. Por eso os llevé a la Expo. Bastantes penas habíais vivido ya.

Tu padre estaba cerca de conseguir el dinero para el disco. Se reunía con los chicos a la semana siguiente para empezar a grabar. ¡Estaba tan entusiasmado! Tampoco me atreví a decirle que me encontraba en la calle con sus hijas, sin apenas dinero. Sabía que si lo hacía, daría al traste con el proyecto. Así que esperé. Os tuve todo el verano dando vueltas por el sur del país, con un calor infernal, durmiendo en pensiones de mala muerte y luego en el coche, cuando se acabó el dinero. Empecé a hacer tatuajes en bares de carretera para sobrevivir. Sabía que el disco estaría pronto editado, y me negaba a volver a León hasta entonces. Pero lo peor estaba por llegar.

La policía me localizó en un centro comercial a finales de septiembre. Al parecer había carteles con mi cara por toda España. Se me acusaba de haber desaparecido con mis hijas, de eludir mis responsabilidades como madre al no llevarlas a la escuela. La abuela me había declarado inestable mentalmente. Mi propia madre. Teníais que haber empezado el colegio a principios de mes, así que me denunció, es un delito no escolarizar a los hijos. Pero el colmo fue no tener declarada residencia fija, descubrir que vivíamos en el coche a pesar de que aseguré que estábamos de vacaciones. No pude ni miraros a la cara, era cierto. Era la peor madre del mundo. Tu abuela se encargó de demostrarlo a nuestro regreso, cuando fue a recogeros mientras dejaba que pasara la

noche en el calabozo. Me dijo que estaba arrastrándoos conmigo al fango en el que siempre me había empeñado en hundirme, que no merecíais vivir como mendigas en un coche, ni pasar necesidades. Dijo que todo lo que tocaba se pudría en mis manos, ya fuera una relación o un negocio, y que si de verdad os quería, lo justo era que me apartara de vosotras. Ella podía daros estabilidad, educación, una buena vida. Yo no estaba en condiciones de ofreceros lo mismo. Tuve que aceptarlo. Se quedó vuestra custodia. Y yo volví a la sórdida espiral de decadencia de la que un día había salido. Os dejé en sus manos. Fue el peor error de mi vida.

Cuando vuestro padre regresó por fin de Londres, me encontró de nuevo ebria, malviviendo en la casa okupa. Si no fuera por él, haría tiempo que estaría muerta.

Nada podíamos hacer para recuperar la custodia. Y menos cuando, lanzado el ansiado disco del grupo en España, la prensa sensacionalista sacó a la luz vuestro caso para tratar de obtener tajada de la creciente fama del grupo. Tu padre se culpabilizaba por haberse ido, por habernos dejado solas, se castigaba por haber perseguido el sueño equivocado. No quería que fuerais objeto de los *paparazzi*, que descubrieran dónde vivíais, que os hicieran la vida imposible. ¿Qué vida era para un niño la de estar viajando constantemente, sin estabilidad? Y al final creímos que de verdad estaríais mejor sin nosotros.

A pesar de ello, os visitábamos a menudo, jamás olvidábamos fiestas ni cumpleaños, y tratamos de estar presentes en vuestras vidas. Pero la abuela os llenaba el cerebro de veneno. Con el tiempo, dejamos de ser papá y mamá para vosotras, empezasteis a odiarnos. Creíais la versión de tu abuela por encima de todo, y eso terminó para siempre con tu padre. Cuando cumplisteis los siete dejó de visitaros para no causaros ni sufrir más dolor. Yo me negué. Y cada vez que él se iba de gira, me quedaba con la excusa de restaurar el estudio. No podía alejarme de vosotras. Eso nos distanció mucho.

Peska me dijo que tenía que reconstruir el estudio, y que tenía que hacerlo a mi manera, que no importaba que el viejo Quebrantaolas hubiera ardido, porque ese era el mejor entierro para un barco. «El Quebrantaolas era mi bandera, mi insignia, mi modo de resurgir de las cenizas», dijo, «Ahora tienes que encontrar el tuyo». Pero yo no sabía cuál era mi bandera. ¿Qué era lo que me hacía fuerte? ¿Qué me había salvado cada vez que los acontecimientos me arrastraban a la decadencia? Y entonces caí: enorgullecerme de mis heridas. Así había hecho con el tatuaje en mis dedos, el que decía «HATE», y con el corazón en mi brazo atravesado por un cristal. Y con mi sobrenombre, *Lady* Pain. Tenía que hacer de aquella derrota un emblema de superación. Así que le dije a Peska que no solo iba a reconstruir el

estudio a mi manera, sino que ya tenía el nombre: Fade to black.

Le pedí que sacara su vieja máquina y me hiciera otro tatuaje: cuatro naipes en llamas que representaban la fecha de mi nacimiento, a imitación del dibujo que James Hetfield se hizo sobre la quemadura que le quedó en el brazo tras el sonado accidente durante el concierto conjunto de Guns N' Roses y Metallica en el Estadio Olímpico de Montreal. Le conté a Peska que, cuando Hetfield pisó una torre de pirotecnia que se incendió causándole quemaduras de segundo y tercer grado en el brazo y la cara, estaba sonando *Fade to black*. Por eso quería que el estudio de tatuajes se llamara así, en honor a aquel acontecimiento y a la combustión de mi vida y mi negocio. Fundido a negro, cuya letra hablaba de derrota y que yo tanto había escuchado para autotorturarme, cobró otro significado: renacer de las cenizas, transformar las cicatrices, sobrevivir. Negra era la tinta que iba a usar para ello.

Hetfield había hecho de su cicatriz un trofeo, como yo con mi corazón. Entonces me acordé del muñón de mi padre, y me aterrorizó la idea de parecerme demasiado. Pero esa es precisamente la ambigüedad del monstruo: nos aterra porque nos parecemos demasiado a él, ese es el verdadero terror que nos produce.

El negocio empezó a ir bien. Pude volver a poner gente a mi cargo. Pero la adolescencia os hizo más crueles aún, y desde que cumplisteis los catorce, comencé a espaciar más las visitas para no sufrir y para que no me aborrecierais. No queríais verme, por más que me esforzara, y era un hecho. Así que, con el tiempo, acepté irme con tu padre y el grupo.

Desde entonces hasta ahora he estado soñando con recuperaros. Nunca renuncié del todo a vosotras, aunque eso supusiera renunciar al amor de mi vida. Los últimos años de mi vida los he dedicado a intentarlo. Pero el relevo de tu abuela lo ha tomado tu hermana y ha sido extremadamente difícil.

No sé qué pensarás tú de todo esto, ni si habrías ido a cenar aquella Navidad con tu padre y conmigo de no haber tenido el accidente… pero no puedes irte sin decírmelo, Mica. Tienes que luchar por volver, eres una niña aún, y hay tantas cosas que tienes que hacer en la vida, cielo… Tantas que quiero que hagas conmigo…

[5]. No puedo estar en casa, no puedo estar en la escuela, / los viejos colegas dicen: eres una pobre idiota. / Bajo la calle, soy la chica de al lado. / Soy la zorra por la que has estado esperando. / ¡Hola, mamá! ¡Hola, papá! / Soy vuestra b-b-b-b-b-bomba de cereza. / Hola, mundo, soy tu chica salvaje. / Soy tu b-b-b-b-b-bomba de cereza. *(N. de la A.)*



17. Nothing else matters

Desde que había despertado había estado en el país de las maravillas, donde todo era ajeno y extraño, como si en realidad todo fuera un mal sueño, como si yo fuera Alicia. Aquella ya no era ni podía ser mi vida. Por más que me empeñara, yo era un ser distinto, no sabía nada de las personas que supuestamente formaban parte de ella, excepto que todas me habían hecho daño, así que ya no quería encajar aquellas piezas en mi puzle, no tenían cabida. Decidí que, en su lugar, probaría con otras piezas nuevas, con aquellas que se habían caído o que alguien había escondido debajo del sofá. Solo había que soplarles las pelusas que el tiempo había dejado sobre ellas, darles una oportunidad. Y estaba más que dispuesta a hacerlo. Había salido bien con Lala, y ahora iba a probar con la pieza más importante del puzle: mi madre.

Allí estaba, idéntica a Johan Jett con su chupa de cuero y sus vaqueros ceñidos. El *rock* la trataba bien, a sus cincuenta tenía un cuerpo de escándalo. Era una madre *sexy*, no tenía nada que ver con las madres del resto de chicas de mi edad. Malena era más joven, más desenfadada y más interesante. Cuando se quitó la chupa en aquel restaurante decorado con los diálogos de la película *Casablanca* en las paredes y antiguas cámaras cinematográficas, todo el mundo le miraba los brazos tatuados. Vi que en la cara interna del antebrazo izquierdo llevaba mi nombre y el de mi hermana.

—Antes de nada quiero darte las gracias por este gesto que has tenido, Mica —comenzó—. Significa tantísimo para mí…

—Ojalá lo hubiera hecho antes, mamá.

—Si me dejaras explicarte por qué he sido tan mala madre… —dijo con voz afectada.

—Lo sé todo, no te preocupes.

—¿Lo sabes todo? —se extrañó—. ¿Qué sabes?

—Sé que la abuela te hizo chantaje, que incendió el estudio de

tatuajes y que te amenazó con denunciarte si no nos dejabas con ella. Sé que nos envenenó la mente con ideas terribles sobre ti, y que tú te llegaste a creer que estábamos mejor sin madre. Ella es la verdadera culpable de que no hayamos podido hacer esto antes —expliqué—. Ella, mi estúpido accidente, la pérdida de memoria y no haber tratado de conocerte a pesar de lo que dijeran mi abuela y mi hermana…

—Así que sí que fue ella la que lo redujo a cenizas…

—¿No lo sabías? —me sorprendí.

—Lo sospechaba.

El camarero aprovechó el silencio que se interpuso entre ambas —ella con la boca abierta, yo mirando el mantel por no toparme con sus ojos— para traernos la carta.

—¿Un Prieto Picudo? —sugerí.

—No bebo —dijo—. Ya no.

—Te recomiendo el *calzone* Casablanca, es el especial de la casa —traté de suavizar el ambiente—, está delicioso.

—¿Cómo has sabido todo eso? —quiso saber—. ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Me enteré esta semana —le dije mirándola por fin a los ojos—. La abuela me lo confesó todo. Como podrás suponer, eso puso patas arriba mi mundo, si es que eso era posible.

—Cuando pienso en lo difícil que ha tenido que ser…

—Ahora todo tiene sentido. No te tengo ningún rencor. Además, eras joven, es la historia de muchas madres, y Melisa y yo hemos crecido sanas. No tienes por qué arrastrarte pidiendo perdón, yo sé que lo sientes, la abuela me entregó tus cartas, pude ver las felicitaciones de cumpleaños y Navidad de los últimos veinte años… Ella también lo siente. Y aunque quiero odiarla y es lo que merece, no soy capaz. La he sacado de la residencia y todo, ahora vive conmigo. Espero que no te importe. Es solo una pobre anciana.

—Tu forma de enfrentarte a todo esto es admirable… —balbució—. Sé lo que es no poder odiar, yo he seguido visitándola, a pesar de todo…

—Estoy tan cansada de sufrir, de reprochar, de buscar… Resulta que suelo amar a personas monstruosas: a la abuela, a Melisa, a mi amiga Elora y, sobre todo, a mi exnovio. Tú no eres como ellos y resulta que también te he odiado. Es hora de cambiar eso, ¿no crees?

El camarero vino a tomar nota. Ambas escogimos el *calzone*.

—Perdona que esté tan… Es que esperaba que esto fuera una batalla de preguntas y respuestas —dijo.

—Y lo va a ser —aseguré—, pero por ambas partes. Te has perdido mi vida y yo la tuya, tenemos que ponernos al día. Claro que hay cosas que no puedo contarte porque no las recuerdo; espero que tú me ayudes un poco con eso.

—Por supuesto —aseguró, animada—. ¿Por dónde empiezo?
—Por el principio, por favor.
Nos dieron las seis de la tarde con la charla. Nos contamos tantas cosas… Casi nos atropellábamos una a la otra, como si no fuéramos a volver a vernos. Yo le conté lo poco que recordaba de mi infancia y ella lo ilustró con lo poco de ella que había vivido. Me contó que yo siempre había sido muy imaginativa. Que la realidad para mí era una bufanda demasiado apretada alrededor del cuello. La llevaba puesta, pero no todo el día, para no asfixiarme. ¿Por qué una bufanda si podía transformarla en una serpiente coral amaestrada o en uno de los pañuelos de la danza de los siete velos? ¿Por qué un vaso de leche y no ambrosía? ¿Por qué una puñetera mosca en el cristal y no un hada ? Por desgracia, la mayoría de personas se siente muy cómoda con su bufanda, y si te elevas unos centímetros del suelo, te colocan un ladrillo en la cabeza, que es lo que solía hacer la abuela. Hay que llevar esa bufanda a la fuerza, aunque no todos tienen la misma suerte. Los hay que la lucen de lana, con lo que pica, y los que les ha tocado de seda. Me dijo que ella llegó tarde al reparto de bufandas. Se había acostumbrado a llevar la suya todo el tiempo, áspera y apretada, hasta que ya no aguantó más. Y pudo ver cómo una de sus hijas hacía lo mismo siendo apenas una cría. Dijo que de noche me inventaba mil historias antes de caer rendida, con tal de librarme de la mía, lo que fuera con tal de que los fantasmas rebotaran en la burbuja de mi fantasía. Mi hermana Melisa, en cambio, no era así. Ella estaba muy a gusto con todo cuanto la rodeaba, por eso llevaba la bufanda bien apretadita, no fuera a constiparse. Era capaz de aceptar todo lo malo sin chistar, de encajarlo con odio. Éramos tan distintas por dentro a pesar de ser idénticas por fuera… Y eso que ambas éramos Libra. Habíamos nacido un 29 de septiembre, día de San Miguel, en cuyo honor llevaba yo mi nombre por ser la que primero mascó la vida aún sin dientes. El nombre de Melisa era fruto de un antojo de mi madre mientras estaba en estado. Tenía ganas de una infusión de melisa, como las que le preparaba la abuela con las plantas que recogía en las cercanías de La Jefatura, y, mientras expresaba su deseo, se tocó la tripa abultada, y en el vientre de mi hermana quedó una marca con forma de media luna, que era lo único que nos distinguía físicamente cuando éramos dos bebés sonrosados. Al parecer, cuando ya fuimos niñas, yo me inventaba cuentos para ella en los que la convertía en hija del satélite y le otorgaba el superpoder de menguar y provocar eclipses a su antojo.
Arrojó luz sobre la historia de mis abuelos, y yo le expliqué cómo era Melisa y lo que había hecho, le hablé de Elora, de Adán, de mi psicólogo y de Lala… A ella se le rompía el alma pensando en su hija cumpliendo condena. Esperaba que con el tiempo, cediera a que la

visitara. Hasta se echaba la culpa por no haber estado ahí para ella, pero no podíamos saber si eso habría cambiado las cosas. Se acariciaba su nombre tatuado, con la mirada perdida... Ay, Lady Pain... Cuando nos echaron del restaurante continuamos en una cafetería cercana, el Anáhuac, y yo me interesé por sus viajes por el mundo, por cómo era estar siempre de gira con distintos grupos, por si eso le permitía tener estabilidad en sus relaciones, por si había alguien especial en su vida ahora.

—La vida en torno a los escenarios es muy dura, cambias constantemente de compañeros de trabajo, y viajas a mil sitios que en realidad casi nunca tienes tiempo de conocer. Pero, por suerte, sí que tengo a alguien imprescindible a mi lado.

¿Y desde cuándo estaba ese alguien a su lado? Me moría de ganas de preguntarle si era mi padre, pero parecía improbable. Ella dijo que aquella Navidad que nos llamó por teléfono, quería presentarnos a Melisa y a mí a nuestro padre, pero eso no significaba que siguieran juntos. Mamá había sido muy liberal, según la abuela, y habían pasado más de treinta años. Que su pareja actual fuera también músico o estuviera en el mundillo no significaba que fuera mi progenitor. Podía tener una relación amistosa con papá. Y si aún no sabía su identidad, puede que se debiera a que él ya no quería conocerme.

—Ya. Imagino que fue aún más duro cuando la abuela se quedó la custodia —dije intentando sacarle más información sin ofenderla—.

—Vaya, también sabes eso. Pues sí. Al principio, hasta que cumplisteis ocho años, me quedé en León, tatuando y malviviendo para veros a menudo. No podía alejarme de vosotras. La abuela hacía todo lo posible por manipularme, usándoos sin reparo, y consiguió que me odiarais. Sufría tanto… Así que al final accedí al mundo de las giras, empecé a viajar por el país, de concierto en concierto, y finalmente dejé de tatuar para encargarme del *merchandising* de algunas bandas, el Fade to black lo dirigía desde la distancia. Diseñaba las camisetas, los carteles y las portadas de los discos. Luego, ya sabes, empecé a espaciar las visitas a La Jefatura, y cuando cumplisteis catorce ya no podíais ni verme, así que decidí aceptar la propuesta de irme de gira internacional. Y como nunca contestabais mis postales, mis felicitaciones, mis llamadas ni mis cartas… Acabé resignándome a perderos.

—La abuela nunca nos las dio.

—Lo sé —suspiró con tristeza.

—¿Y es conocido? —Le quité hierro al asunto para no dañarla—. Quiero decir, tu persona especial, ¿quién es? ¿En qué grupo toca?

—Es muy conocido, sí. Es Nico Barrera, el líder de los Cuerdas de Acero.

Casi me caigo de la silla de la impresión. ¡Nico Barrera! ¡Claro que lo conocía! ¿Quién no? Nico y los suyos empezaron a ser famosos a principios de los noventa, su nombre era un homenaje a los Barón Rojo, de quien habían recibido su mayor influencia. El nombre se refería al título de una canción de su álbum *En un lugar de la marcha*, de 1985. Eran buenos, muy buenos. Habían pasado una temporada en Londres y habían traído a España un poco de *punk* y *goth rock*, adaptándolo y reinventándolo. Eran todo un hito.

—¡Madre mía! ¡Sales con Nico Barrera! —exclamé, atónita—. ¡Es un genio de la guitarra!

—Lo sé. —Rio ella—. Es una de sus múltiples virtudes.

—¡Es una pasada! ¡No puedo creerlo! ¿Desde cuándo estáis juntos? Ojalá lo hubiera sabido antes… ¡no me habría perdido ni un concierto! ¡Tienen el mejor bajista de la historia del *rock* en español! ¡Ni Jaco Pastorius!

—Creí que estarían un tanto desfasados para alguien de tu edad…

—¿Desfasados? ¡Son un clásico del *rock*!

—Se me cae la baba de oírte hablar así. Ni yo misma te podría haber educado mejor musicalmente.

—Y sus letras… —continué fascinada—. Mi favorita es *Bruja*: «Tal vez no debí asomarme a tus labios, / tal vez no debí beber de tus embrujos. / La noche febril me enseñó en estos años / a ver en el fondo del licor los trucos. / Tal vez vivía buscando la muerte, / tal vez en tus brazos la fui a encontrar. / Vivía contigo pero sin tenerte, / sin tener un lugar donde ir a parar».

—Cantas de fábula —se sorprendió ella.

—Y ahí entra Manu Terroso dándole una caña brutal a la batería. —Imité el sonido con el cuchillo y el tenedor—. Son increíbles. Lo que yo daría por haberlos visto en directo en su época…

—Puedes hacerlo mañana si quieres. Tocan en el Studio 54, ¿no lo sabías?

—¿En serio? ¡Dios, no tenía ni idea! ¡No he visto los carteles, no me había enterado! Claro, por eso estás aquí, ¿no? —pregunté.

—Entre otras cosas. Estás invitada, por supuesto, y podrás conocer al grupo. Tráete a un amigo si quieres. Es un concierto íntimo, desenchufado, para reencontrarse con los viejos colegas de León, por eso no se le ha dado excesivo bombo —me explicó.

—¡Ay, estoy eufórica! ¡Mil gracias! ¡Va a ser el acontecimiento del año!

—No me las des, por favor, no me las merezco.

—Hace poco recordé que cuando tocaba con los Sódica hicimos una versión de *Lobo de mar*. Fue total —seguí con mi verborrea extática, pensando en los *flashbacks* que había hecho mi mente gracias a Lala—: «Amigo, pon atención / a la historia que te voy a contar. / La supe

bajo el juramento / de que siempre la iba a callar. / Conseguí oírla de los labios / de un viejo lobo de mar. / La muerte, tras su último trago, / de mis brazos se lo vino a llevar».

Estaba entusiasmada con conocer al grupo, pero más aún por saber si Nico era o no era mi padre. Salían juntos, o era su ligue, ¿pero desde hacía cuánto? No, me lo habría dicho. Aquella historia tuvo que terminar... A lo mejor era el batería, que era moreno, como yo… Puede que tuvieran un encuentro antes de conocer a Nico y que luego él no quisiera saber nada de tener hijos… Eso explicaría por qué no estuvo más presente en nuestra vida, y por qué solo puedo recordar su chupa de cuero llena de parches de bandas… O tal vez no tuviera nada que ver con los Cuerdas de acero.

—Algo había oído de que cantabas en un grupo. Lo habría dado todo por haber estado presente en tu vida, Mica. Con lo afines que somos… qué lástima. Ojalá las cosas hubieran ido de otro modo, ojalá yo hubiera sido más valiente y…

—Oye, mamá, ¿qué importa eso ahora? ¡Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de música y de lo que tú quieras! No vas a poder sacarme de tu vida ni a patadas, porque yo quiero estar en ella, siempre he querido. No tiene sentido que perdamos más tiempo lamentándonos por algo que ya pasó y que además yo no recuerdo. Es hora de construir recuerdos nuevos. Juntas.

—Es lo más bonito que nadie me ha dicho nunca —sollozó.

La abracé. La abracé de verdad por primera vez en mi nueva vida. Era como nacer, pero al revés. No, nada más importaba. Metallica nos lo recordó a través del hilo musical del bar.

> Trust I seek and I find in you
> Every day for us something new
> Open mind for a different view
> And nothing else matters[6]

[6]. Busco confianza y la encuentro en ti, / para nosotros, cada día es algo nuevo. / La mente abierta para un punto de vista diferente / y nada más importa. *(N. de la A.)*



18. Cuerdas de acero

El concierto fue un orgasmo acústico tras otro. Es increíble lo que la música puede llenar, incluso recovecos de mí misma cuya capacidad desconocía, rebosando de plenitud. Temblé como una hoja desde el primer acorde, sin duda estaba en mi salsa; era digna hija de mi madre. Me descosí cantando aquellos viejos himnos que componían la banda sonora de mi vida, como poco a poco iba recordando. Muchos de ellos los había escuchado en las antiguas cintas de Lady Pain, y creo que mi pasión por el *rock* y el *heavy* se debe a la conexión que establecí entre ella y esa música. Era mi manera inconsciente de anhelarla, de admirarla, de compartir algo con ella.

Mi madre me presentó al grupo antes de que salieran a tocar. No negaré que busqué en Nico algún tipo de parecido conmigo; aunque puede mi padre ni siquiera estuviera en aquel escenario. Es más, puede que si siquiera estuvieran en contacto, o que sí, pero que ya no estuviera interesado en sus hijas, si no, ella habría dicho algo… ¿no? A lo mejor ni seguía vivo y, como no podía recordar nada, todos daban por hecho que ya lo sabía o aún no me lo habían contado...

Decidí dedicarme a disfrutar del espectáculo y preguntárselo a ella al terminar. No fue difícil cuando sonó *Lobo de mar*. Estaba en la mejor parte de la canción, el solo de Nico, un baile magistral de dedos y cuerdas, cuando el teléfono me vibró en el bolsillo de los vaqueros. Era Adán. Se me cortó la respiración. No había hablado con él desde que accedió a ayudarme a que Melisa confesara y grabarla con las cámaras de seguridad de su despacho. Había prestado declaración en el juicio hacía casi tres semanas. No sabía si quería contestar. Por un lado, me sentía agradecida… peligrosamente agradecida… Y no quería que me pillara tan vulnerable… Porque, por otro lado, estaba su otra cara. Esa que no recordaba, pero que me daba mucho miedo. Lo que más me confundía, lo que me resultaba realmente perturbador, era sentirme tentada de volver a tener trato con él, sentirme confortada al

ver su nombre en la pantalla de mi teléfono. ¿Por qué, después de todo lo que me había hecho pasar, una parte de mí se sentía defraudada por que no me hubiera llamado antes? ¿Cómo podía ser eso posible después de tanto tiempo y tanta incomunicación? ¿Es que estaba enferma y me gustaba sufrir? ¿Es que el accidente había mezclado el amor y el odio en mi cabeza? ¿De eso iba todo? ¿De lo inseparable de estos sentimientos? Quizás, al despertar del coma, lo que significa amar se asoció a la palabra odiar y viceversa. Tenía bastante sentido porque yo quería a mi abuela, a mi hermana, a Elora y a Adán antes de que mi mente se vaciara de recuerdos y odiaba a mi madre. Ahora todo estaba al revés. O casi. A la abuela no podía odiarla, no podía abandonarla, aunque se lo mereciera. Y con Adán todo era confuso. Lo tenía todo el día en la cabeza, como una melodía pegadiza. Tan misterioso, tan Brandon Lee con su mirada de abismo y su angulosa mandíbula apretada. El pelo desordenado y largo, el aire de perro callejero. Podía dibujar con exactitud la forma de sus manos, todo tendón, todo nervio. Y en mi propia imaginación eludía sus ojos porque seguían dándome miedo. Me dañaba aun en la distancia, no sabía protegerme de él porque no lo había superado. Todo su poder provenía de mí, él era tan fuerte como yo le permitiera ser; así que, en cierto modo, luchaba contra mí misma. Y era necesario encontrar la forma de vencerme.

—¿Hola? —dijo al percibir el estruendo cuando descolgué.

—Un momento —le grité por encima del gentío—, estoy en un concierto, déjame salir fuera.

Tras la yincana entre la gente sudorosa, logré alcanzar la puerta metálica y salir, donde se podía hablar mejor.

—Más vale que lo que tengas que decirme sea importante —aseguré —, estoy en un concierto de los Cuerdas de acero.

—¡Vaya! —exclamó él—. Todo un clásico, ¿no?

—Sí, he venido con mi madre.

—Anda, eso sí que es una novedad.

—Mi vida está cambiando —expliqué—. Para mejor.

—Me alegra mucho. Estás dejando entrar a gente a la que antes habrías echado a patadas. Está bien dar segundas oportunidades.

—¿Qué coño quieres? —espeté.

—Que me dejes entrar a mí también.

Vaya. ¿Me sorprendía? ¿Era lo que quería oír?

—Te estoy muy agradecida por lo que hiciste por mí —le aseguré—. Pero eso no garantiza que vayas a recibir en pago la llave de mi puerta blindada. Es cierto que no lo habría logrado sin ti. Aunque era lo correcto y me lo debías.

—No soy la misma persona, Mica. He tardado mucho tiempo en darme cuenta, y lo siento. Te necesito. Ha sido un proceso muy

doloroso, he tenido que perderte, pero por fin lo he comprendido: eres imprescindible para mí. Siempre lo has sido. Pero no lo sabía.

Esas palabras u otras cualquiera me habrían desarmado en el pasado. Pero ya no era ayer, sino hoy. Y hoy no me producían ni por asomo el mismo efecto. No iba a permitir que lo produjeran.

—¿No dices nada? —preguntó.

—¿Sabes qué es lo malo de ese tiempo que has tardado en darte cuenta? Que también ha pasado para mí. Yo tampoco soy la misma. Ha sido un proceso muy doloroso, he tenido que estar a punto de morir, pero por fin lo he comprendido: tú eres totalmente prescindible para mí. Siempre lo has sido. Pero no lo sabía.

Y colgué. El corazón se me encogió como una uva pasa. Pero cuando volví a entrar al concierto me sentí liberada. No más bestias. No más de las necesarias, las que eran de mi sangre, como mi abuela. Ya lo había dicho ella: el amor puede ser puro, pero la bestia… la bestia siempre será la bestia. Yo elegía, tenía las riendas, se trataba de mi vida. Hay que saber apartar las necesidades sentimentales dañinas, alejar las obsesiones, buscar lo que nos beneficia, no lo que nos perjudica. Por más doloroso que resulte. A la larga saldría ganando, estaba segura. Ya había sacudido a la Reina Roja, y al fin había dado jaque al Rey Rojo.

Regresé en el momento justo en el que el grupo hacía el paripé de haberse ido y la gente se desgañitaba pidiendo otra. No podía encontrar a mi madre entre la muchedumbre y los vítores. Luego me di cuenta de que estaba apartada en un rincón, hablando también por el móvil.

—Era tu padre —dijo ella antes de que le preguntara nada—. Quería saber si estás preparada para conocerlo o prefieres esperar.

Por fin había sucedido. Ahora sí que iba a darme un infarto. ¡Iba a conocerlo! ¡No podía creerlo! Echaba a una persona de mi vida, y entraba otra…

—¡Por supuesto que quiero conocerlo! ¡Que venga! ¿O está por aquí? Llámalo, dile que nos vemos en la puerta —ametrallé contra su oído por encima de los «¡otra, otra!».

Ella soltó una carcajada ante mi muestra de entusiasmo y nerviosismo, y cogió su teléfono de nuevo.

—Ya me parecía raro que no preguntaras por él… —comentó mientras marcaba—. Ehm… Soy yo otra vez. Dice que sí, que está preparada. ¿Lo estás tú? —se dirigió a él esta vez.

Pero no pude saber la respuesta, porque el grupo *cedió* ante la insistencia de los fans y volvió a salir al escenario, lo que desató una ovación de gala. En el frenesí de la acogida del público, nos empujaron a mí y a mi madre hacia adelante.

—¿Ha dicho que sí? —le grité sin poder evitar que me desplazaran.

Ella sonrió e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Y, entonces, el vértigo se apoderó de mis entrañas. Ya no me importaba el concierto. ¿Iba a acercarse él a mí? ¿Íbamos a encontrarnos con él en la puerta, al salir? Escruté todas las caras que se agolpaban alrededor de la mía, sudorosas, extáticas. ¿Lo reconocería? ¿Me reconocería él a mí?

—Vale, vale, vale —empezó Nico desde el escenario—, nos habéis convencido. Vamos a tocar un par más.

Aplausos y vítores. Como si no supieran que iba a ser así de antemano. Yo seguía buscando a mi posible padre entre la multitud. Si estaba fuera, que parecía la opción más lógica, ya que llamaba a mi madre por teléfono en lugar de acercarse, probablemente estaría tratando de visualizarme desde la puerta. Miré hacia allí, por encima de las cabezas, pero estaba demasiado oscuro.

—Esta noche es una noche muy especial para nosotros, porque, después de mucho tiempo, al fin hemos regresado a la *tierrina* continuó Nico.

Imaginé a mi padre oculto en la penumbra de la zona de salida de la sala. No podía ponerle cara, pero lo suponía mirándome fijamente desde la lejanía. Me pregunté qué estaría sintiendo al verme, si también tendría ganas de vomitar, como yo.

—La siguiente canción es de las más viejas. De nuestro primer disco.

Nuevos silbidos y aplausos. Mi estómago estaba hecho un nudo marinero.

—Se llama *Nana del espejo,* y se la escribí a una persona a la que aún no conocía, de camino a nuestro primer encuentro. Esa persona, era mi hija. Y a ella se la dedico.

Y me señaló a mí. ¡A mí! No mencionó que en verdad la escribió para Melisa y para mí, para las dos, así que supuse que mi madre le había contado lo sucedido. Todo el público se giró para verme. Miré a mi madre, desconcertada, y la vi con una sonrisa desmedida y los ojos llenos de lágrimas. Una sonrisa que decía «sí, cariño, este es tu padre». Y entonces el punteo reconfortante de una canción que conocía muy bien empezó a resonar en la sala. Una canción que me había acompañado toda la vida y que el Conejo Blanco tarareaba sin parar.

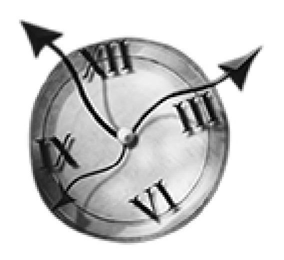
> Arde el cielo estival y se desliza
> La barca por el agua en calma y lisa…
> Íntima cae la tarde con delicia.
> Cual aves en su nido están dos niñas,
> El ojo alerta y el oído atento,
> Porque escuchar el cuento las cautiva.

Aquella letra era parte del poema en acrósticos que Carroll dedicaba a Alice Pleasance Liddell al final de su *A través del espejo y lo que Alicia*

encontró allí. ¡Allí estaba la barca de mi sueño! Lo que había considerado todo el tiempo una demencia, una secuela, en verdad era la canción de mi padre pidiéndome desde lo más profundo de mi ser que despertara, que recordara, que buscara dentro de mí porque allí estaba la verdad.

> El Conejo Blanco está muy contento
> porque al fin se va a despertar Alicia,
> haciendo añicos todos los espejos.
> Pero ahora duerme tranquila, mi niña,
> has de dejarte guiar por mi voz,
> mañana será otro precioso día.

Esta era ya la letra que él había añadido. Varios mecheros emocionados se elevaron para convertirse en luciérnagas de fuego. Yo tarareaba aquella canción en la ducha sin saber de quién era. La llevaba conmigo siempre, para arrullarme a mí misma en los peores momentos. Había supuesto que era una canción inventada, o que quizás mi abuela me la había cantado cuando era niña, pero no. No. Aquella canción era mía, solo mía. Era el regalo que mi padre me hizo al nacer. Y esa noche, esa bendita noche, sí, una nueva mujer nacía otra vez de mis recuerdos.



Agradecimientos

Gracias a todas las personas que de forma directa o indirecta hicieron que *Amar a la bestia* sea una realidad. A las que me vieron escribirla y pelearla durante años, abandonarla y retomarla, encerrada en mi cuarto con un ordenador diminuto; a las que leyeron el borrador o escucharon las partes que yo les leía, testigos de cómo le daba forma mientras la historia me moldeaba a mí; a las que me animaron a enviar el manuscrito e hicieron una cola infinita conmigo en Correos, cargando con los ejemplares, y estuvieron pendientes del fallo; a los contadores de historias de mi vida y a los que han creído en que yo contara las mías; a los que estaban deseando volver a leerme.

Gracias a la Diputación Provincial de Guadalajara por el reconocimiento y por posibilitar que haya entrado a formar parte del catálogo de autores de Versátil Ediciones; a Eva Olaya, porque su diseño de la cubierta me sacó unas cuantas lágrimas de emoción.

Gracias a las vidas que inspiraron esta historia, a los pueblos de las cuencas mineras del norte, gracias al carbón.

Y gracias, muchas gracias a las bestias que amé en el camino: las dentelladas me hicieron mucho más fuerte.